LA NOVELA OFICIAL DE LA PELÍCULA
FIVE NIGHTS
AT FREDDY'S
Adaptado por
Andrea Waggener

PRÓLOGO

Las afiladas roscas metálicas del tornillo mordieron las yemas de los dedos de Bob, marcándose profundamente en estas. La sangre manchó la cabeza del tornillo y goteó sobre la tapa que cubría el metal gris oxidado de la ventilación que Bob estaba tratando de quitar de la pared.

Bob ya había liberado dos de los tornillos. Había intentado doblar la tapa para separarla de la pared, pero el metal era demasiado fuerte. Tuvo que sacar un tercer tornillo para poder quitar la tapa de su camino. El respiradero era grande, lo bastante grande, pensó Bob, para poder pasar. Tenía que serlo. Si no lo fuera...

—Vamos, vamos —murmuró. Las palabras salieron en jadeos entrecortados porque el corazón de Bob latía tan violentamente que sentía como si le sacara el aire de los pulmones.

Un fuerte golpe sonó detrás de Bob... un fuerte golpe que hizo vibrar la mesa bajo la cual Bob estaba agachado. Involuntariamente, Bob levantó la cabeza y la golpeó contra la mesa mientras se giraba para mirar por encima de su hombro. El latido que estalló en su cráneo añadió síncopa a su respiración acelerada. Bob se quedó mirando la barrera que había levantado frente a la puerta metálica de la oficina. ¿Resistiría?

Otro estallido. Este resonó en la oficina; Bob sintió que la vibración recorría todos los huesos de su cuerpo. La vibración se convirtió en una convulsión de pánico cuando uno de los archivadores que había apilado encima del escritorio se tambaleó. El escritorio estaba encajado contra la puerta, pero si los gabinetes se cayeran, ¿permanecería el escritorio en su lugar?

El tambaleante archivador chocó con la silla del escritorio que coronaba la pila de muebles de oficina que Bob había apilado. La silla se cayó y se estrelló contra el suelo de linóleo de la oficina. El escritorio se movió, pero permaneció en su lugar.

Haciendo caso omiso de los hormigueos entre sus omóplatos mientras se alejaba de la puerta, Bob volvió a concentrarse en el tornillo. El tornillo manchado de sangre se negó obstinadamente a girar durante un par de segundos más.

Bob apretó los dientes y puso toda su atención en la cabeza del tornillo. Y finalmente el tornillo se soltó. Lo dejó caer mientras la tapa del respiradero giraba sobre el tornillo restante y se alejaba de la abertura en la pared.

Bob miró dentro del eje negro que se extendía frente a él. Por la abertura salía un aire viciado. El polvo se elevó hacia arriba. Reprimió un estornudo.

Detrás de Bob, un chirrido de uñas sobre una pizarra precedió a un ruido metálico ensordecedor. La cabeza de Bob giró. El archivador ya no estaba encima del escritorio. Yacía en el suelo. Y detrás de él, el escritorio empezó a alejarse del pomo de la puerta.

Bob contuvo el aliento y miró frenéticamente a su alrededor en busca de su linterna. Había soltado la linterna cuando comenzó a trabajar en los tornillos. ¿Dónde estaba?

Bob vio la linterna unos metros a su derecha. Se abalanzó sobre esta cuando otro ruido metálico ensordecedor salió de la puerta de la oficina. Los altavoces del techo sisearon y luego emitieron un leve chillido.

«Debo irme», pensó Bob.

Bob encendió su linterna y se adentró en la estrecha oscuridad. Más golpes lo ahuyentaron de la oficina. Se arrastró lo más rápido que pudo.

Cuando tenía treinta y tantos, Bob había llegado a un acuerdo con su aspecto de nerd y su entrada de cabello, pero nunca le había entusiasmado su delgado cuerpo. Pero por primera vez agradeció sus hombros estrechos. Y, aun así, todavía tenía que retorcerse y abrirse camino a través del estrecho recinto del conducto de ventilación. A pesar

de eso, hizo progresos rápidos. El maullido continuo proveniente de los parlantes y los ecos de explosiones y golpes que sonaban como si estuvieran persiguiendo a Bob a través de la oscuridad lo impulsaron a la velocidad de un rayo.

En lo que parecieron segundos y siglos, Bob llegó al final del conducto de ventilación que salía de la oficina. El pasaje se partió. Bob apuntó el haz de su linterna a la izquierda y luego a la derecha. La luz reveló lo mismo en ambas direcciones: oscuridad y más oscuridad.

El sudor le picó en los ojos y le goteó por la nariz. El hedor de su transpiración era fétido en aquel espacio reducido.

Bob dejó su linterna para poder limpiarse la cara. Otro aullido azotador provino de los parlantes del edificio. Bob cogió su linterna. Sin pensar más, se dirigió por el pasillo de la izquierda.

Perdiéndose de nuevo en un gateo frenético que desafiaba su capacidad de cuantificar segundos o minutos, Bob trepó hacia adelante hasta que se encontró mirando una tapa de ventilación como la que había quitado en la oficina. Bob gimió. ¿Estaba atrapado? Si está cubierta de ventilación estuviera atornillada tan firmemente como la de la oficina...

La cacofonía procedente de los altavoces aumentó. El conducto de ventilación tembló cuando todo el edificio también lo hizo.

Bob levantó su linterna y usó el extremo para golpear la tapa del respiradero. Para su sorpresa... y alivio... la tapa del respiradero se soltó. Se alejó del pozo y golpeó la pared con un estrépito que hizo que Bob se estremeciera. Incluso por encima del estruendo que llenaba el edificio, el sonido se transmitía, lo que significaba que revelaba fácilmente la ubicación de Bob.

Bob rápidamente salió del conducto de ventilación. Con cada terminación nerviosa de su cuerpo en alerta, se puso de pie y giró en círculo, iluminando con su luz a su alrededor.

Cuando el haz de luz de la linterna reveló montones de cajas, suministros de restaurante y una puerta de vidrio esmerilado cerrada, Bob dejó escapar un suspiro reprimido. Estaba en uno de los trasteros de la pizzería. Y estaba solo. Por el momento.

Bob dio un paso hacia la puerta. Al alcanzar el pomo, vaciló.

¿Qué había al otro lado de la puerta?

Aunque Bob no podía ver sombras inminentes más allá del cristal turbio, su ritmo cardíaco se aceleró un par de puntos más. Su pecho se sentía contraído, como si bandas de metal se apretaran a su alrededor. Bob realmente, realmente no quería abrir la puerta que se interponía entre su seguridad actual... temporal... y lo que vagaba suelto más allá de la puerta. Pero no podía quedarse aquí para siempre. Encerrarse en la oficina no había funcionado. Esconderse aquí tampoco lo haría. Tenía que salir del edificio.

Bob giró el pomo y abrió la puerta. Dispuesto a no pensar, salió del almacén. Comprobando a izquierda y derecha y no viendo nada más que el pasillo poco iluminado, Bob salió corriendo.

Con sus zapatos deportivos con suela de goma golpeando el suelo a cuadros blancos y negros, Bob llegó a la esquina del pasillo en segundos. La rodeó y su mirada se fijó en el brillante cartel rojo de SALIDA encima de la puerta, a solo diez metros de distancia. Impulsado por la esperanza, Bob salió disparado hacia la puerta.

Bob golpeó la barra metálica de la puerta a toda velocidad. Bob, que esperaba catapultarse a través de la puerta hacia la dulce libertad de la noche exterior, se sorprendió cuando su cuerpo rebotó hacia atrás en la barra.

Movió los brazos y apenas mantuvo el equilibrio. Durante unos segundos, se aferró a su esperanza. Se arrojó contra la puerta. Aunque sabía que no tenía corpulencia, no era un tipo pequeño. Con un metro setenta y cinco, tenía un poco de peso. Seguramente podría abrir la puerta de un golpe.

Pero no. La puerta permaneció cerrada, como si estuviera clavada.

Bob lo intentó de nuevo. Y de nuevo.

Finalmente, jadeando pesadamente, se apoyó contra la puerta. Y fue entonces cuando lo escuchó.

—*Diddly dum dum diddly da...*

La voz cantarina resonó por todo el edificio mientras se acercaba a Bob. Su tono juguetón era como una araña trepando por la columna de Bob.

A Bob se le puso la piel de gallina en los brazos desnudos, se giró y miró hacia el largo pasillo detrás de él. Tan pronto como lo hizo, las luces del pasillo se apagaron. La poca iluminación que había se había convertido en una oscuridad total.

—*Dum da dum dum…* —Los tonos burlones se acercaron.

Bob lo perdió. Se volvió y golpeó la puerta de salida.

—¡Ayuda! ¡Alguien! ¡Ayúdeme! —Bob gritó tan fuerte que las palabras le rasparon su garganta como si una lima de metal le pasara por las cuerdas vocales.

Sin embargo, a pesar de sus gritos, Bob escuchó fácilmente los fuertes pasos que se acercaban detrás de él. Bob se puso rígido, con todo el cuerpo inmovilizado por la incapacidad de su cerebro para aceptar lo que estaba sucediendo, y esperó el inevitable ataque que—

☆☆☆

Aferrándose a un tenue hilo de conciencia, el cerebro de Bob intentó procesar todos los estímulos que bombardeaban sus sentidos. Sus ojos registraron luces fluorescentes, a la vez mordazmente brillantes y luego terriblemente oscuras. Sus pies transmitieron una presión ardiente, como una abrazadera a través de los arcos. Su columna vertebral comunicaba sacudidas y golpes, rompiéndose en una extensión dura como una roca aparentemente interminable. Su frente se sentía cálida y húmeda; le llegaba a los oídos. Bob parpadeó mientras su cerebro trabajaba para darle sentido a todos estos informes corporales. Intentó moverse.

Tan pronto como intentó que su cuerpo siguiera su orden, su cerebro llegó a una conclusión sobre su situación. Bob levantó la cabeza y miró a lo largo de su cuerpo boca abajo. Lo arrastraban por el pasillo por los pies.

Al mirar las sombras intermitentes, no pudo ver qué lo tenía atrapado. Pero no necesitaba verlo. Sabía que era.

Girando su columna vertebral en un intento de escapar, la cabeza de Bob se estrelló contra el suelo debajo de él. Sintió que su cadera golpeaba contra algo afilado y se dio cuenta de que lo estaban arrastrando por una esquina. Poniéndose rígido, su estómago dio un vuelco al darse cuenta de dónde estaba.

La escala de grises de la luz intermitente fue reemplazada abruptamente por un caleidoscopio de colores arremolinados. Focos rojos, amarillos, violetas y azules arrojaron franjas de resplandor a través del campo de visión de Bob. Mientras sus dedos se flexionaban, en su intento de agarrar algo, cualquier cosa, para detener su avance hacia donde lo arrastraban, Bob reconoció los restos de una diversión olvidada hace mucho tiempo. Su mano rozó un sombrero de fiesta. Su muslo rozó la pata de una mesa.

Bob fue arrastrado con fuerza y su cuerpo se retorció. Mientras lo hacía, la mirada de Bob se posó en una pared cubierta de dibujos de niños. El papel amarillento y rizado, cubierto de figuras de palitos hechas con crayones, se agitó en una corriente de aire cuando Bob fue empujado más allá de la pared.

Bob había mirado largamente esa pared unas horas antes, mucho antes de darse cuenta del peligro en el que se encontraba. La pared le había dado escalofríos, serios escalofríos. Un dibujo en particular, notablemente más grande que los demás, había llamado su atención. Este dibujo, colgado como si fuera la obra maestra central de una exposición, representaba un gran conejo amarillo de la mano de cinco niños felices. A pesar de la alegría que sugería la alegre escena, la imagen había preocupado a Bob.

Cuando Bob vislumbró el dibujo del conejo, sintió que la bilis le subía por el fondo de su garganta. Intentó hacer una tijera con las piernas para liberarse de su captor. El movimiento no hizo más que aumentar la presión alrededor de sus pies.

Bob recibió un fuerte tirón. Su cabeza se golpeó contra la pared mientras doblaba otra esquina. Por unos segundos, creyó oír el sonido ondulante y lejano de niños riendo. Luego, el indicio de conocimiento que había surgido para hacerlo consciente de lo que lo rodeaba una vez más se hundió bajo una capa de embotamiento cubierto de telarañas.

Bob, por más cobarde que se sintiera, agradeció la comprensión ahogada. No dispuesto a afrontar la verdad de lo que estaba sucediendo... y lo que estaba a punto de suceder, cayó en un estado de ensueño que alivió los duros aspectos de su situación. Se dejó flotar dentro y fuera de la realidad hasta que, de repente, su cuerpo fue arrancado del suelo y arrojado.

Cuando la espalda de Bob chocó contra el frío metal, su mente entró en alerta total. Su mirada inmediatamente escaneó su entorno mientras percibía el pellizco y la presión del acero que se envolvía alrededor de su espalda, nalgas y muslos.

Bob gritó e intentó saltar de la silla de metal en la que sabía que estaba. Antes de que sus músculos pudieran levantarlo, una luminosidad verde brilló desde un botón en el costado de la silla y las ataduras de metal se colocaron alrededor de sus muñecas. Una gruesa correa de cuero se ajustaba firmemente alrededor de su pecho. Bob se retorció, pero sabía que estaba desperdiciando su energía. «La habitación de partes y servicios», pensó Bob.

De todas las espeluznantes habitaciones de la pizzería que le habían contratado para "proteger", esta era la habitación que más lo había asustado cuando la vio por primera vez. Sus paredes estaban revestidas con estanterías metálicas que rodeaban múltiples mesas de trabajo de acero inoxidable y "sillones reclinables" metálicos de aspecto industrial que de ninguna manera evocaban sentimientos de relajación; La habitación de partes y servicios estaba repleta de herramientas, cables, sujetadores y varios endoesqueletos robóticos incorpóreos. Pies, brazos, manos, piernas, codos y hombros de metal estaban enredados en los estantes y esparcidos sobre las mesas de trabajo. Cuando Bob vio la habitación por primera vez, se sintió como si estuviera en una cámara de tortura robótica. Rápidamente vio hacia atrás, y se cerró la puerta de golpe.

Una vez más, Bob se revolvió en la silla. Usando toda la fuerza que pudo reunir, intentó liberarse. La silla lo sujetó y luego se dobló hacia atrás, estirándolo.

Tan pronto como Bob estuvo en posición supina, una enorme y peluda máscara de oso pardo se cernió sobre su rostro. Bob gritó.

Mientras los gritos inútiles de Bob llenaban la habitación, la máscara del oso se abrió. Las dos mitades de la cara del oso se despegaron hacia atrás como las alas de un escarabajo, expandiéndose hacia afuera. Cuando el pelaje se abrió, mecanismos robóticos giratorios llenaron la visión de Bob.

Afilado como una navaja y en constante movimiento, el interior de la máscara del oso era una mancha de protuberancias y pinzas que parecían cuchillos y tintineaban. Cada borde de metal expuesto era una pequeña arma letal que fácilmente perforaría la piel humana. Bob empezó a luchar como un animal atrapado en una trampa con dientes de metal. Movió la cabeza de un lado a otro. Se resistió. Pateó.

Al principio, Bob sintió que sus esfuerzos eran inútiles, pero luego sintió que uno de los apoyabrazos comenzaba a moverse. Bob se esforzó por estirar el cuello y se miró la muñeca. No podía ver qué se estaba aflojando, pero algo lo hacía.

La desesperación que había estado atenazando a Bob desde que golpeó la silla de metal se relajó... solo un poco. Bob se permitió empezar a pensar que tal vez podría escapar.

El primer ataque cortante de la máscara cortó la mandíbula de Bob.

Abrumado por las puñaladas y cortes que le desgarraron la frente y las mejillas y le clavaron los ojos y la boca, Bob se dio cuenta de que escapar era imposible. También lo era sobrevivir.

CAPÍTULO 1

Mike entrecerró los ojos con molestia cuando los insistentes rayos del sol atravesaron el vidrio del techo abovedado en el patio de comidas del centro comercial y lo golpearon en el ojo. Movió su silla de plástico amarilla unos centímetros hacia la izquierda y se agachó cuando un dardo de espuma se disparó hacia su cabeza. Logró evitar el proyectil esponjoso porque deseaba estar en cualquier lugar menos donde estaba. Frotándose la cara, parpadeó sobre sus ojos secos y ásperos. Sentía la cabeza tan pesada que no estaba seguro de que su cuello y sus hombros tuvieran la fuerza para sostenerla. Hombre, estaba cansado. Estaba muy cansado.

«Lo que necesito son unas vacaciones», pensó Mike mientras construía distraídamente una pequeña tienda de campaña sobre la mesa frente a él, usando sus servilletas y su vaso de papel. La idea de unas vacaciones reales provocó un resoplido audible de Mike, y golpeó con el puño la construcción del servilletero. «Como si pudiera». Las vacaciones eran para personas con una vida. Con dinero. Mike no tenía ninguna de las dos cosas. Sin vacaciones, se habría conformado con un poco de paz y tranquilidad, pero tampoco podría conseguir eso. Ciertamente no era posible aquí.

A los guardias de seguridad del centro comercial solo se les daba veinte minutos para su hora de almuerzo, por lo que Mike y sus compañeros de trabajo solo tenían dos opciones para pasar su reducido tiempo de descanso. Podían refugiarse en la sucia sala de descanso de los guardias, que apestaba a pepinillos y lejía (no era una buena combinación), o podían ir al patio de comidas. Normalmente era preferible el patio de comidas, pero hoy Mike no estaba tan seguro de que hubiera sido la mejor opción. Un niño estaba celebrando una fiesta de cumpleaños y los munchkins gritaban y se volvían locos. Algún imbécil le había regalado al

cumpleañero pistolas de dardos de espuma, y el patio de comidas se había convertido en una caótica zona de batalla de asaltos ineptos y risueños.

Dentro y alrededor de los pequeños juerguistas, los compradores del centro comercial devoraban una variedad de comida rápida. Los aromas que rodeaban a Mike eran otra batalla internacional. Las salsas italianas luchaban con las salsas mexicanas, que se enfrentaban con los olores de los rollitos de huevo frito y las hamburguesas chisporroteantes. Las fosas nasales de Mike se inundaron con una mezcla tintineante de curry, jengibre, orégano, cayena y eneldo.

Mike hizo una bola con el envoltorio de papel del burrito de frijoles refritos que acababa de comer sin probarlo. Ahora que estaba en su estómago, se dio cuenta tardíamente de que la salsa picante del burrito había estado demasiado picante. Un infierno comenzó a arder en su plexo solar.

Mike tiró el envoltorio del burrito hecho una bola a un bote de basura cercano. Docenas de grandes receptáculos de malla de acero estaban intercalados entre las filas de pequeñas mesas cuadradas que salpicaban la extensión del área de comedor del patio de comidas del centro comercial. La bola de papel de Mike golpeó el borde trasero de la lata y luego cayó junto con el resto de los envoltorios de comida, servilletas y vasos de papel.

«1punto», pensó Mike tontamente.

Era una lástima que no fuera alto. Durante unos segundos, Mike bloqueó los gritos de los niños y se imaginó que era alguien muy diferente de lo que era.

A los veinticinco años, Mike estaba de acuerdo con su edad. También estaba bien con su apariencia. Medía un metro sesenta y cinco y estaba en bastante buena forma, aunque no tenía tiempo para hacer demasiado ejercicio. No creía que su cabello castaño oscuro, sus ojos color avellana y sus rasgos regulares fueran particularmente atractivos, pero tampoco eran feos. En una de las raras citas que había tenido en la escuela secundaria, una chica le había dicho que sus ojos eran "intensos", debido a su pronunciado arco superciliar. También dijo que tenía una mandíbula "cincelada". Pensó que ella había leído demasiadas novelas románticas. Seguramente esperaba de él mucha más “caballería” de la que había sido

capaz de hacer. Ella no había querido una segunda cita. Ahora ni siquiera podía recordar el nombre de la chica.

No, el problema no era su apariencia. Eran sus circunstancias. O tal vez era él.

La mayor parte del tiempo, Mike se decía a sí mismo que su vida era una mierda porque la tragedia le había robado una infancia normal... y le estaba robando la edad adulta. Pero la verdad es que la tragedia no era el verdadero problema. El problema había llegado antes de la tragedia. Mike era el problema. Si tan solo hubiera sido alguien diferente en aquel entonces.

¿Cómo sería la vida si Mike hubiera sido el tipo de chico con el que las chicas querían salir en la escuela secundaria? ¿Qué estaría haciendo ahora si hubiera ido a la universidad? No era alto, pero era rápido. Quizás podría haber jugado baloncesto. O béisbol. O tal vez podría haber estudiado carpintería y quedarse después de la escuela para trabajar en proyectos; A él siempre le había gustado construir cosas. Podría haber hecho muchas cosas... si no hubiera tenido que quedarse en casa y...

—Escucha esto.

Mike parpadeó y miró al otro lado de la mesa. Frunció el ceño. Había olvidado que Jeremiah estaba allí. Y eso requirió algo de tiempo. Jeremiah no era el tipo de persona que pasa a un segundo plano. Era un hombre afroamericano, del tamaño de un apoyador y con un peso que atestiguaba su amor por las hamburguesas y su consumo copioso de refrescos. Mientras que la camisa de poliéster azul oscuro de Mike y sus pantalones a juego colgaban holgadamente de su desgarbado cuerpo, los enormes hombros y el gran vientre de Jeremiah estiraban las costuras de su uniforme. Jeremiah era un buen tipo. No ponía de los nervios a Mike como lo hacían la mayoría de los otros guardias (y la gente en general).

Jeremiah tomó un fuerte sorbo de cola del enorme vaso de papel que estaba sobre la mesa de plástico azul frente a él. Agitó el libro de bolsillo que sostenía.

Jeremiah se aclaró la garganta y leyó en voz alta.

—Y aunque el soñador permanece dormido, camina a través de la memoria como si la experimentara por primera vez, de nuevo. Ya no soy

un pasajero, sino un PARTICIPANTE ACTIVO. —Jeremiah frunció el ceño—. ¿Por qué PARTICIPANTE ACTIVO está en mayúsculas? ¿Es como un título o algo así? ¿Como alcanzar el nivel de GRAND LORD en un videojuego?

Mike pensó que la pregunta de Jeremiah era retórica, así que no la respondió. Jeremiah cerró el libro y miró su cubierta azul claro. Sobre la imagen abstracta de un ojo cerrado, el título del libro, *Teoría de los sueños*, se extendía en diagonal, en una fuente vacilante como si las palabras mismas se estuvieran quedando dormidas.

Jeremiah volvió a agitar el libro.

—¿Esto es real? —preguntó, levantando una ceja hacia Mike.

Mike se encogió de hombros.

—Algunas personas piensan que sí. Supongo que depende de lo que creas.

Jeremiah asintió. Dejó caer los párpados a medias sobre sus redondos ojos marrones mientras miraba más allá del hombro de Mike. Mike se dio cuenta de que Jeremiah no estaba viendo el tiroteo con dardos de espuma. Jeremiah estaba perdido en sus pensamientos.

Después de unos segundos, Jeremiah suspiró.

—En el verano del 82, cambié una tarjeta de novato de Cal Ripken Jr. en perfecto estado por una copia usada de Missile Command. Esa tarjeta probablemente ahora valga ochocientos dólares. Me gustaría participar en ese recuerdo, y patearme activamente el trasero por una decisión tan estúpida. —Dejó escapar una carcajada. Luego se tranquilizó y dio unos golpecitos en el libro—. ¿Puedo quedarme con esto?

Mike extendió la mano y le arrebató el libro de la mano a Jeremiah.

—No.

Los labios de Jeremiah cayeron. Por un segundo, pareció un cachorro de gran tamaño y oprimido.

—Lo siento —dijo Mike—. No lo he terminado.

La habitual sonrisa despreocupada de Jeremiah volvió.

—Vale, no hay problema.

Sintiéndose mal por arremeter a Jeremiah, Mike dijo—: Creo que tenemos tiempo para un batido. ¿Quiero uno? Yo invito.

Jeremiah se iluminó.

—¿En serio? Sí. Gracias, amigo.

—De nada. —Mike se puso de pie y se dirigió hacia el mostrador cromado y laminado de color rojo brillante del Dairy Freeze del patio de comidas. Una mujer que llevaba demasiado perfume floral estaba en el mostrador, y tan pronto como Mike escuchó lo que decía, comenzó a arrepentirse de su oferta de comprarle un batido a Jeremiah.

—Quiero un helado de tres bolas —dijo la mujer con un acento extraño que era mitad acento sureño y mitad británico— pero en lugar de tres cucharadas completas de tres sabores, quiero medias cucharadas de seis sabores. Quiero pasas al ron, nueces de plátano, dulce de nueces, pastel de queso con fresas, sorbete de limón y regaliz. Además de pasas al ron, quiero sirope de fresa. Sobre el chocolate con mantequilla de maní, quiero cobertura de malvavisco. Sobre el…

Mike movió los pies. Respiró larga y profundamente y se dio la vuelta, intentando acallar el sonido de la interminable orden de la mujer. Ella había pasado de los ingredientes y estaba describiendo cómo quería que el helado estuviera dispuesto en el tazón.

Aunque la fiesta de cumpleaños había terminado, los niños seguían jugando entre las mesas del patio de comidas. Algunos de los niños, un grupo de cinco, se hacían pasar por policías y ladrones en el borde de las mesas, cerca del elemento central del patio de comidas, una fuente decorativa con forma de vaso grande con una pajita sobresaliendo del medio. El agua brotó de la pajita y quedó atrapada en luces multicolores que salían del borde de la taza. La fuente era un poco ñoña, pero a Mike le gustó.

—¡Manos arriba! —gritó uno de los niños pequeños cerca de la fuente. El sonido vino de una chica de cabello morado. Tenía las manos apretadas alrededor de una pistola de mentira. Un chico de cabello negro quedó atrapado en su mira. Levantó los brazos.

—Espósalo —le ordenó la niña a otro niño, un niño pecoso con el pelo puntiagudo. Se acercó al pelinegro y fingió ponerle esposas.

Mike sonrió. «Las cosas que los niños hacen de tanto ver televisión».

El niño pecoso comenzó a llevarse al niño "esposado", llevándolo a...

La sonrisa de Mike desapareció abruptamente.

Un poco más allá del supuesto policía y del supuesto criminal, un niño pequeño, de unos seis años, estaba presionado contra la media pared en el borde del patio de comidas. La parte superior de la media pared estaba llena de plantas, algunas de las cuales colgaban sobre la pared. El niño, con su cabello rubio y rizado enredado que le caía sobre los ojos, se acurrucaba bajo las hojas de una especie de helecho. Con el ceño fruncido, la boca comprimida, la mirada moviéndose de izquierda a derecha, con sus frágiles brazos rodeando con fuerza a un pingüino de peluche, el niño era una viva imagen del miedo.

Mike frunció el ceño. ¿Por qué el niño parecía tan asustado? ¿Estaba en problemas?

—¿Gross de chocolate y mantequilla de maní? —preguntó una animada voz femenina.

Mike registró la voz, pero mantuvo su atención en el niño... hasta que alguien le tocó suavemente el hombro. Mike se volteó hacia el toque. Una mujer sonriente de cabello gris señaló el mostrador de Dairy Freeze. —Creo que eres el siguiente —Su voz era cálida y amable, y brevemente le trajo un recuerdo de...

—Quieres lo de siempre, ¿verdad?

Esta vez, Mike dirigió su mirada hacia la voz.

—Hola, Cindy. Lo siento.

Cindy le dedicó su amplia sonrisa a Mike. Cindy, una bonita estudiante universitaria que trabajaba en Dairy Freeze para pagar sus clases y se especializaba en economía (eso le había dicho a Mike a pesar de que él no había expresado ningún interés en su vida personal), era amigable con todos. Sin embargo, según Jeremiah, Cindy le prestaba especial atención a Mike. Mike no se había dado cuenta.

Mike frunció el ceño, pensando en el niño asustado. ¿Estaba perdido? ¿Por qué estaba solo?

—¿Lo de siempre? —repitió Cindy.

—¿Eh? —Mike se centró en Cindy. Su largo cabello castaño estaba trenzado hoy.

Cindy colocó su bola de helado sobre un recipiente de chocolate con mantequilla de maní.

—Sí. Y un batido de chocolate para Jeremiah.

—Perfecto.

Mike se alejó de Cindy y miró más allá de las niñas, cuyo baile había degenerado en un festival de risas. Dio un paso a su derecha para poder ver el área junto al jardín de la media pared. Vio el helecho, pero el niño… Ya no estaba.

Mike rápidamente escaneó el área. Consciente de que su respiración se aceleraba, pudo sentir un sonido acelerado en sus oídos. Reconoció ese sonido... era el sonido del pánico.

—Entonces, ¿cuándo vas a traer a Abby? —Preguntó Cindy.

Mike escuchó a Cindy, pero no la reconoció. Todavía estaba tratando desesperadamente de encontrar al niño.

—Tenemos un nuevo sabor —continuó Cindy—. Explosión del arco iris. Apuesto a que se volverá loca por eso.

Mike se alejó del mostrador de Dairy Freeze. Esquivando a un par de niños preadolescentes que se peleaban, Mike pasó junto a una hilera de mesas.

—¿Mike? —La llamada de Cindy lo persiguió cuando comenzó su medio trote, dirigiéndose hacia donde había visto al niño por última vez.

La mirada de Mike era una sonda láser de fijación. Ignoró todo lo que veía excepto…

«¡Allá!»

Mike vio al niño. Estaba a unos cuarenta metros de distancia. Ya no junto al macetero de la media pared, el niño se dirigía hacia la fuente. El niño estaba casi de espaldas a Mike ahora, pero Mike reconoció los rizos rubios y sueltos y vio una aleta de pingüino que sobresalía de debajo del codo huesudo del niño.

El niño caminaba torpemente por el patio de comidas, en dirección al vestíbulo principal del centro comercial. Y ya no estaba solo.

Mientras Mike se acercaba al niño, vio que un hombre alto y rubio sucio tenía su mano alrededor de una de las muñecas del niño. El hombre estaba arrastrando al niño, obligándolo a un ritmo que obviamente era demasiado rápido para un niño tan pequeño.

—¡Oye! —gritó Mike.

Mike se echó a correr.

Mike empujó a una pareja joven que se tomaba de la mano, apartó sillas a patadas y pasó a cualquiera que se interpusiera en su camino. Solo marginalmente consciente de las cabezas que se volvían hacia él y de algunos gruñidos molestos y protestas enojadas, Mike corrió por el patio de comidas.

Debido a que el hombre se vio obstaculizado por el niño que se tambaleaba torpemente, Mike rápidamente cerró la brecha entre él y el hombre.

—¡Eh, tú! —gritó Mike—. ¡Detente!

Como la mayoría de las personas que rodeaban a Mike, el hombre comenzó a girarse hacia Mike. Mike registró brevemente las cejas levantadas del hombre antes de lanzarse a través del último metro de espacio entre él y el imbécil que intentaba llevarse al niño. Mientras Mike disparaba hacia el hombre, retiró su brazo y apretó el puño. Dirigió un rápido golpe a la nariz del hombre.

Mike escuchó un crujido cuando sintió que el cartílago cedía bajo sus nudillos. Al mismo tiempo, el impulso de Mike resultó en una colisión con el hombre. Juntos, se derramaron en la base de la fuente de agua.

Cuando Mike cayó al agua, perdió la capacidad de procesar lógicamente lo que estaba haciendo. Algo primitivo en él se hizo cargo, algo que

convirtió sus brazos en pistones que seguían acercándose al rostro del hombre.

Cuando el hombre se defendió, lanzando un golpe de refilón a lo largo de la mandíbula de Mike y clavándole una rodilla en el vientre, la ira de Mike se aceleró a toda marcha. Se arrojó sobre el hombre, arrojándolos a ambos al agua. Ya sea como resultado de las represalias del hombre o de la furia fuera de control de Mike, Mike se mordió el labio. Probó la sangre. Mike también sintió sangre en los nudillos; el calor contrastaba con el agua helada de la fuente.

Por el rabillo del ojo, Mike vio filamentos rojos arremolinándose en el agua clara de la fuente. El rojo desencadenó un recuerdo, y el recuerdo oscureció sus pensamientos; tanto que parecía como si estuviera cayendo en un vacío negro.

CAPÍTULO 2

Un pitido estridente atravesó nubes vaporosas y a la deriva…

Mike abrió los ojos y gimió. Durante un par de segundos logró aferrarse a la sensación de flotabilidad que le había quedado del sueño. Pero el pitido continuó, penetrante e insistente.

Mike extendió su mano izquierda y la golpeó hacia lo que pensó que era la parte superior del barato reloj despertador digital de plástico que estaba junto a la maltrecha lámpara de escritorio de metal en su desvencijada mesita de noche. En lugar de activar la alarma, la mano de Mike aterrizó en el reproductor de casetes cerca de la lámpara. Sintió que sus dedos rozaban un libro de bolsillo y luego escuchó que el libro se deslizaba de la mesa de noche y golpeaba la delgada alfombra del piso de madera con un ruido sordo.

Mike retiró la mano. Sus dedos, en pleno modo torpe de madrugada, una vez más chocaron con algo. Esta vez fue el frasco de plástico de sus pastillas. Mike escuchó la botella golpear el costado de la mesa de noche y aterrizar en la alfombra con un sonido de silencio. Se encogió, esperando que hubiera recordado ponerse bien la gorra.

Mike comenzó a sentarse, pero el movimiento envió lo que sintió como un fragmento de vidrio a través de su lóbulo temporal. Mike se agarró la cabeza. El fragmento de vidrio comenzó a moverse dentro de su cráneo. El continuo pitido chirriante de la alarma pareció hundir el fragmento aún más profundamente en su cerebro.

Mike entrecerró los ojos hacia su mesa de noche y una vez más intentó apagar la alarma. Esta vez, su palma dio en el blanco. El ruido infernal cesó.

Mike gimió de nuevo y se frotó las sienes. Suspirando, sacó las piernas de la cama y alcanzó el vaso al lado del reproductor de casetes. Al menos había logrado no tirarlo. El vaso todavía estaba medio lleno de agua. Mike se lo tragó y volvió a dejar el vaso.

Los pies descalzos de Mike se movieron y el derecho chocó con el frasco de pastillas recetadas. Haciendo una mueca al inclinarse, porque el movimiento intensificó su dolor de cabeza, Mike tomó el recipiente de plástico de color ámbar oscuro. Afortunadamente, le había puesto la tapa a la botella. Las pequeñas pastillas blancas recetadas (un par de docenas) todavía estaban a salvo dentro.

Mike metió el frasco de pastillas debajo del colchón, a solo unos centímetros del borde. Luego se inclinó de nuevo, apretando los dientes contra el aumento de los golpes en su cabeza. Cogió su libro de bolsillo de *La teoría de los sueños*. Mike colocó el libro al lado del reproductor de casetes y presionó el botón REBOBINAR de la máquina.

Una vez que la cinta de casete comenzó a moverse susurrando, Mike logró inhalar con calma. Finalmente, su rutina matutina estaba empezando a encajar.

Por lo general, los primeros movimientos de Mike después de despertarse eran de memoria. Pulsar la alarma. Tomar las pastillas. Rebobina la cinta. Esta mañana, el nivel inusualmente alto de su dolor de cabeza había convertido la rutina de Mike en un espectáculo de un solo títere. El suave rebobinado de la cinta le devolvió una sensación de normalidad.

—Está bien —dijo Mike. Se pasó las manos por el pelo.

Mike se puso de pie, se alejó un par de pasos de su cama y plantó los pies en el borde de su raída alfombra de trapo azul y gris pálido. Estiró los brazos sobre su cabeza y se obligó a ignorar su dolor de cabeza. Se dejó caer al suelo y empezó a hacer flexiones. Sin contar, bajó y se levantó una y otra vez.

Bajo las palmas de las manos de Mike, la alfombra parecía sucia y áspera. Vagamente, intentó recordar cuándo había aspirado su habitación por última vez.

Levantando la cabeza mientras movía su cuerpo hacia arriba y hacia abajo, Mike percibió la familiar escasez de su espacio. La habitación casi vacía (solo contenía su estrecha cama y la pequeña mesita de noche) no era más que una celda desnuda, una celda que mantenía a Mike separado del mundo. Incluso su única ventana, que podría haberle recordado que existía una realidad más allá de su propio sufrimiento, estaba cubierta por pesadas cortinas opacas. Mike volvió a dejar caer la cabeza y continuó haciendo flexiones. La rutina, aunque dolorosa, lo reconfortaba, al igual que su entorno carcelario. Unos minutos más de este castigo y podría afrontar su día.

☆☆☆

Abby se inclinó sobre su bloc de dibujo y se concentró en conseguir el dibujo perfecto. Metiendo la lengua entre los dientes, arrastró el lápiz por la página formando una línea larga y curva. Alejándose, frunció el ceño. «¿Te pareció bien?» Sin estar segura, Abby levantó la mirada. Miró a través de la abertura de la tienda de campaña que la rodeaba.

Construida con mantas sujetas por su mesita de noche pintada de blanco, su pequeño escritorio a juego y un borde de su cómoda (también blanca, pero no a juego), la tienda de campaña de Abby se ajustaba a su cama, una cama que casi no le gustaba, por mucho que le gustaran los acogedores confines de la tienda oculta.

Con dos almohadas mullidas en el suelo y otra manta arrugada alrededor de las almohadas, el interior de la tienda de campaña de Abby era como un pequeño nido que hacía que Abby se sintiera como un pajarito seguro y cuidado. Las almohadas y las mantas olían como el detergente con el que las lavaban. Abby había visto la caja del detergente; estaba etiquetado con AROMA A LLUVIA. Abby no creía que el detergente oliera a lluvia, pero no olía mal. Era algo dulce y afrutado. Eso significaba que el interior de la tienda de Abby también era dulce y afrutada.

A Abby le gustaba estar en su tienda escondida. Podía manejar casi cualquier cosa cuando estaba metida dentro. Tomemos, por ejemplo, los gruñidos que provienen de la habitación de su hermano. Mike estaba haciendo flexiones de nuevo y Abby deseó no tener que escucharlo. Claramente no le gustaba hacerlo. Abby se dio cuenta de eso por todos los gemidos y quejidos. Cuando Mike hacía las flexiones, Abby se sentía

mal, como si algo duro le estuviera golpeando el vientre. A ella no le gustaba sentirse así.

Aunque dentro de la tienda de campaña de Abby hacía frío y estaba oscuro, un grueso rayo de sol pasaba por la abertura de la tienda. El rayo de sol aterrizó en la pared opuesta a la tienda. Muchos de los dibujos terminados de Abby cubrían esa pared. Abby usaba los dibujos como motivación para ayudarla a dibujar mejor. Aunque la mayoría de las cosas en los dibujos eran muñecos de palitos, algunos parecían más reales. Estaba mejorando en el dibujo. Eso la hizo sentir bien.

No había muchas cosas que hicieran sentir bien a Abby. Desde que tenía recuerdos, había sentido que realmente no sabía cómo ser. Nadie parecía quererla mucho cerca. Ni su hermano. Ni su niñera, Max. Ni los niños de la escuela, ni los del Centro de Desarrollo. Bueno, "nadie" no estaba del todo bien. A la Dra. Lillian parecía agradarle tener a Abby cerca. La Dra. Lillian fue quien convirtió a Abby en la fantástica de los lápices de colores que usaba ahora. La Dra. Lillian dijo que Abby tenía talento. Eso significaba que Abby dibujaba mejor que otros niños de su edad. Dibujar hacía que Abby se sintiera especial. También lo hacía las cosas que dibujaba. El dibujo era el camino de Abby hacia un mundo en el que le gustaba estar. Era un mundo en el que la querían.

Un golpe seco sonó en la endeble puerta de madera de Abby. Abby dejó a un lado su bloc de dibujo y cerró las dos secciones de manta que formaban la abertura de su tienda. Cogió a Dolph, su delfín de peluche. A través de la estrecha rendija entre las mantas, miró hacia la superficie marcada de color marrón pálido de su puerta. Deseaba que su puerta fuera grande y gruesa y tuviera pestillos, como la puerta de un castillo.

—¡Abby! —Mike llamó desde el otro lado de la puerta del no-castillo de Abby.

Abby no respondió a su hermano.

—¿Estás lista, Abs?

—Mi nombre no es Abs —susurró Abby—. Mi nombre es Abby y no estoy aquí.

La puerta nada gruesa y sin pestillos de Abby se abrió. Mike asomó la cabeza en el espacio privado de Abby. Miró hacia la cama de Abby, luego

desvió la mirada hacia la grieta en las mantas por la que Abby miraba. Abby escuchó claramente el fuerte suspiro de su hermano.

Abby miró fijamente los pies de Mike mientras se dirigían hacia su tienda de campaña. Su hermano llevaba un par de calcetines de vestir negros. Estaban descoloridos y estirados, de modo que se arrugaban alrededor de sus tobillos, y ambos calcetines estaban llenos de agujeros. Su dedo gordo del pie izquierdo sobresalía por la mayor de las aberturas irregulares.

Los pies se detuvieron muy cerca del frente de la tienda de campaña de Abby. Los pies, o tal vez fuera el propio Mike, olían a sudor; Abby arrugó la nariz y puso la cara en el suave pelaje de Dolph. Dolph no estaba tan limpio como las mantas de la tienda de campaña de Abby, por lo que no olía dulce ni afrutado. Pero no olía mal. Olía como a Abby, y Abby olía a limones porque su champú olía a limones.

—Abby —dijo Mike—. Sé que estás despierta.

Abby cerró los ojos con fuerza. Oyó un movimiento susurrante y sintió que las solapas de la manta de su tienda se separaban. Mike dejó escapar otro largo y sonoro suspiro.

—¡Abby!

Mientras Abby mantenía los ojos cerrados, Dolph se presionó contra su cara. Ella no se movió.

Un rasguño. Un sonido de aleteo. Abby sintió que el aire le pasaba por los brazos desnudos. Ella abrió los ojos. Mike estaba sacudiendo una de las sillas que sostenían parte de su tienda oculta en su lugar.

—¡Está bien, está bien, está bien! —gritó Abby.

La cabeza de Mike asomó por las solapas de la tienda. Su cabello estaba muy erizado. Ella pensó que se veía tonto de esa manera, pero él podría haberlo hecho a propósito. Algunos de los chicos de la escuela tenían el pelo así.

Abby pensó en su propio cabello. Probablemente también se veía tonta en ese momento. Su cabello siempre caía por todos lados cuando dormía, era grueso y fino como el de su hermano, por lo que se enredaba fácilmente. Abby miró a Mike.

—Estás siendo un idiota —dijo Abby.

Mike puso los ojos en blanco.

Cuando Mike ponía los ojos en blanco, Abby a veces sentía como si estuviera mirando sus propios ojos en la cabeza de otra persona. Los ojos de Abby y Mike eran muy parecidos, aunque los de él eran de un marrón más claro que los de ella; lo llamaban avellana. Sus ojos se inclinaban hacia el borde exterior, como si estuvieran un poco tristes todo el tiempo. En realidad, eso tenía sentido.

Además de sus ojos y el cabello negro, espeso y ligeramente ondulado que ambos tenían, Abby no creía que ella y Mike se parecieran mucho. La cara de Mike era un poco dura, como si su piel estuviera estirada sobre metal o madera. El rostro de Abby era más suave y redondo.

Mike volvió a empujar la tienda de campaña.

—Vamos, Abby. Tengo que ir a un lugar. Lo sabes.

Abby imitó el suspiro de Mike.

—No es mi culpa que hayas perdido tu trabajo en el centro comercial.

Abby suspiró por segunda vez. Sabía que comer helado de Dairy Freeze ya no era algo que iba a suceder mucho, si es que alguna vez volvía a suceder. Mike había obtenido un descuento en el patio de comidas cuando trabajaba allí. No más descuento. No más helado.

—Tienes razón en eso —dijo Mike.

Abby sabía que estaba hablando del trabajo, no del helado en el que estaba pensando.

—Pero si llego tarde, será culpa tuya. —Mike pateó ligeramente el costado de la tienda de campaña—. Cinco minutos. Quiero que estés vestida.

Abby le sacó la lengua a Mike. Él le copió. Ella pensó que sus lenguas podrían haberse parecido un poco, pero la de él era más grande.

Mike se giró para salir de la habitación. Abby miró a Dolph y le levantó una ceja. El delfín pareció estar de acuerdo con su idea, así que lo arrojó por la abertura de la tienda.

Dolph hizo un arco en el aire y clavó su nariz roma en medio de la espalda de Mike. Cuando Dolph se dejó caer sobre la alfombra trenzada de color amarillo y verde que cubría el piso de madera de Abby, Mike se dio la vuelta.

Abby miró los pies de Mike.

—Bonitos calcetines —dijo.

—No eres quien para reparar —dijo Mike. Se dio la vuelta y salió de su habitación.

Abby salió de su tienda y se adelantó para rescatar a Dolph. Se puso de pie y miró sus propios pies. Llevaba un calcetín a rayas rojas y blancas y un calcetín amarillo con lunares. Abby se encogió de hombros y abrazó a Dolph. A él no parecía importarle que sus calcetines no combinaran.

☆☆☆

Mike miró hacia las nubes grises que colgaban tan bajas que parecía como si lo estuvieran presionando hacia el agrietado pasillo de concreto que conducía al triste edificio rectangular de ladrillo al que no quería entrar. El edificio, cuya arquitectura simple y oprimida gritaba “Oficina gubernamental con fondos insuficientes”, parecía que apenas podía mantenerse bajo las dominantes nubes estratos.

Mike odiaba las nubes estratos. Siempre eran férreas y deprimentes, y carecían de carácter... mucho espectáculo y ninguna sustancia. Las nubes estratos oscurecieron y amenazaron el cielo, pero en realidad contenían muy poca precipitación. Mike lo había aprendido en la clase de ciencias y, por alguna razón, lo recordaba. Tal vez fue porque él mismo se sentía un poco como una nube estratificada.

Mike vaciló al pie de los escalones poco profundos que conducían al edificio que tenía delante. ¿Cuántas veces había estado en este miserable lugar? Había perdido la cuenta.

Mike soltó de una patada un trozo de hormigón desmoronado de uno de los escalones. El crujido le pareció satisfactorio. Mike cuadró los hombros, subió las escaleras y entró en el edificio.

El interior del edificio que albergaba las oficinas de servicios sociales de la ciudad era incluso más feo que el exterior. Con paredes color crema sucias y una alfombra marrón descolorida de calidad industrial, el vestíbulo y el salón principal no eran mucho más atractivos que una alcantarilla. No es que Mike hubiera estado alguna vez en una alcantarilla... este lugar estaba lo suficientemente cerca.

Mike avanzó arrastrando los pies y sacó un número de un dispensador de números negro y lleno de rayones cerca del mostrador al otro lado del vestíbulo. Miró el pequeño trozo de papel que tenía en la mano. Número veintisiete. Levantó la vista hacia el display numérico débilmente iluminado en la pared. El número once parpadeaba anémicamente bajo las luces fluorescentes que proyectaban un duro resplandor sobre todo.

—Genial —murmuró Mike.

Mike arrastró los pies sobre la alfombra nudosa mientras se dirigía hacia una hilera de sillas de plástico moldeado a lo largo de la pared izquierda del vestíbulo. Las otras veintiséis personas que tenían números de papel, junto con sus cónyuges, hijos o amigos (Mike no tenía ninguno de los anteriores), llenaban el área relativamente pequeña. Sin embargo, había una silla al final sola. Mike se dirigió hacia allí y tomó asiento. Tan pronto como se sentó, usó su trasero para alejar la silla de su vecina. La mujer de mediana edad que estaba sentada en la silla de al lado era grande y sus muslos cubiertos por pantalones deportivos invadían el espacio de Mike.

Mike sintió la mirada de la mujer sobre él mientras recolocaba la silla. La escuchó resoplar, pero no levantó la vista. Mirar a los ojos a las demás personas que esperaban ver a un trabajador social nunca era una buena idea. Podrías dejarte tragar por un fango de depresión que te chupa la vida si hicieras contacto visual con las demás personas en este edificio. Todos aquí estaban en una situación lamentable u otra. Lidiar con su propio equipaje ya era bastante difícil; Mike no necesitaba vislumbrar el de nadie más.

Aunque Mike no vio a los demás en la habitación, podía sentirlos. Su presencia se sentía como los barrotes de una celda.

Mike también podía oler y oír a la gente que lo rodeaba. La sala de espera estaba llena de sonidos (pies nerviosos, resoplidos, toses,

carraspeos, un par de sollozos débiles) y murmullos de voces. Aunque Mike no quería oír hablar de los problemas de otras personas, algunos fragmentos de la conversación superaron su intención de ocuparse de sus propios asuntos.

—Entonces le digo —relató una voz femenina quejumbrosa—. No puedes hacerle eso a otra persona. ¿A dónde se supone que debemos ir cuando nos echen?

Una profunda voz masculina al otro lado de la habitación retumbó, lo suficientemente fuerte como para ser escuchada fuera del edificio—: El hombre no puede poner comida en la mesa con los maní que intenta pagar.

Mike se tapó los oídos mentalmente y se miró los pies. Se desconectó de su entorno y desapareció en su juego favorito—: ¿Qué estaría haciendo si fuera…?

A Mike le gustaba representar todo tipo de escenarios imaginarios cuando se entregaba a este juego. A veces era reportero o fotógrafo de viajes. A veces era un científico, un médico o un juez. La mayoría de las veces era un contratista, el jefe encargado de construir casas grandes o edificios de oficinas interesantes (no edificios como este). Mike nunca, nunca era un guardia de seguridad, un conserje, un empleado de correo o un perdedor desempleado que buscaba cualquier trabajo que pudiera encontrar.

Mike sabía que jugar este tipo de juego de fantasía era algo que debería haber superado hace años, pero permitirse imaginar una vida diferente a la que vivía era lo que le permitía levantarse por la mañana y poner un pie delante de la realidad. Otra. Cuando Mike pasaba a ser un Mike fingido en lugar de un Mike real, podía trabajar desde cero. Podría guardar todo el equipaje, toda la decepción… toda la culpa. Y si no hubiera podido guardar eso de vez en cuando, su peso probablemente ya lo habría puesto patas arriba. O lo habría matado. Mike no estaba seguro de qué habría sido peor.

—¿Número veintisiete?

Mike levantó la vista. «¿Ya?»

Una mujer de cuarenta y tantos años con una permanente apretada y unos ojos que parecían haber dormido poco más de una o dos horas por noche durante años miró alrededor de la habitación. Mike levantó una mano y llamó su atención.

La mujer tiró del dobladillo de su arrugada blusa naranja. La blusa contrastaba, pensó Mike, con la falda color óxido de la mujer. La falda colgaba torcida sobre las flacas caderas de la mujer; la falda estaba dos pulgadas por encima de la rodilla derecha de la mujer y una pulgada por debajo de la izquierda.

—¿Número veintisiete? —la mujer llamó a Mike.

Mike asintió.

—Sígueme —dijo la mujer.

Mike se levantó.

CAPÍTULO 3

El hombre alto y delgado que se reclinaba casualmente en una silla de oficina de vinilo negro agrietada tenía los modales de alguien que presidía una sala de juntas ejecutiva. De hecho, el hombre presidía nada más que un escritorio barato con tapa de madera en una oficina del tamaño de un armario y sin ventanas. Una placa acrílica aún más barata situada delante del escritorio anunciaba que el nombre del hombre era Steve Raglan. Bajo STEVE RAGLAN, la placa de identificación revelaba que el hombre era un CONSEJERO PROFESIONAL. Dada la expresión engreída de Raglan que claramente telegrafiaba su exagerada opinión sobre sí mismo, Mike estaba seguro de que el tipo pensaba que era el mejor consejero profesional del planeta. O tal vez simplemente la mejor persona del planeta. Mike tenía muchas, muchas ganas de darle un puñetazo al tipo.

Raglan, de unos cincuenta años y con el pelo oscuro y canoso, estudió a Mike con los ojos entrecerrados, ampliados y contorsionados por unas gruesas gafas redondas de montura negra. Las gafas dominaban un rostro delgado coronado por una frente alta.

Raglan le dedicó a Mike una sonrisa. La sonrisa mostraba los dientes, pareciendo más una mueca que una sonrisa.

—Entonces, señor Schmidt —dijo Raglan— ¿cuál es su problema?

La mirada de Raglan recorrió de arriba abajo a Mike como si Raglan estuviera evaluando una vaca antes de su viaje al matadero. Raglan continuó reclinado en su silla. Uno de sus grandes pies estaba apoyado contra el feo y lleno de cicatrices escritorio. El pie se movía como si Raglan estuviera marcando el ritmo de una melodía que solo él podía oír.

—¿Y bien, Mike? —Preguntó Raglan—. ¿Te importa si te llamo Mike?

Mike se encogió de hombros. No le importaba cómo lo llamara este tipo. A él tampoco le importaba lo que el chico tuviera que decir. Cualquier cosa que Raglan dijera sería molesta. El hombre tenía una voz chirriante, alternativamente ronca y nasal, luego suave y cantarina. Era como si Raglan no pudiera entender quién era o cómo quería sonar.

Sea como fuere. A Mike no le importaba por qué Raglan sonaba como lo hacía. Todo lo que Mike quería hacer era terminar con esta reunión de una vez.

—Entonces, ¿qué eres, Mike? —Preguntó Raglan—. ¿Algún tipo de caso perdido? —Raglan usó su pie para empujarse fuera del escritorio. Enderezó su silla y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el secante de fieltro beige que contenía una única carpeta de papel manila y una taza de café roja, que parecía estar vacía. La carpeta era la única que había sobre el escritorio de Raglan. Aparte de un viejo teléfono fijo y una bandeja de entrada de malla metálica vacía, parecía que el escritorio nunca fue necesario para ningún trabajo real.

—Sr. Me gusta golpear padres —dijo Raglan—. ¿Ese eres tú?

Mike miró fijamente a Raglan. El hombre no solo no decía nada de lo que esperaba oír, sino que había algo raro en él. La nariz de Mike se torció. Quizás era el olor del tipo. Mike no podía descifrarlo. No era sudor ni nada por el estilo. No era colonia ni comida. Era algo... almizclado... algo que le hizo pensar a Mike en el sótano húmedo de la casa de su infancia. Nunca le había gustado bajar a ese sótano. A él tampoco le gustaba Raglan.

A Raglan no pareció importarle que Mike permaneciera mudo.

—Atacas a un hombre a plena luz del día… —dijo Raglan.

El ojo interior de Mike repitió la pelea en la fuente del patio de comidas. Sintió el agua fría, saboreó la sangre cobriza. Mike se humedeció los labios y permaneció en silencio.

—…delante de su propio hijo —continuó Raglan.

El recuerdo de Mike lo llevó nuevamente a la fuente. Recordó la presión del brazo de Jeremiah sobre sus hombros.

—¡Mike! —Jeremiah le había gritado al oído—. ¡Para, Mike! —Mike había luchado contra Jeremiah mientras su mirada buscaba al niño que acababa de rescatar. Entonces Mike escuchó al niño gritar—: ¡Papá! —Aun sosteniendo su pingüino, el niño había trepado a la fuente para alcanzar al hombre que Mike estaba atacando. Fue entonces cuando Mike finalmente dejó que Jeremiah lo alejara.

—Uno tiene que preguntarse —dijo Raglan, arrancando a Mike del vergonzoso recuerdo— ¿qué poseería a una persona para actuar como lo hizo usted?

Mike se miró las manos, que estaban entrelazadas contra su estómago revuelto.

—Fue un malentendido —dijo Mike en voz baja—. Pensé que—

—Sí —interrumpió Raglan mientras abría la carpeta frente a él—. Hay una nota aquí. —Tocó la página superior del archivo—. Dada tu… única… historia, entiendo cómo pudiste haber cometido ese error. Pero esa no es toda la historia de Mike Schmidt, ¿verdad?

Raglan hojeó algunas páginas del expediente de Mike. Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Tocando una página, leyó—: Tire Zone. Asociado de ventas. Dos meses. Empleo terminado por causa justificada. Insubordinación. Mundo de los medios. Personal de conserjería. Una semana. Despedido por… —Raglan se inclinó sobre la página y leyó aún más lentamente— …disposición generalmente desagradable. —Raglan miró hacia arriba—. ¿Café?

—¿Qué? —Preguntó Mike. El non sequitur lo tomó desprevenido.

—¿Quieres un café? —Preguntó Raglan.

Mike no pudo procesar la solicitud. ¿Cómo habían pasado de un paseo por el camino de los recuerdos de sus fracasos a una amistosa oferta de café? Todo lo que Mike pudo hacer fue mirar fijamente a Raglan.

Raglan se encogió de hombros y se levantó de la silla. Agarró la taza roja y dio dos pasos hacia una cafetera que estaba encima del archivador gris en la esquina de la oficina. Mike no se había fijado en la cafetera. Tampoco había notado el aroma del café. Había estado demasiado distraído por ese olor acre que parecía emanar de Raglan.

Mike se movió en su silla para mirar los zapatos de Raglan. ¿El hombre había pisado algo que estaba provocando el hedor? Mike no podía decirlo. Raglan llevaba unos gastados mocasines marrones. No parecían estar manchados.

Raglan sirvió su café y Mike finalmente captó el aroma a nuez de la bebida. Raglan abrió un paquete de azúcar y lo añadió a la taza. No se molestó en revolverlo. En cambio, se volvió y miró a Mike.

—Seré honesto contigo, Mike —dijo Raglan—. Dado tu historial, tus opciones son extremadamente limitadas.

Mike hizo una mueca. «Es hora de humillarse».

—Aceptaré cualquier cosa. Cualquier trabajo que tenga.

—Aun así —dijo Raglan. Levantó su taza y tomó un sorbo de café. Él sonrió y cerró los ojos brevemente, como si saboreara el sabor.

Mike resistió la tentación de retorcerse de impaciencia. Observó a Raglan regresar a la silla de su escritorio.

—Digamos que te ofrezco para... oh, no sé... digamos que un trabajo de lavado de platos, y lo siguiente que hago es recibir una llamada telefónica diciéndome que intentaste ahogar al cocinero en el fregadero con todos los platos sucios.

Raglan dejó su taza y la golpeó con el dedo índice. El sonido sordo hizo que Mike se diera cuenta de que reinaba un extraño silencio en la oficina de Raglan. Aunque las oficinas adyacentes estaban ocupadas por otros trabajadores sociales y personas que necesitaban ayuda, las conversaciones cercanas sonaban como poco más que una especie de rugido susurrante, como el distante choque de las olas del océano.

Raglan se inclinó hacia adelante y clavó a Mike con una mirada tan severa que Mike estuvo tentado a alejarse. El aire superior y jovial de Raglan pareció transformarse en algo más, algo casi… amenazante.

—Eso sería muy malo para mí, Mike. Muy malo. Por no hablar del pobre cocinero. —Raglan se reclinó y la comisura de su boca se torció levemente. La jovialidad volvió.

«Me está molestando», pensó Mike. ¿Pero qué podría hacer al respecto? Nada. Todo lo que pudo hacer fue volver a humillarse.

—No soy una persona violenta.

—Estoy seguro de que no. —Las palabras estaban llenas de sarcasmo. La boca de Raglan se arqueó.

Mike apretó los puños. Estuvo a segundos de demostrar que su última declaración era mentira. Este hombre realmente necesitaba que le quitaran la expresión pomposa de su rostro.

—Puedo ver que esto es difícil para ti, Mike.

Mike vio el brillo en los ojos de Raglan. El tipo estaba disfrutando mucho hostigando a Mike.

—Estar aquí —continuó Raglan—. No te gusta, ¿verdad?

Mike no se molestó en responder.

—Me pareces —continuó Raglan— como alguien que preferiría... no sé... sacarse el ojo con una cuchara antes que pedir ayuda.

Mike se puso de pie.

—¿Sabe qué? Olvídelo. —Mike empezó a alejarse del escritorio de Raglan.

—Creo que tengo algo para ti.

Mike giró la cabeza hacia Raglan. Pero él permaneció de pie.

—Vamos. Me gusta hacer bromas. Un poco de humor ilumina el ambiente. ¿Por qué no te sientas?

Mike se cruzó de brazos y miró al idiota detrás del escritorio de mal gusto.

—¿Cree que tiene algo? —Preguntó Mike.

Raglan se reclinó en su silla.

—Es un trabajo de seguridad. No es genial. De "alta rotación" es como lo llamamos en el negocio. Pero podrías ser tu propio jefe, más o menos. Y realmente solo tendrías que preocuparte por una cosa.

Mike esperó. Sospechaba que Raglan todavía estaba jugando con él.

—Todo lo que tendrías que hacer es mantener el lugar ordenado—dijo finalmente Raglan—. Y mantener alejada a la gente.

—Eso son dos cosas —dijo Mike.

Un músculo se contrajo en el rabillo del ojo de Raglan. El lado derecho de su mandíbula se hinchó brevemente.

«Eso es lo que se siente cuando te molestan», pensó Mike.

—¿Estás interesado? —Preguntó Raglan.

Mike movió los pies. Tentativamente se permitió sentir un poco de expectación.

—¿Cómo es la paga?

Raglan resopló.

—¿Qué crees? Nada buena. Y el horario es lo peor.

La expectación de Mike se disolvió en decepción. El mal horario significaba de noche.

—No puedo trabajar en las noches —dijo Mike.

Raglan ladeó la cabeza.

—¿Disculpa?

—No puedo trabajar en las noches —repitió Mike.

Raglan cogió su taza y tomó un largo y ruidoso sorbo de café. Mike inhaló el olor de los granos de café, pero arrugó la nariz cuando volvió a captar el extraño hedor que emanaba del propio Raglan.

—¿Por qué no puedes por las noches? —Preguntó Raglan.

Mike no estaba dispuesto a intentar explicarle su situación a Raglan. No era asunto del hombre. Era algo personal. Así que no dijo nada.

El silencio se convirtió en una presencia tan imponente que parecía como si una tercera persona hubiera entrado en la oficina. Raglan intentó mirar a Mike. Mike sostuvo la mirada del hombre y no movió un músculo.

Raglan finalmente cedió.

—Qué mal.

Raglan extendió la mano y abrió el cajón del escritorio frente a su delgado estómago. Hurgó en el cajón. Mike escuchó un ruido, un crujido y un golpe metálico. Finalmente, Raglan sacó una tarjeta de presentación. La sostuvo sobre su escritorio.

—En caso de que cambies de opinión —dijo.

Mike no quiso aceptar la tarjeta. Lo único que quería hacer era salir de allí. Pero no estaba en condiciones de quemar puentes. Tomó la tarjeta. Luego salió pisando fuerte de la oficina de Raglan.

☆☆☆

Después de que Mike dejó la oficina de Raglan, se fue a buscar trabajo por su cuenta. ¿Quién necesitaba a Raglan? Mike podría encontrar por si solo trabajo… o tal vez no.

Cuando Mike se dio por vencido y se dirigió a casa, las opresivas nubes grises estaban siendo consumidas por una noche que parecía tener mucha prisa por tomar el control. Aunque todavía había algo de luz en el día, el sol no se veía por ninguna parte. Igual de bien. Mike no estaba de humor para tomar el sol.

Cuando Mike dobló la esquina de su calle, su viejo sedán se detuvo. El auto se sacudió y Mike tuvo que pisar el acelerador para evitar que se calara. Hombre, odiaba este auto. Una fusión de piezas viejas del depósito de chatarra, el coche de Mike podría haber sido el vehículo más feo de la carretera. Si no hubiera estado tan agradecido de tener algo… cualquier cosa… con ruedas y un motor, le habría avergonzado que lo vieran con esa cosa. Pero claro, Mike no se avergonzaba tan fácilmente. Cuando llevabas consigo el tipo de arrepentimiento que él arrastraba a todos lados, las cosas habituales que avergonzaban a la gente no hacían mella.

Tomemos como ejemplo el barrio en el que vivía. La calle desaliñada de poco más que chozas se consideraba "esa parte de la ciudad". Originalmente construidas como viviendas improvisadas para los inmigrantes muy pobres traídos para trabajar en las fábricas de la ciudad,

las pequeñas casas no habían sido gran cosa cuando fueron construidas. Ahora eran aún menos.

Todas las casas de la calle eran esencialmente idénticas: más o menos la variedad de colores descoloridos y los diversos coches viejos, equipos de jardinería, juguetes y otros trastos amontonados a su alrededor. La casa de Mike y Abby era amarilla, o al menos así era originalmente. Ahora estaba más tostada que amarilla porque estaba muy sucia. El tejado poco profundo, originalmente negro, estaba cubierto de musgo verde. Como muchas de las casas de la calle, la casa de Mike no tenía jardín delantero. Lo único que tenía era una colección de malas hierbas y la mancha de aceite cada vez más grande que el auto de Mike agregaba todos los días.

Mike giró hacia lo que él llamaba el camino de entrada: una extensión de tierra y grava que contenía dicha mancha de aceite. Apagó el coche y el motor tosió varias veces antes de expirar por la noche. Tan pronto como el motor se quedó en silencio, Mike sacó la llave del contacto. Pero él no se movió.

A veces Mike se quedaba atrapado en el momento. No podía convencerse a sí mismo de que valía la pena pasar a lo siguiente.

No era que Mike tuviera tendencias suicidas ni nada por el estilo. No estaba preparado para conocer a su creador… ni siquiera estaba preparado remotamente para eso. Pero muchas veces deseaba que la vida incluyera tiempos muertos. O tal vez fotogramas congelados. Habría sido útil tener un control remoto para poder detener el tiempo y recuperar el aliento.

Cerca de allí, un motor arrancó. El sonido hizo que Mike volviera a ponerse en marcha. Abrió la puerta de su auto, salió y corrió hasta el porche delantero… si se le pudiera llamar así. Solo era una elevación de cemento de un metro cuadrado bajo un minúsculo saliente conducía a una puerta con pintura blanca sucia y descascarada. Había una hoja de papel roja pegada a la puerta.

Mike agarró el pomo oxidado de la puerta con la mano derecha. Con la mano izquierda arrancó el papel de la puerta. Sabía que no necesitaba mirarlo, pero lo hizo de todos modos. Era como mirar con los ojos abiertos un accidente automovilístico. A veces era imposible alejarse de la maldad.

El papel decía exactamente lo que Mike esperaba que dijera: AVISO DE MOROSIDAD.

—Dime algo que no sé —murmuró Mike mientras metía el papel en el bolsillo de sus arrugados pantalones negros y abría la puerta de entrada.

☆☆☆

Maxine había oído el coche de Mike detenerse frente a la casa. ¿Cómo podría no hacerlo? Necesitaba un silenciador nuevo, entre otras cien cosas más. Cuando el atronador chisporroteo del motor se calló, Maxine esperó a oír cerrarse la puerta del coche. Cuando no fue así, supo que el día de Mike no había ido bien. Si tan solo Maxine pudiera consolarlo.

Maxine resopló y subió el sonido del televisor de Mike. El televisor era un viejo aparato analógico, con una recepción realmente mala. Continuos movimientos de estática cruzaban la pantalla, sin importar en qué canal estuvieras.

Maxine actualmente estaba viendo QVC. A ella le gustaba QVC.

Cuando Mike se burló de Maxine sobre su adicción al canal de compras, ella fingió que sus palabras no la molestaban en absoluto. Maxine era buena fingiendo. La indiferencia era su mecanismo de defensa. Tenía una expresión aburrida, se movías lánguidamente, hablaba poco, y lo más apáticamente posible, nadie sabía lo que realmente estaba pensando o sintiendo. Era una buena armadura. Maxine nunca podría resultar herida porque pretendía ser a prueba de balas. O al menos eso es lo que se decía a sí misma.

Maxine finalmente escuchó el portazo del auto de Mike mientras su anfitriona favorita presentaba el siguiente producto, un anillo de plata con una circonita cúbica tallada en esmeralda. El anillo formaba parte de una línea de joyas "asequibles" diseñadas por la otra mujer en la pantalla, una ex actriz que probablemente ahora ganaba más dinero vendiendo anillos, pulseras y collares del que jamás había ganado con sus papeles en películas de serie B. Tanto la anfitriona como la ex actriz tenían el pelo largo y bronceados falsos, pero a Maxine eso no le importaba. La falsificación superficial era parte del atractivo de QVC para Maxine. Le gustaba ver a otros montar el mismo tipo de espectáculo de no me mires que ella.

—No todos los hombres pueden permitirse un diamante real —dijo la anfitriona— así que es fantástico que hayan creado esta línea de anillos de compromiso con circonita cúbica.

—¿No es así? —la ex actriz respondió muy humildemente—. Este anillo en particular es uno de mis favoritos.

Aunque Maxine miraba QVC obsesivamente, no le gustaba mucho lo que promocionaba el canal. El anillo en la pantalla, por ejemplo, era extremadamente llamativo y su precio era ridículamente alto.

—Por solo $79,99 —dijo la anfitriona— este anillo es una ganga.

—Vale menos que un fajo de papel de aluminio —le dijo Maxine a la anfitriona en la pantalla.

Mike entró por la puerta principal y Maxine rápidamente adoptó una postura aburrida de me importa una mierda nada. Ya reclinada, dejó caer los párpados entrecerrados y se aseguró de que sus pies cayeran sobre el borde de los hundidos cojines de color amarillo mostaza del sofá. Rápidamente arregló la camisa negra que llevaba con unos vaqueros descoloridos para que revelara la cantidad justa de escote.

Maxine evaluó mentalmente la imagen que había formado. Maxine, que medía un metro sesenta y cinco y era lo suficientemente pequeña como para parecer mucho más femenina e indefensa de lo que era. A veces eso la molestaba, pero otras veces le gustaba que funcionara para ella. Con ojos grandes y separados, y pómulos altos, Maxine sabía que era bastante atractiva. Tenía el pelo largo y oscuro, espeso y brillante. Los chicos optaban por eso. O al menos la mayoría de los chicos lo hacían.

El único chico que le importaba a Maxine entró en la destartalada sala de estar del tamaño de un sello. Maxine le saludó con la mano. «No eres una preocupación en mi mundo. No importa en absoluto que no me veas.»

Maxine había pensado mucho en por qué Mike era inmune a sus encantos. ¡Ja! Encantos. Pero bueno, Maxine no era fea y solo era unos años menor que Mike. Ella no era tonta ni desagradable ni nada por el estilo. De hecho, ella era más inteligente que Mike. Estaba tomando clases

de ciencias sociales en el colegio comunitario y, a veces, incluso leía un libro por diversión entre sesiones maratónicas de observación de QVC.

—Hola, Max —dijo Mike.

Maxine intentó ignorar la forma en que sus hombros se tensaron cuando Mike usó su apodo. Llevaba años intentando que la gente dejara de usar ese nombre. No quería ser Max. Quería ser Maxine. No quería ser marimacho. Quería ser una mujer sofisticada. Pero nadie la llamaba "Maxine". Para todos menos para ella misma, Maxine era Max.

—Ahí está el Stouffer —le dijo Maxine a Mike—. Aún debe estar caliente si tienes hambre.

Mike se dejó caer en el asiento de vinilo rojo de una de las sillas cromadas junto a la pequeña mesa de la cocina cubierta de fórmica color canela. Miró hacia la pequeña estufa de gas escondida entre un viejo refrigerador achaparrado y el inadecuado mostrador que rodeaba un sucio fregadero de porcelana blanca. Maxine había dejado la mitad de la lasaña del microondas en un recipiente de plástico encima de la estufa.

—¿Abby comió? —Preguntó Mike.

Maxine bajó las piernas del sofá y miró a Mike enarcando una ceja.

—¿Qué crees?

Mike le dedicó a Maxine una media sonrisa. Algo en la sonrisa superó las defensas normales de Maxine. Su mirada se posó en el feo anillo del televisor y suspiró. Antes de que pudiera pensar en lo que estaba diciendo, soltó—: Me gustaría que alguien me comprara un anillo.

Mike no dijo nada.

Inmediatamente mortificada por su desliz, Maxine se levantó, apagó la televisión y recogió su chaqueta y su vieja mochila de cuero negro del final del sofá. Manteniendo la cara alejada de Mike, Maxine dijo—: Abby ha estado en su habitación toda la noche. Está charlando con esos amigos suyos.

Maxine miró a Mike a tiempo de verlo fruncir el ceño. Ella prosiguió apresuradamente.

—Por cierto, cada vez es más buena dibujando.

Mike gruñó mientras sacaba un trozo de papel rojo arrugado de su bolsillo. Maxine sabía lo que era eso. Se sorprendió de que él lo estuviera leyendo.

Maxine cruzó los pocos metros que separaban el sofá de la mesa de la cocina. Se detuvo detrás de Mike y lo miró. A ella le gustaba estar cerca de él. Olía muy bien, no dulce como colonia ni nada parecido. Olía a hombre. Simplemente limpio y sencillo.

—Todos deberían tener un perro —dijo Maxine—. Uno muy malo encadenado afuera.

Mike levantó la vista; la piel se arrugó entre sus cejas.

—¿Eh?

Maxine señaló el aviso de morosidad.

—Nosotros también los teníamos. Luego tuvimos a Bonesy, y no hubo más avisos.

Las arrugas entre las cejas de Mike se profundizaron, pero por lo demás su expresión no cambió.

—Lo tendré en cuenta.

Maxine se encogió de hombros. Señorita a quién le importa se dirigió hacia la puerta principal. Justo antes de alcanzar el pomo de la puerta, se detuvo y se giró para mirar a Mike.

—Casi lo olvido. Tu tía llamó.

Mike soltó un resoplido.

—Algo sobre abogados y que estés allí mañana, si no…

Mike dejó caer la cabeza entre las manos. Maxine se quedó mirando sus largos dedos y el espeso cabello entre ellos. Su mano se torció, deseando tanto extenderla y…

Maxine se controló. Se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, nos vemos —dijo mientras la abría y salía. Intentó que no le molestara que Mike no se despidiera.

CAPÍTULO 4

Mike esperó a que se cerrara la puerta. Escuchó los pasos de Max golpeando el "porche" de cemento. Tan pronto como estuvo seguro de que ella se había ido, apretó los puños y cerró los ojos con tanta fuerza que todo su cuerpo tembló.

Mike también cerró la boca con fuerza. Si no lo hubiera hecho, estaba seguro de que habría gritado. Un gemido de desesperación, frustración y furia se agitaba en su pecho, y tuvo que hacer todo lo posible para no dejar que saliera, saltando por su garganta como un león finalmente liberado de una jaula.

Mike miró el aviso de morosidad y pensó en el mensaje de su tía. *Si no…* Mike sabía lo que eso significaba. Maldita sea su tía Jane. ¿Cuándo iba a darse por vencida?

Mike negó con la cabeza.

—Nunca —dijo en voz alta.

Respirando profundamente, dejó a un lado los pensamientos sobre su tía. Al oler la salsa y el queso de la lasaña, pensó en comer, pero esa idea inmediatamente le provocó una oleada de náuseas.

Mike se levantó y miró la lasaña a medio comer. Hacía frío y el queso empezaba a solidificarse. Estuvo tentado de tirarla a la basura, pero tal vez si la calentaba, podría hacer que Abby comiera.

Sin contener la respiración, pero pensando que debería intentar alimentar a su hermana, Mike puso la lasaña en el pequeño microondas al lado de la estufa. Presionó un par de botones y se giró para dirigirse hacia la habitación de Abby.

Mientras Mike giraba, vio el aviso de morosidad. Con su rabia y frustración ardiendo, lo agarró, lo hizo una bola y lo arrojó al recipiente de plástico debajo del fregadero de la cocina. Luego pateó la papelera, cerró de golpe la puerta del armario y miró hacia el techo blanco y sucio.

A un metro por encima de la cabeza de Mike, una araña se escabullía por una larga telaraña. La red estaba unida a una red a medio terminar que se extendía desde una lámpara de techo de vidrio sucio hasta la esquina de la habitación.

—Ve —le dijo Mike a la araña. Esperaba que la cosa tuviera más suerte que él para poner su casa en orden.

☆☆☆

A Abby le encantaba su tienda de campaña, pero también le encantaba su escritorio. Era una lástima que no pudiera meter su escritorio dentro de su tienda de campaña. Dibujar era mucho más fácil en su escritorio.

Jugando con la correa para el hombro de su mono rojo favorito, Abby miró la serie de lápices de colores desplegados junto a su bloc de dibujo. ¿Qué verde sería mejor para el árbol grande? Decidiendo, Abby tomó el lápiz verde más oscuro y comenzó a dibujar con cuidado los bordes esponjosos de las ramas de un pino alto.

La lámpara de metal naranja y achaparrada que estaba sobre su escritorio brillaba sobre el árbol como la luz del sol, haciendo que el sol amarillo que Abby ya había dibujado sobre el árbol pareciera aún más brillante. La calidez dorada de la lámpara del escritorio hizo que los amigos animales de Abby y el hombre de cabello negro y la niña de cabello negro bajo el árbol parecieran aún más felices de lo que Abby quería que parecieran. Mientras Abby se inclinaba sobre la tarea de crear docenas de pequeñas agujas de pino verdes en el árbol, miró a las criaturas que había dibujado, y al hombre y a la niña. Su intención era que pareciera que todos estaban jugando al círculo de la rosa, y no estaba segura de haberlo logrado, pero las grandes sonrisas curvas que había puesto en sus caras dejaban claro que estábamos jugando y pasando un buen rato.

Por un segundo, el lápiz de Abby dejó de moverse mientras sus sentimientos superaban su concentración en el dibujo. Si tan solo el

dibujo se hiciera realidad. Abby deseaba que Mike jugara con ella a veces. Solía hacerlo, pero últimamente…

Detrás de Abby, la puerta de su dormitorio chirrió. Miró por encima del hombro cuando Mike entró en su habitación.

Mike levantó una mano a modo de saludo y Abby le devolvió el gesto. Luego se dio la vuelta y se inclinó más hacia su dibujo. Volvió a dibujar las agujas del pino verde.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó Mike mientras sus pasos arrastrados cruzaban su alfombra.

—Árboles —respondió Abby simplemente. Levantó la vista cuando Mike se detuvo junto a la silla blanca de su escritorio. La silla del escritorio era lo que llamaban una silla con respaldo de escalera, eso se lo había dicho Mike. No le gustaba tanto como el escritorio. Era dura y le dolía la espalda si se sentaba allí por mucho tiempo. Por eso a veces dibujaba en su tienda, aunque los dibujos que hacía allí nunca eran tan buenos.

El brazo de Mike pasó por encima del hombro de Abby. Tocó al hombre en su dibujo.

—Reconozco a este tipo guapo —dijo Mike. Movió sus dedos hacia uno de los amigos de Abby—. ¿Quiénes son estos punks?

Abby siguió trabajando en el árbol.

—Mis amigos. Aún no está listo.

Mike suspiró ruidosamente al oído de Abby. Ella ignoraba sus críticas tácitas. Sabía lo que él sentía por sus amigos.

El suelo crujió cuando Mike dio un paso atrás para alejarse de la silla de Abby.

—Puedes terminar más tarde. —Las palabras sonaron tristes—. Es hora de comer.

Abby dejó el lápiz verde y tomó uno amarillo para agregar un poco más de detalle a una de sus amigas.

No tengo hambre.

Mike dejó escapar otro suspiro. Abby no sintió esto, pero fue más fuerte.

—No me importa. Necesitas comer. Vamos.

El suelo volvió a crujir y la mano de Mike se cerró alrededor del brazo de Abby. Intentó sacarla de su silla.

—¡No! —Abby chilló mientras dejaba caer el lápiz y se giraba para mirar a su hermano. La palabra salió como una sirena de su boca, un pequeño sonido que subía y bajaba en tono y volumen. Abby giró el brazo para sacudirse la mano de Mike.

Tan pronto como Abby se separó de Mike, él la soltó. Abby se frotó el brazo. Realmente no me dolió. Mike la había abrazado firmemente, pero no había sido brusco. Nunca lo era.

Suspirando por tercera vez, Mike se alejó de Abby y se sentó en el borde de su cama. Ella permaneció en su silla y lo miró. El fino colchón se hundió bajo su peso y los somieres dejaron escapar un chirrido.

Mike se frotó la cara con las palmas de las manos. Luego miró a Abby como si estuviera a punto de pedirle un favor.

—Abs —dijo, su voz muy suave— he tenido un día… —Mike tragó y sacudió la cabeza—. Solo por favor ven y come algo. Por favor.

Abby miró a su hermano. Ella pensó que se veía pálido y que las pequeñas líneas en las esquinas exteriores de sus ojos estaban más apretadas de lo habitual. Ella desvió la mirada hacia el colchón.

—Estás sentado sobre mi amigo —dijo Abby.

Mike resopló y se puso de pie.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras. No me importa.

Mike empezó a caminar hacia la puerta, pero luego se detuvo. Habló de nuevo, dándole la espalda a Abby.

—Pero deberías saber lo que les sucede a los niños pequeños que no cenan.

Mike giró hacia Abby en cámara súper lenta. Miró a Abby con los ojos entrecerrados y arrugó la cara en lo que Abby pensó que era una mirada mala, como si estuviera tratando de ser uno de los malos de una caricatura.

Abby no tenía ganas de seguir el estúpido juego de Mike, así que permaneció en silencio. Ella lo miró, con cuidado de mantener su rostro totalmente inexpresivo.

—Cuando los niños no comen —dijo Mike, inclinándose hacia adelante sus cuerpos permanecen del mismo tamaño para siempre.

Abby se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

Mike agitó un dedo hacia ella.

—Y eso significa que mueren sin siquiera poder montarse en las atracciones para adultos del parque de diversiones.

Abby casi sonrió ante eso. Pero Mike no merecía una sonrisa.

Abby apartó la mirada de Mike y volvió a mirar la cama ahora vacía. Estudió el lugar donde se había sentado Mike.

—Mi amigo dice que eres un idiota —le dijo Abby a Mike, mirándolo de nuevo.

El rostro de Mike se puso rígido. Una vena en el borde de su frente se hizo más grande y parecía como si estuviera saltando arriba y abajo bajo su piel. Abby pensó que podía oír sus dientes rechinar cuando él se dio la vuelta y se dirigió hacia su puerta.

A punto de llegar a la puerta, Mike se detuvo. Volvió a mirar a Abby.

—Al menos soy real. —Su voz era dura y hostil.

Mike salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él. El kablam tardó un par de segundos en desaparecer. La sensación desagradable que Mike dejó atrás persistió por más tiempo.

Abby miró hacia la cama.

—Él no lo dice en serio —dijo en voz baja—. Está estresado.

Desde más allá de la puerta, el bramido de Mike fue apagado y distante.

—¡No, no lo estoy! —gritó.

☆☆☆

Mike se dejó caer en el borde de su cama. Se sentó con tanta fuerza que la cabecera de listones de madera de la cama golpeó la pared.

Como en respuesta al ruido sordo, un perro ladró a lo lejos.

El chirrido de los neumáticos en la calle y el ronroneo de un motor llegaban a través de la ventanilla cerrada de Mike.

Mike miró su almohada. Todo lo que quería hacer era dejarse caer y poner su cara en ella, parecerse a un avestruz humano y bloquear el día. Pero todavía no podía dormir.

Levantando su trasero de la cama, medio parado, Mike buscó debajo del colchón y agarró su frasco de pastillas. Envolviendo sus dedos alrededor del plástico duro y suave, cerró los ojos, saboreando el alivio momentáneo que siempre sentía cuando comenzaba su rutina nocturna.

Mike abrió la tapa a prueba de niños del frasco y sacó una de las pequeñas pastillas blancas. Inmediatamente metiéndose la pastilla en la boca, Mike tomó el vaso de agua que había puesto en la mesa de noche. Tomó unos sorbos de agua y tomó la pastilla.

Finalmente. Mike podría dejar atrás este día.

Mike se inclinó hacia adelante y pulsó PLAY en el reproductor de casetes. Inmediatamente, su dormitorio se llenó de pacíficos sonidos del bosque. Mike cerró los ojos y se concentró en los alegres cantos de los pájaros, los crujidos y chasquidos de las ramas agitadas por el viento. Respiró hondo y exhaló lentamente. Luego se acostó en su cama.

Al abrir los ojos, Mike miró hacia arriba de su cama. Viendo más allá de las imágenes del día que pasaban por su mente como una presentación de diapositivas entrecortadas, Mike se centró en el cartel pegado al techo.

¿NECESITAS DIVERSIÓN? El título del cartel decía: VISITA NEBRASKA.

Las palabras, que surgían del papel en letras mayúsculas de color amarillo brillante, desfilaban sobre las copas de un grupo de pinos peludos. Mientras Mike contemplaba los árboles, la presentación de

diapositivas en su cabeza continuaba. Vio el feo edificio gubernamental de ladrillo, la falda desigual de la trabajadora social y el número veintisiete. Vio el rostro engreído de Raglan. Vio una serie de carteles de SE BUSCA AYUDANTE y una serie de movimientos de cabeza coincidentes cuando le dijeron que no era el adecuado para los trabajos. Vio los ojos grandes de Max y los oscuros de Abby. Vio el aviso rojo de morosidad y la lasaña que había terminado tirando porque la había metido en el microondas demasiado tiempo y porque Abby nunca había salido de su habitación para comer.

—Respira —se dijo a sí mismo, concentrándose en los sonidos del murmullo del arroyo que salían de su reproductor de casetes. Entrecerró los ojos hacia los pinos, poniendo toda su atención en su ritual para poder dejar que el resto del día se desvaneciera.

Mike recordó brevemente la primera noche que colocó el cartel. Le había parecido una idea muy estúpida, pero estaba desesperado. Esa noche, los sonidos del casete y la imagen del cartel tardaron una eternidad en hacer su magia. Ahora, sin embargo, el efecto fue más inmediato.

En cuestión de segundos, la mente de Mike abandonó las impresiones del día. Su conciencia se deslizó hacia la escena del pino y los sonidos del bosque se volvieron más claros, más y más realistas.

La mirada de Mike estaba completamente comprometida ahora. Estaba alojado. El bosque ya no era una imagen en un cartel; los árboles no estaban congelados en una fotografía: se movían. Los sonidos no procedían de un casete; venían de un bosque real. El viento que Mike podía oír mecía los árboles en un suave ritmo de ida y vuelta.

Los párpados de Mike empezaron a temblar. Luego los sintió caer. Cada vez más, hasta que estuvieron completamente cerrados.

Pero los árboles no desaparecieron.

Una suave brisa acaricia las pesadas ramas de un grupo de pinos. Las ramas se mueven hacia adelante y hacia atrás en lo que casi parece un baile coreografiado.

Delante de los árboles, un rayo de sol se inclina hacia abajo sobre la hierba silvestre de color verde brillante. La luz capta la humedad en las puntas de las

briznas de hierba, haciéndolas brillar. Sobre la hierba, atrapado por la brillante iluminación del sol, un avión de juguete naranja traza un arco en el aire.

La mano de un niño pequeño agarra el cuerpo del avión. El pequeño parece tener unos cuatro años. El chico tiene el pelo negro despeinado y labios en forma de arco.

—Garret —grita una voz de mujer—. Quédate cerca.

Garret y su avión pasan rápidamente junto a una mesa de picnic y desaparecen de la vista justo cuando un chorro rojo de salsa de tomate cae sobre una hamburguesa en un plato de papel que está sobre la mesa. Un hombre sonriente de cabello oscuro, que parece una versión adulta del pequeño Garret, pasa junto a la mesa de picnic. El hombre, que lleva un par de sacos de dormir, se ríe y grita—: ¿Qué tal una hamburguesa con ese ketchup, cariño?

Mike, de doce años y siempre dispuesto a divertirse, le sonríe a su madre. Mira la botella de ketchup que tiene en la mano y le guiña un ojo a Mike.

—Todo es mejor nadando en ketchup. ¿Verdad, Mike?

—¡Sí! —Mike tomó su refresco y accidentalmente tiró la botella con un ruido sordo.

El gas que sale de la botella se esparce por la mesa. El líquido espumoso de color marrón suena como si chisporroteara mientras se acumula en la madera.

—¡Ups! —Dice la mamá de Mike. Ella se aleja de la mesa—. Iré a buscar una toalla. Vigila a tu hermano.

Mike comienza a girar hacia Garret, pero mientras lo hace, el borde de un Frisbee casi roza la mejilla de Mike mientras pasa zumbando. Mike instintivamente salta y se aleja corriendo de la mesa de picnic para recuperar el disco azul brillante, que ha aterrizado en el borde del campamento de su familia.

Mike alcanza el frisbee en segundos y se inclina para recogerlo. Cuando su mano se cierra sobre el borde de plástico del disco, Mike escucha el sonido del motor de un automóvil acelerando.

Mike se endereza y mira a su alrededor. No ve el coche, pero hay algo aún más importante que no ve.

—¿Garret?

Garret no está a la vista. Con el frisbee en su mano, Mike comienza a caminar hacia el otro lado del campamento. Su ritmo es casual al principio. Entonces la continua ausencia de su hermano lo llena de urgencia. Mike comienza a trotar hacia los árboles que bordean el pequeño camino que conduce al sitio.

—¡Garret! —llama Mike de nuevo.

Mike oye el crujido y el tintineo de los neumáticos al girar sobre la grava. A través de los árboles, ve la forma descomunal de un automóvil negro que se aleja del campamento.

Mike se echa a correr a toda velocidad.

—¡Garret! —El grito de Mike es estridente y penetrante.

Mike está entre los árboles ahora. Las largas agujas de pino le golpean la cara. Las ramas lo golpean; se siente como si estuvieran tratando de agarrarlo. Las ramitas y las piñas caídas crujen bajo los pies de Mike. Sus fosas nasales se llenan con el olor penetrante de la resina de pino y el aroma húmedo del suelo blando del suelo.

Mike sale de entre los árboles justo a tiempo para ver el auto negro acelerar. El coche está al menos a quince metros más allá de Mike. Se está alejando.

Mike, jadeando con fuerza, mira hacia la parte trasera del coche. Su corazón se siente como si se le retorciera el pecho mientras mira la ventana trasera del auto.

—¡Garret! —jadea Mike.

Con el rostro pálido y con los ojos muy abiertos, Garret mira a Mike a través de la ventana. Agarrando su avión naranja, Garret pone una mano en el cristal. Los ojos de Garret se llenan de lágrimas. Tiene la boca bien abierta, gritando.

Mike también abre la boca. Empieza a soltar un grito...

El beep, beep, beep de la alarma de Mike se sintió como un lazo que lo envolvió y lo sacó del sueño. Mike hizo una mueca y cogió su alarma.

Hoy, su palma logró encontrar la parte superior de la alarma. Tan pronto como cesó el pitido, Mike siguió suavemente su rutina matutina: el reproductor de casetes apagado. Rebobinar. Pastillas debajo del colchón. Lagartijas.

A Mike no le dolía tanto la cabeza esta mañana, pero eso no significaba que se sintiera mejor. No se sentiría mejor hasta que pudiera… arreglar las cosas. Y después de trece años de intentarlo, empezaba a pensar que eso nunca sucedería.

CAPÍTULO 5

Al mirar a un trío de niños pequeños rodar por una colina cubierta de hierba, sus gritos agudos se mezclaban con sus risas, Mike se permitió disfrutar… durante unos segundos… del júbilo de los niños. Los pequeños eran una masa borrosa en movimiento: cabello rizado, una zapatilla de tenis roja, brazos blancos y flacos, sonrisas de rostros regordetes, un puño triunfante. Los chicos parecían estar corriendo, pero su carrera se convirtió en una pelea de lucha libre y volteretas. Cuando llegaron al pie de la colina, se pusieron de pie y alzaron los puños triunfantes; Todos parecían pensar que habían ganado.

«¿Cómo será ser tan despreocupado?» se preguntó Mike a sí mismo. Al pensar en su sueño, se recordó a sí mismo que todas las noches tenía un pequeño sabor de ese tipo de diversión despreocupada. Aunque casi deseó no haberlo hecho. Cuando le robaron ese sentimiento, una y otra y otra vez, mientras su sueño se repetía noche tras noche, la pérdida se hizo más profunda por ese recuerdo de cómo se sentía la diversión.

Los chicos corrieron colina arriba y Mike los vio comenzar otra ronda de volteretas. Luego amplió su mirada para contemplar el Centro de Desarrollo Infantil en la cima de la colina.

En contraste con el edificio gubernamental en el que Mike había estado el día anterior, el Centro de Desarrollo era un flujo blanco, elegante y moderno de largas paredes llenas de vidrio bajo un techo de metal reluciente. Rodeado de naturaleza (extensiones de césped, así como exhibiciones de arbustos en flor y árboles altos cuidadosamente diseñados), el centro ni siquiera estaba en el mismo universo que el feo edificio de ladrillo que albergaba los Servicios Sociales.

Incluso el cielo era más bonito aquí. O eso parecía. El sofocante cielo gris de ayer había desaparecido. El cielo de hoy era azul cian y estaba lleno de juguetonas nubes blancas, todas hinchadas y de bordes suaves y rodando por el cielo, no muy diferentes a los niños que bajaban la colina. El sol jugaba al escondite con las nubes; su brillo entraba y salía mientras se asomaba detrás de la espuma blanca del cielo y luego volvía a sumergirse detrás de ellos.

Los niños pequeños no eran los únicos que se divertían en las colinas cubiertas de hierba fuera del centro y en los juegos infantiles en un área circular arenosa cerca del borde del césped. Más de veinte niños corrían de un lado a otro o se elevaban cada vez más en los columpios, se subían a las barras o se balanceaban con un amigo. Los niños tenían edades comprendidas entre los seis y los quince años. Los niños mayores no jugaban. Estaban sentados en el césped o en uno de los bancos de hierro forjado colocados por toda la zona. Charlaban entre ellos o hablaban con adultos vestidos de blanco. Los adultos eran los médicos (MD y PhD) que supervisaban a los niños que acudían al centro.

Mike descubrió que los médicos del centro tenían una amplia gama de especialidades. Fueron capacitados para ayudar a todo tipo de niños con todo tipo de problemas de desarrollo.

Apoyado contra la cerca de tela metálica en el borde exterior de la extensa propiedad del centro, Mike se preguntó vagamente cómo su vida habría sido diferente si hubiera tenido un lugar como este al que ir cuando tenía doce años. El duelo era un problema de desarrollo, ¿no? La pérdida y la culpa podrían impedir el crecimiento tanto como el tipo de problemas psicológicos que trataban aquí.

Mike se alejó de los niños más activos y se obligó a mirar a su hermana. La había visto, por supuesto, tan pronto como salió de su auto. Abby se sentó en uno de los bancos no lejos de la entrada cubierta por el pórtico del centro. Inclinada sobre su cuaderno de dibujo con sus lápices de colores, Abby estaba bien alejada de los demás niños. Aun así, ella estaba hablando.

Mike estaba lo suficientemente lejos de Abby como para no oír lo que ella decía, pero podía ver sus labios moverse. También pudo verla girarse

para mirar a su lado o mirar frente al banco, como si estuviera hablando con compañeros invisibles.

El sol volvió a salir de detrás de las nubes y la luz cegó a Mike. Cerrando los ojos, se secó la cara con las palmas. Hombre, estaba agotado. No importaba cuánto tiempo pasara en cama, nunca descansaba lo suficiente. No era ningún misterio. Dormir no era dormir para Mike. Era un trabajo.

Mike sintió una mano fría en su antebrazo e inhaló el aroma de las flores de azahar. Abrió los ojos e hizo lo mejor que pudo para sonreírle a la esbelta mujer de cabello blanco que estaba frente a él.

La Dra. Lillian, la psicóloga de Abby, era una señora agradable. Con ojos grandes que podrían haber sido de color azul oscuro, verde o marrón (Mike no había podido descifrarlo porque el color parecía cambiar dependiendo de la iluminación, o tal vez dependiendo de su estado de ánimo), la Dra. Lillian tenía un rostro amigable. con una amplia sonrisa de labios carnosos. Alta y elegante, la Dra. Lillian llevaba el pelo desgreñado, hasta la barbilla, y su ropa era tan informal como su cabello; por lo general vestía pantalones de yoga holgados de colores claros y camisas tipo túnica de colores pastel. No llevaba bata de laboratorio.

—Están aquí —dijo la Dra. Lillian—. ¿Estás listo?

La débil sonrisa de Mike desapareció por completo.

—En realidad no.

La doctora Lillian le dio unas palmaditas en el brazo, pero no habló. Mike estaba seguro de que ella quería ayudar, pero había algunas cosas que no podía hacer.

—Terminemos con esto de una vez —dijo Mike.

☆☆☆

Por lo general, Mike se sentía bastante cómodo en el consultorio de la Dra. Lillian. Una habitación grande y bonita, con una gruesa alfombra azul y muebles sencillos pero cómodos, con un pequeño escritorio blanco, una hilera de estantes a juego llenos de libros y algunas fotografías de temas de la naturaleza, una silla de oficina de respaldo alto de color azul pálido,

tres sillas gruesas de felpa a juego, sillas armadas para invitados y un sofá largo a rayas azules y crema, la oficina obviamente fue diseñada para ser relajante. La mayoría de los días así era. Pero no hoy.

No era posible que una habitación resultara tranquila cuando la tía Jane estaba en ella. Su presencia era la kriptonita de la calma.

Jane Schmidt, que medía solo un metro sesenta y cinco, no era una mujer imponente. Su apariencia pequeña se veía favorecida por los trajes de pantalón color pastel que casi siempre usaba. El traje de hoy era de un verde muy pálido.

Cuando Jane se quedaba quieta… y si no la conocías… podía parecer insustancial, incluso intrascendente. Con el pelo corto y rubio sucio que Mike estaba bastante seguro de que se había teñido ahora (después de todo, tenía cincuenta y tantos años), Jane tenía una tez pálida y pecosa, ojos marrones corrientes y una cara estrecha con forma de huevo al revés. En abstracto, podría haber sido bonita… si no fuera por su personalidad.

—¡Solo míralo! —La tía de Mike gritó enojada. Ella agitó los brazos salvajemente. Combinado con sus expresiones faciales exageradas, el aleteo de los brazos la hacía parecer desquiciada. Y así ella pensaba que él tenía problemas.

Bueno, él los tenía. Pero ese no era el punto.

Las sillas para invitados de la Dra. Lillian estaban dispuestas frente a su escritorio, separadas por aproximadamente sesenta centímetros de distancia. Dos pies no era suficiente espacio. Mike, sentado a la izquierda de la tía Jane, tuvo que inclinarse hacia atrás cuando ella extendió los brazos.

Al otro lado de tía Jane, su abogado estaba acurrucado en la otra silla de invitados. Estaba sentado de modo que estuviera inclinado hacia atrás y lejos de su cliente. Claramente, él no quería estar cerca de ella más que Mike.

La Dra. Lillian, a salvo detrás de su escritorio, era la única persona sentada erguida. También era la única persona en la habitación que parecía beneficiarse de su tranquila decoración.

—¿Qué hora es? ¿Las diez de la mañana? —Jane continuó con su diatriba—. Y apenas puede mantener los ojos abiertos.

Mike, que era consciente de que tenía los ojos medio cerrados, resistió la tentación de cerrarlos por completo. Por más cansado que estuviera, sus ojos no estaban caídos por eso. Los tenía parcialmente cerrados para tratar de amortiguar el impacto de la rabieta de su tía. Este era un truco que había aprendido muchos años antes.

Hoy la tía Jane fue molestada por una razón muy específica. Tenía una agenda. Pero no habría importado si no tuviera una. Ella era simplemente una mujer muy nerviosa. Mezquina, ruidosa y crítica, Jane era la razón por la que Mike había aprendido la palabra narcisista cuando era niño. Era la palabra que su madre siempre había usado para describir a su cuñada.

Jane volvió a agitar los brazos en el aire. Mike retrocedió como una tortuga que se encoge dentro de su caparazón. Si tan solo tuviera un caparazón en el que encogerse.

—A este degenerado —continuó Jane— se le está confiando el bienestar de una niña con una enfermedad mental.

Mike involuntariamente levantó una mano para cubrirse la oreja derecha. El tono alto de Jane, que habría enorgullecido a una soprano de ópera, literalmente le estaba lastimando los tímpanos.

Mike ladeó la cabeza y miró detrás de Jane para ver si el abogado—: Solo llámame Doug; No soy muy formal —estaba teniendo el mismo problema, pero no podía estar seguro. Doug, un hombre corpulento cuyo cuerpo tenía una forma extrañamente similar a un cono de helado derritiéndose, no dio indicios de estar escuchando o viendo algo. La única razón por la que Mike podía decir que Doug estaba vivo era que el pecho de Doug se agitaba visiblemente con el esfuerzo de respirar, y emitía un leve silbido cada vez que exhalaba.

Al estudiar a Doug, a Mike le costó entender cómo el hombre se había convertido en abogado o cómo mantenía su trabajo. Parecía que estaba a punto de entrar en coma. Puede que Jane haya estado dando mucha importancia a los ojos caídos de Mike, pero ¿qué pasa con los párpados caídos de su abogado? Diablos, toda su cara estaba floja. Redondas y con papada, las mejillas de Doug se presionaron contra una nariz carnosa y

apretaban una boca demasiado pequeña. Sus pequeños ojos eran grises y de aspecto apagado. Hacían juego con su traje, que era del color de las nubes del día anterior. El traje estaba holgado y arrugado.

Mike desvió su atención de Doug y la devolvió a su tía, que todavía estaba despotricando. Volvió a sintonizar, solo por diversión.

—… quienes cuidan a enfermos mentales deberían tener al menos un atisbo de madurez. —Jane señaló los vaqueros y la camiseta de Mike—. ¿Ve madurez en él? —Jane se puso los puños en las caderas y miró a la Dra. Lillian.

La Dra. Lillian ignoró la pregunta.

—Como he dejado claro muchas veces. Abby no tiene una enfermedad mental.

La tía Jane emitió un sonido que era mitad resoplido y mitad quejido.

—Oh, claro. Por supuesto que no. Porque es perfectamente normal sentarse solo haciendo dibujos y hablando con criaturas mágicas que no existen. —Jane se tensó aún más—. Esa niña es un desastre —gritó—. Está a años luz de lo que debería estar a esta edad, y la situación solo va a empeorar. —Cuando Jane llegó al final de la frase, su rostro estaba rojo brillante y su voz se quebraba.

—¿Qué tal si todos respiramos lentamente —dijo la Dra. Lillian— para que podamos calmarnos?

El "nosotros" no era un "nosotros" en absoluto. La Dra. Lillian estaba tranquila. Doug estaba tan tranquilo que prácticamente estaba inconsciente. Mike estaba tenso, pero lo suficientemente tranquilo. Jane era quien…

—¡No se atreva a decirme que me calme! —chilló Jane. Señaló con el dedo a la Dra. Lillian—. Usted es su médico. Pero estás tratando de hacerme sentir como si yo fuera la loca aquí.

«No habría forma de intentarlo», pensó Mike. Jane era la que estaba loca en la habitación.

—Y lo que le hizo a ese pobre hombre —dijo Jane. El volumen de sus palabras bajó sorprendentemente y su tono cambió a lo que Mike pensó que era comprensivo.

Mike observó cómo temblaba el labio inferior de Jane. Reprimió una sonrisa cuando vio a Jane entrecerrar los ojos como si estuviera tratando de exprimir una lágrima.

Jane agitó una mano como una bella sureña intentando evitar un ataque de vapores.

—Lo siento —dijo entrecortadamente—. Yo solo…

Jane sacó un pañuelo de papel de un gran bolso color crema. Se sonó la nariz con fuerza.

Mike miró a la Dra. Lillian. Ella encontró su mirada y le dio una mirada comprensiva de verdadera simpatía. No la basura falsa que Jane intentaba vender en la habitación.

Jane volvió a sonarse la nariz. Mike, la Dra. Lillian y Doug se sentaron en silencio. Esta era una obra de una sola mujer. Todo lo que podían hacer era esperar a que ella pasara a la siguiente línea.

Jane terminó de sonarse la nariz. Dejó caer su pañuelo sucio al suelo. Mike lo miró y sintió que se le curvaban los labios. Realmente odiaba a su tía.

—Ahora, mira —dijo Jane.

Mike no estaba seguro de con quién estaba hablando. ¿A él? ¿La doctora? Obviamente no con Doug.

—Traté de ser amable —continuó Jane—. Realmente lo hice. —Juntó las manos y pegó una agradable sonrisa en su rostro.

Mike logró no vomitar.

—Pero ahora tengo que pensar en Abby —dijo Jane. Ella arregló sus rasgos en una expresión que Mike pensó que era de arrepentimiento. Parecía más bien estreñimiento—. Ya es suficiente.

Finalmente, algo con lo que Mike podría estar de acuerdo. Ya había tenido más que suficiente de esta reunión.

Nadie dijo nada. Jane miró a Mike. Luego se volvió hacia Doug.

Doug todavía parecía necesitar un ventilador. Mike no estaba seguro de que Doug hubiera escuchado una palabra de lo que Jane había dicho.

—¿Doug? —dijo Jane.

Doug no se movió.

Jane se inclinó y golpeó con fuerza a Doug en las costillas.

—¡Doug! —gritó.

Doug se sacudió, tosió y parpadeó varias veces. Miró a su alrededor como para recordar dónde estaba. Una vez orientado, se aclaró la garganta y recogió el maletín que estaba junto a sus pequeños pies. Los pies estaban metidos en costosos zapatos negros; Mike vio que eran Oxfords.

Jane golpeó con sus largas y cuidadas uñas (cubiertas de esmalte rosa pálido que de ninguna manera combinaba con su personalidad) el cuero resbaladizo de su bolso. Ella juntó sus labios formando un gesto de desaprobación.

Doug no se dio cuenta del escrutinio de su cliente. Se concentró en abrir su maletín. Cuando finalmente sacó un fajo de papeles, Jane los agarró y se giró para empujárselos a Mike. No tuvo más remedio que tomarlos.

Al mirar hacia abajo, el estómago de Mike se encogió. Eran papeles de custodia.

—En tu corazón, sabes que esto es lo correcto.

Mike no lo sabía en absoluto. En su corazón o en cualquier otra parte de su cuerpo.

—Espero que firmes —dijo Jane.

Mike levantó la cabeza.

—¿Y si no lo hago?

Jane hizo un gesto con la mano hacia Doug.

—Entonces mi abogado y yo te llevaremos a los tribunales, donde cualquier juez con un gramo de cordura se asegurará de que nunca vuelvas a ver a tu hermana.

La Dra. Lillian se aclaró la garganta y comenzó:

—Eso es…

Jane se levantó de un salto de su silla y sostuvo la palma de su mano hacia la Dra. Lillian como un policía de tránsito.

—Eso es todo —dijo Jane—. Hemos terminado aquí.

Jane dio un paso hacia Doug y le dio una palmada en el hombro. Como un perro obediente, aunque maltratado, cerró su maletín y se puso de pie.

La Dra. Lillian también se puso de pie.

—¿Qué pasa con Abby? —le preguntó a Jane—. ¿Ha considerado lo que ella podría querer?

Jane se volvió lentamente hacia la Dra. Lillian. Jane levantó la barbilla y juntó las cejas, e inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera estudiando algo en un espectáculo de circo.

—Abby… tiene… diez… años…

☆☆☆

En contraste con el sereno oasis del consultorio de la Dra. Lillian, los pasillos del Centro de Desarrollo eran un caos de color y luz. Las paredes estaban empapeladas con rayas rojas, violetas y naranjas, y el piso del pasillo estaba cubierto con alfombras cuadradas de casi todos los colores imaginables. Cuando Mike y Abby se reunieron por primera vez con la Dra. Lillian, ella les explicó que muchos niños en el centro necesitaban abundante estimulación.

Ese podría haber sido el caso, pero la "estimulación visual" ponía de los nervios a Mike. Especialmente ahora.

Después de que Jane y Doug abandonaron el consultorio de la Dra. Lillian, ella le preguntó a Mike si necesitaba un minuto. Sacudió la cabeza y se puso de pie. Estaba realmente nervioso. Y furioso. Y… en realidad, no sabía exactamente lo que sentía. No podía ponerle ni una palabra. Lo

único que sabía era que tenía al menos cincuenta nudos en el estómago; sentía el colon tan enredado que no le habría sorprendido que la comida nunca volviera a atravesarlo. Su cabeza tampoco se sentía tan bien. Tenía los oídos calientes y estaba seguro de que una mano invisible estaba sujetando su cráneo, tratando de presionarlo contra el suelo.

Mike no quería sentirse así delante de la Dra. Lillian. Necesitaba salir de allí.

Por eso estaban en el pasillo. Cuando Mike dijo que tenía que irse, la Dra. Lillian insistió en acompañarlo.

Aparte de todo el color, el salón estaba vacío. Sorprendiéndose a sí mismo porque había planeado escaparse sin decir una palabra, Mike espetó—: Ella no quiere a Abby. Quiere el fondo fiduciario.

La Dra. Lillian miró a Mike y le dedicó una suave sonrisa de comprensión. La Dra. Lillian era buena entendiendo. Quizás por eso Mike siguió hablando.

—El fideicomiso es para Abby. Para nadie más. Ni para mí. Ni siquiera puedo usarlo para pagar el alquiler y está bien. Me alegro de que esté ahí para ella.

La Dra. Lillian le dedicó a Mike otra sonrisa. Esta parecía ser una de aprobación.

—Pero Jane y ese abogado encontrarán una manera de ingresar al fideicomiso si ella obtiene la custodia de Abby —continuó Mike—. Simplemente lo sé. Ese es su plan a largo plazo.

La Dra. Lillian no estuvo en desacuerdo.

—Y en el corto plazo, recibirá los cheques del estado. No se trata de Abby. Se trata de Jane. Siempre se trata de Jane.

La Dra. Lillian abrió la boca, pero luego la cerró. Otra sonrisa comprensiva le dijo a Mike que, una vez más, ella no estaba en desacuerdo con él.

Juntos doblaron una esquina, dirigiéndose hacia la Sala de Actividades del centro. Un par de chicos de la edad de Abby pasaron corriendo. Los

olores a calcetines sucios y chocolate se fueron con ellos. También lo hicieron los golpes de sus pies.

—Sin embargo, ella hizo algunos buenos comentarios. Odio admitir eso, pero tiene razón en que no soy apto para criar a un niño.

La Dra. Lillian finalmente habló.

—Conozco a una niña que no estaría de acuerdo.

Mike levantó las manos.

—Vamos, doctora. No puede hablar en serio. Abby habla más al aire que a mí. Podría morirme y ella estaría demasiado ocupada dibujando para siquiera darse cuenta.

Habían llegado a las puertas dobles que conducían a la Sala de Actividades, pero la Dra. Lillian siguió caminando. Le indicó a Mike que la siguiera. Él lo hizo.

Justo después de las puertas, una ventana larga y ancha daba a la habitación con un piso de goma grueso y azul brillante y múltiples áreas de juego. Algunas de las áreas no eran más que una colección de almohadas coloridas y cómodos cubos de juego que los niños apilaban en fuertes o se recostaban para dibujar o jugar. Algunos trepaban torres. Algunas eran áreas elaboradas parecidas a cuevas, similares a la "tienda escondida" de Abby, pero más sofisticadas. Las áreas de juego estaban ubicadas muy separadas para que hubiera mucho espacio abierto para que los niños corrieran. Mike hizo un conteo rápido; Nueve niños se perseguían o jugaban.

También había varias mesitas repartidas por la habitación. El único ocupado actualmente era el que estaba al otro lado de la habitación. Allí era donde se sentaba Abby.

Mike hizo un gesto hacia su hermana.

—¿Ve lo que quiero decir?

La Dra. Lillian observó a Abby mientras hablaba.

—Ya sabes, los dibujos tienen un poder tremendo para los niños. —La Dra. Lillian se giró para mirar a Mike—. ¿Has oído la expresión "Ver para creer"?

Mike frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Sí.

¿A qué se refería?

La Dra. Lillian se cruzó de brazos y se reclinó contra el cristal.

—Antes de que aprendamos a hablar, los dibujos son la herramienta más importante que tenemos para comprender el mundo que nos rodea. Lo que es real, lo que más nos importa, los niños aprenden a comunicarse casi exclusivamente a través de dibujos.

La Dra. Lillian hizo una pausa y Mike asintió.

—Está bien —dijo. Él todavía no entendía su punto.

La Dra. Lillian ladeó la cabeza y pensó por un segundo. Luego lo intentó de nuevo.

—Mira, los niños no son tan buenos para acceder conscientemente a lo que sienten. Su obra de arte es algo así como su subconsciente.

—Entonces, ¿está diciendo que los dibujos de Abby realmente significan algo? —preguntó Mike cuando finalmente se le encendió la bombilla.

La Dra. Lillian asintió varias veces.

—Sin duda.

Mike reflexionó sobre eso por un segundo.

La Dra. Lillian le puso una mano en el hombro.

—Entonces déjame preguntarte esto. ¿Quién aparece de manera destacada en nueve de cada diez dibujos de Abby?

Mike no habló, pero conocía la respuesta a la pregunta de la Dra. Lillian. Mike estaba en la mayoría de los dibujos de Abby.

La Dra. Lillian apretó el hombro de Mike.

—Puedo ver que lo entiendes —Ella se rio—. Te guste o no, tú eres su mundo. —La Dra. Lillian se rio entre dientes—. Quizás no creas que eres

el hombre adecuado para el trabajo, pero tu hermana ciertamente sí lo cree.

Mike miró fijamente a la Dra. Lillian durante unos segundos. Luego volvió a centrar su atención en Abby. ¿Podría ser verdad? ¿Era realmente lo mejor para Abby?

Por un segundo, Mike sintió que se le levantaban los hombros. Su estómago empezó a desatarse. Pero entonces los gruñidos internos volvieron. Sus hombros cayeron.

Incluso si fuera bueno para Abby, ¿cómo podría cuidar de ella si no podía ganar lo suficiente para mantenerlos? ¿Y cómo podría darle lo que ella necesitaba cuando ni siquiera podía darse a sí mismo lo que necesitaba? Y luego estaba la tía Jane. ¿Cómo podría impedir que ella obtuviera la custodia? Estas y una docena más de preguntas pasaron por la mente de Mike.

—¿Qué pasa si no depende de mí? —Preguntó Mike, expresando una de las preguntas en voz alta—. Mi tía es una idiota, pero tiene razón. Ningún juez en el mundo se pondrá de mi lado.

La Dra. Lillian negó con la cabeza.

—No te apresures a tirar la toalla. Eres el cuidador principal de Abby. Lo has sido por un tiempo. Y tú eres su familia inmediata. Demuestra incluso un mínimo de estabilidad y un juez podría sorprenderte.

«¿Es eso cierto?» Se preguntó Mike. ¿Tenía alguna oportunidad?

La Dra. Lillian ladeó la cabeza.

—¿Ya has encontrado trabajo?

Mike no respondió a la pregunta, pero su rostro debió hacerlo por él. Incluso un segundo de pensar en sus fracasos en la búsqueda de empleo probablemente le hacía parecer como si acabara de chupar un limón.

La Dra. Lillian le dio una palmada en la espalda a Mike.

—Ese sería un buen punto de partida.

CAPÍTULO 6

Mike estaba sentado en la mesa de su cocina. En una mano sostenía su teléfono celular. La otra mano hacía girar una lata de refresco sobre la superficie rayada de fórmica. La lata que daba vueltas constantemente estaba al lado de la tarjeta de presentación de Steve Raglan. La tarjeta estaba arrugada.

El exterior de la lata de refresco estaba cubierto de sudor y los dedos de Mike estaban sudorosos y cada vez más mojados. Aun así, siguió girando la lata. No se atrevía a hacer lo que sabía que tenía que hacer.

Mike miró a Abby, que estaba sentada en el sofá mirando una caricatura ruidosa. Mike no estaba seguro de lo que estaba viendo, pero se oían aullidos provenientes del set y muchas risas estridentes. Lo estaba poniendo de los nervios.

Bueno, no, los sonidos de la televisión no eran realmente lo que le ponía de los nervios. Era la propia Abby quien lo estaba molestando.

Mientras Abby miraba la televisión, frecuentemente la señalaba y luego miraba hacia su izquierda como si compartiera un momento con alguien a quien Mike no podía ver. Otro amigo invisible. ¿Qué iba a hacer Mike con los amigos imaginarios de Abby?

Apartando la mirada de Abby, la mirada de Mike se posó en los papeles de custodia que había arrojado sobre la mesa cuando él y Abby llegaron a casa. Los había dejado boca abajo, pero sabía que necesitaba recogerlos y guardarlos. Abby no necesitaba saber lo que estaba pasando… todavía. Mike se puso de pie y guardó los papeles en un cajón de la cocina.

Los periódicos le recordaron a Mike el plan de Jane. La atención de Mike volvió a centrarse en Abby.

—¿Ves? —susurró Abby—. Los osos pueden hacer eso.

Un pensamiento horrible surgió del miasma de confusión en la cabeza de Mike. ¿Cómo lidiaría la tía Jane con los amigos invisibles de Abby si ella obtuviera la custodia? Tan pronto como Mike se hizo la pregunta, supo la respuesta. Jane haría que pusieran a Abby en algún tipo de institución. Y una vez que encerraran a Abby, Jane encontraría una manera de quedarse con todo el dinero del fondo fiduciario de Abby.

Mike soltó la lata de refresco, se secó los dedos en los vaqueros y luego acercó la tarjeta a él. Marcó el número de Raglan en su teléfono.

Abby continuó viendo su caricatura y discutiéndola con su amiga invisible. Mike respiró hondo mientras escuchaba el teléfono sonar en su oído.

Un clic. Se escuchó la voz de Raglan en su modo ronco.

—Habla Reglan.

—Hola, Sr. ¿Raglan? Es Mike Schmidt.

Raglan no habló. Todo lo que Mike podía oír era el débil sonido de una respiración que llegaba a través de la línea telefónica.

—Um, ¿el tipo que, eh, salió derrotado de tu, ah, oficina ayer? —Mike lo intentó.

Más silencio. Mike contó mentalmente. Uno, dos, tres …

—Ah, sí —dijo Raglan. Su voz se había salido suave. Entonces la voz se volvió ronca—. Sr. No puedo trabajar por las noches.

Mike se sacó el teléfono de la oreja y le frunció el ceño. Hombre, realmente odiaba a este tipo.

La mirada de Mike se dirigió a Abby. Apretó los dientes y devolvió el teléfono a su posición correcta.

—El trabajo del que me habló —dijo Mike entre los dientes apretados—. ¿Aún está disponible?

—Sí, sí. Definitivamente está disponible. ¿Por qué? ¿Cambiaste de opinión?

«No», pensó Mike. Su corazón no había cambiado en absoluto. Pero eso no importaba. Miró a Abby de nuevo.

—¿Qué tan pronto podría empezar? —Preguntó Mike.

☆☆☆

El coche de Mike chisporroteó cuando giró hacia la calle que atravesaba la parte más deprimida de la ciudad. No culpó al coche por su vacilación. Mike tampoco quería ir por esa calle.

Lleno de baches y envuelto en pañales: aunque el sol todavía se aferraba al final del día, el largo y recto camino estaba bordeado de testimonios del colapso empresarial. A ambos lados del asfalto agrietado y roto y de la acera desmoronada que lo bordeaba, una marcha interminable de empresas fallidas o quebradas se alzaban en el crepúsculo descendente. Una fábrica tapiada, una gasolinera abandonada, un pequeño centro comercial con solo tres negocios todavía abiertos y poco iluminados, un restaurante con solo dos coches en el aparcamiento y un cartel de neón medio oscuro, un par de bares que hacían que un bar "sórdido" parezca exclusivo; toda esta área deprimiría incluso a la persona más optimista. Como Mike no había estado optimista en años, comenzó con un déficit y el área lo empujó aún más hacia el oscuro agujero de la desesperación.

Manteniendo una mano en el volante, Mike usó la otra para sostener el trozo de papel en el que había garabateado las instrucciones de Raglan. El papel era la portada de los documentos de custodia.

Mike frunció el ceño ante las instrucciones y se inclinó hacia adelante para mirar a izquierda y derecha a través del parabrisas.

—¿Dónde diablos está este lugar?

Lástima que no tenía un amigo invisible que le respondiera.

En lugar de un útil amigo invisible, Mike tenía la voz de Raglan, en modo cantarín, en su cabeza.

—*Así que aquí está el trato* —se repitió la voz de Raglan en la mente de Mike. La voz subía y bajaba y sonaba apagada, como cuando Raglan había hablado por teléfono—. *Este lugar es bastante llamativo. Fue muy popular*

entre los niños en los años 80, pero ya lleva mucho tiempo cerrado. La única razón por la que no lo han demolido es porque el dueño es algo… sentimental. Simplemente no se atreve a dejarlo ir.

Había algo extraño en la forma en que Raglan decía "sentimental", pero Mike no pudo entender qué era. Ni entonces, ni ahora.

Al revisar sus notas nuevamente, Mike vio el giro que le habían dicho que buscara. Pasó por delante de otro negocio cerrado: un antiguo salón de manicura. Ninguna gran pérdida. De todos modos, había demasiados de esos en la ciudad.

La nueva calle era más estrecha que la anterior. Y después de apenas unos sesenta metros, ya no estaba rodeado de viejos negocios. Gruesos grupos de árboles altos se apiñaban cerca de la carretera. Parecía como si se dirigiera al campo.

Sin embargo, antes de que las cosas se volvieran demasiado rurales, Mike vio un estacionamiento desierto. Era tal como Raglan lo había descrito. Mike encendió su señal, por costumbre; no había nadie alrededor. Se salió de la carretera y entró en el aparcamiento.

Mientras su auto avanzaba lentamente, remolinos de hojas secas se deslizaban por el pavimento agrietado iluminado por los faros del auto. Unos cuantos vasos de papel, un periódico desechado y una bolsa arrugada de comida rápida pasaron junto con las hojas.

Mike metió su auto en un estacionamiento diseñado para albergar al menos cincuenta o más autos. A juzgar por la pintura blanca descolorida hasta casi invisible que delimitaba los lugares de estacionamiento, no había albergado tantos vehículos en mucho tiempo. Mike se detuvo en lo que alguna vez habría sido el lugar de estacionamiento principal, a solo unos metros de la entrada envuelta por la noche de un edificio que estaba tan escondido en la oscuridad que era poco más que una sombra extendida. Rodeado de árboles y alejado de otros negocios, el edificio no tenía iluminación exterior. Los faros del viejo coche contribuyeron poco a darle a Mike una imagen completa del lugar. Todo lo que vio fueron puertas dobles rojas y una ventana tapiada.

Mike apagó el motor. Por lo general, sonaba durante unos segundos y luego se quedaba en silencio. Mike miró por la ventana lateral.

Aunque solo habían pasado unos minutos desde que llegó a esta parte de la ciudad, el anochecer había dado paso abruptamente a la noche, una noche completamente carente de cualquier tipo de iluminación. Mike estaba cien por ciento seguro de que no se encontraba en un lugar seguro.

Pero ya no había vuelta atrás.

Miró a izquierda y derecha y se armó de valor. Cogió la mochila en la que había cargado sus necesidades para pasar la noche. Salió del coche y se echó la bolsa al hombro.

Asegurándose de que su auto estuviera cerrado con llave, como si alguien quisiera robárselo, Mike dio unos pasos hacia la entrada apenas visible del edificio. Una vez más, escuchó la voz de Raglan en su cabeza.

—De todos modos, ha habido algunos problemas con los robos a lo largo de los años. Vagabundos, borrachos. Obviamente, no es lo ideal.

—No es broma —dijo Mike en voz alta ahora.

Miró a su alrededor y dio la vuelta completa. Parecía estar solo, pero había muchos lugares donde permanecer oculto. Agarró la correa plana de su mochila y pensó en lo que había empacado. Creía que lo recordaba todo, pero, como un idiota, no había pensado en una linterna.

De repente, Mike quiso estar dentro del edificio. Se sentía demasiado expuesto.

Mike se apresuró a avanzar y se dirigió hacia las puertas dobles. Las puertas eran de un rojo descolorido y, a juzgar por algunas abolladuras en los paneles, estaban hechas de metal. Rápidamente encontró el panel de seguridad al lado de las puertas, justo donde Raglan había dicho que estaría.

El código era sencillo; Mike lo había memorizado. Así que lo escribió rápidamente.

Un fuerte clic vino de la puerta. «La cerradura se desconectó», pensó Mike. Dio un paso hacia su izquierda y agarró un mango de metal negro, grueso y vertical; Abrió una de las pesadas puertas.

La puerta crujió. Por supuesto que crujió.

Mike ignoró el escalofrío que recorrió su espalda. Sentía como si una de las hojas secas del camino se hubiera metido dentro de su camisa y estuviera cayendo de punta a punta hacia su coxis. Mike entró en el edificio.

Dejando la puerta abierta… por si acaso, Mike vaciló al borde de una profunda oscuridad. Inhaló varios olores que le hicieron dudar si había tomado la decisión correcta. El aire olía a viciado… lo que no era una sorpresa para un lugar viejo y prácticamente desocupado. Pero algo más que aire mohoso llegó a las fosas nasales de Mike. Debajo de—

Un sonido resonante casi lanzó a Mike fuera de sus zapatillas negras. Él se giró.

O el viento había empujado la puerta o tenía una bisagra que se cerraba sola. La puerta estaba cerrada.

Por más amenazante que se sintiera el área desierta de afuera, la puerta cerrada fue un desencadenante aún más poderoso de la respuesta de lucha o huida de Mike. Su ritmo cardíaco se duplicó. Sintió una poderosa necesidad de arrojarse contra la puerta y correr para salvar su vida.

Lo cual era una tontería.

—Contrólate —se dijo a sí mismo.

Las palabras de Mike parecieron alejarse de él antes de regresar. El débil eco lo hizo girar. Ignoró el desconcertante olor del lugar y estudió su entorno.

Apenas iluminada por paneles de luz fluorescente que tenían bombillas viejas y tenues y cubiertas de vidrio esmerilado sucio, la extensión frente a Mike era un vestíbulo grande, tal vez de diez metros de diámetro. Los lados derecho e izquierdo del vestíbulo estaban alineados con bancos bajos cubiertos de vinilo rojo. La apertura de lo que parecía un largo pasillo se extendía hacia la derecha. Al otro lado del vestíbulo, frente a Mike, había un gran arco. Un poco de luz brillaba a través de él, pero no lo suficiente como para que Mike viera lo que había más allá.

Aunque la iluminación del vestíbulo era increíblemente lúgubre, Mike podía ver lo suficiente como para quedar impresionado por la decoración

casi circense del vestíbulo. Las paredes encima de los bancos tenían rayas rojas y blancas, y el suelo bajo los pies de Mike estaba cubierto de linóleo a cuadros blancos y negros. El linóleo estaba agrietado y secciones enteras se estaban despegando del suelo. Colgados de las paredes rayadas, detrás de un cristal, filas de grandes carteles anticuados anunciaban LA PIZZERIA DE FREDDY FAZBEAR.

Mike dio un paso adelante. Su zapato se enganchó en un rizo de linóleo y crujió.

Una vez más, Mike escuchó la voz de Raglan en su cabeza.

—*El sistema de seguridad es anticuado, pero está en pleno funcionamiento. Focos en el exterior. Cámaras por dentro y por fuera. Advertencia necesaria: la iluminación puede ser un poco... loca. Si tienes algún problema, encontrarás el disyuntor del sistema en la oficina principal. Solo dale una vuelta.*

Tan pronto como la voz de Raglan se desvaneció del cerebro de Mike, las luces del techo, ya débiles, parpadearon. Mike las miró.

—Oh, no, no lo harán.

«Será mejor que encuentre la oficina».

Mike cruzó el vestíbulo y miró hacia el pasillo. El pasillo, de dos metros de ancho, era largo y no estaba mejor iluminado que el vestíbulo. Al final del pasillo, a quince metros de Mike, brillaba un cartel de SALIDA de color rojo brillante. Mike lo usó como su Estrella del Norte mientras avanzaba hacia lo que parecía un túnel oscuro y espeluznante.

La voz de Raglan volvió a hablar en la cabeza de Mike. Mike hizo una mueca. Realmente no le gustaba tener el sonido ronco/sonido en reproducción automática en su mente.

—*Ahora bien* —escuchó Mike decir a Raglan en su memoria— *el resto del edificio se controla con un disyuntor diferente*.

Mike mentalmente silenció a Raglan mientras continuaba avanzando con cuidado. Mike mantuvo su mirada moviéndose de izquierda a derecha mientras avanzaba.

Los pasos de Mike hicieron un sonido de golpeteo mientras caminaba sobre más linóleo viejo en blanco y negro. Mike también podía oír su respiración. Todavía estaba nervioso.

Las paredes del pasillo estaban pintadas con las mismas rayas rojas y blancas que Mike había visto en el vestíbulo. También estaban llenos de grandes carteles enmarcados. Estos carteles, sin embargo, no eran anuncios de la pizzería. Eran más arte que marketing. Algunos de los carteles tenían dibujos de pizzas y niños jugando. El resto de los carteles presentaban retratos de animales de dibujos animados de aspecto extraño. Una de las imágenes era de un oso pardo con pajarita y sombrero de copa. El oso parecía bastante amigable. Pero Mike hizo una pausa cuando continuó y vio a un pollito de color amarillo brillante con un babero y sosteniendo un cupcake de ojos saltones, un conejito de color púrpura azulado sosteniendo una guitarra eléctrica y un zorro con un parche en el ojo y luciendo un gancho de aspecto letal. Las sonrisas con dientes de esos bichos no parecían tan benignas. Mike encontró al zorro especialmente desconcertante. El único ojo descubierto del zorro parecía brillar de buen humor, pero la forma en que el zorro blandía el anzuelo sugería que la amabilidad era una fachada.

Mike siguió adelante. Por encima de él, otro banco de luces fluorescentes se atenuó un poco.

La voz de Raglan volvió a la mente de Mike.

—*Mi consejo para ti: no te metas con nada. A menos que tengas un deseo ardiente de morir en un incendio eléctrico. No es un juego de palabras.*

«Ja, ja», pensó Mike mientras miraba la débil luz.

Mike dio otro paso y se puso rígido cuando escuchó un fuerte crujido. Miró hacia abajo y se relajó. Solo eran cristales rotos de uno de los marcos del cartel. Mike miró al que estaba a su derecha. Presentaba los cuatro animales de dibujos animados. Todos menos el zorro estaban en un escenario detrás de micrófonos anticuados. El zorro estaba a la izquierda, en su propio escenario con cortinas moradas. Algo en la separación le pareció amenazador a Mike.

Rápidamente pasó junto al cartel. Miró hacia adelante y vio la puerta a la que apuntaba.

La voz de Raglan volvió a sonar.

—*Encontrarás la oficina al final del pasillo principal. Última puerta a la derecha.*

Mike llegó a la puerta. Al igual que la puerta principal del edificio, era de metal rojo, llena de cicatrices y abollada. Muy abollada. Parecía como si algo o alguien hubiera intentado derribar la puerta. Sin embargo, la ventana de cristal esmerilado en la parte superior de la puerta estaba intacta. Era extraño.

Mike frunció el ceño ante las abolladuras, pero alcanzó el pomo negro. Se giró rápidamente y abrió la puerta. Una vez más, estaba tenso, a punto de huir.

«¿Por qué estoy tan jodidamente nervioso?»

Cuando Mike entró en la oficina, nada lo atacó. Pero tampoco nada lo tranquilizó.

La oficina, débilmente iluminada solo por un resplandor rojo y redondo proveniente de una bombilla de color encima de una gran caja de interruptores con un prominente mango rojo, era pequeña y confinada. Probablemente debido a la única bombilla roja, la habitación le hizo pensar a Mike en las salas de mando de los submarinos. La sensación de estar sumergido se veía aumentada no solo por la oscuridad de la habitación sino también por el aire viciado. La última vez que Mike había olido algo así como el aire en esta habitación, estaba en un gimnasio de boxeo con un amigo. Los olores allí eran una combinación de sudor y sangre.

La nariz de Mike se torció mientras miraba a su alrededor. También podría acostumbrarse al olor y familiarizarse con el espacio. Iba a pasar mucho tiempo allí.

La oficina era bastante escasa. Contenía un escritorio largo y estrecho de metal negro, que se encontraba frente a un aparador a juego. Sobre él había un pequeño ventilador negro y un teléfono fijo junto a un contestador automático. El escritorio tenía un televisor viejo encima de una videograbadora igualmente vieja, una computadora de escritorio y varios monitores de CCTV, apilados en un estante en el borde posterior del escritorio. Contra la pared opuesta al escritorio había dos

archivadores de metal gris. A uno de los archivadores le faltaban un par de cajones. El otro estaba muy golpeado en la parte delantera, como si lo hubieran derribado. La mirada de Mike cayó al suelo. Vio largas marcas de arañazos que parecían coincidir con la longitud del archivador. Las marcas no le hacían más feliz que el olor de la oficina.

Mike apartó la mirada de las marcas de arañazos. Levantó la vista hacia las luces fluorescentes apagadas sobre él. Se dio cuenta de que el grupo de luces estaba al lado de un altavoz del intercomunicador.

Mike volvió a mirar hacia la caja de interruptores. Al lado de la caja de interruptores, un gran casillero de metal gris estaba solo, parecía como si se hubiera escapado de sus amigos en el pasillo de una escuela secundaria. Mike levantó una ceja. ¿Se suponía que debía guardar sus cosas ahí?

—*La mayor parte del tiempo estarás en la* oficina —la voz de Raglan volvió a sonar en la cabeza de Mike—. *El trabajo es bastante fácil. Solo mantente atento a los monitores… y no dejes entrar a nadie. Es pan comido, ¿verdad?*

En el mismo momento en que la voz del Raglan interior de Mike se detuvo, la débil luz de la oficina y del pasillo se apagó por completo. Se cortó toda la electricidad. La única iluminación que quedaba procedía de la bombilla roja de emergencia.

—Uh, uh —dijo Mike—. No.

Inmediatamente caminó hacia la bombilla y agarró la palanca de la caja de interruptores. Mientras empujaba la palanca hacia arriba, la voz de Raglan comenzó de nuevo.

—*Nos vemos en el otro lado.*

CAPÍTULO 7

Mike se paró junto a la silla detrás del escritorio y miró fijamente los monitores de CCTV. Su mirada estaba fija en la del medio, que proporcionaba una vista exterior del edificio en el que se encontraba.

Aparentemente, girar la palanca del interruptor había hecho más que volver a encender las luces interiores. También había activado cualquier interruptor que controlara las luces exteriores.

Mientras miraba las luces en el monitor, no estaba seguro de si ver el exterior iluminado lo habría animado o disuadido de entrar. Se suponía que los llamativos carteles eran acogedores, estaba seguro, pero tuvieron el efecto contrario en Mike. Tal vez eso se debía a que las luces, aunque encendidas, parpadeaban constantemente, proyectando alternativamente un resplandor intenso y sombras poco atractivas desde el extenso edificio.

Parecido a un gigante dormido y desplomado entre el resplandor y las sombras, el edificio claramente había visto días mejores. El techo estaba hundido, la pintura descascarada, los canalones colgando y las ventanas del edificio estaban tapiadas. Aun así, el monitor de CCTV revelaba un letrero rojo descolorido iluminado que decía PIZZERIA DE FREDDY FAZBEAR. A la luz de un foco chisporroteante, un recorte del famoso tipo, el gran oso pardo que Mike había visto en los carteles del pasillo, contemplaba el estacionamiento vacío. Probablemente se suponía que la sonrisa dentada del oso gritaba—: ¡Adelante! —Una vez más, tuvo el efecto contrario en Mike.

Suspirando, Mike miró la videograbadora. Raglan le había dicho que buscara una cinta en el cajón superior del escritorio. Mike extendió la mano y abrió ese cajón. Efectivamente, había una cinta de vídeo junto a

unos cuantos bolígrafos. Mike agarró la cinta antes de sentarse en la silla de oficina con ruedas de vinilo gris del escritorio. Luego metió la cinta en el viejo reproductor. Presionó el botón de encendido del televisor.

Un clic, un zumbido, un ruido sordo y unas cuantas líneas onduladas crepitaron en la pantalla del televisor. Se escuchó música estática de dibujos animados antiguos y las líneas de seguimiento dieron paso a una versión gráfica de Freddy Fazbear y el logotipo de la pizzería.

Mike levantó una ceja ante la música metálica, pero se reclinó en la silla y centró su atención en la pantalla del televisor mientras el logotipo se disolvía en un título: "Pizzería de Freddy Fazbear: informe de seguridad". La música de dibujos animados se desvaneció y comenzó la música rock de los 80 a todo volumen.

Mike vio cómo el título de la cinta se rompía en tropecientos millones de píxeles cuando el título fue reemplazado por el gran comedor de un restaurante lleno de familias felices comiendo, hablando y riendo. Una docena de niños pequeños jugaban o bailaban en los pasillos entre las mesas.

Una mujer de rostro alegre y cabello rubio rojizo rizado sonrió a la cámara. Su alegría habría avergonzado a Santa. Mike se encontró reclinándose aún más hacia atrás, como si pudiera escapar de la alegría de la mujer.

La mujer tenía bonitos ojos azules y labios carnosos pintados de rojo que estiró en una gran sonrisa mientras cantaba—: *¡Bienvenidos a Freddy Fazbear's Pizzeria, un lugar mágico para niños y adultos por igual, un lugar donde la fantasía y la diversión cobran vida!*

La mujer extendió los brazos y, por un segundo, Mike pensó que iba a girar de alegría. Pero ella no lo hizo. En cambio, dijo—: *Si estás viendo este video, significa que has sido seleccionado como el guardia de seguridad más nuevo de Freddy. ¡Felicidades! ¡Vamos a divertirnos mucho juntos!*

Mike levantó una ceja.

—¿Vamos? —preguntó a la pantalla del televisor. Sacudió la cabeza mientras seguía mirando.

En la televisión, la escena del comedor y la mujer desaparecieron, y luego la mujer reapareció frente a una sala de juegos repleta y brillantemente iluminada. La sala de juegos, repleta de juegos de tamaño normal (máquinas de pinball, máquinas de Skee-Ball y un montón de juegos que Mike no reconoció), presentaba una enorme red de torres y túneles de plástico. Estos se entrecruzaban sobre un hoyo de bolas de plástico gigante. Incluso sin todos los felices niños jugando, estaba claro que el lugar era el parque infantil soñado por cualquier niño.

La mujer empezó a hablar de nuevo.

—*El genio que creó Fazbear Entertainment abrió la pizzería Freddy Fazbear para disfrutar de sus dos mayores pasiones: ¡diversión familiar y tecnología animatrónica de vanguardia!*

En la pantalla, la sala de juegos se convirtió en un agujero negro y otra habitación apareció a la vista. Mike no pensó que esta habitación pareciera tan divertida. Llena de estantes metálicos y mesas de trabajo, la sala en la pantalla ahora estaba llena de lo que parecían piezas robóticas. En el centro de la habitación, una silla de metal reclinable estaba ocupada por un animatrónico inmóvil. Era difícil saber qué debía ser el animatrónico. Mike solo podía ver algo de pelaje rubio en los bordes de una extensión de endoesqueleto metálico y una maraña de cables. Un hombre con bata blanca que Mike supuso que era un técnico estaba sondeando los cables con una herramienta que parecía un cruce entre un par de alicates y unas tijeras de podar. La herramienta tenía un aspecto casi diabólico: afilada y dura.

La mujer reapareció en la pantalla. Todavía luciendo implacablemente feliz, trinó—: *La ingeniería robótica de última generación permite a nuestros personajes interactuar con los invitados de una manera verdaderamente realista, mientras que las celdas de litio recargables inteligentemente ocultas les dan a los personajes un alcance limitado para deambular libremente.* —La mujer se puso de puntillas—. *¡La seguridad es primero!*

De repente la pantalla se apagó y luego reapareció la mujer. Ahora estaba parada frente a una extensión de aterciopelados telones rojos.

—Esto debería ser bueno —murmuró Mike.

La mujer en la pantalla dijo en tono exagerado—: *¡Les presentamos a las estrellas del espectáculo! ¡Vamos, muchachos!* —La mujer hizo un amplio gesto con el brazo izquierdo.

La mujer de la pantalla desapareció y el televisor se llenó con la imagen de una mano presionando un botón de plástico rojo del tamaño de la palma de la mano. La etiqueta encima del botón decía ¡SHOWTIME!

Las cortinas volvieron a llenar la pantalla del televisor. La mujer ya no estaba frente a ellos y las cortinas comenzaban a abrirse. Una pulgada. Dos. Tres. Cuatro. Los dobladillos de las cortinas se agitaron mientras se movían, y luego…

La imagen en la pantalla se congeló y luego se disolvió en una mancha de líneas de seguimiento. Mike se inclinó hacia adelante y golpeó el costado del pequeño televisor. No pensó que serviría de nada, pero…

El televisor emitió el sonido de una risa distorsionada y la mujer de repente reapareció en la pantalla. Ahora estaba parada frente a la cortina plisada y descorrida. Estaba mirando a su derecha, aparentemente hacia lo que fuera que estuviera en el escenario ahora expuesto.

—*Adorables, ¿no?* —preguntó la mujer, usando una voz cursi—. *Estas tiernas criaturas y la tecnología patentada que les da vida son ahora tu deber sagrado de proteger. Mantenlos a salvo. ¡Y ayuda a garantizar que Freddy Fazbear's Pizzeria esté aquí para deleitar, deslumbrar y entretener en los años venideros!*

La pantalla se puso negra. Mike lo miró fijamente.

—¿En serio? —preguntó en voz alta.

La silla del escritorio dejó escapar un chirrido cuando Mike se inclinó hacia delante y sacó la cinta del vídeo. Lo volvió a guardar en el cajón del escritorio y luego centró su atención en los monitores de CCTV. Eran nueve. Cada uno transmitía imágenes de varias salas del restaurante o de algún ángulo del exterior del restaurante o sus alrededores. Todas las imágenes eran en blanco y negro y estaban borrosas… de baja resolución. Las escenas oscuras y monocromáticas le recordaron a Mike los escenarios de las viejas películas de terror. Aunque las áreas parecían estar vacías, claramente insinuaban que había problemas acechando fuera de la pantalla. Eran sumamente espeluznantes.

Mike levantó la mirada y volvió a mirar alrededor de la habitación. Su atención se centró en el casillero solitario. Al azar, su mente se llenó de repente con la imagen de ver a uno de los chicos de su escuela, Bobby, un pobre niño flaco del que se burlaban implacablemente, siendo metido en su casillero. Los pelitos de la parte posterior de los brazos de Mike se erizaron cuando miró las tablillas en la parte superior del casillero. ¿Qué había exactamente en esa cosa?

Mike intentó descartar la pregunta, pero sabía que no podría llegar a una conclusión hasta que se convenciera de que el casillero estaba vacío… o que al menos estaba lleno de algo benigno e inanimado.

Mike dejó su mochila en el escritorio junto al televisor, se levantó y caminó hacia el casillero. Dudando solo un segundo, extendió la mano y tiró de la cerradura abierta del casillero. La puerta del casillero se abrió y golpeó contra la pared con un ruido metálico cuando Mike miró dentro del casillero.

Su mirada se encontró con los ojos saltones de un niño sonriente y de mejillas sonrosadas.

Mike gritó e inmediatamente volvió a cerrar la puerta del casillero. Se alejó del casillero y lo miró fijamente. Su corazón sentía como si estuviera detonando en su pecho.

«¿Qué demonios fue eso?»

El cerebro de Mike le proporcionó una repetición de lo que había visto. Había visto a un niño. Piel brillante. Cara demasiado colorida. Demasiado blanco en los ojos. Y lo más importante… el niño era muy, muy enclenque. Conclusión: no era un niño de verdad.

Mike puso los ojos en blanco ante su propio nerviosismo. Inhaló y exhaló uniformemente y luego dio un paso adelante. Esta vez, Mike abrió lentamente la puerta del casillero.

Sentado en el estante superior del casillero, el niño miró plácidamente a Mike. No era un niño. Era un muñeco.

El muñeco llevaba una gorra a rayas con hélice y sostenía un globo rojo satinado. Era demasiado pequeño para haberlo confundido con un niño

real. A menos que te hayas metido en un estado de gran ansiedad que te haría saltar por tu propia sombra.

—Realmente necesito calmarme.

El muñeco no estuvo de acuerdo, pero tampoco en desacuerdo. La sonrisa del niño, sin embargo, hizo que Mike sintiera como si el muñeco se estuviera riendo de él.

Mike miró los ojos saltones. Pequeños gusanos de inquietud treparon por el cuello de Mike.

Rápidamente extendió la mano y giró la cabeza del muñeco para que su cara apuntara hacia la parte trasera del casillero.

—Ya está, chico globo. Ríete de eso.

Mike bajó la mirada del muñeco e inspeccionó el resto del casillero, queriendo estar seguro de que no contenía más juguetes espeluznantes. Afortunadamente, no fue así. Solo había otras dos cosas en el casillero. Una era… ¡genial!

☆☆☆

Armado ahora con la pesada linterna y la determinación de no estar tan nervioso, Mike decidió que estaría más cómodo si exploraba un poco sus alrededores. La oficina en sí no parecía un gran refugio seguro, por lo que quería saber qué más albergaba el edificio. Decidió empezar por el comedor principal que había visto en el vídeo.

Mike salió de la oficina y regresó al pasillo principal. Pasando por alto todas las puertas cerradas (no porque tuviera miedo de lo que había detrás de ellas... no, sin miedo en absoluto), Mike volvió sobre sus pasos de regreso al vestíbulo. Mientras avanzaba, alumbró con su linterna en todas direcciones. No vio mucho que no hubiera notado antes, excepto que vio que el techo del pasillo tenía parlantes de intercomunicación como el de la oficina. Supuso que probablemente estarían por todo el restaurante.

Cuando Mike llegó al vestíbulo, se volvió hacia el arco. Luego lo atravesó y miró a su alrededor.

Aunque la energía del edificio estaba al máximo, el cavernoso comedor (tenía que tener al menos treinta metros cuadrados) todavía estaba lleno de charcos de negro y gris y del más pálido amarillo sucio. Mike miró hacia arriba y vio que el amarillo provenía de la luz de la luna que brillaba a través de un banco de claraboyas sucias.

Mike miró a su alrededor y vio un interruptor de luz a la izquierda del arco. Dio un paso hacia allí, pero luego recordó las advertencias de Raglan sobre el sistema eléctrico. No quería correr el riesgo de volver a hundir todo el edificio en la oscuridad total. Entonces, encendió su linterna.

Tan pronto como Mike apuntó su linterna hacia la extensión frente a él, deseó no haberla encendido. La escena era desoladora.

Tal vez si Mike no hubiera visto el vídeo, no se habría sentido tan desanimado por la habitación vacía, sucia y desolada. La mente de Mike, sin embargo, todavía estaba llena de las escenas brillantes y felices del vídeo. Esperaba encontrar una sala colorida llena de mesas. En cambio, estaba mirando un terreno baldío. Solo quedaban unas pocas mesas cubiertas de polvo o de manteles sucios y rotos. Unas cuantas pilas de sillas derribadas estaban esparcidas por la habitación. El suelo blanco y negro estaba lleno de escombros: sombreros de fiesta, platos de papel, servilletas, vasos vacíos.

Mike pateó uno de los vasos y caminó hacia los dos escenarios en el lado opuesto de la habitación. Uno de los escenarios estaba cubierto con una versión antigua del telón rojo que había visto en el vídeo. El terciopelo de la cortina estaba ahora mate y el rojo estaba descolorido. Sobre un escenario más pequeño a la izquierda, se hundía una cortina violeta con estrellas doradas. Mike lo reconoció por el cartel en el pasillo. Sinceramente esperaba que el zorro del cartel no estuviera acechando detrás de la cortina.

Para contrarrestar la repentina melancolía que había creado el comedor descuidado y olvidado, Mike silbó… fuerte. El sonido resonó por la habitación, alejándose de él y luego regresando. Le recordó la forma en que sus palabras le habían resonado en el vestíbulo. Extraño.

Mike sacudió la cabeza, recordándose a sí mismo que había decidido no asustarse. Silbó de nuevo, aún más fuerte. Comenzó a dar un paso adelante.

Un fuerte ruido sobresaltó a Mike. Contuvo un grito ahogado y enfocó el haz de su linterna hacia el sonido.

Los rayos de su linterna apuntaban a las cortinas que cubrían el escenario. ¿Qué había ahí atrás? ¿Había alguien más aquí?

—¿Hola? —gritó.

Tan pronto como soltó la palabra, se arrepintió. ¿Cuántas veces se había reído de un personaje de película cuando gritaba ¿Hola? Si alguien estaba aquí, probablemente no era alguien que tramara nada bueno. Y ahora, Mike había anunciado su presencia y su ubicación exacta. Brillante.

Mike mantuvo su linterna apuntando a las cortinas. No se movieron.

Mike permaneció muy, muy quieto y escuchó. No escuchó nada. Ni siquiera su propia respiración.

Se dio cuenta de que había dejado de respirar. Empezó de nuevo.

Al iluminar un círculo completo con su luz, decidió que había demasiados posibles escondites en la habitación… uno de ellos detrás de las cortinas cerradas. La linterna… y la débil luz de la luna… no le daban ni siquiera una vista aceptable del área que lo rodeaba.

Mike se giró y caminó hacia el interruptor de la luz. Valió la pena correr el riesgo de usarlo.

Mike alcanzó rápidamente el interruptor. Lo giró hacia arriba.

No pasó nada.

Mike presionó el interruptor hacia arriba y hacia abajo varias veces. *Clic, clic, clic*. Sin luz.

—Perfecto —dijo Mike.

La palabra jugó con él de la misma manera que lo había hecho su silbato. Mike decidió mantener la boca cerrada de ahora en adelante.

Por un segundo, pensó en regresar a la oficina. Pero si había alguien aquí, ¿no era su trabajo encontrarlo?

«No me pagan lo suficiente por esto», pensó Mike. Aun así, se alejó del interruptor de la luz. Respirando profundamente, avanzó más dentro de la habitación.

Sintiéndose vulnerable en medio de la habitación, decidió abrazarse a la pared derecha. Esa pared, notó, estaba cubierta de dibujos de niños. Quizás cien o más dibujos de figuras de palitos, no muy diferentes de muchas de las obras maestras de Abby, estaban pegados a la pared del comedor como si fueran papel tapiz. Amarillentos y rizados, los dibujos revoloteaban cuando Mike pasaba junto a ellos.

Aunque el haz de la linterna de Mike iluminó los dibujos, solo les prestó una atención superficial. Su atención se centró en el escenario principal. De ahí venía el sonido.

Más allá de los dibujos, Mike llegó a un corto tramo de escaleras que conducía al escenario. Cerca de los escalones, había un botón rojo del tamaño de una mano en la pared. Era el botón del vídeo. Las letras SHOWTIME encima estaban descoloridas y apenas legibles. Si Mike no hubiera sabido lo que decía, tal vez no habría podido reconstruir la palabra.

Mike apuntó su linterna al botón. Sacudió la cabeza. De ninguna manera iba a presionar esa cosa.

Mike pasó junto al botón. Subió las escaleras hasta el escenario.

Asegurándose de caminar lo suficientemente lejos frente a las cortinas para estar fuera del alcance de cualquier cosa que quisiera salir detrás de ellas, Mike caminó suavemente sobre el polvoriento piso de madera del escenario hasta llegar al centro del escenario donde los dos lados de las cortinas se encontraron. Alumbró con su linterna el espacio de media pulgada que los separaba.

Enderezando su postura, como si una postura de soldado con los hombros hacia atrás lo preparara para lo que fuera que estaba a punto de enfrentar, Mike extendió la mano y tomó el borde de la cortina con su mano izquierda. El terciopelo estaba crujiente bajo sus dedos.

Mike corrió la cortina un poco más atrás. Liderando con su linterna, asomó la cabeza detrás de la cortina.

Cuando el haz de la linterna de Mike aterrizó en la primera boca sonriente y de grandes dientes, el haz se alejó inmediatamente. Eso llevó la luz a otra enorme sonrisa. Y otra.

Aturdido y asombrado por el tamaño de las bocas llenas de dientes que estaba viendo, Mike estabilizó su luz y la apuntó para iluminar una vista lo más amplia posible. Tan pronto como vio toda la escena, su asombro se transformó en temor.

Mike inmediatamente dio un paso atrás. Todavía agarrando la cortina en su mano izquierda, no porque quisiera sino porque sus dedos se habían aferrado espasmódicamente al material de terciopelo, retrocedió. El telón lo acompañó, levantándose y alejándose del suelo del escenario y abriendo un espacio más amplio. Mike movió su linterna de izquierda a derecha y luego rápidamente alejó la luz de lo que estaba viendo.

Finalmente, bajando el telón, Mike se volvió. No se molestó en dirigirse a las escaleras del escenario. Simplemente saltó del escenario y comenzó a caminar rápidamente por el comedor.

Mientras corría, su cerebro le proporcionó un resumen de lo que acababa de ver: los enormes ojos blancos que se cernían sobre todas las sonrisas lascivas que lo habían hecho huir corriendo como un conejito perseguido por un halcón.

Los ojos. Conejo, conejito.

¿Mike realmente había visto lo que creía haber visto?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Mike como una cascada helada. Corrió más rápido.

Mike intentó decirse a sí mismo que su cerebro le estaba jugando una mala pasada. No había visto lo que creía haber visto.

Pero sabía que se estaba mintiendo a sí mismo.

Justo cuando Mike había bajado el telón, un par de ojos blancos, el juego que pertenecía al gran conejito azul, se había movido. Había observado la retirada de Mike.

CAPÍTULO 8

Cumplir con su fiel rutina nocturna fue todo un desafío para Mike, dadas las circunstancias. Una multitud de obstáculos se interponían entre Mike y el flujo normal de su ritual antes de acostarse.

En primer lugar, por supuesto, estaba el hecho de que estaba en el trabajo. No lo habían contratado para dormir. Pero al diablo con eso. ¿Quién iba a saber si dormía en lugar de mirar los espeluznantes monitores?

En segundo lugar, estaba el contenido del edificio en el que se encontraba. Por mucho que intentara convencerse de que no había visto al conejito violeta azulado mover los ojos para mirarlo, sabía que sí. Si el conejito pudiera vigilarlo, ¿qué más podría hacer? ¿Qué más podrían hacer los otros animatrónicos? Mike había asumido que estaban apagados… pero ¿lo estaban?

En tercer lugar, Mike no estaba cansado. Estaba demasiado asustado para estar cansado. Pero entonces… para eso estaban las pastillas.

Mike reflexionó sobre estas y otras cuestiones durante aproximadamente una hora después de regresar a la oficina. También observó la puerta de la oficina, que había cerrado con llave. Cuando nada vino a buscarlo durante esa hora, Mike decidió seguir con sus hábitos bien establecidos a la hora de dormir. Pero primero, arrastró uno de los archivadores maltrechos hacia la puerta. Al mirar de nuevo los rayones en el piso, se preguntó si no sería el primero en usar el gabinete como barricada. Si así era, ¿qué significaban los rayones? No se permitió pensar en eso.

Al regresar al escritorio, miró la silla. No era ideal para dormir, pero si apoyaba la cabeza en el escritorio, podía hacerlo funcionar.

Mike abrió su mochila y comenzó a sacar lo que necesitaba. Pastillas… Botella de agua… Reproductor de casetes… Teoría de los sueños… Despertador… Mike miró su reloj. Había decidido usar su reloj como despertador en lugar de traerlo de casa. Puso la alarma de su reloj ahora.

Mike dejó el libro de bolsillo junto al reproductor de casetes. Luego tomó su pastilla.

Miró la puerta por última vez y desvió la mirada hacia el reloj de pared frente al escritorio. La manecilla de las horas estaba a mitad de camino entre la medianoche y la una de la madrugada.

Mike miró todos los monitores por turno. Estacionamiento, lobby, pasillos, cocina, arcades, comedor, depósitos, parte trasera del restaurante, frente del restaurante. Todo vacío. Todo silencioso.

Mike apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados. Cerró los ojos.

Además de su cama, por supuesto, había una pieza del arsenal nocturno de Mike que no había traído consigo: el póster. Pero, aun así, cuando cerró los ojos, inmediatamente vio los pinos balanceándose. También escuchó la brisa.

Mike quedó inconsciente, se retorció y frunció el ceño. ¿Era una brisa lo que estaba escuchando? No sonaba del todo bien. Sonaba más a estática que a una brisa, como si estuviera escuchando la modulación chirriante de la retroalimentación procedente de un altavoz, tal vez un intercomunicador.

Este pensamiento casi descarriló el descenso de Mike a la tierra de los sueños, pero la atracción de las ondulaciones de los pinos era demasiado fuerte. Mike ignoró el crujido que estropeaba el relajante sonido de la brisa. Dejó que los pinos lo dejaran caer en la escena que le resultaba tan familiar.

La escena, sin embargo, no fluía suavemente en la mente de Mike esa noche. Llegó en fragmentos.

Ramas de árboles giratorias.

Avión de juguete naranja volando por el aire.

Un spray de ketchup.

—¿Qué tal una hamburguesa con ese ketchup, cariño? —pregunta el padre de Mike.

Golpe.

Efervescencia.

La voz de la madre de Mike grita—: Vigila a tu hermano.

Frisbee zumbando.

Motor de coche acelerando.

Mike, de doce años, grita—: ¡Garret!

Ramas abofeteando la cara de Mike.

Coche negro alejándose.

El rostro pálido de Garret en la ventanilla trasera del coche.

Mike abre la boca para gritar. Y por una vez, el grito sale de su boca.

—¡Garret!

Mike observa cómo el coche negro desaparece en una curva. Entonces…

Mike oye reír a los niños. El sonido viene detrás de él.

Confundido, Mike se da vuelta.

Cinco niños se encuentran en medio de la carretera ahora vacía. Uno de ellos lleva un sombrero de copa de papel. Una tiene un babero de papel atado al cuello. Uno lleva orejas de conejo de papel en la cabeza. Uno sostiene un gancho de papel.

El quinto niño, un niño rubio con ojos azul hielo, destaca entre los demás niños. No tiene accesorios de papel.

Mike mira fijamente al chico rubio.

—¿Quién eres? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El chico no dice nada.

En la periferia de la visión de Mike, ve a los otros niños jugando. Por un momento, parecen extrañamente abstractos, demasiado simplificados. Son casi bidimensionales, como muñecos de papel en lugar de niños reales.

Sin embargo, tan pronto como Mike se da vuelta y mira a los niños de frente, los niños son perfectamente reales. Mike vuelve a mirar al chico rubio. A medida que su enfoque cambia, obtiene la misma impresión de los niños recortada en cartón.

Al reorientarse rápidamente para mirar a los niños directamente, el afecto aplanado desaparece nuevamente. Mike frunce el ceño, desconcertado.

Sin embargo, a pesar de lo desconcertado que se siente, tiene un pequeño fuego de euforia parpadeando en su estómago. Lo que sea que esté sucediendo es nuevo, diferente a todo lo que haya visto antes.

Mike da un paso hacia el chico rubio mientras señala por encima del hombro hacia donde desapareció el auto.

—¿Viste ese auto? ¿Viste lo que pasó?

El chico rubio estudia a Mike como si fuera una hormiga invadiendo un picnic.

Mike lo intenta de nuevo.

—¿Viste quién se llevó a mi hermano?

El chico rubio sonríe. Más allá de él, los otros niños están de regreso en 2-D, como si hubieran salido de la página de un libro.

Mike mira directamente a los niños. Son reales otra vez.

Una, dos, tres veces, Mike ajusta su mirada. Enfoque. Desenfoque. Enfoque. Desenfoque. Enfoque. Desenfoque. Los niños se convierten en imágenes aplanadas y luego vuelven a crecer en 3-D.

Finalmente, los niños se dispersan abruptamente. Los cinco niños corren. Van en cinco direcciones diferentes.

Mike grita—: ¡Esperen! —Mira a un niño que huye y a otro, tratando de decidir a cuál seguir.

Mike finalmente elige al chico rubio, que apenas comienza a desaparecer en el bosque. Mike sale corriendo a toda velocidad.

Las ramas de pino golpean la cara de Mike mientras se esfuerza por mantener al niño en la mira. Puede ver destellos de cabello rubio a través de las ramas. Si pudiera quedarse con el niño hasta que salieran de los árboles…

El pie de Mike golpea una roca. Pierde el equilibrio y cae hacia adelante, con su cuerpo volando hacia el suelo.

Mike abrió los ojos y descubrió que se estaba cayendo de la silla. Su cuerpo voló hacia el suelo. Su cabeza se golpeó contra el duro linóleo.

Gimiendo, Mike se llevó una mano a la frente. Hizo una mueca cuando sus dedos presionaron un bulto cerca de su sien.

—¡Ay! —Mike retiró la mano del área sensible. Se levantó del suelo y logró ponerse de rodillas. Justo cuando empezaba a orientarse, un pitido chillón comenzó a apuñalar el dolor en su cabeza.

Mike se puso de pie y torpemente consultó su reloj, logrando apagar la alarma. Miró los números digitales. Eran las seis de la mañana.

Mike se dejó caer en la silla de la oficina, se inclinó lentamente hacia adelante y presionó rebobinar su casete. Cogió su libro de bolsillo y agitó sus páginas distraídamente.

¿Qué había pasado con su sueño? ¿Quiénes eran esos niños?

Mike se frotó los ojos para quitarse el sueño. Se estremeció cuando una vez más se encontró con el bulto en su frente.

Mike dejó caer las manos y miró alrededor de la oficina. Estaba como lo había dejado antes de irse a dormir. Pero algo al respecto…

Mike nunca antes había tenido un sueño así. No podía ser una coincidencia que sucediera cuando él estaba en esta habitación.

Pensó en el sueño. Los niños. El sombrero de copa. El babero. Las orejas de conejo. El gancho.

¿Se había asustado tanto que sus miedos habían penetrado en su sueño? ¿O sucedía algo más?

El estómago de Mike se contrajo de miedo y confusión. Pero también revoloteó. Revoloteaba de emoción. ¿Estaba al borde de un gran avance?

☆☆☆

Los rayos del sol naciente siguieron a Mike a través de la puerta cuando entró en su casa. Los rayos se extendieron delante de Mike y aterrizaron sobre Max, que estaba boca abajo en el sofá. Como era de esperar, la televisión estaba en QVC.

Mike, con el cuerpo como si estuviera zumbando, dejó caer su mochila y una bolsa blanca de panadería sobre la mesa de la cocina. Lo que había sucedido en su sueño lo había conmovido tanto que derrochó el dinero y compró donas en la panadería del supermercado. Su dulce aroma ahora se combina con un olor persistente a rollitos de huevo cocinados en el microondas. A Mike no le gustaban los rollitos de huevo, pero el olor a frito era mucho mejor que cualquier olor que hubiera encontrado en la pizzería.

La pizzería. Mike había pensado que el trabajo allí no sería más que un dolor de cabeza. ¿Quién hubiera pensado que tendría tal efecto en sus sueños? Mike no se había sentido tan animado… bueno, no estaba seguro de haberse sentido así alguna vez, al menos no en trece años.

Max dejó escapar un suave ronquido. Mike se acercó al televisor y lo apagó. Luego tocó apenas el hombro de Max. Solo un roce contra la tela violeta oscuro de su blusa.

Levantó la cabeza con un resoplido, se limpió la baba de la boca y bostezó. Cuando vio a Mike, rápidamente se sentó y se peinó el largo cabello con los dedos. Luego se secó el sueño de los ojos.

Las mejillas de Max parecían sonrojadas. Esperaba que ella no estuviera sufriendo algo. Ella era la mejor… o sea, la más asequible… niñera que había encontrado para Abby.

—¿Cómo te fue? —Preguntó Max.

Mike volvió a pensar en su sueño. Levantó un hombro.

—Fue… interesante. No es el mejor trabajo del mundo. Pero lo necesito, como referencia para el juez que podría intentar tomar… —Hizo un gesto con la mano—. No importa.

Max asintió y luego rápidamente apartó la mirada de Mike. Fue extraño. Nunca la había visto actuar tan… asustadiza.

—¿Quieres una dona? —Preguntó Mike.

—No, gracias. —La respuesta de Max fue plana. Extraño de nuevo.

Max no era exactamente Miss Bubbly, pero por lo general era buena para el sarcasmo o el descaro. Y ella siempre lo miraba a los ojos. ¿Por qué evitaba su mirada?

Mike frunció el ceño.

—Tengo la intención de pagarte, ¿sabes? En algún momento. —Cogió la bolsa de donas—. ¿Estás segura de que no quieres una dona? ¿Avanzar contra tu sueldo? —Intentó sonreír.

Max negó con la cabeza. Ella no sonrió.

—No te preocupes. Se donde vives.

Mike se rio entre dientes. Max no lo hizo.

Max recogió sus cosas. Mike pensó que su postura era mala, un poco encorvada. Quizás estaba enferma.

—¿Te sientes bien? —Preguntó Mike.

Max se sobresaltó. Su rubor se hizo más profundo.

—¿Eh? Sí. Estoy bien.

Ella no estaba bien. Algo estaba mal. Mike pensó en presionar para ver qué pasaba, pero tenía sus propias cosas en las que pensar.

—¿Te veo esta noche? —Preguntó Mike.

Max asintió a medias. Miró a Mike y empezó a abrir la boca. Luego la cerró.

Durante varios largos segundos, Mike y Max se miraron. De la nada, y por primera vez, pensó Mike, «Max es una chica bonita». Mike siempre

había tenido demasiadas cosas que hacer como para pensar que Max era bonita. Ella era solo su niñera. Y ahora parecía una niñera que tenía algo que decir. ¿Iba a renunciar? Mike contuvo la respiración y esperó.

Finalmente, Max habló.

—Ella es una niña realmente buena, ¿sabes?

«¿Eh?» Eso no era lo que Mike esperaba. En absoluto. «¿Qué quería decir con eso?»

Mike no tuvo la oportunidad de preguntar. Max ya había salido por la puerta.

☆☆☆

La habitación de Abby estaba iluminada por la luz del sol de primera hora de la mañana. Podía sentir cómo calentaba sus párpados cerrados. Pero todavía no estaba lista para abrir los ojos. Abby abrazó a Dolph con fuerza y se hundió más profundamente bajo las sábanas. Quería pasar unos minutos más con sus amigos.

Abby también podría estar con sus amigas cuando tuviera los ojos abiertos. Pero a veces era más fácil pasar el rato con ellos cuando estaba durmiendo, o cuando recién se estaba durmiendo o saliendo del sueño.

Abby escuchó a Mike abrir la puerta y caminar hacia su cama. Como no estaba lista para hablar con su hermano, fingió estar dormida.

Abby escuchó a Mike caminar hacia su cama. Se concentró en mantener su respiración lenta y uniforme.

El colchón se hundió cuando Mike se agachó hasta el borde de la cama. ¿Que estaba haciendo? Abby no podía recordar la última vez que Mike se había sentado al borde de su cama mientras ella dormía (o fingía dormir).

Tentada a abrir los ojos y descubrir qué estaba pasando, Abby decidió esperar. Siguió respirando lentamente.

Cuando Mike extendió la mano y le quitó un mechón de pelo de la mejilla a Abby, ella estuvo segura de que se sacudió un poco. Pero tal vez no lo hizo, porque Mike no pareció darse cuenta. Le alisó el pelo y se quedó dónde estaba.

Bueno. Eso era suficiente. Esto era demasiado extraño.

Abby abrió los ojos.

—Hola, Abs.

—Hola.

Abby miró a su hermano. Algo era diferente en él. No parecía tan tenso como siempre. Casi parecía… ¿feliz? No, no del todo. Pero algo.

Mike se levantó.

—Necesito darme una ducha. Luego tenemos que llevarte a la escuela.

Abby asintió. Mike revolvió el cabello de Abby. Eso también fue extraño.

Él le dio una rápida sonrisa y salió de su habitación.

☆☆☆

Encorvada en la esquina de una cabina de vinilo gris agrietada que olía a limpiador de limón, Maxine apoyó el hombro contra la ventana adyacente. El cristal de la ventana se sentía frío a través de la parte superior marrón barro que se había puesto solo para esta reunión en Sparky's Diner. La blusa parecía apropiada: parecía sucia, y este encuentro hizo que Maxine se sintiera sucia.

Por lo general, a Maxine le encantaban los aromas de un restaurante, esa mezcla distintiva de huevos con tocino, desayunos con gofres y tortitas y hamburguesas y patatas fritas para el almuerzo. Probablemente era una de las pocas personas en el mundo a la que le encantaba el olor del aceite para freír. Hoy, sin embargo, los olores de la comida la hacían sentir mareada. O no. Era el motivo por el que estaba aquí lo que la hacía sentir mareada.

Ignorando el zumbido de las conversaciones, los tintineos de vasos y platos y otros ruidos a su alrededor, Maxine miró por la ventana y observó una creciente nube negra que se precipitaba hacia el triste y descolorido edificio octogonal. La forma de la nube era inquietantemente parecida a una calavera, completa con lo que parecían agujeros para los ojos vacíos y unas fauces hambrientas. La nube ya había consumido el sol

brillante que había dominado la mañana, y ahora parecía que quería engullir la vieja y grasienta cuchara.

Un codo afilado se clavó en la costilla de Maxine. Se giró y miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Espacio. —No tuvo que decir más. Jeff entendió su taquigrafía. Se alejó unos centímetros de ella.

Aunque Jeff era diez años mayor, los dos eran muy cercanos. Cuando Maxine era pequeña, sus padres tenían dos trabajos. Jeff había sido más que un hermano para Maxine; había sido algo más parecido a un padre sustituto, incluso si era un desastre en eso. A los diez años, Jeff no sabía nada sobre cuidar a un bebé. En las semanas posteriores a que terminara la licencia de maternidad de la madre de Maxine, Jeff había hecho todo lo posible. Aun así, había perdido a su hermana más de una vez, casi la ahogó, la dejó caer, la escaldó y le dio más dulces que comida nutritiva. Era un milagro que Maxine hubiera sobrevivido.

—Lo siento —dijo Jeff en un tono que dejaba claro que no lo sentía. Cogió una pajita cubierta de papel y arrancó el extremo del envoltorio. Retiró el papel apenas media pulgada, se llevó la pajita a los labios y sopló, disparando el envoltorio de papel a la cara de Maxine. La golpeó en la nariz.

Maxine suspiró y miró a Jeff.

—¿Edad?

Jeff soltó una carcajada. Volvió a darle un codazo a Maxine, esta vez a propósito.

Maxine suspiró una vez más y sacudió la cabeza. Un movimiento desde el otro lado de la mesa llamó su atención. Miró al otro lado de la desgastada mesa de madera de pino, hacia el bulto sentado en el lado opuesto de la cabina. El nombre del hombre era Doug. Solo Doug, había dicho cuando se presentó. Doug supuestamente era abogado. ¿Qué clase de abogado solo usaba su nombre de pila? Un abogado de mala calidad, esa es la clase de abogado. Se dio cuenta de que Doug estaba mirando sus pechos mientras sorbía una taza de café, a la que le había visto añadir cuatro cremas y seis paquetes de azúcar apenas unos minutos antes.

Inmediatamente bajó la mirada y cruzó los brazos sobre su pecho. «Totalmente indecente», pensó Maxine.

¿Qué estaba haciendo ella aquí?

Maxine miró a Jeff. Estaba chupando su refresco ruidosamente. Podía sentir su rodilla rebotando debajo de la mesa. Sabía que él se sentía tan incómodo como ella, pero probablemente por razones diferentes.

Maxine amaba a su hermano y pensaba que él tenía mucho a su favor. Habiendo obtenido más la apariencia de su madre que la de su padre, el cabello de Jeff era castaño arenoso y sus rasgos eran pequeños y equilibrados. Sus rasgos, sin embargo, no se ajustaban a su tamaño. Con un buen tamaño de 1,88, el cuerpo de Jeff era demasiado grande para su pequeño rostro. Aun así, Maxine pensaba que era lindo. Él también era amable: tenía un gran corazón. Jeff, sin embargo, era el rey de las malas decisiones. Ya había cumplido condena dos veces, por cosas relativamente menores: robo de coches, allanamiento de morada. Parecía que no podía conservar un trabajo. Realmente no debería haber dejado que él la convenciera de esto… ni nada parecido.

Maxine ya se sentía muy mal por lo que había hecho. No quería hacer nada peor. No, ella no debería estar aquí.

Afuera, la lluvia empezó a golpear la ventana. Maxine le dio un codazo a Jeff.

—Muévete. Necesitaba salir de aquí.

Antes de que Jeff pudiera siquiera moverse, un estrépito clamoroso atravesó el bullicio normal del restaurante. La cabeza de Maxine se giró hacia su izquierda mientras instintivamente buscaba la fuente del sonido. Jeff y Doug también miraron en esa dirección. Doug tuvo que girar su grueso cuello para mirar por encima del hombro.

El área para comer de Sparky estaba dispuesta en forma de C alrededor de la cocina, que ocupaba aproximadamente un tercio del octágono del edificio. Un mostrador cuadrado albergaba el dominio del cocinero, del cual surgía un estruendo constante de chisporroteos, golpes y gritos, y las mesas se alineaban en la pared exterior del edificio. La puerta estaba al final del tramo inferior del C.

El ruido que había anulado todo lo demás en el restaurante fue una explosión de platos rotos que aparentemente se habían caído de la bandeja muy llena de un ayudante de camarero. El "niño" (en realidad, un tipo de treinta y tantos de aspecto triste que se estaba quedando prematuramente calvo), estaba murmurando algo que Maxine no pudo oír mientras se arrodillaba para limpiar el desorden. De pie junto a él había una mujer pequeña con un corte de duendecillo rubio ceniza (sin duda de botella). Jane. La tía de Mike.

Probablemente desafiando la tormenta que se desataba afuera del restaurante, Jane vestía un traje pantalón rosa pálido con tacones altos a juego. Parecía recatada y apropiada. Pero Maxine sabía que no lo era.

Con las manos en las caderas, Jane pisoteó deliberadamente los cristales rotos bajo sus pies. Ella evitó por poco los dedos del chico. Max tuvo la sensación de que la señorita fue un accidente.

—No, mira por dónde vas —chilló Jane. Le dio una patada a un trozo de vidrio roto en el zapato del ayudante.

El ayudante de camarero miró a Jane mientras ella se alejaba de él. Jane se dirigió directamente hacia la cabina en la que Maxine realmente no quería estar. Sin embargo, no podía escapar. Ahora que Jane estaba aquí, ya era demasiado tarde.

Casi todos en el lugar se habían congelado cuando escucharon la explosión del plato, y ahora la mayoría de los comensales regresaban a su comida. Sin embargo, muchos pares de ojos siguieron el progreso de Jane. Su dramatismo de diva fue diseñado para ponerla en el centro de atención. Se propuso resoplar teatralmente mientras seguía adelante. Sus tacones altos producían pequeños golpecitos enfáticos sobre el desgastado linóleo color burdeos del restaurante.

Jane llegó a su puesto y se deslizó junto a Doug. Cuando no tuvo suficiente espacio, le lanzó una mirada a Doug y él pareció intentar dejar salir un poco de aire del globo de su cuerpo. Se aplastó contra la ventana.

—Antes de que alguien diga algo —dijo Jane mientras se calmaba— tengo que estar en un lugar, así que hagamos esto rápido.

Un adolescente alto, larguirucho, de cabello castaño rojizo, que vestía una camisa de uniforme de Sparky y un medio delantal blanco atado

alrededor de su cintura; Maxine sabía que se llamaba Ness; era el hijo de Sparky, se acercó a la mesa.

—Hola. Bienvenidos a Sparky's. —Ness levantó una mano hacia Maxine y le dedicó una pequeña sonrisa. Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Puedo empezar con un poco de aperitivo?

—No vamos a comer —saltó a decir Jane.

—Bueno, eso no es divertido —dijo Ness. Se inclinó hacia Jane y le guiñó un ojo—. Ya sabe lo que dicen… el almuerzo es la comida más importante del día.

—Pensé que era el desayuno —dijo Jeff. Frunció el ceño como si pensara mucho en el tema.

Maxine negó mentalmente con la cabeza. Su hermano era un encanto, pero no era tan brillante.

—Algunas personas dicen eso —dijo Ness—. Pero es solo una teoría. —Él sonrió.

Jane entrecerró los ojos y miró a Ness como si fuera un mosquito.

—¿Te pagan por palabra —preguntó Jane— o podemos tener un minuto?

La sonrisa de Ness se desvaneció. Lo mismo hizo el resto de su rostro. Se encogió de hombros y se alejó del reservado.

Jane frunció el labio ante la espalda de Ness que se alejaba. Sus labios estaban pintados de un color que hacía juego con su traje pantalón. No fue una buena mirada.

Jane centró su atención en sus compañeros de stand.

—Ahora, ¿dónde estábamos?

Nadie le respondió.

Jane ensartó a Maxine con su mejor look de Cruella de Vil.

—Ah, claro. Estabas a punto de decirme que eres un miserable fracaso.

Antes de que Maxine pudiera abrir la boca para decirle a Jane qué hacer consigo misma, Jeff se inclinó sobre la mesa. Señaló con un dedo en dirección a Jane.

—Eh, que la jodan, señora —dijo Jeff.

Maxine sintió una oleada de amor por su hermano. Era dulce y amable, pero siempre se convertía en un bulldog cuando alguien intentaba meterse con ella.

—Mi hermana repasó cada centímetro de ese basurero cien veces. Si hubiera algo que encontrar, ella lo habría encontrado. —Dio una palmada en la mesa—. Ahora pague.

Jane levantó una ceja hacia Jeff.

—¿Perdón?, dijo doscientos —increpó Jeff.

Maxine, sintiéndose inusualmente mansa, probablemente debido a la culpa que la había estado estrangulando desde que aceptó hacer lo que Jane quería, habló en voz baja.

—Teníamos un trato —le dijo a Jane.

Jane inclinó la cabeza hacia un lado y deslizó la mirada arriba y abajo por el torso de Maxine. Maxine tuvo que evitar mirar hacia abajo para asegurarse de que no tenía una mancha o algo así.

—Sí —dijo Jane, finalmente—. El trato era que me encontrarías pruebas contundentes de peligro criminal. Algo procesable. En cambio, lo único que he oído de ti es que mi sobrina es una niña muy agradable y que mi sobrino duerme mucho.

—Realmente lo hace —dijo Maxine.

Jane golpeó la mesa con el puño. El vaso de refresco de Jeff tembló y el café de Doug se derramó. Los vasitos de crema y los paquetes de azúcar que había desechado saltaban sobre la mesa como ranas asustadas.

—¡Dormir no es un crimen! —gritó Jane.

Las cabezas en el mostrador del restaurante y en las mesas cercanas se giraron para mirar a Jane. Claramente no se dio cuenta… ni le importó.

Jeff ignoró a Jane. Su mirada estaba fija en Doug. Maxine miró al abogado. Tenía la cara roja y parecía que sus ojos estaban tratando de explotar fuera de su cabeza.

—Oye, amigo —le dijo Jeff a Doug—. ¿Estás bien?

Doug movió la boca como si estuviera tratando de escupir.

—Me acabo de dar cuenta —dijo Doug. Volvió a mover la boca y luego se aclaró la garganta—. Probablemente no debería escuchar nada de esto. Probablemente ni siquiera debería estar aquí. —Miró a su alrededor frenéticamente, como si buscara rescate. Comenzó a deslizarse hacia Jane, como si pudiera sacarla de la cabina y huir.

Jane levantó una mano hacia Doug.

—¡Quédate aquí! —ordenó.

Doug se quedó. Maxine sintió que debería recibir un regalo o algo así.

Jane miró de Maxine a Jeff. Nadie habló. Maxine solo quería que todo terminara. Ni siquiera le importaba obtener el dinero que Jane le había prometido. Nunca debería haber aceptado buscar información sobre Mike. Claro, Maxine necesitaba el dinero. Siempre necesitaba efectivo. Y sí, estaba molesta con Mike porque él nunca se molestaba en mirarla, en mirarla de verdad. Pero…

—Bueno, supongo que hemos terminado aquí. A menos que alguno de ustedes tenga alguna idea brillante... lo cual, entiendo, es poco probable.

Jeff intervino.

—¿Por qué no lo matamos?

Maxine le lanzó una mirada a su hermano. ¿Hablaba en serio? Ella no podía saberlo. Jeff era amable, sí, pero tenía una visión de la vida como la de un cómic. Estaba "su" gente… y todos los demás. Mike era parte de todos los demás. En opinión de Jeff, Mike podría haber sido desechable.

Doug intentó apartar a Jane de su camino con sus grandes y suaves hombro. Casi intentó permanecer en la cabina. Jane inmediatamente agarró su corbata, lo tiró hacia abajo y usó la palma de su mano para empujarlo de nuevo a su lugar. Él no se resistió a ella; Se retiró hacia la ventana.

Jane miró a Jeff con una expresión algo similar a la aprobación.

—Tentador. Pero no.

Sin pensar antes de abrir la boca, Maxine susurró—: Su trabajo.

Jane se volvió hacia Maxine y se inclinó hacia adelante.

—Habla, cariño. —La palabra cariño estaba triplemente envuelta en sarcasmo.

Odiándose a sí misma, pero aparentemente incapaz de detenerse, Maxine levantó la voz y continuó—: Bueno, Mike estaba diciendo que realmente necesita su nuevo trabajo. Ya sabe, para que quede bien en el papel. ¿Para el juez?

Jane resopló.

—Mi sobrino, el altruista. Todo eso es muy fascinante, querida, pero no escucho ningún plan.

Maxine miró a Jeff. Él le devolvió la mirada y sonrió. Miró hacia Jane.

—Destrocemos el lugar —dijo Jeff.

Jane arqueó las cejas, claramente sorprendida de que Jeff hubiera dicho algo semiinteresante.

—Continúa.

Jeff apartó su vaso de refresco y puso ambas manos con las palmas hacia abajo sobre la mesa.

—Mike es guardia de seguridad, ¿verdad? Su trabajo es asegurarse de que nadie entre. Entonces… —miró de Jane a Maxine y de nuevo a Jane— … ¡entramos! Arruinamos el lugar, ayudándonos nosotros mismos con lo que encontremos en el camino. —Jeff levantó un dedo y señaló a Jane—. Si tu sobrino es despedido. El juez te entrega a la niña. —Dudó, luego se reclinó y se cruzó de brazos—. Y nos das dos mil dólares.

Jane levantó la barbilla y le dio a Jeff una mirada de "¿qué dices?".

—Son doscientos.

Jeff negó con la cabeza.

—Doscientos fueron por revisar el cajón de su ropa interior. Estamos hablando de allanamiento de morada. Destruir propiedad privada. Robo. Eso es como… cinco años, mínimo.

—Probablemente más, como diez —insertó Doug.

Jane le lanzó a Doug una mirada asesina. Luego golpeó con las uñas pintadas de rosa la mesa de la cabina. La piel en los bordes exteriores de sus ojos se contrajo.

—Mil —dijo Jane.

Jeff miró a Maxine. Ella se alejó de él, intentando fusionarse con la ventana… o tal vez atravesarla. No podía creer que tuviera algo que ver con todo esto. Aun así, asintió minúsculamente con Jeff.

Jeff miró a Jane.

—Está bien —dijo.

Jane se levantó. Ajustándose el dobladillo de la chaqueta del traje pantalón, se inclinó sobre la mesa del reservado. Se acercó, a solo unos centímetros de la cara de Jeff. Maxine percibió el olor del perfume de Jane: era intenso y cortante, como si fuera una fusión de pimienta y pomelo.

Jane habló en voz baja y amenazadora.

—Hazlo pronto. Y no lo arruines. —Jane torció los labios—. Quiero decir, arruínalo. —Señaló la mesa—. Pero no arruines esto.

Jane se alejó. Doug se levantó del banco de la cabina. Maxine observó cómo Doug seguía a Jane.

Maxine miró a su hermano. Claramente confundido, Jeff estaba mirando el lugar de la mesa que Jane había señalado.

Maxine, harta de todo, le dio una palmada en el dedo a Jeff. Él le frunció el ceño, todavía desconcertado. Ella le dio su mejor mirada de "imbécil" y suspiró.

CAPÍTULO 9

Los truenos resonaron en las paredes del dormitorio de Mike. Escuchó fuertes gotas de lluvia golpeando el cristal de la ventana detrás de las cortinas opacas.

La brillante luz del sol que había iniciado el día había tirado la toalla cuando pesadas nubes de tormenta descendieron sobre la ciudad justo antes del almuerzo. Desde entonces, el día había sido oscuro y lúgubre. El humor de Mike también había cambiado.

La oleada de optimismo que Mike había sentido al comienzo del día había disminuido a medida que avanzaba el día. La quería de vuelta. Y tenía un plan para recuperarla.

Mike plantó los pies sobre el colchón inflable, con un pie cerca del borde, y alzó la mano para tratar de despegar su póster de Nebraska del techo sobre su cama. Logró deslizar los dedos por debajo de un borde del grueso papel.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de Abby llegó justo después de otro trueno. La combinación del boom y su inesperada aparición sorprendieron a Mike. Se sacudió y su pie resbaló del borde de la cama. Mike cayó. Sus dedos agarraron un gran trozo del cartel y se lo llevó al suelo.

Habiendo logrado aterrizar primero con la cabeza y los hombros, Mike se apoyó en el trasero y se frotó la cabeza. Miró hacia su puerta.

Abby estaba a solo un pie dentro de la habitación de Mike. Vestida con su mono habitual (el de hoy era de color azul brillante), llevaba el chaleco de seguridad Freddy Fazbear de Mike.

Aunque Mike estaba molesto por la interrupción y su cartel roto, tuvo que admitir que Abby se veía bastante adorable con el chaleco. Como si estuviera jugando a disfrazarse… algo que nunca la había visto hacer antes.

Mike se masajeó el hombro palpitante.

—¿Querías algo? —le preguntó a Abby.

Abby miró hacia el techo y la mirada de Mike siguió la de ella. La parte del cartel que no acababa de arrancar colgaba hacia la cama. El fragmento restante decía ¡ITAS DIVERSIÓN?

Mike suspiró. Señaló a Abby.

—Está bien. Vamos. Quítate eso. Necesito ir a trabajar.

Abby asintió.

—Lo sé. Voy contigo.

Mike gruñó y se levantó. Se llevó una mano a la sien… se avecinaba otro dolor de cabeza. No había sido solo su colisión con el suelo; su estado de ánimo había estado decayendo durante todo el día. Y ahora, aunque tenía un plan para recuperar la esperanza que había sentido antes, temía tener que volver al espeluznante restaurante. No estaba dispuesto a participar en los juegos de Abby.

—Abby, por favor —dijo Mike. Extendió una mano—. Solo dame el chaleco.

Abby no se movió, así que Mike se acercó a ella y cogió el chaleco. Abby dio un paso atrás.

—¡No! —gritó Abby.

Mike tenía muchas ganas de gritarle. Odiaba cuando ella se ponía así.

Haciendo acopio de la poca paciencia que tenía a su disposición (que no era mucha), Mike se arrodilló frente a Abby. Se tomó un segundo para asegurarse de que cuando hablara, no explotaría. Luego dijo, en lo que esperaba fuera un tono tranquilo, pero firme—: Dame. El chaleco. Ahora.

Abby hizo una mueca. Luego lo imitó.

—Iré. Contigo. Y. Punto.

Mike escuchó la puerta principal abrirse de golpe. Incluso desde el fondo del pasillo, el sonido de los pasos de Max era claro. Al golpeteo se unió un ruido de aleteo. Dado el repiqueteo de la lluvia sobre el techo, Mike supuso que Max estaba sacudiendo su paraguas.

—¿Hola?

Abby se volvió hacia el pasillo. Mike se abalanzó sobre ella.

☆☆☆

Cuando Maxine escuchó a Abby gritar, corrió hacia el pasillo. Maxine miró a lo largo del estrecho y vacío espacio y avanzó. ¿Estaba Abby realmente en problemas o estaba teniendo uno de sus…?

Abby volvió a gritar. Mientras lo hacía, Mike, sosteniendo a Abby que se agitaba salvajemente en sus brazos, apareció a la vista.

Entonces esa pregunta fue respondida. Maxine se secó la lluvia de la cara (el paraguas no había sido de mucha ayuda en la tormenta de viento) mientras observaba a Mike llevar a su hermana a su habitación.

Mike dejó a Abby en el suelo y, mientras ella se alejaba de él, agarró el chaleco que llevaba y se lo quitó. Rápidamente cerró de golpe la puerta de Abby y la cerró con llave.

Abby continuó maullando desde el interior de su dormitorio. La mayor parte de su ruido eran solo gemidos generales, pero mezclados había algunas malas palabras impresionantes más allá de su edad y algunas opiniones mordaces sobre su hermano. Maxine estuvo de acuerdo con algunas de ellas.

Jadeando, Mike miró hacia el pasillo y se encontró con la mirada de Maxine.

—Hola, Max.

Ella levantó una mano, indicándole que se detuviera.

Mike señaló la puerta cerrada de Abby. Actuó como si no pudiera escuchar ninguno de los insultos y aullidos que atravesaban la endeble barrera de madera.

—Es toda tuya.

Max levantó una ceja y arqueó los labios.

—Excelente.

☆☆☆

Cuando Mike llegó a trabajar, no perdió el tiempo enloqueciendo, mirando alrededor de la pizzería. El vestíbulo y el pasillo lucían igual que el día anterior. Supuso que todo lo demás también estaba en el status quo y, si no era así, no quería saberlo.

Tan pronto como Mike entró en la oficina y cerró (y puso llave) la puerta detrás de él (no se molestó en mover el archivador porque se sentía tonto por hacerlo la noche anterior), se quitó la chaqueta mojada y llevó su mochila al escritorio. Luego hizo sus preparativos.

La configuración no tomó mucho tiempo. Al cabo de diez minutos, Mike estaba sentado en la silla del escritorio de la oficina. Una vez allí, Mike recorrió con la mirada todos los monitores. Toda la electricidad estaba encendida (tanto como era posible) y tenía una visión clara de todo en los monitores, por dentro y por fuera.

Un trueno asaltó la pizzería. El edificio gimió, como en señal de protesta.

La atención de Mike se centró en la cámara exterior principal. Observó un río de agua de lluvia que salía del estacionamiento hacia la calle.

Satisfecho de que todo iba bien en la pizzería, Mike tomó su pastilla, encendió su casete y tocó su libro de bolsillo, como si fuera un talismán. Luego se inclinó hacia adelante y miró el cartel de Nebraska, que había logrado reparar (de mala manera) y pegarlo con cinta adhesiva en la pared opuesta al escritorio. Mike subió el volumen del reproductor de casetes para que pudiera superar el sonido de la tormenta.

Pájaros cantando. Ramas de árboles susurrantes. Un arroyo borboteante. Mike suavizó su mirada y permitió que los pinos, divididos en diagonal por su desgarro ineptamente reparado, se balancearan.

Mientras las agujas de pino se movían, los ojos de Mike perdieron el foco. Sus párpados se agitaron y luego cayeron.

El desgarro que estropeaba los pinos había desaparecido. Se movían sin problemas con el viento, una ola fluida de gasa verde.

Mike se relajó con los relajantes sonidos de la brisa, pero se puso rígido cuando los truenos se abrieron paso con el ritmo sibilante de la brisa. El sol que se filtraba entre los árboles empezó a parpadear. ¿O fueron las luces de la oficina?

Parte de la conciencia de Mike todavía era consciente de dónde se encontraba en su estado de vigilia. Pero aguantaba tenuemente.

Mike, decidido a caer en la realidad del pinar, desdibujó todos los sonidos que escuchaba. Tejió el trueno en las crujientes ramas de los árboles, y cuando escuchó un silbido y un estallido, entrelazó ese sonido estático con el crujido de las erizadas agujas de pino.

El sol, durante un segundo, bañó el rostro de Mike con calidez y luego desapareció de nuevo, dejando que una sombra fresca se deslizara sobre él. Dentro y fuera. La luz parpadeó. La confusión de sonidos continuó y Mike frunció el ceño.

¿Qué era ese sonido más bajo… a lo lejos? ¿Era música?

La conciencia de Mike sucumbió a la niebla del sueño. Se encontró en una serie de impresiones rápidas.

Un avión de juguete naranja vuela por el aire.

Chorros de ketchup.

Los neumáticos giran sobre la grava.

Mike corre.

Apartando las ramas que le golpean la cara, Mike avanza a través del bosque. Sus movimientos son familiares, practicados. Pero hay algo extraño en ellos.

Mike sale corriendo de entre los árboles y mira hacia la carretera justo a tiempo para ver desaparecer el coche negro. ¿Por qué el auto negro se ve diferente?

Una risa infantil burbujea detrás de Mike. Él vira.

Mientras Mike gira, baja la mirada. Se sobresalta de sorpresa al darse cuenta de que está mirando su cuerpo adulto.

Esto es diferente.

Pero los niños no.

Mike mira a los cinco niños. Están tal como estaban la última vez que los vio.

Mike observa a los niños, pero no se acerca a ellos. Ellos lo miran a cambio.

«¿Ahora qué?»

Al comprender claramente que está en su sueño, pero que se aparta de su norma, Mike duda. Luego habla.

—Por favor. No corras. Yo solo… solo quiero saber qué viste.

El chico rubio entrecierra sus fríos ojos azules hacia Mike. Su labio superior se levanta en una semi-burla.

—Te lo ruego. ¿Quién se llevó a mi hermano?

La expresión del chico rubio no cambia. Los otros niños ignoran a Mike.

Mike se pasa una mano por el pelo, frustrado. ¿Por qué los niños no le dicen nada?

Da un paso adelante. Levanta la voz.

—¿Quién se llevó a Garret?

El grito de Mike asusta a los niños. Se desbocan.

—¡No! —grita Mike.

Al enfrentarse a la misma situación en la que se encontraba antes, esta vez Mike toma una decisión instantánea. Persigue al niño con el gancho de papel.

Ahora que Mike tiene el tamaño de un adulto, puede dejar atrás fácilmente al niño pequeño. El niño tiene el pelo rojizo y Mike mantiene la mirada fija en ese pelo mientras corre. Incluso corriendo sobre el terreno irregular del bosque, Mike rápidamente acorta la distancia.

Casi sobre el niño, Mike alcanza su hombro. El chico se da vuelta.

De repente, Mike ve un destello plateado. El gancho de papel corta el aire.

Algo afilado pica en el brazo de Mike. Se tambalea hacia atrás, aturdido.

Mike mira su brazo. La manga de su camisa se abre; el material está cortado. Una estrecha cinta roja aparece en la piel de Mike.

Sorprendido, Mike vuelve a mirar al chico pelirrojo. El niño, cuyo rostro pecoso tiene una naricita respingona y mejillas suaves, mira a Mike con ojos verdes asombrosamente temibles. El niño abre la boca y desata… un chillido mecánico distorsionado.

Mike retrocede.

Abrió los ojos.

Mike miró fijamente las luces del techo. Se encendían y apagaban con una rapidez vertiginosa.

Mike apartó la mirada de las luces y se tapó las orejas con las palmas de las manos porque las luces eran solo la mitad del asalto a sus sentidos. Una respuesta chirriante sonaba a todo volumen desde el intercomunicador situado en el techo, encima del escritorio.

Mike centró su atención en los monitores de CCTV. Los miró boquiabierto.

Los monitores se habían vuelto locos. Algunas de las pantallas emitían destellos aleatorios de luces de colores. Algunos transmitían líneas indescifrables de código binario, que estaban entrelazadas alrededor de imágenes retorcidas y distorsionadas.

De repente, una frenética canción de rock de los 80 sonó por los altavoces del techo. Mike se sobresaltó ante el sonido y casi se cae de la silla. Mike extendió un brazo para estabilizarse y tiró el frasco de pastillas al suelo. La tapa no estaba bien ajustada; las pequeñas pastillas blancas son esparcidas sobre el linóleo blanco y negro.

La mirada de Mike pasó de las pastillas al intercomunicador. Se agarró la cabeza con ambas manos.

—¡Detente! —gritó Mike… a pesar de que sabía que la histeria no iba a ayudar.

Pero no pudo evitarlo. Sus sentidos estaban saturados. Estaba totalmente abrumado.

Mike se puso de pie y giró en un sentido y luego en el otro. ¿Qué debía hacer?

A punto de perder el control por completo, Mike obtuvo ayuda de sus bancos de memoria. Su cerebro le proporcionó una repetición interior de Raglan: *La iluminación puede ser un poco… loca. Si tienes algún problema, encontrarás el disyuntor del sistema en la oficina principal. Solo dale una vuelta.*

Mike se levantó y comenzó a girar hacia la caja del circuito, la miró dos veces. Su mirada revoloteó hacia la ventana de la puerta de la oficina.

El cristal esmerilado parecía perfectamente normal. Mike podía ver lo suficientemente bien a través del cristal como para asegurarse de que no había nada allí afuera.

Pero ¿lo hubo? Mike podría haber jurado que acababa de vislumbrar un ojo mirándolo a través del cristal. Un ojo y un parche en el ojo. ¿Podría…?

Mike negó con la cabeza. De ninguna manera. Lo había imaginado… probablemente debido a su sueño.

La música rock llegó a su punto máximo. Las luces empezaron a encenderse y apagarse aún más rápido.

Era suficiente.

Echando un vistazo más a la ventana esmerilada (no había nada allí), Mike corrió hacia el disyuntor. Agarró la palanca y la empujó hacia abajo.

Todo se volvió negro. Y el edificio se llenó de un bendito silencio. Incluso los truenos habían cesado.

La bombilla roja de emergencia situada encima de la caja de circuitos se encendió. Mike se apoyó contra la pared y trató de controlarse. Su respiración se hacía entrecortada. Su pulso era tan rápido que parecía como si por sus venas corriera una carrera de Fórmula Uno. Le zumbaban los oídos por el estridente asalto auditivo.

Mike permaneció casi en la oscuridad durante unos segundos. Luego se le erizó la piel. La oscuridad era hostil, sofocante.

Mike volvió a poner la mano en la palanca. La empujó hacia arriba.

Un reconfortante ka-chunk volvió a encender la oficina. Mike miró el grupo de bombillas fluorescentes. Eran tenues, pero firmes.

Mike se acercó al escritorio y miró los monitores. Volvieron a la normalidad.

Mike exhaló ruidosamente. Su pulso comenzó a estabilizarse y…

Un timbre insistente aceleró de nuevo el pulso de Mike. El sonido llegó una vez. Dos veces. Tres veces.

Mike se inclinó y examinó los monitores. Frunció el ceño.

Centrado frente a la cámara de la entrada, un oficial de policía uniformado estaba bajo la lluvia constante, con el dedo en el timbre del edificio. Aunque los truenos habían amainado, la tormenta seguía arrojando torrentes de agua sobre la pizzería.

Mike miró la señal ondulada del circuito cerrado de televisión. Entre la mala resolución, la lluvia y el poncho con capucha del oficial, Mike no pudo distinguir su rostro. Todo lo que podía ver era una pálida borrosidad dentro de la capucha… incluso cuando el oficial miró a la cámara y saludó con la mano.

Preparándose para lo que vendría después, Mike abrió una de las pesadas puertas de entrada de la pizzería. Miró al oficial vestido con una parka impermeable. De cerca, en la vida real, en lugar de en una vieja y borrosa pantalla de circuito cerrado de televisión, el rostro del oficial de policía era claro… y pertenecía a una mujer.

La oficial le sonrió a Mike.

—¡Ya era hora! —dijo con una voz agradable y suave—. Estaba empezando a pensar que te quedaste dormido en el trabajo.

Mike, todavía desorientado por la conmoción en la oficina y desconcertado por qué había un policía en la puerta de la pizzería, parpadeó hacia la mujer como un idiota. Parecía que no podía conseguir que su cerebro funcionara correctamente.

No ayudó que la policía inesperada que apareció en la puerta fuera tan bonita. Aunque Mike no podía ver el cabello ni el cuerpo de la mujer bajo el voluminoso impermeable, podía ver lo suficiente de sus grandes ojos azules, sus mejillas sonrojadas y su boca ancha y respingona como para encontrar su apariencia inquietante. Mike, que había tenido poco tiempo o ganas de tener citas, a menudo se ponía nervioso cuando estaba cerca de una mujer bonita. Con una policía bonita era aún más difícil evitarlo.

Pero tenía que decir algo. Mike se aclaró la garganta y logró decir—: ¿Puedo ayudarla… oficial?

—Por favor. —La policía se quitó la parka impermeable y se apartó unos mechones de pelo rubio con mechones de su pálido rostro. El cabello era brillante y parecía largo, pero actualmente estaba confinado en moño.

—Mi nombre es Vanessa —dijo mientras sacudía el agua de la parka.

El agua roció los pantalones de Mike. No podría haberle importado menos.

Vanessa miró a Mike.

—Y debes ser…

Ahora que Mike podía ver el cabello liso de Vanessa y la figura esbelta pero curvilínea con su ceñido uniforme de policía azul oscuro, se quedó aún más mudo. Todo lo que era capaz de hacer era un parpadeo más idiota.

Vanessa le sonrió a Mike con lo que podría haber sido lástima. O tal vez estaba siendo amigable.

—…el nuevo guardia de seguridad —concluyó. Miró el brazo de Mike—. Estás sangrando, por cierto.

Eso sorprendió tanto a Mike que dijo—: ¿Qué?

Vanessa señaló.

—Tu brazo.

Mike miró su brazo y se quedó con la boca abierta. Se abrió con tanta fuerza y amplitud que su mandíbula podría haber llegado al suelo. Recordando claramente su sueño, no podía creer lo que estaba viendo.

La manga de la camisa negra de Mike estaba limpiamente cortada a lo largo del antebrazo. La tela cortada estaba empapada de sangre.

—Eso se ve desagradable —dijo Vanessa.

Mike de repente se sintió mareado.

—Eh, sí. —Vaciló sobre sus pies. No por pérdida de sangre ni nada por el estilo. El corte era largo, pero no parecía tan profundo. Estaba más aturdido que gravemente herido.

Mientras Mike se balanceaba como un pino, Vanessa se hizo cargo. Pasó rápidamente junto a Mike y comenzó a cruzar el vestíbulo. Se movía como si fuera dueña del lugar.

—Vamos —dijo Vanessa por encima del hombro—. Sé dónde hay un botiquín de primeros auxilios.

Las cejas de Mike se fruncieron.

«¿Sabe?»

CAPÍTULO 10

—Me encanta lo que has hecho con el lugar —dijo Vanessa.

Mientras jugueteaba con un rollo de gasa, Mike la miró. Ella estaba al otro lado de la oficina, examinando el cartel armado.

—¿Por qué Nebraska?

Cuando Mike no respondió, Vanessa lo miró. Ella lo vio luchar para envolver la gasa alrededor de su brazo herido.

—¿Necesitas ayuda con eso?

—Estoy bien.

—¿En serio?

Mike miró el desastre que estaba haciendo con la gasa que Vanessa había sacado de un kit que estaba escondido en el cajón inferior de uno de los archivadores. Estaba bastante seguro de que un niño de dos años podría haber hecho un mejor trabajo vendando su herida. Suspiró. Claramente, esto no era algo que pudiera hacer solo.

Sonrojándose, Mike le tendió el brazo a Vanessa. Ella sonrió y se acercó al escritorio. Sentada en el borde del escritorio cerca de la videograbadora, se inclinó y quitó el enredo que Mike había hecho con la gasa.

Mike descubrió que Vanessa olía muy bien. ¿Era su perfume? ¿Su champú o loción? Fuera lo que fuese, era agradable… una combinación de algo floral, junto con vainilla y manzanas.

Vanessa comenzó a envolverle el brazo de manera eficiente. Sus movimientos fueron rápidos y precisos. Mike esperaba que ella no pudiera

oír los latidos de su corazón. Se aceleró cuando sus dedos fríos y suaves rozaron su piel.

Mientras trabajaba, Vanessa empezó a hablar a un ritmo vertiginoso.

—Soy paramédica certificada, ¿sabes? Lo hice primero antes de decidir que preferiría ser policía. Ya no hago carreras de rescate, pero si alguna vez tu corazón falla, soy a quien debes llamar… suponiendo que todavía puedas hablar… y sostener un teléfono.

Vanessa habló tan rápido que sus palabras se unieron. Mike tuvo problemas para seguir el ritmo. Sus manos también volaron sobre su brazo. Estaba actuando casi maníaca.

Desconcertado por casi todo lo relacionado con esta policía inesperada, Mike estaba principalmente perplejo por su familiaridad con la pizzería. Entonces, dijo—: Parece que conoces el lugar.

Los dedos de Vanessa temblaron contra el vendaje, que estaba casi completo. Ella volvió a hablar rápidamente.

—Freddy's está en mi ronda. Me gusta estar bien informada. —Levantó la vista y miró a su alrededor—. También me encantaba este lugar cuando era niña.

Vanessa tiró de la gasa y la apretó. Realmente apretándola. Mike gruñó.

—Eso debería bastar. —Le dio unas palmaditas en el brazo. Luego se levantó del escritorio y se puso de pie. Extendió una mano—. Vanessa Shelley. —Sonrió—. También podríamos terminar nuestro lindo encuentro.

Mike parpadeó hacia Vanessa.

Ella rio.

—Es una broma. Pero en serio. —Ella empujó su mano hacia adelante con fuerza—. Veamos si podemos hacer esto. Vanessa Shelly —repitió.

Mike se mostró un poco reacio a tomarle la mano. Ella era tan poderosa que a él no le habría sorprendido si de alguna manera perdiera su mano en el proceso de estrechar la de ella.

Mike tomó la mano de Vanessa. Lo agitó dos veces, vigorosamente, mientras él decía—: Mike Schmidt.

—Un placer conocerte, Mike —dijo Vanessa, apretando su mano una vez antes de soltarla. Dio un paso atrás y miró hacia el intercomunicador antes de volver a mirar el rostro de Mike.

Hablando inquietantemente en un tono de voz totalmente diferente, Vanessa dijo—: Entonces, ¿estás bien esta noche, Mike? —Atrás quedó la charla vertiginosa y ligera. Su tono era mesurado y bajo. Toda una policía.

Mike se inquietó cuando los ojos de Vanessa se entrecerraron. Ella parecía estar estudiándolo con sospecha.

«¿Qué demonios?»

Sin estar seguro de cómo responder al inesperado giro, Mike solo pudo decir—: ¿Qué?

Los ojos de Vanessa se entrecerraron aún más. Un músculo en su fuerte mandíbula se contrajo.

—¿Estás bien? —repitió, más lentamente, como si le hablara a una persona con un coeficiente intelectual de diez. —¿Como estás? ¿Todo cool? ¿Está todo… en orden?

«Eh». Mike se cruzó de brazos, ignorando el dolor en su antebrazo izquierdo.

—Sé lo que significa estar bien.

El comportamiento de Vanessa cambió de nuevo. Ella sonrió alegremente y comenzó a hablar rápidamente una vez más.

—¡Oye, eso es genial! —Aún hablando rápido, dejó caer la sonrisa mientras continuaba—. ¿Sabías también que tienes los ojos inyectados en sangre, las pupilas dilatadas y el ritmo cardíaco por las nubes? Todo esto aparte del corte en tu brazo, que… seamos honestos… es bastante extraño. Y has estado actuando de forma astuta y sospechosa desde el momento en que abriste la puerta. ¿Lo sabes?

Mike miró a Vanessa con la boca abierta.

—Es… eh…

Vanessa puso sus manos en su cinturón de herramientas. El cuero crujió.

—¿Sí? —dijo con fingida tolerancia.

Mike suspiró. ¿Cuál era el camino correcto a seguir aquí? Obviamente, no podía contarle sobre su sueño. Pero tal vez debería ser honesto… hasta cierto punto.

—Ha sido una noche realmente extraña.

Vanessa golpeó su bastón con sus uñas romas y sin pulir. Miró a Mike durante un largo y desconcertante momento.

Entonces alguien invisible presionó un interruptor; El modo policía de Vanessa se desactivó. Le dedicó una amplia y cálida sonrisa a Mike y dijo alegremente—: Suena como Freddy's.

Mike estaba ahora totalmente desconcertado.

¿Qué quería decir?

El desconcierto de Mike debió reflejarse en su rostro. Vanessa soltó una breve carcajada y agitó un brazo para indicar el edificio que los rodeaba.

—Este lugar… llega a la gente.

Vanessa se inclinó hacia Mike.

—Por eso vas a dejarlo. —El tono claro volvió a desaparecer. Ella hablaba muy en serio.

Mike sintió como si lo estuvieran haciendo girar en un tiovivo.

—¿Qué?

Vanessa asintió dos veces. Su voz volvió a ser alegre.

—Oh sí. Los empleados de seguridad nunca duran mucho aquí. Es como… un hecho.

Mike no tenía idea de qué hacer con eso. Lo único que se le ocurrió decir fue—: Tal vez soy diferente.

Vanessa estudió a Mike. Sus ojos se oscurecieron y su rostro se quedó inmóvil. Parecía como si hubiera caído en una profunda y oscura madriguera de introspección.

Entonces las oscuras nubes de Vanessa se disiparon. El sol volvió a su rostro. Ella le sonrió a Mike.

—Entonces, ¿ya los conociste?

—¿A quiénes?

—A ellos. Ya sabes. Freddy, Bonnie, Chica… ¿Foxy?

Mike se quedó boquiabierto. Vanessa sonrió ante su falta de idea. Se volvió hacia la puerta, luego miró a Mike y le indicó que la siguiera.

—Vamos.

☆☆☆

El comedor estaba en penumbra, pero las luces estaban encendidas. Curiosamente, cuando Vanessa usó el interruptor de la luz cerca del arco, funcionó.

Sin embargo, incluso con mejor luz, el comedor todavía no era uno de los lugares favoritos de Mike. Había algo inquietante en el espacio abierto, la basura, los dibujos de los niños… y la extensión del telón rojo y crujiente del escenario.

A Vanessa no parecía importarle ninguna de las cosas que ponía la piel de gallina a Mike. Caminó con confianza y determinación hacia el escenario.

Mike la siguió, retrocediendo lo suficiente como para calmarse, pero no lo suficiente como para parecer un cobarde total. Intentando distraerse de sus nervios, Mike la llamó—: Entonces, ¿cuáles son las otras razones?

Vanessa miró por encima del hombro.

—¿Eh?

—Dijiste que dejaría mi trabajo porque este lugar me afectaría, entre otras razones —le recordó—. ¿Qué razones?

Vanessa se detuvo. Habían llegado al escenario y ella ahora estaba parada frente al escenario principal. Mike se alejó sigilosamente y terminó frente al pequeño escenario con cortinas moradas.

Vanessa se enfrentó a Mike. Ella puso sus manos en sus caderas. Algo brilló en sus ojos. ¿Molestia? ¿Desafío?

—Dímelo tú. ¿Es aquí donde te ves dentro de diez años? ¿Qué tal dentro de veinte años? Mira hacia abajo en la línea. ¿Qué ves? Quiero decir, ¿qué sé yo? Quizás los beneficios sean grandes. ¿Pensión? ¿401K?

Mike sentía como si recibiera un latigazo cada vez que Vanessa hablaba. Aunque el ritmo pendular de su interacción con ella le provocaba dolor de cabeza, se rio.

Vanessa sonrió.

—No lo creo. —Ella ladeó la cabeza—. Añádele a eso la cuestión de la desaparición de esos niños…

Se sentía como si Vanessa acabara de darle una patada a Mike en el plexo solar. Luchó por recuperar el siguiente aliento.

—¿Qué acabas de decir?

Vanessa actuó como si no hubiera escuchado la pregunta. Alejándose de Mike, caminó hacia la pared y se paró frente al botón rojo SHOWTIME.

—Prepárate para quedarte boquiabierto.

Vanessa presionó el gran botón rojo. En el instante en que lo hizo, sintió como si sucedieran una docena de cosas a la vez.

Lo primero que llamó la atención de Mike fue el ruido de las cortinas moradas. Se separaron y… Mike gritó y se escabulló hacia atrás.

El animatrónico zorro pirata salía de la oscuridad dando bandazos. Se disparó hasta el borde del escenario, a solo unos centímetros de donde Mike acababa de estar parado.

Al mismo tiempo, el telón principal se abrió. De repente, toda la habitación se iluminó con colores psicodélicos. Se encendieron los reflectores, lanzando rayos cegadores de luz de colores hacia el escenario.

También simultáneamente, una conmovedora canción de rock de los 80 comenzó a sonar desde los parlantes superiores. Mike la reconoció de inmediato. Era la misma canción que había escuchado en la oficina cuando se desataba el infierno.

El zorro de aspecto trastornado que casi había asustado a Mike comenzó a moverse en un baile espasmódico. Mike quedó hipnotizado por los movimientos convulsivos. Especialmente no podía apartar la vista del reluciente gancho plateado, que cortaba el aire una y otra vez mientras el zorro giraba.

Cuando el zorro miró a Mike… o al menos parecía que el zorro lo miraba… Mike finalmente se movió. Se acercó para unirse a Vanessa, que ahora estaba en el centro, en la base del escenario principal. Mike miró hacia el escenario.

Y allí estaban… el resto de los personajes que Mike había visto en los carteles. El pollito amarillo con el pastelito. El conejito azul con la guitarra eléctrica. El oso pardo con pajarita y sombrero de copa.

Mike puso todos los nombres en las caras con sonrisas y dientes. Foxy. Chica. Bonnie. Freddy.

Su mirada se fijó en los animatrónicos que giraban y saltaban; Mike no podía decidir si sentirse entretenido, sentir rechazado o comprensivo.

La exhibición fue a la vez fascinante, repugnante y triste. Tal vez cuando estaban en su apogeo, brillantes y prístinos en todo su esplendor, los animatrónicos podrían haber sido divertidos de ver. Ahora, sin embargo, los animales robóticos cubiertos de piel sintética estaban sucios y moteados. El pelaje, que se estaba pudriendo, estaba plagado de agujeros y, a través de esos agujeros, los endoesqueletos metálicos que había debajo se estaban oxidando. Los cables sobresalían de los huecos del pelaje y los mecanismos animatrónicos emitían ruidos fuertes, chirriantes y con fallas. La guitarra eléctrica del conejito… de Bonnie… estaba descolorida, maltratada y doblada.

—Esto es… —intentó Mike.

—¿Lo mejor que has visto en tu vida? —completó Vanessa.

Mike negó con la cabeza.

—Iba a decir; profundamente traumático.

Vanessa lanzó una mirada a Mike. Él se encogió de hombros.

Vanessa le devolvió el encogimiento de hombros y luego le tendió una mano.

—¿Quieres bailar?

Mike miró fijamente la mano de Vanessa. ¿Hablaba en serio?

Él no se iba a enterar. Porque mientras intentaba encontrar la respuesta a su pregunta, una explosión de chispas explotó de la guitarra de Bonnie. Al mismo tiempo, la música chisporroteó y chirrió hasta detenerse bruscamente. Al rojo vivo y lleno de colores brillantes, chispas brotaron del escenario. Cuando algunas de las chisporroteantes picaduras de calor golpearon el suelo del comedor a cuadros blancos y negros, los focos se apagaron. Entonces las luces arremolinadas desaparecieron. Las cortinas empezaron a cerrarse.

Ansioso, Mike no podía quitar los ojos de los animatrónicos repentinamente rígidos. Su mirada fue de uno a otro, aterrizando finalmente en Freddy.

Las cortinas se movían juntas delante del oso. Mientras lo hacían, la mirada de Freddy pareció cambiar. Parecía como si el oso estuviera mirando directamente a Mike.

Las cortinas terminaron de cerrarse. Mike se estremeció.

Seguramente el animatrónico no podría haber estado haciendo contacto visual directo con Mike.

—Quizás la próxima vez —dijo Vanessa.

Mike apartó la mirada de las cortinas cerradas. Miró a Vanessa. Ella estaba inexpresiva. No podía leerla.

Vanessa se dirigió hacia el arco. Mike empezó a seguirla, pero se sintió obligado a comprobar de nuevo las cortinas cerradas. Permanecieron cerradas, pero se balanceaban ligeramente hacia adelante y hacia atrás. Ahora que todas las luces brillantes estaban apagadas, las cortinas estaban envueltas en sombras.

Mike sintió la piel de gallina en los brazos. Los frotó. Y el gesto le recordó lo que Vanessa había dicho antes.

Mike se apresuró a seguir a Vanessa, que todavía se dirigía hacia el vestíbulo, y gritó: —¿Dijiste que algunos niños desaparecieron?

Vanessa se detuvo. Se volvió y miró a Mike. Ladeó la cabeza como si Mike le pareciera interesante… o tal vez denso.

—Sí. En los años 80.

—¿Que les pasó?

Vanessa se cruzó de brazos.

—Fue una gran noticia. —Hizo una mueca que Mike no pudo interpretar—. Es por eso que el lugar cerró.

Mike sintió como si el suelo bajo sus pies se cayera. «¿Qué?»

Vanessa lo miró a la cara y dijo—: Guau. Realmente no hiciste tu tarea, ¿verdad? —Ella lo miró de arriba abajo como si fingiera desaprobación. O tal vez su desaprobación fuera real. Ella sacudió su cabeza—. Y ni siquiera llevas tu placa.

—¿Eh?

«¿Placa? ¿Qué placa?»

Mike estaba bastante seguro de que Vanessa había visto su rostro con expresiones de ignorancia totalmente insulsa más que cualquier otra persona que hubiera conocido antes. Y eso era decir mucho.

Alzando una ceja, le indicó que la siguiera mientras se alejaba del arco y se dirigía al otro lado del comedor. Rodeando una mesa volcada y un montón de sillas, Vanessa lo condujo hasta la galería. Sus pasos emitían pequeños ronroneos y chasquidos mientras sus pies arrastraban el suelo polvoriento y apartaban los escombros a patadas. El olor seco del polvo se extendió a su alrededor.

En el borde frontal de la sala de juegos, un largo mostrador de vidrio cubierto de polvo contenía una exhibición de premios decrépitos de juegos. Montículos de animales de peluche mohosos, fláccidos y descoloridos yacían patéticamente junto a grupos de juguetes de plástico

agrietados y la parafernalia crujiente de Freddy's: Mike vio sombreros, tazas, colgantes, anillos, figuritas y carteles.

Cuando llegaron al mostrador, Vanessa fue detrás y abrió la puerta de un gabinete con un golpe y un silbido. Metió la mano en el conglomerado de premios desperdiciados. Mike se encogió cuando sus dedos levantaron polvorientas esporas verdes y arrojaron a un lado lo que parecían coloridos animales bebés muertos. Quería decirle que dejara lo que estaba haciendo. Era demasiado… desconcertante.

Antes de que Mike pudiera hablar, Vanessa sacó la mano de la pantalla.

—¡Bien! —dijo triunfalmente.

Levantó un recipiente de plástico rojo lleno de fichas de juego. Mike se acercó un paso y los miró. Los emblemas de plástico decían SEGURIDAD HONORARIA DE FREDDY'S.

Vanessa sacó una de las insignias de la bañera y se acercó a Mike. Vanessa se alisó el chaleco que, a pesar de todo lo que había pasado esa noche, todavía llevaba y le puso la placa.

Vanessa le dio unas palmaditas en el hombro a Mike y luego dio un paso atrás. Su mirada se elevó hacia su rostro y luego volvió a bajar.

—Ya está —dijo en un tono que parecía extrañamente resignado—. Ahora eres oficial.

Las palabras sonaron cansadas y su tono bajó al final de la frase. Vanessa parecía estar… casi triste. ¿Por qué?

Mike abrió la boca para preguntar qué la estaba molestando, pero antes de que salieran las palabras, el beep, beep, beep de la alarma de su reloj atravesó el momento. Actuó como un balde de agua fría, poniendo un duro final a la noche.

Vanessa miró su propio reloj. Mike sabía que serían las seis de la mañana. Para eso estaba configurada su alarma.

—Parece que se nos acabó el tiempo. —Le dio a Mike una sonrisa extrañamente sombría—. Vamos. Vamos a buscar tus cosas. Te acompañaré hasta la salida.

☆☆☆

La tormenta finalmente había tirado la toalla. Nubes planas y cenicientas yacían boca arriba sobre la pizzería, como agotadas. Entre un estrecho hueco entre las nubes, un atisbo del sol del día se deslizaba furtivamente sobre las copas de los árboles distantes, proyectando una luz dorada surrealista sobre el brillo negro húmedo del asfalto roto del estacionamiento de la pizzería.

La puerta del auto de Mike protestaba por el movimiento requerido con un sonido metálico cuando el zumbido de un motor y el silbido de los neumáticos rodando a través de charcos de lluvia poco profundos hicieron que Mike se diera vuelta. El coche patrulla blanco y negro de Vanessa se detuvo detrás de él. Ella bajó la ventanilla.

—Si quieres —gritó Vanessa— puedo venir de vez en cuando. Sé lo solitarias que pueden llegar a ser estas noches.

Mike mantuvo su rostro neutral, pero por dentro se encogió. Le agradaba Vanessa, aunque su personalidad voluble le hacía girar la cabeza. Sin embargo, lo último que necesitaba era que ella llegara sin previo aviso. Arruinaría totalmente su rutina nocturna.

Mike se dio cuenta de que Vanessa lo estaba mirando con una mueca de desconcierto en los labios y una ceja levantada. Habló rápidamente.

—Me mantengo ocupado.

Vanessa dejó su mirada fija en él durante varios largos e inescrutables segundos. Luego ella se encogió de hombros.

—¿Un consejo amistoso? —Ella entrecerró los ojos—. No dejes que este lugar te afecte. Simplemente haz tu trabajo y estarás… bien.

La intensa mirada de Vanessa y la vacilación antes de la palabra bien cayeron sobre Mike como un golpe físico… no duro, más bien como un toque de advertencia. Un disparo cruzado por la proa. Parecía que las palabras de Vanessa eran más una amenaza que un consejo.

Haciendo caso omiso de la tensión en su estómago, Mike dijo a la ligera—: Suena bien.

Vanessa le saludó amistosamente con la mano a Mike. Luego levantó la ventana. Miró al frente y salió del estacionamiento.

Mike observó las luces traseras del vehículo durante un par de segundos antes de subirse a su auto. Cuando comenzó a cerrar la puerta del auto, lo que dejó escapar un fuerte chirrido, creyó captar un indicio de movimiento en la pizzería.

Mike se inclinó hacia adelante para mirar a través del parabrisas. Desafortunadamente, no pudo ver mucho. Había hojas y agujas de pino pegadas al cristal mojado y la vista que Mike tenía del restaurante estaba oscurecida. Dudó mientras consideraba si debía salir del auto para ir a investigar.

Tan pronto como Mike pensó en comprobar lo que creía haber visto, descartó la idea. El edificio estaba bien cerrado. Él estaba cansado. Y le dolía el brazo.

Mike giró el contacto… cuatro veces. Finalmente, el auto arrancó. Limpió el parabrisas con los limpiaparabrisas y volvió a mirar hacia el descuidado edificio. Se encogió de hombros. Su mente debe haber estado dándole vueltas otra vez.

CAPÍTULO 11

—Jeff observó el patético montón de óxido salir del estacionamiento. Su ritmo cardíaco, que se había triplicado cuando Mike casi lo había visto, volvió a su ritmo normal.

Mientras el montón de chatarra sobre ruedas avanzaba por la carretera, Jeff se apoyó contra el revestimiento deformado de la pizzería. Inmediatamente, gritó y se alejó. Había olvidado que la madera desconchada estaba tan húmeda.

Jeff se sacudió, buscó en su bolsillo y sacó su viejo teléfono plegable. Marcó un número.

Un ring. Clic.

Después del clic, todo lo que Jeff escuchó fue silencio. No, silencio no. La respiración de su hermana llegaba a través de la línea, débil y desigual.

—¿Max?

—Sí. —La palabra fue suave pero cortada. Incluso con una sola palabra, Jeff supo que Max estaba nerviosa.

—Es hora del espectáculo. Tan pronto como regrese, trae a los muchachos y encuéntrame aquí. Creo que encontré una manera de entrar.

Max no dijo nada. Jeff acercó el teléfono a su oreja. Ni siquiera podía oírla respirar ahora.

—¿Max?

Finalmente, respondió Max.

—Sí. —El tono era aún más tenso.

La única palabra se clavó en el oído de Jeff como una espina.

—Es hora de destrozar esto —dijo Jeff.

Max suspiró en su oído y luego colgó.

☆☆☆

Maxine dejó caer su teléfono en el sofá y se tapó la cara con las manos. ¿Cómo se había metido en esto?

—No soy una mala persona —murmuró Maxine, ahogada en sus palmas.

Su conciencia se rio de ella y la acusó mordazmente: «Entonces, ¿por qué accediste a espiar a Mike?»

Maxine negó con la cabeza. Luego sintió que la ira y el dolor crecían, los sentimientos que la habían incitado a traicionar a Mike.

Se lo merecía, se había dicho a sí misma cuando accedió a la petición de Jane de registrar la casa de Mike. Claro, Mike nunca fue grosero con ella; siempre decía hola, adiós y gracias. No era como si Mike la ignorara; él interactuaba con ella. Pero él nunca la veía realmente. Si lo hiciera, se habría dado cuenta de lo que ella sentía por él.

Jane había sorprendido a Maxine en un mal día, el día en que Maxine se maquilló más y se puso una camisa nueva con la esperanza de llamar la atención de Mike, el día en que Mike se tenía que haber detenido a mirarla directamente. Por eso había aceptado hacer algo que no se correspondía con ella.

«Sí, pero entonces fuiste tú quien sugirió arruinar su trabajo, la empujó su conciencia.»

«No exactamente», respondió ella. «Todo lo que dije fue…»

La conciencia de Maxine le resoplaba y Maxine dejó caer las manos. Miró alrededor de la destartalada casita y sacudió la cabeza. Mike no merecía lo que ella, su hermano y los demás estaban a punto de hacer. ¿Pero cómo podría detenerlo ahora?

«Soy escoria», se dijo Maxine.

☆☆☆

Jeff sonrió cuando su palanca rompió fácilmente el viejo candado. El trozo de metal oxidado cayó al concreto con un ruido sordo, y Jeff extendió la mano para agarrar la manija vertical igualmente oxidada de la puerta rodante de acero.

El sol brillaba directamente sobre la parte trasera de la pizzería y, cuando su calor golpeaba la plataforma aún húmeda del muelle de carga de la pizzería, el vapor flotaba hacia arriba. La niebla resbaladiza le recordó a Jeff las escenas de cementerios de las películas de terror. Se estremeció e inmediatamente se sacudió la sensación, molesto consigo mismo.

Con una arrogancia de confianza que estaba empezando a perder, Jeff se giró y encaró a los hombres apoyados en su vieja camioneta verde. Hank, corpulento, con cabello largo, canoso y castaño arenoso y una barba de chivo desaliñada a juego, estaba recostado contra la parrilla cromada de la camioneta, con sus gruesos antebrazos cruzados sobre una gran barriga. Los ojos azul pálido de Hank estudiaron a Jeff como si no pudiera decidir si reírse de Jeff… o matarlo. Jeff siempre le había tenido un poco de miedo a Hank… aún más hoy. Hank tenía un viejo bate de béisbol de madera apoyado sobre su fornido hombro, y la forma en que hacía girar el bate era más que desagradable.

Jeff desvió su mirada hacia Carl, el hijo de Hank. Aunque Jeff conocía a Carl desde hacía varios años (habían pasado tiempo juntos, tanto en como reformatorios como adultos), Jeff tuvo que admitir que Carl también lo intimidaba. De cabello oscuro, los ojos de Carl tenían la misma inclinación hacia abajo que los de su padre, pero los ojos de Carl estaban más separados y eran marrones, como los de su madre. Algo en la forma en que los ojos de Carl entrecerraban los ojos ante el mundo y en la forma en que sus delgados labios generalmente estaban apretados en una sonrisa sarcástica, ponía a Jeff perpetuamente nervioso cuando estaba cerca de Carl. Al igual que Hank, Carl tenía perilla, pero la suya era mucho más escasa que la de su padre. Eso, pensó Jeff, hacía que Carl pareciera aún más peligroso. En ese momento, por ejemplo, Carl estaba jugando con la linterna de seis pilas que llevaba metida en el cinturón mientras lanzaba

miradas amenazadoras al pastor alemán de Max, Bonesy. Jeff pensó que, si Carl hubiera llevado un arma, probablemente le habría disparado al perro.

Jeff nunca le dispararía a un perro, especialmente al perro de Max. Pero el perro estaba siendo un fastidio. Estaba ladrando como si estuviera anunciando un apocalipsis inminente.

Bonesy estaba en la cabina de la camioneta y Max estaba parado junto a la puerta del lado del conductor. Su rostro estaba pálido y sus labios estaban apretados.

Hank vio la dirección de la mirada de su hijo y se volvió para mirar al perro girado. Bonesy realmente estaba dispuesto a hacerlo. Se le estaba acumulando espuma en la papada mientras ladraba y gruñía.

—El perro va a ser un problema —dijo Hank con su voz profunda y ronca.

Carl siguió mirando a Bonesy.

—Sí —dijo Carl. Su voz era más aguda que la de su padre, pero tenía un tono áspero.

Hank volvió a girar el bate y luego miró perezosamente a los árboles cercanos y a la extensión vacía de asfalto detrás de la pizzería.

—Hace mucho ruido.

—Demasiado —asintió Carl.

Hank se apartó de la parrilla del camión y se acercó a la ventanilla abierta del lado del conductor. Miró a Max.

—Te dije que no trajeras ese perro. —Su tono era más que un poco amenazador, pero no pareció desconcertar a Max.

Max levantó la barbilla y miró a Hank. Jeff sabía que Max no le tenía miedo a Hank ni a Carl. Los conocía a ellos y a la esposa de Hank, Darlene, desde que era una niña… porque eran vecinos. Pensaba en Hank y Darlene como en una tía y un tío, le había dicho a Jeff. Intentaba no pensar en Carl en absoluto. Ella lo aguantaba; no le agradaba.

Hank cambió el bate. Carl se acercó a su padre. Le dio a Max lo que Jeff pensó que era terriblemente cercano a una mirada espeluznante.

Jeff necesitaba tener las cosas bajo control. Alejándose de la puerta del muelle de carga ahora abierta, Jeff dio tres largas zancadas para llegar a la camioneta. Señaló a Bonesy y le gritó a Max—: Cállate. ¡Ahora! —Levantó su palanca—. O lo haré yo —dijo tan severamente como pudo.

Max levantó una ceja hacia su hermano, pero ella metió la mano en la camioneta y puso su mano sobre el hombro de Bonesy. Se asomó por la ventana y empezó a hablarle suavemente al perro. Jeff no pudo entender sus palabras.

Todo lo que dijo Max funcionó. Los ladridos de Bonesy disminuyeron hasta convertirse en un profundo estruendo en el fondo de su garganta.

Jeff rápidamente se volvió hacia Hank y Carl. Jeff metió la mano en la caja del camión y cogió una gran bolsa de lona de color verde militar.

—Vamos —dijo como si fuera el jefe.

Jeff no estaba seguro de ser el jefe de nada. Sí, esta había sido su idea, y había sido él quien les había pedido ayuda a Hank y Carl, pero ahora que se estaban preparando para entrar, Jeff sentía que no estaba tan a cargo como quería.

Jeff indicó a los otros hombres que lo siguieran mientras se dirigía de regreso a la puerta abierta. Mientras avanzaba, vio a Max subir a la cabina de la camioneta.

☆☆☆

Maxine observó a su hermano llevar a Hank y a su idiota hijo a la vieja pizzería.

—O lo haré yo —susurró, imitando la voz de Jeff.

Maxine sabía que Jeff nunca lastimaría a Bonesy ni a ningún otro animal; solo estaba fingiendo para Hank y Carl. Aun así, las palabras le habían dolido.

Maxine pasó un brazo alrededor del cuello de Bonesy. Ella acarició su pelaje negro y color caramelo con movimientos largos y suaves.

—Muy bien, muchacho —dijo Maxine—. Todo está bien. Shhh.

El gruñido de Bonesy se convirtió en un gemido agudo. Empezó a jadear pesadamente y todo su cuerpo temblaba. Se giró y le dio a Maxine varias lamidas agitadas antes de mirar hacia la pizzería. Cuando la mirada del perro se posó en el viejo edificio, su temblor se intensificó y sus aullidos se convirtieron en gemidos.

Al darse cuenta del evidente miedo de su perro, a Maxine se le secó la boca. Su estómago estaba tan apretado como un tambor, y sentía como si sus intestinos se aferraran al ritmo de los latidos de su corazón. Miró a través del parabrisas de la camioneta y miró el área oscura más allá de la puerta del muelle de carga. Acercó a Bonesy.

☆☆☆

Jeff había pensado que pasar la puerta del muelle de carga sería el "ábrete sésamo" que necesitaba para acceder al resto de la pizzería. Sin embargo, descubrió que el muelle de carga estaba separado del resto del restaurante por una puerta metálica cerrada con llave.

No queriendo fracasar en lo que había sido su idea, Jeff corrió hacia la puerta y le dio una fuerte patada. La patada provino más de la desesperación que de la confianza, pero… para sorpresa de Jeff… funcionó.

La cerradura crujió y la puerta se soltó de sus bisagras. Volando hacia atrás, la puerta aterrizó con un golpe reverberante.

Jeff exhaló aliviado y miró a Hank y Carl con indiferencia, como si supiera totalmente que tenía la fuerza para derribar la puerta. Jeff avanzó con un pavoneo de "Sí, soy el hombre", cruzó la puerta y se encontró en una cocina en sombras, iluminada solo por un par de tenues bombillas fluorescentes. La tenue luz solo reveló en cierto modo la extensión de la cocina, pero hizo un buen trabajo al resaltar los cientos de telarañas entrelazadas a través del espacio polvoriento.

Hank y Carl miraron a su alrededor y ambos empezaron a sopesar sus armas preferidas. Jeff habló.

—Vamos a ver con qué tenemos que trabajar antes de comenzar —sugirió.

Ni Hank ni Carl discutieron con Jeff, así que los sacó de la cocina. Al entrar en un pasillo largo y oscuro, Jeff se sacudió los escalofríos que habían comenzado en el muelle de carga.

Durante los siguientes diez minutos, Jeff y sus secuaces deambularon por el restaurante vacío.

—Esto va a ser sencillo —dijo Carl, mientras hacían un recorrido rápido y ansioso por el lugar.

Después de un recorrido por la pizzería, regresaron al enorme comedor en ruinas. De pie justo dentro del arco que separaba el comedor del vestíbulo desierto, los hombres intercambiaron sonrisas.

—Está bien —dijo Jeff—. Seamos rápidos… pero minuciosos. Daño máximo. Tiempo mínimo.

Hank y Carl intercambiaron una mirada. Luego asintieron.

—Cualquier cosa que parezca valiosa, tómenla. Llegaremos a un acuerdo cuando hayamos terminado. ¿Bien?

Hank y Carl asintieron nuevamente al unísono. Un levantamiento y una caída de sus barbillas en forma de perilla.

Jeff, sintiendo de repente más emoción que miedo, dejó escapar un alarido. Blandió su palanca como un berserker a punto de ir a la batalla. Esto podría haberse inspirado en la película de los vikingos que había visto la noche anterior, pero daba igual. Estaba entusiasmado y listo para partir.

—¡Hagámoslo! —gritó Jeff.

Los tres hombres intercambiaron golpes de puño y luego entraron en acción. Jeff y Carl corrieron hacia el comedor; Hank se giró y entró en el vestíbulo.

Después de un par de pasos, los caminos de Jeff y Carl se separaron. Carl atravesó el comedor, apuntando al escenario cubierto por cortinas. Jeff giró a la izquierda y se dirigió a la sala de juegos.

Inclinándose hacia el área de juegos a toda velocidad, Jeff se estaba levantando y preparándose para mover su palanca mientras llegaba a la vitrina del mostrador de premios.

Jeff gritó—: ¡Sí!

Su energía frenética explotó en un frenesí mientras bajaba la palanca sobre la sucia extensión de vidrio. Un crujido y un estrépito satisfactorios precedieron a un tintineo de cristales parecido a una lluvia que cayó sobre el suelo blanco y negro. Jeff sonrió y volvió a levantar la palanca.

Golpeando el cristal una y otra vez, Jeff rápidamente destruyó el gabinete de premios. Pulverizó el cristal en brillantes fragmentos que centelleaban bajo los rayos de escasa luz que iluminaban la galería.

Pisoteando el vidrio casi vaporizado, rechinando su talón contra cualquier fragmento grande que vio, Jeff irrumpió en la sala de juegos y comenzó a golpear todas las consolas de juegos que encontró. El cristal de la máquina de pinball se desintegró de la misma manera que lo hizo el contador de premios. Parachoques y aletas de plástico rotos. Los gabinetes de madera se astillaron. Los otros juegos de arcade sucumbieron de manera similar cuando la palanca de Jeff los atravesó.

El cerebro de Jeff había entrado en hibernación mientras cedía a la furia de golpear y golpear las máquinas. Con una emoción increíble, la demolición cargó a Jeff y le dio la fuerza para mover la palanca una y otra vez. El sudor le corría por la cara y respiraba entrecortadamente, pero no le importaba. Estaba pasando el mejor momento de su vida.

☆☆☆

Hank bailaba al ritmo de una música que solo él podía oír. El tamborileo de una canción de jazz-rock retumbaba en su cabeza y él adaptaba sus movimientos a su ritmo. Lanzándose de izquierda a derecha, dando pasos cruzados, girando y moviendo las caderas, Hank se abrió paso bailando entre todos los carteles con marcos de vidrio en el pasillo principal. Mientras avanzaba, estaba destrozando las frágiles extensiones, saltando con fluidez fuera del camino mientras fragmentos irregulares volaban hacia él. A pesar de su tamaño, Hank pensó que era bastante elegante en su habilidad para evitar los fragmentos voladores.

Hank bailó por el pasillo y regresó, aplastando cristales y golpeando marcos. Se lo estaba pasando genial.

De vuelta en el vestíbulo, Hank también se encargó de los carteles. Luego, totalmente inmerso en su ritmo y sin querer detener el modo

boogie que lo había superado, comenzó a tocar las paredes, blandiendo su bate tan ágilmente como uno de esos que hacen cabriolas frente a las bandas de música. Su fiel bate hizo enormes agujeros en los paneles de yeso del vestíbulo. Nubes de polvo brotaron de las paredes; Hank pensó que probablemente se estaba poniendo blanco, pero no le importaba. Se estaba divirtiendo demasiado.

☆☆☆

Carl saltó al escenario y sonrió ante las cortinas cerradas. Después de haberle hablado de Freddy's Pizzería, sabía lo que probablemente había detrás de las cortinas. No podía esperar para comenzar su aniquilación. Haciendo girar su linterna como si estuviera haciendo girar un rifle de desfile en una línea de perforación, fingió un paseo arrogante mientras caminaba hacia el hueco entre las cortinas.

Carl levantó la gran linterna con la mano izquierda, preparada para atacar, y asomó la cabeza entre las cortinas. Sonriendo, gritó—: ¡Cariño, estoy en casa!

Carl contempló la extensión oscura. Su descarada sonrisa se desvaneció. Frunciendo el ceño, su linterna vaciló. Usó su mano derecha para correr las cortinas para que la débil luz del comedor pudiera iluminar el área detrás del escenario. Miró a izquierda y derecha.

—Eh —dijo Carl.

Los viejos y malhumorados personajes de Freddy's que esperaba encontrar esperando a ser destrozados no estaban allí. El backstage estaba vacío.

Carl dio un paso adelante y dejó que las cortinas se cerraran detrás de él. Se sentía como si estuviera caminando hacia el humo asfixiante de un denso fuego. Podía ver poco más que las formas más débiles a su alrededor, y el aire se sentía denso y extraño. Olía como… bueno, como el olor que había salido de debajo de la casa de su familia cuando las ratas que había envenenado murieron y comenzaron a descomponerse.

Carl miró a su alrededor, buscando a medias algo que destruir. Pensó que podría haber disfraces que podría romper o accesorios que podría destrozar.

Pero no se esforzó mucho en encontrar algo que golpear con su linterna. Estaba perdiendo interés en el área detrás del escenario.

Si seguro. Eso era todo. El problema no era que Carl estuviera empezando a asustarse.

Carl se sentía muy extraño. Aunque su vida (como subordinado desinteresado de su padre mecánico durante el día y fanático de los deportes después del horario laboral) dejaba poco espacio para la intuición, su instinto le decía que algo andaba mal aquí. Algo se sentía… mal.

Carl rápidamente se escabulló entre las cortinas. Saltó del escenario.

Carl inspeccionó el comedor vacío y escuchó los sonidos de crujidos, choques y estrépitos que provenían de la galería y del pasillo principal. Los sonidos lo tranquilizaron. Aún mejor, le devolvieron el coraje. Su sonrisa regresó y se volvió hacia el escenario.

Riéndose de sí mismo por dejar que el backstage lo afectara, estuvo tentado de burlarse de las cortinas del escenario, que todavía se balanceaban ligeramente por su movimiento a través de ellas. Entonces tuvo una idea mejor.

Los padres de Carl le habían inculcado la idea de que no era más que una decepción que no significaría gran cosa. Como resultado, Carl había estado caminando durante años con una frustrada bola de "te odio" en el estómago. No era como si ocultara su desdén por el mundo; lanzaba muchas quejas y sarcasmo. Pero nunca había expresado plenamente la profundidad de su desprecio. Ahora iba a hacerlo.

Carl se metió la linterna en el cinturón y empezó a silbar mientras se desabrochaba la bragueta.

—El lugar huele a alcantarilla —murmuró Carl—. Entonces…

Carl plantó los pies en la base del escenario.

—Cuidado por donde pisan.

☆☆☆

Jeff se rio con júbilo vertiginoso mientras miraba una fuente de monedas de veinticinco centavos que estallaban en el aire. Tintineando y chirriando, las monedas se esparcieron sobre los cuadrados blancos y negros del suelo. Cuando tocaron el sucio tablero de ajedrez, las monedas giraron, rodaron y saltaron.

—De eso estoy hablando —dijo Jeff.

Miró las monedas y comenzó a agacharse para recogerlas, pero luego su mirada se posó en la caja de monedas cerrada con llave de la siguiente máquina. «Una más», pensó.

Se acercó a la siguiente máquina y usó su palanca para abrir la bóveda. Cedió tan fácilmente como el anterior y otra cascada de cambios brotó del suelo.

Esta vez, Jeff no pudo evitarlo. Cayó de rodillas y agarró un puñado de brillantes recompensas.

—¡Sí! —Gritó mientras levantaba el puño y saboreaba la sensación de los bordes redondos y ásperos de las monedas.

Sí, eran solo monedas de veinticinco centavos, no doblones de oro, pero Jeff todavía se sentía como un aventurero desenterrando un tesoro. La última vez que había estado tan jubiloso fue cuando ganó un modesto premio mayor con las máquinas tragamonedas de un cuarto en un casino en Las Vegas. Entonces su botín no había sido tan grande, pero el sonido de los golpes, los pitidos y las monedas en cascada lo habían emocionado. Sintió la misma emoción ahora.

Jeff se puso de pie de un salto y salió disparado hacia la siguiente máquina de la fila. Levantó su palanca.

☆☆☆

Después de expresar su opinión sobre Freddy's (y el mundo en general), Carl se dirigió a la cocina. Allí encontró muchas cosas a las que destruir.

Carl gritó mientras montañas de platos y platillos rojos salían disparados de la estantería de acero inoxidable que acababa de derribar.

La vajilla explotó en el suelo y Carl saltó sobre los pedazos rotos, sus pesadas botas chirriaron los pedazos de arena de la vajilla.

—¡Sí! —gritó Carl.

Se volvió hacia la extensión de gabinetes de acero inoxidable en la pared opuesta. Anticipando una diversión más ruinosa, Carl abrió una de las puertas del armario.

Los estantes detrás de la puerta estaban vacíos. Carl dejó escapar un suspiro involuntario y su burbuja estalló.

Carl se encogió de hombros y cerró de golpe la puerta del armario.

—Como sea —murmuró. Pasó al siguiente gabinete.

Abriendo la puerta de golpe, completamente preparado para tirar más porcelana frágil… o lo que fuera… Los hombros de Carl se hundieron cuando una vez más encontró estantes vacíos.

Enojado, Carl intentó abrir la puerta de al lado. Y la siguiente.

Vacío. Vacío.

Intentó con una más.

El último gabinete no estaba vacío.

En el estante inferior del armario había un pequeño cupcake de plástico y metal pintado. De color rosa brillante, con ojos saltones y dos grandes dientes blancos, el cupcake, luciendo una vela vertical, estaba centrado en un pequeño plato blanco.

Carl frunció el ceño.

—¿Qué…?

☆☆☆

Hank entró en el comedor, silbando con la música en su cabeza. Desde que empezó a golpear los paneles de yeso, había estado escuchando las notas frenéticas de la canción "Toreador" de Carmen. A Hank le encantaba esa música. Siempre lo hacía sentir como un ganador cuando la escuchaba, y se había convertido en una especie de tema musical personal.

Hank hizo girar su bate mientras pasaba junto a una pila de sillas sucias y dobladas. Su silbido se hizo más fuerte y dirigió la música con la mano libre.

Las ganas de bailar regresaron cuando Hank buscó algo más que destruir. Se escuchó un ruido en la sala de juegos y miró hacia allí, tentado de unirse a Jeff. Hank, sin embargo, no quería pisarle los pies al niño. Jeff intentó actuar con dureza, pero Hank sabía que el tipo era un minino encubierto. Hank también sabía que Jeff le tenía miedo. Hank pensaba que era divertido y lo aprovechó tanto como pudo. Pero hoy había decidido dejar que Jeff se sintiera el líder. No, Hank podría encontrar algo más con qué jugar.

«Quizás en la cocina», pensó Hank. Comenzó a deambular en esa dirección, usando su bate para destruir tantos muebles como pudo en el camino.

☆☆☆

La cocina, aunque no tenía mucha luz, estaba lo suficientemente iluminada como para que Carl no necesitara su linterna para ver. Sin embargo, el cupcake que se encontraba en un deforme parche de oscuridad debajo del estante de arriba necesitaba más iluminación. ¿Qué era esa cosa?

Carl levantó su linterna y apuntó a los saltones ojos blancos enclavados en un rosa intenso. La sensación de hormigas arrastrándose por la piel que había tenido detrás del escenario regresó. El cupcake estaba simplemente… mal. La forma en que su mirada parecía estar fija en Carl le hizo querer…

El cupcake parpadeó.

Carl gritó.

Antes de que pudiera decidir qué hacer con el mini-pastel animado, un ruido metálico se escuchó detrás de él. Carl se dio la vuelta.

No seguro de qué esperar cuando se gire, pero totalmente reprimido y listo para… bueno, cualquier cosa… Carl se sintió aliviado cuando no vio ningún movimiento excepto el movimiento de adelante hacia atrás de dos grandes ollas de cobre que colgaban de una rejilla de acero

inoxidable. por encima de la gama de restaurantes de alta resistencia. Carl puso los ojos en blanco ante su reacción exagerada y cambió de dirección para devolver su atención al pequeño y extraño cupcake.

Una vez más apuntó su linterna al…

El cupcake ya no estaba.

Carl contuvo el aliento mientras contemplaba la luz desigual que temblaba frente a su linterna. Su mirada volvió a su mano. Estaba temblando.

Bueno, diablos, sí, estaba temblando. ¿A dónde se había ido el cupcake?

Con los ojos tan abiertos como pudo, Carl giró lentamente, agarrando su linterna mientras barría el área a su alrededor con su haz. El tembloroso rayo de luz atravesó el grisáceo manchón de la cocina y aterrizó en…

Los ojos de Carl casi se salieron de sus órbitas.

Había encontrado al cupcake.

Y eso no era todo.

El cupcake rosa y su plato ahora estaban sostenidos en una enorme mano de pelo amarillo.

El haz de la linterna de Carl se meneó mientras se elevaba desde el cupcake. Cuando la luz se topó con la cara apolillada y de color amarillo sucio de un enorme polluelo con una enorme boca llena de dientes al descubierto, Carl solo tuvo un segundo para sentir una oleada de shock antes de que el pájaro de aspecto psicótico se abalanzara sobre él.

CAPÍTULO 12

—A solo un par de pasos de la puerta de servicio que separaba la cocina del pasillo trasero, Hank estaba preparando su bate cuando escuchó un chillido que lo detuvo en seco. El chillido fue tan fuerte que se sintió como si irradiara a través de su piel y perforara sus venas, congelando la sangre que intentaba fluir a través de ellas.

El sonido vino muy claramente del otro lado de la puerta a la que se acercaba. Todo su cuerpo temblaba en respuesta al sonido escalofriante. El grito había sido tan penetrante que no parecía humano.

Pero si el grito era humano, tenía que haber venido de… su hijo.

Hank dio un paso adelante y miró con cautela a través de la ventana redonda situada en la puerta de servicio. Tenso, listo para reaccionar… y retrocediendo a un par de metros de la puerta… miró a través del cristal sucio.

Como las luces de la cocina eran tan escasas no podía ver mucho a través del cristal. Tenía que acercarse.

La canción "Toreador" se detuvo con un chirrido… y los tintineos en la sala de juegos terminaron unos minutos antes… Hank se sacudió el repentino y sombrío silencio que lo rodeaba. Apoyó la cara en el cristal de la puerta.

El silencio dio paso a otro crescendo de ruido. Esta vez, los gritos se entrelazaron con fuertes jadeos y un caos clamoroso de golpecitos, ruidos metálicos y ruidos sordos.

La mirada de Hank miró hacia los sonidos y vio…

Hank dejó escapar un maullido de sorpresa y horror. Su aliento, medio respirado y medio exhalado, amenazaba con ahogarlo.

Hank se quedó boquiabierto ante el cuerpo tendido de su hijo.

Comenzando por los pies caídos de Carl y avanzando hacia su cuerpo retorciéndose, la mirada de Hank se posó en algo que simplemente… no podía… ser… posible. Pero así era.

Un pequeño cupcake de color rosa brillante con una boca con dientes se abría camino a través de la cara de Carl... o lo que quedaba de ella.

—Carl —respiró Hank.

La verdad era que Carl ya no tenía rostro. El cupcake estaba hundido hasta la mitad de la cabeza de Carl. La estructura ósea del rostro de Carl quedó destruida.

Y el cupcake todavía estaba ahí.

Demasiado aturdido para siquiera empezar a procesar lo que estaba viendo, Hank levantó la mirada. Siguió tiras de material borroso de color amarillo y naranja adheridos al metal expuesto. Pasó sobre el bulto de color amarillo más difuso, pasó por un babero sucio con las palabras LET´S EAT y aterrizó en un pico naranja abierto que revelaba dos hileras de dientes de aspecto feroz. Por encima de los dientes y el pico, unos ojos blancos irradiantes miraban directamente a Hank.

Hank gritó.

☆☆☆

Una vez que hubo vaciado todas las bóvedas de monedas de su botín, Jeff llenó su bolsa de lona con su botín y se la echó al hombro. Esforzándose, felizmente, Jeff se dirigió hacia el frente del restaurante.

Jeff había visto a Hank dirigirse hacia el pasillo trasero. No sabía dónde estaba Carl y, en ese momento, no le importaba. Estaba en busca de más botín.

Al explorar rápidamente el pasillo principal, asomando brevemente la cabeza detrás de cada una de las puertas cerradas, Jeff encontró la oficina

de seguridad al final del pasillo. Cuando vio el viejo equipo de cámaras de seguridad, supo que podía causar un daño real en esa habitación.

Jeff sonrió salvajemente cuando entró en la habitación sin luz; su única luz provenía de los monitores de seguridad. Ansioso por destruir el equipo, no se había molestado en accionar el interruptor de la luz. Había dejado caer su bolso de lona al suelo; había aterrizado con una satisfactoria ráfaga de tintineos cuando un puñado de monedas se escapó del transportador de lona.

Jeff se había acercado al escritorio donde estaban los monitores. Había levantado su palanca en preparación para más vandalismo con zumbidos corporales.

Jeff se puso detrás del escritorio y apuntó a los monitores…

Y fue entonces cuando escuchó los gritos.

Comenzó con un chillido que ni siquiera parecía haber salido de la boca de una persona. Un tramo de silencio. Y luego otra serie de gritos. Más silencio. Luego un grito largo y prolongado.

En lugar de arrasarlos con su palanca, Jeff miró los monitores. Su mirada pasó de uno a otro.

El último y largo grito había sido profundo y desigual. Jeff estaba seguro de que había venido de Hank.

—¿Hank? —Jeff se inclinó hacia adelante y miró los monitores. Escaneó todas las vistas interiores.

«¡Ahí!»

En la cámara del comedor, se podía ver a Hank corriendo por el espacio abierto. Corría a toda velocidad, como si lo persiguiera toda una horda de demonios.

Absorto, Jeff observó hasta que Hank desapareció de la transmisión del comedor. La mirada de Jeff se dirigió al monitor contiguo y, efectivamente… allí estaba Hank corriendo por el pasillo principal. Se acercaba hacia la oficina.

Pero espera…

En el monitor, Hank se detuvo y miró por encima del hombro. Sus movimientos eran espasmódicos. Estaba claramente asustado.

Mientras Jeff seguía mirando el monitor, Hank abrió de golpe una de las puertas que bordeaban el pasillo, una a mitad de camino. Hank cruzó corriendo la puerta y desapareció de la vista.

Jeff frunció el ceño y miró a los otros monitores. Ninguno de ellos proporcionaba una vista de lo que había detrás de la puerta por la que había pasado Hank. Era un armario de suministros; Jeff lo supo por su revisión superficial del área.

—¿Qué demonios está haciendo?

☆☆☆

Cuando rompió todos los cristales de los marcos de los carteles, Hank no había pensado en destruir el cristal esmerilado de todas las puertas. No estaba seguro de por qué no lo había hecho, pero ahora se alegraba de haber dejado las puertas en paz. Hank esperaba que esto evitara que le comieran la cara… o algo peor.

Hank no estaba seguro de en qué tipo de recinto se encontraba. ¿Un armario? ¿Un cuarto? La más mínima luz del pasillo se filtraba a través del cristal esmerilado de la puerta, y esa luz revelaba poco más que el marco y el pomo de la puerta. Todo lo demás alrededor de Hank era tan negro que era como si el vacío de luz tuviera masa y sustancia. Se sentía como si esa masa se estuviera agolpando alrededor de Hank, intentando envolverlo en un abrazo poco amigable.

Los sonidos de la respiración sibilante de Hank llenaron la oscuridad. Podía oler el hedor de su propio sudor y el hedor de su aliento; olía como el café rancio que había bebido antes de ir a la pizzería.

Al otro lado de la puerta, un grito se extendió por el pasillo.

—¡Hank!

Era la voz de Jeff… y el tipo no parecía particularmente asustado. Su voz estaba mezclada con más curiosidad que miedo.

Hank exhaló aliviado. Si Jeff venía por el pasillo gritando su nombre, el gran pájaro amarillo no podía estar cerca. Jeff no era la herramienta más

inteligente en la caja de herramientas, pero no era tan estúpido como para gritar así si se enfrentaba a una amenaza.

—¿Jeff? —gritó Hank.

—¡Hank! ¿Qué estás haciendo? —Su voz era un poco débil. Todavía estaba al final del pasillo.

Una fuerza de dos era mejor que una fuerza de uno. Juntos podrían salir del edificio. Hank agarró el pomo de la puerta. Intentó girarlo.

No cedió.

Hank agitó el pomo… con fuerza. Se mantuvo firme.

Arrojó su considerable corpulencia contra la puerta. Soportó su peso.

Ya no pensaba en Jeff… ni en nada más… Hank ahora estaba decidido a salir de la habitación en la que estaba atrapado. Intentó golpear la puerta con su cuerpo nuevamente, pero eso no le provocó más que dolor en el hombro.

Hank se giró y miró hacia el espacio exterior, como un vacío detrás de él. Él se acobardó y se volvió hacia la puerta. Comenzó a golpear la pared con la palma de su mano.

—Vamos —murmuró Hank. Tenía que haber un interruptor de luz.

Pero no lo hubo. Las manos tanteantes de Hank no encontraron más que una pared rugosa. Incluso cuando dio un paso hacia la derecha y hacia la izquierda…

Un tintineo revelador vino desde arriba de la cabeza de Hank. «No es un interruptor. ¡Un cordón!»

Hank extendió la mano y palpó a su alrededor. Su mano encontró el extremo de una cuerda pesada. La agarró y tiró.

Nada.

—Vamos, estúpida… —comenzó Hank mientras tiraba de nuevo.

Esta vez el cordón hizo su trabajo.

Se encendió una única bombilla desnuda.

Hank dejó escapar un suspiro reprimido.

—Sí.

Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrar algo en la habitación que pudiera romper el pomo de la puerta o el cristal. Hank se volvió…

… y miró directamente a un par de ojos brillantes.

Estos ojos no pertenecían a la chica fea y de aspecto letal. Pero tampoco pertenecían a ningún mimoso.

Hank estaba mirando otra cara llena de dientes. A este rostro, coronado por dos orejas de conejo dobladas, le faltaba la mayor parte del pelaje. Sus brillantes ojos blancos estaban rodeados por una masa de metal y cables expuestos. Hank gritó una vez más.

☆☆☆

A solo unos metros del armario de donde procedían las llamadas de Hank, Jeff, que caminaba lentamente (cargando la pesada bolsa de lona) se quedó helado cuando escuchó el grito de Hank. Jeff miró hacia la puerta.

Al primer grito le siguió un segundo. Luego un tercero.

Los sonidos de azotes y crujidos, que envolvían los gritos como serpientes devoradoras, llegaban desde detrás de la puerta. La puerta sonó. Entonces… ¡bofetada!

Una silueta de mano golpeó el cristal esmerilado de la puerta. A Jeff se le cortó la respiración cuando vio la mano dejar una mancha opaca en el cristal. La mancha descendió por encima de la mano y la mano desapareció de la vista.

Jeff se dio cuenta de que Hank ya no gritaba.

Cuando la mano desapareció del vaso, todo lo que pudo oír fue un leve gorgoteo. Luego silencio.

La palanca de Jeff se le escapó de la mano. Golpeó el linóleo con un ruido metálico que rebotó por el pasillo y luego pareció regresar como un boomerang hacia Jeff.

Con la mirada aún fija en la puerta, Jeff ajustó la correa de la bolsa de lona que le cortaba el hombro. Sentía como si la bolsa se volviera más pesada a cada minuto.

Jeff dio un paso vacilante hacia la puerta cerrada.

—¿Hank? —susurró.

Jeff no estaba seguro de por qué dijo el nombre de Hank. No sabía qué le había pasado a Hank, pero sabía que no era bueno.

Aun así, tal vez Hank estaba herido y necesitaba ayuda. Jeff avanzó medio paso más, pero se detuvo cuando la puerta se movió ligeramente.

Jeff fijó su mirada en la puerta. Miró hacia el pasillo hacia la oficina. ¿Debería retirarse y encerrarse en esa habitación?

Miró hacia el pasillo. ¿Debería huir?

¿Dirigirse a las puertas principales?

El cerebro de Jeff estaba encadenado por las venas llenas de sangre que latían locamente en sintonía con el ritmo acelerado de su corazón. No podía pensar.

La puerta empezó a abrirse. Poco a poco, se fue revelando una oscuridad cada vez más misteriosa.

—¿Hank? —Preguntó Jeff.

Hank no apareció.

Pero algo más lo hizo.

Jeff sintió como si el suelo debajo de él se convirtiera en la cubierta de un barco atrapado en un huracán cuando vio lo que salía al pasillo. La realidad se plegó sobre sí misma.

Jeff estaba mirando la masa descomunal y ruinosa de un… ¿conejito robótico? Jeff intentó procesar el pelaje sucio y desgarrado, el metal expuesto debajo y las orejas azules y dobladas.

Y cuando Jeff miró al conejito, este se volvió hacia él. El conejito tenía ojos de un blanco resplandeciente colocados en el metal expuesto de una

cara devastada dominada por una masa increíblemente amplia de dientes horribles. Esos ojos miraban… directamente… a… Jeff.

El cerebro de Jeff, superado como estaba, logró enviar un mensaje a sus pies.

—¡Corre! —ordenó su cerebro.

Jeff se dio la vuelta y salió disparado como un cohete por el pasillo, de regreso a la oficina. La pesada bolsa de lona golpeaba la cadera de Jeff una y otra vez mientras corría. Los golpes dolieron y, aun así, Jeff no se atrevió a dejar caer la bolsa. Siguió cargándola con él mientras galopaba por el pasillo.

Podía oír el tintineo de las monedas golpeando el suelo detrás de él, pero ni siquiera eso lo disuadió de agarrarse a la bolsa. La agarró incluso mientras entraba corriendo a la oficina y cerraba la puerta detrás de él.

Jeff buscó a tientas la cerradura de la puerta y finalmente la colocó en su lugar. Se quedó mirando la puerta cuando finalmente dejó caer la bolsa de lona. Más monedas se derramaron por el suelo con estrépito. A Jeff no le importaba.

Jeff miró frenéticamente a su alrededor y vio el teléfono fijo en el estante detrás del escritorio. Corrió hacia allí y cogió el auricular. Inmediatamente comenzó a marcar el 911 mientras colocaba el teléfono en su…

Jeff se sacó el teléfono de la oreja. Hizo una mueca y miró fijamente el receptor.

Del teléfono salía un clamor de pesadilla de risas infantiles. La risa fue aguda y frenética.

Jeff volvió a dejar el auricular en su soporte. Miró hacia la puerta. Todavía estaba cerrada no podía ver nada a través del cristal.

Dirigió su atención a los monitores de CCTV. Su mirada se posó inmediatamente en la transmisión exterior que estaba enfocada en la parte trasera del edificio, Jeff vio su camión todavía estacionado al lado del muelle de carga. Max permanecía en la cabina con Bonesy.

Por un instante, el ritmo cardíaco de Jeff disminuyó. Ese camión era seguridad. Todo lo que tenía que hacer era llegar a…

El movimiento en otro monitor llamó la atención de Jeff.

Mirando directamente a Jeff, o mejor dicho, a la cámara que alimentaba este monitor, estaban el conejito azul y… un polluelo amarillo con un pico amarillo afilado. Aunque la cara del pollito estaba en mejor forma que la del conejo, no parecía menos amenazante.

Tanto el pollito como el conejito continuaron estudiando la cámara. Jeff podía sentirlos mirando más allá de la lente, a través de los cables, directamente hacia él. Dio un paso atrás de los monitores.

Al mismo tiempo, el polluelo del monitor se movió. Jeff volvió a dar un paso adelante y se inclinó para ver el monitor con mayor claridad.

Jeff observó al polluelo inclinarse y agacharse. Estaba justo en frente de una tapa de ventilación en la parte baja de la pared.

Jeff sintió que fruncía el ceño mientras intentaba descubrir qué era la chica…

El polluelo arrancó la tapa del respiradero de la pared. Luego sostuvo un plato frente a ella.

Jeff parpadeó. Ni siquiera había notado el plato… hasta que un cupcake de color rosa brillante con dientes saltones saltó del plato y desapareció por el respiradero ahora abierto.

—¿Qué diablos…? —comenzó Jeff.

Golpes y ruidos metálicos resonaron en todo el edificio. Era amortiguado y distante, pero se estiró y penetró, como dedos, en la oficina.

Jeff miró las paredes a su alrededor. El sonido venía de dentro de ellas.

Volvió su atención a los monitores, instando a su cerebro a que lo ayudara. ¿Qué estaba pasando?

Jeff volvió a mirar las paredes mientras los golpes continuaban. Y luego lo consiguió.

—No.

Los golpes comenzaron a hacerse más fuertes. El cupcake se movía rápido.

Jeff se alejó del escritorio y rápidamente examinó la habitación, su mirada iba de izquierda a derecha, de arriba a abajo. ¿Había un...?

Su mirada se posó en una tapa de ventilación en la pared. Jeff la miró fijamente mientras el volumen de los golpes subía un par de niveles más.

«Está acercándose», pensó Jeff. Inmediatamente cayó de rodillas. Se metió debajo del aparador y miró la tapa del respiradero. Tenía que encontrar una manera de bloquearlo…

Un ruidoso y tintineante estallido… Jeff vio un color rosa brillante al otro lado de la tapa del respiradero.

Instantáneamente, se apoyó contra las rejillas de metal. Golpeó contra su hombro.

Jeff gritó y miró hacia abajo entre las tablillas. Podía ver una furia de color rosa brillante a través de las aberturas de color gris oscuro. Las bombillas fluorescentes de la oficina captaron el blanco de los dientes crujientes y afilados que mordían ferozmente las rejillas de metal.

Jeff jadeó varias veces presa del pánico. Intentando sujetar sus botas de montaña con suela de goma contra el polvoriento linóleo, intentó presionar con más fuerza contra la tapa del respiradero, el polvo, sin embargo, creó una superficie tan resbaladiza como el hielo y los pies de Jeff se le resbalaron.

Los dientes contra las tablillas de metal sonaban como si el metal chocara contra una sierra eléctrica: el sonido agudo y metálico estaba taladrando los tímpanos de Jeff. Gimiendo, intentó replantar sus pies, pero una vez más se deslizaron por el suelo.

La tapa del respiradero se estremeció y una esquina se soltó de la pared. Jeff gimió. Cerró los ojos con fuerza y movió el hombro para presionar el borde suelto. Otro portazo clamoroso y…

Silencio.

Con la respiración todavía entrecortada y el pulso acelerado, Jeff abrió un ojo y miró a través de las tablillas. Vio…

… nada.

Jeff ladeó la cabeza y miró fijamente la penumbra del conducto de aire. El conducto detrás de la tapa del respiradero estaba vacío.

Jeff exhaló ruidosamente. Sacó su hombro de la tapa del respiradero y se llevó una mano temblorosa a la cara, secándose el sudor que pegaba su cabello a su piel y le corría por el cuello. Débilmente, Jeff se puso de pie. Respiró hondo otra vez. Cuando empezó a exhalar, se volvió hacia el escritorio.

Jeff se quedó helado.

Su respiración se detuvo a mitad de exhalación.

La puerta de la oficina estaba abierta.

Sintiendo como si sus globos oculares vibraran en su cabeza, Jeff se esforzó por mirar a través de la puerta abierta. Al mismo tiempo, trató de razonar por qué estaba abierta la puerta.

La había cerrado. ¿No?

Y aunque no lo hubiera hecho, ¿quién la había abierto?

La mirada de Jeff recorrió la oficina. Era el único en ella, pero…

Su atención se centró en los archivadores de la pared opuesta y en el único casillero vertical junto a una caja de interruptores en la pared opuesta a la puerta. ¿Se habrá metido algo pequeño en…?

Ese pensamiento inquietante encendió un fuego bajo los pies de Jeff. Se apresuró hacia la puerta abierta.

Vacilando junto al marco de la puerta, igualmente asustado por lo que podría estar escondido en la oficina y por lo que podría estar acechando fuera de ella, Jeff asomó la cabeza por la abertura de la puerta. Una vez que tuvo la cabeza lo suficientemente alejada del pasillo para ver, miró a lo largo del pasillo en ambas direcciones. No vio nada.

Jeff no podía creer su suerte. Y no iba a desperdiciarla. Inmediatamente salió corriendo al pasillo y se dirigió hacia…

—*Da dum dum dum diddly dum.*

Jeff se convirtió en una estatua. ¿Qué fue eso?

La voz, que parecía rebotar en todas direcciones a la vez, era un cruce entre un cántico y una canción monótona. Era una voz burlona, pero no una broma agradable. El tono era el que usaría un matón… burlándose, torturando.

Jeff reconsideró su plan de acción. Quizás correr por el pasillo no era una buena idea en ese momento. Se dio la vuelta y emprendió el regreso a la oficina.

Sin embargo, tan pronto como dio un paso, la puerta de la oficina se cerró con un sonoro golpe. Jeff retrocedió, pero se recuperó rápidamente. Corrió hacia adelante, agarró el pomo de la puerta e intentó girarlo.

La perilla no se movía.

Jeff lo sacudió. El pomo no cedió en absoluto. Estaba bloqueado.

Y peor aún, desde el final del pasillo hacia el vestíbulo, un sonido tintineante y deslizante se dirigía en su dirección. Un raspado y un tintineo. Una cascada de tintineos.

Jeff sabía exactamente cuál era ese sonido. Estaba escuchando las monedas que se habían filtrado de su bolso de lona mientras corría. Estaban esparcidos por el pasillo, y ahora, los estaban… pisando.

Arrastre. Tintineo. Raspadura. Traqueteo.

Algo movía las monedas sobre el linóleo.

—*Diddly dum dum diddly da…*

Cada nota de la pequeña canción burlona taladró el cuerpo de Jeff, como si cada tono fuera uno entre mil millones de nanobots que perforaban sus poros. Todo el cuerpo de Jeff empezó a temblar. Incluso podía oír cómo le castañeteaban los dientes.

Jeff se alejó rápidamente de la puerta de la oficina. Salió por el pasillo, alejándose del vestíbulo, hacia el cartel rojo de SALIDA al final del pasillo.

A todo galope, cuando llegó a la puerta de salida de emergencia, Jeff se estrelló contra la barra de protección… y rebotó. Mientras movía los pies para mantener el equilibrio, escuchó una rápida ráfaga de pasos que zumbaban hacia él.

Jeff se giró… justo a tiempo para ver el destello del anzuelo de un pirata trazando un arco en el aire, dirigiéndose directamente a su cara. Jeff abrió la boca para gritar…

… pero el sonido se cortó antes de que pudiera comenzar.

CAPÍTULO 13

—No importa cuán constantemente Maxine acariciara el pelaje de Bonesy, el perro no se calmaba. Maxine se había acurrucado cerca del perro en la camioneta, pero aun así él no había dejado de quejarse y gemir desde que Jeff y los demás desaparecieron en la pizzería. Las mejillas de Bonesy estaban llenas de baba y todo su cuerpo temblaba. Estaba poniendo nerviosa a Maxine, principalmente porque la ansiedad de Bonesy era contagiosa. Y Maxine no necesitaba que la aprensión del perro se sumara a la suya propia. Ella ya estaba bastante agitada.

Tal vez por vigésima o quincuagésima vez, Maxine se subió el puño de la camisa negra de manga larga que había usado para esta estúpida y mal concebida empresa. Frunció el ceño ante los números digitales de su reloj deportivo negro.

«¿Dónde diablos están?»

Ya era suficiente. Maxine no podía quedarse sentada esperando más. No podía imaginar por qué les estaba tomando tanto tiempo. Se suponía que harían un desastre rápidamente, cogido cualquier cosa valiosa y regresado. Eso no debería haber tomado tanto tiempo.

Resoplando, Maxine alcanzó la manija de la puerta del lado del conductor.

Abrió la puerta de golpe.

Antes de que Maxine pudiera mover un músculo para abandonar la camioneta, Bonesy saltó sobre ella. En una fracción de segundo, el perro salió de la camioneta y salió corriendo.

—¡Bonesy, espera! —Maxine salió de la camioneta y empezó a perseguir a su perro.

—¡Bonesy! —gritó de nuevo.

Bonesy no perdió el paso. Cruzó el asfalto roto en un destello de pelo. Maxine corrió, pero antes de haber recorrido siquiera tres metros, Bonesy había desaparecido entre los árboles en el borde del lote de la pizzería.

Maxine se detuvo. Su corazón era un martillo neumático en su pecho. Su mente inmediatamente se llenó de imágenes de Bonesy perdiéndose. O siendo robado. O atropellado por un coche. O mutilado por un animal salvaje.

Maxine se abrazó a sí misma.

De mala gana, se volvió hacia la camioneta. No podía dejar atrás a su perro. Lo mejor que podía hacer era ir tras él en la camioneta.

Pero ella no tenía las llaves. Su hermano las tenía.

No tenía elección. Tenía que entrar al edificio y buscar a Jeff para poder ir tras Bonesy.

Maxine miró hacia la puerta abierta del muelle de carga. Lo que había más allá parecía la abierta abertura de la guarida de un demonio.

—No es inteligente —murmuró Maxine mientras daba un paso adelante.

Sí, pero ella no tenía una mejor idea. Así que siguió adelante.

Max se abrió camino a través del cemento sucio y desintegrado del muelle de carga y avanzó lentamente, dando tiempo a sus ojos para que se acostumbraran a la luz insuficiente. Una vez que tuvo más visión nocturna, pudo detectar una puerta aplastada. Ese debe haber sido el sonido de golpe que escuchó justo después de que Jeff y los demás desaparecieran de su vista.

Maxine avanzó sigilosamente. Llegó a la puerta abierta y se asomó. Miró a izquierda y derecha y vio que estaba en el umbral de la cocina industrial de acero inoxidable de la pizzería.

—¿Jeff? —llamó Maxine suavemente.

Nada más que el silencio le respondió.

Maxine entró con cautela en la cocina. Miró a su alrededor.

—¿Carl? —intentó.

Esta vez, Maxine obtuvo una respuesta. «No es posible».

El trino de la risa de un niño llegó detrás de Maxine. El sonido se sintió como un ligero toque, un cosquilleo entre sus omóplatos.

Maxine se dio la vuelta.

Inmediatamente, vio el origen de la risa.

De pie, bajo una tenue luminosidad dorada que emanaba de una puerta en el lado opuesto de la cocina, un pequeño niño de cabello color arena miraba fríamente a Maxine. Sin sonrisa. Ninguna expresión en absoluto. La expresión del niño estaba en blanco.

«Debe estar perdido. Y traumatizado.»

Maxine abrió la boca para saludar, pero el niño se giró y se alejó corriendo antes de que ella pudiera siquiera comenzar a saludar. Atravesó la puerta abierta y desapareció entre las manchas grises fuera de la cocina.

—¡Hey, espera! —gritó Maxine.

Sin pensar más en su hermano ni en Bonesy, Maxine avanzó, siguiendo al niño. Un niño perdido lo superaba todo. Tenía que ayudarlo.

Al salir de la cocina, Maxine se encontró en un largo pasillo tan oscuro y poco atractivo como un túnel abandonado en una mina de carbón. Miró a izquierda y derecha hacia el pasillo con suelo de tablero de ajedrez blanco y negro. Estaba vacío.

—¿Hola? —gritó.

La palabra bailó por el pasillo, giró y regresó. Un silencio generalizado lo persiguió.

Max lo intentó de nuevo, más fuerte.

—¡Hola!

Una vez más, la palabra se le escapó y volvió volando. Una vez más, la siguió una quietud absoluta.

Maxine frunció el ceño y volvió a mirar hacia el pasillo, a ambos lados. ¿Qué dirección debería tomar?

Se encogió de hombros. Giró hacia su izquierda.

—¡Frío! —La palabra salió en dos sílabas—: Fri… o. —Era la voz de un niño. Sonaba como el mismo niño pequeño que se había reído.

El sonido procedía del extremo derecho del pasillo. Maxine cambió de dirección. Dio un paso adelante.

—¡Tibio! —La misma voz del niño juguetón.

Maxine hizo una mueca.

—Tienes que estar bromeando —murmuró.

El niño no estaba tan traumatizado como ella pensaba. Quizás ni siquiera estaba perdido. Aun así, probablemente debería encontrarlo en caso de que así fuera. Y todavía necesitaba encontrar a Jeff también.

Maxine dio medio paso hacia adelante. Su cabeza giraba de izquierda a derecha. Todas sus terminaciones nerviosas estaban en alerta.

Durante los siguientes minutos, Maxine se adentró más profundamente en las entrañas del edificio que parecía una tumba. Haciendo una pausa para escuchar las puertas cerradas (pero sin el coraje para abrirlas), siguió el pasillo hasta doblar una esquina.

—Tibio —dijo el niño nuevamente.

Su voz sonaba cercana y lejana al mismo tiempo. Maxine todavía no podía descubrir dónde estaba el niño. Casi parecía como si estuviera dentro de las paredes, moviéndose junto con ella. Pero eso era imposible.

Maxine miró hacia el tramo del pasillo que tenía delante. Y por primera vez desde que había salido de la cocina, vio movimiento.

Un par de puertas dobles al otro extremo del pasillo se abrían, como si alguien acabara de atravesarlas. Maxine miró las puertas que se movían.

¿El chico había ido por allí?

¿O fue alguien más?

Maxine abrió la boca para pronunciar el nombre de su hermano, pero por algún instinto volvió a cerrarla. Envolviéndose con sus brazos para protegerse del frío que le hacía sentir como si su piel avanzara poco a poco a lo largo de sus huesos, Maxine caminó lentamente hacia las puertas.

Cada uno de sus pasos marcaba una tímida cadencia sobre el linóleo agrietado. Toc, toc, toc. Maxine, luchando contra el abrumador impulso de correr en la dirección opuesta, se obligó a avanzar. Se sentía extrañamente desconectada de sí misma, como si no se moviera tanto, sino más bien como si estuviera fuera de su cuerpo. Se sentía como si una fuerza magnética la empujara a través de un agujero negro.

Y luego ella misma estaba empujando las puertas dobles. A mitad de camino, hizo una pausa.

Líneas de luz dorada como lápices, tres de ellas, avanzaban poco a poco hacia Maxine. Miró hacia ellos y se dio cuenta de que estaba viendo la luz del sol entrando a través de ventanas estrechas y sucias. La luz era extraña, casi de un tono sepia.

Maxine dio otro paso y soltó las puertas. Un silencio y un cosquilleo de corriente de aire le indicaron que las puertas se estaban cerrando detrás de ella.

—¿Hola? —llamó Maxine—. ¿Estás aquí?

Cuando no obtuvo respuesta… otra vez… Maxine comprobó su entorno. Tan pronto como lo hizo, su piel de gallina aceleró el ritmo. También lo hizo su ritmo cardíaco.

«¿Qué es este lugar?»

Maxine se giró para contemplar las estanterías metálicas y las mesas de trabajo de acero inoxidable. Su mirada examinó montones de herramientas y lo que parecían piezas robóticas. Piernas, brazos, torsos y cabezas de metal sin ojos eran…

La mirada de Maxine dejó de explorar y se fijó. Se había quedado atascada en algo que no había notado al principio. Más allá de las mesas de trabajo, había una silla de metal reclinable con correas vacía. Encima de la silla y espaciadas por toda la habitación, luces colgantes de metal colgaban bajas, goteando solo un mínimo atisbo de iluminación.

«Eso no está bien».

Maxine tenía tantas ganas de correr. ¿Por qué no estaba corriendo?

Contra su propia voluntad, Maxine dio otros dos pasos hacia la habitación. Tenía la intención de mirar a su alrededor para ver si podía ver al niño, pero su mirada permaneció fijada en la silla.

Incluso cuando Maxine sintió un escalofrío de advertencia recorriendo su espalda, la sensación de ser observada mantuvo su mirada fija en la silla. Por lo que sabía, había un monstruo detrás de ella, pero parecía que no podía darse la vuelta para descubrirlo.

—Pst. —Era el niño otra vez. Cerca… y haciendo ruido.

Maxine gritó y finalmente se dio la vuelta.

Escudriñó el área detrás de ella, pero no pudo ver al niño. ¿Dónde estaba?

Maxine se estaba cansando muchísimo de este juego. Era más que espeluznante aquí dentro.

Las partes del robot que Maxine había visto por primera vez en la habitación eran bastante malas, pero ahora su mirada se había posado en un robot más completo. Un animatrónico. Uno grande. Maxine tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para inspeccionar toda su altura.

Los nervios que todavía empujaban a Maxine a correr aumentaron un poco, pero permaneció donde estaba. Estudió la enorme cosa con cautela.

Lo que estaba mirando parecía ser una versión desmantelada de uno de los personajes animales que habían formado parte del apogeo de la pizzería. De hecho, pensó Maxine, mientras miraba más de cerca al abigarrado y destrozado oso, este podría haber sido el propio Freddy.

Aunque el oso robótico rígido y de aspecto andrajoso tenía todas sus partes intactas (a diferencia de cualquier bicho que hubiera perdido las piezas tiradas por la habitación), había visto días mejores. A su pelaje marrón, enmarañado, sucio y con un olor desagradable a descomposición, le faltaban grandes trozos, como si algo se hubiera abierto camino a través de la cubierta de felpa desde el interior. Los trozos de piel que faltaban revelaban hilos de alambre y trozos afilados de metal envejecido. La cara del oso era la parte más intacta de la estructura del robot.

Su boca increíblemente ancha estaba llena de lo que parecían dientes blancos muy afilados, y sus ojos redondos y blancos estaban en perfectas condiciones.

—¡Aquí dentro! —Era el niño otra vez. Su voz era apagada y provenía de…

Maxine se dio una sacudida mental. «No puede ser cierto».

Pero al repetir las palabras del niño en su cabeza, Maxine se dio cuenta de que había escuchado lo que creía haber escuchado. La voz del niño provenía del interior del oso andrajoso.

—¿Cómo diablos llegaste ahí? —Preguntó Maxine. Su pregunta fue en voz baja, incrédula.

Maxine se armó de valor y dio un paso adelante. Mantuvo un ojo fijo en el oso mientras daba un paso adelante una vez más. Dudando un instante, finalmente se inclinó y puso su oreja contra el pecho del oso mugriento.

Maxine escuchó inmediatamente una risita infantil. Ella saltó hacia atrás y miró boquiabierta el vientre del oso.

El niño estaba dentro del oso. ¿Cómo había sucedido…?

No importaba. Maxine tenía que sacar al niño de allí. Riéndose o no, el niño era pequeño y Maxine no podía dejarlo simplemente dentro de una montaña de piel y metal asqueroso.

¿Pero cómo iba a sacar al niño?

Maxine rodeó al oso. Con cautela, tocó y empujó varias partes de su anatomía. «Debe haber un interruptor o algo así».

Nada de lo que Maxine jugó con el oso hizo nada, excepto la mandíbula. Cuando Maxine levantó la mano y la puso contra el costado de la cabeza del oso, la mandíbula se movió. Animada, Maxine movió la mano y empujó la mandíbula hacia abajo. La boca del oso se abrió, revelando una abertura que se hizo más grande. Y más grande. Y más grande.

Maxine miró fijamente el enorme agujero que ahora formaba la mitad inferior de la cara del oso. Ella frunció el ceño ante la apertura.

¿Era lo suficientemente grande para que pasara un niño?

Probablemente.

Pero desde donde estaba Maxine, muy por debajo de la boca abierta del oso, no podía ver el interior del oso.

Miró alrededor de la habitación. Necesitaba algo sobre lo que apoyarse.

Vio una silla plegable apoyada contra el extremo de uno de los largos estantes. Trotó y la agarró.

Llevó la sucia silla de metal gris al animatrónico y la colocó frente a las patas del oso. Subió al asiento de la silla.

La silla dejó escapar un chasquido y se tambaleó. Pero se mantuvo. Maxine movió los pies y se inclinó hacia la boca abierta.

Era sorprendente cómo un ser humano podía desear poderosamente hacer una cosa y, sin embargo, hacer exactamente lo contrario. Cada fibra del ser de Maxine gritaba—: ¡No! —mientras acercaba su rostro hacia los dientes entreabiertos del oso.

Tan pronto como Maxine se acercó lo suficiente a la boca, inclinó la cabeza para mirar hacia el interior de la caverna del torso del oso. Jadeó cuando una pequeña mano se levantó y se acercó a su rostro.

—Ahí estás… —comenzó Maxine.

Pero entonces sus palabras y su rostro fueron arrastrados hacia abajo.

La pequeña mano la había agarrado por la boca, sus pequeños dedos se curvaron alrededor de sus dientes inferiores y su labio. Tiró y Maxine,

chillando, fue empujada hacia abajo a través de un túnel lleno de metal envuelto en cables.

Maxine era bastante delgada, pero no lo suficientemente delgada como para pasar cómodamente a través de los límites de una tráquea animatrónica. El metal le arañaba la piel y gritó cuando sus pies se levantaron de la silla.

Vagamente consciente del sonido de la silla al caer al suelo, Maxine hizo una tijera con los pies y presionó las manos contra los crujientes hombros del oso. Empujó contra la dura superficie y pateó frenéticamente.

Maxine sintió que su pie rozaba algo y escuchó un tintineo. Había golpeado una de las luces colgantes.

Intentando girar en un sentido y luego en el otro para liberarse, vio los rayos de luz del colgante moverse frenéticamente de un lado a otro.

Aun siendo bajada inexorablemente a un pozo aparentemente sin fondo y sin luz, siguió luchando, incluso cuando su piel estaba devastada por el metal dentado. Estiró el cuello y miró hacia la libertad. En el techo vislumbró un juego de sombras. Sus piernas y sus brazos agitados crearon una maraña de enredos claros y oscuros que parecía la batalla entre un caballero y un dragón que azotaba la cola. Verla luchar de esta manera casi lo hacía parecer impersonal, como si estuviera fuera de eso, no atrapada dentro.

Otro fuerte tirón vino del interior del oso y Maxine tuvo que admitir que esto le estaba pasando a ella y que era muy personal. Se adentró aún más en la oscuridad y entonces…

Una presión impactante, abrasadora e irregular atravesó su cintura, y gritó. A través de sus gritos, escuchó un ruido sordo y húmedo.

Al cerebro de Maxine solo le quedaban unos segundos, pero en esos segundos, supo que acababa de escuchar el sonido de la parte inferior de su cuerpo golpeando el suelo. El oso la había mordido por la mitad.

☆☆☆

Mike se sentó a la mesa de su cocina. No estaba haciendo mucho, simplemente sentado allí. Bueno, en realidad, estaba haciendo algo. Sostenía la placa de seguridad falsa de plástico y hojalata y la giraba una y otra vez en la mano… mirándola fijamente, como si fuera una bola de cristal que pudiera darle respuestas a sus interminables preguntas.

La mayoría de las preguntas de Mike estaban relacionadas con sucesos extraños en sus sueños. Esas preguntas eran tan complejas que sabía que no tenía esperanzas de responderlas.

Otra serie de preguntas estaban relacionadas con Vanessa. Que mujer tan rara. Pero rara en el buen sentido. Mike se sentía poderosamente atraído por ella… y al mismo tiempo, ella lo ponía profundamente nervioso. Tampoco había manera de que su cerebro pudiera sacarlo de ese enredo.

Por supuesto, estaban las preguntas habituales sobre cómo iba a limpiar el desastre que era su vida. Pero esas preguntas eran viejas y aburridas. Y ellas tampoco tenían respuestas.

Entonces, Mike se decidió por el enigma más inmediato. ¿Cómo podría hacer las paces con Abby? Su hermana estaba seriamente enojada con él por haberla encerrado en su habitación la noche anterior. Como resultado, estaba aún más distante de lo habitual.

Mike deseaba poder explicarle a Abby que todo lo que hacía era parte de su intento de cuidarla. Su objetivo primordial era protegerla, mantenerla a salvo. Pero Abby no quería escuchar nada de lo que tenía que decir.

A unos metros de Mike, del televisor salían charlas agudas y risas enlatadas. Abby se sentó en el sofá, pero no parecía prestar atención a los dibujos animados en la pantalla. Como siempre, estaba inclinada sobre su cuaderno de dibujo. Garabateaba constantemente, con el ceño fruncido, la lengua apretada entre los dientes y sobresaliendo de los labios.

Mike suspiró y se puso de pie. Caminó hacia el sofá y se sentó junto a Abby.

—¿En qué estás trabajando?

Abby dejó de dibujar. Se levantó y corrió hacia la cocina, sentándose en la misma silla que Mike acababa de dejar libre. Mike suspiró.

—Entonces, ¿cuál es el plan aquí? —preguntó a la espalda de Abby.

Hoy llevaba un mono de color amarillo plátano. Los tirantes entrecruzados de la espalda del mono parecían mirar fijamente a Mike.

—¿Nunca volverás a hablarme?

Abby no dijo nada. Centró su bloc de dibujo frente a ella, sobre la mesa. Colocó una docena de bolígrafos al lado y luego se inclinó sobre su dibujo nuevamente.

«Eso parece», pensó Mike.

Mike tocó la placa una vez más. La levantó frente a él.

—Supongo que entonces no quieres esto.

Abby miró hacia arriba.

Mike sonrió. «Te tengo».

Mike le arrojó la placa a Abby. Levantó una mano y la atrapó.

—Bastante genial, ¿verdad?

Abby sostuvo la placa y la miró con aparente desinterés. Sin embargo, Mike la conocía lo suficientemente bien como para reconocer una falsa indiferencia cuando la vio. Tal vez había roto su armadura.

Pero no. Abby le arrojó la placa a Mike. Apenas lo atrapó en el aire antes de que le diera en la nariz.

Abby tomó un lápiz y volvió a dibujar. Mike miró hacia el techo y exhaló ruidosamente.

—Olvídalo.

Mike se levantó. Volviendo a la cocina, agarró el pomo del cajón de basura cerca del fregadero. Fue a abrirlo. Se atascó. Lo sacudió, reprimiendo una maldición.

Finalmente, abrió el cajón y dejó caer la placa de juguete junto con los demás trastos. Volvió a colocar el cajón en su lugar.

Mike se volvió hacia su hermana y le dijo en la nuca—: Estoy haciendo lo mejor que puedo, Abby. Realmente lo intento.

Abby permaneció muda.

«Bien, entonces que sea así».

Mike se dirigió hacia el pasillo. Al principio, Abby no se movió, pero luego, por el rabillo del ojo de Mike, la vio levantar la cabeza… solo un poco.

Mike fingió no ver la mirada de Abby revoloteando en su dirección. También fingió no ver su expresión, que parecía tan arrepentida como él mismo se sentía.

«Tal vez se le pase pronto», se dijo Mike mientras se dirigía a su dormitorio.

No había nada que pudiera hacer si ella no lo quería. Y ciertamente, no había nada más que pudiera hacer en este momento.

A otros misterios.

Mike entró en su dormitorio. Dejando la puerta abierta para poder escuchar a Abby… en caso de que ella decidiera llamarlo… o meterse en algún tipo de problema, Mike abrió su armario y sacó su computadora portátil del único estante encima de su lamentablemente escasa colección de ropa.

Mike no tenía muebles en su habitación, aparte de una cama y una mesita de noche, no solo porque no podía permitirse nada más. Tampoco necesitaba otros muebles. No tenía nada que poner ni en las cómodas ni en los escritorios. Además de su ropa y zapatos, su computadora portátil y algunas herramientas, todo lo que tenía en su armario era una caja de fotografías antiguas y un recipiente de plástico con bloques de madera. Los bloques habían sido el juguete favorito de Mike cuando era niño; siempre le había encantado construir cosas. A pesar de todo, no se atrevía a tirar los bloques.

Mike llevó su computadora portátil a la cama y, sintiéndose sumamente compadecido de sí mismo, acomodó la almohada y se recostó contra la cabecera. Abrió su computadora portátil. Después de iniciar sesión, hizo

clic en el ícono de su navegador y comenzó a escribir en un cuadro de búsqueda.

Mike comenzó con "Freddy Fazbear". Presionó ENTER y miró la pantalla.

La búsqueda de Mike no arrojó mucho más que un montón de imágenes de archivo de Freddy's y sus extraños cohortes. Mike observó de cerca al conejito, el polluelo y el zorro, así como a algunos otros bichos que no conocía. Pero no encontró nada interesante.

Se retiró de la búsqueda. Luego volvió a intentarlo y escribió—: "Freddy Fazbear tiene niños desaparecidos".

—Ahora nos entendemos —dijo Mike mientras una serie de titulares de noticias aparecían en su pantalla. Mike los escaneó y eligió NOCHE TRISTE EN FREDDY'S.

Al hacer clic en el encabezado, Mike hojeó el artículo. Desafortunadamente, no le dijo mucho más que Vanessa.

Pero espera. Había un vídeo incrustado.

Mike hizo clic en el video y presionó el ícono REPRODUCIR. Mientras observaba el círculo blanco girar en el centro de su pantalla, Mike tamborileaba con los dedos en el costado de su computadora portátil mientras esperaba que se cargara el video.

Finalmente, la imagen de una reportera rubia y de nariz respingona llenó la pantalla de Mike. La blusa con hombros caídos y las mallas de la mujer, así como el cabello rizado y salvaje, gritaban años 80. «Mediados de los 80», pensó Mike.

La mujer tenía el rostro pintado, típico de la época. Tenía ojos grandes y boca ancha, y en ese momento tanto los ojos como la boca estaban dispuestos en una expresión teatral de trágico arrepentimiento.

La mujer estaba colocada precisamente frente a una versión brillante y reluciente de la pizzería de Freddy Fazbear. Era el Freddy's que Mike estaba "protegiendo", pero era una variante del lugar hecha una explosión del pasado. La pintura estaba fresca. La iluminación era brillante. Y había gente dando vueltas a su alrededor, mucha gente.

Y coches de policía. Varios agentes uniformados acorralaban a los curiosos. Hombres trajeados, obviamente detectives, se pavoneaban con aires importantes.

La mujer de cabello hinchado tampoco era la única reportera en la escena. Un grupo de furgonetas de noticias estaban aparcadas justo detrás de una cinta amarilla de la escena del crimen, que ondeaba con una brisa constante. Algunos otros hombres y mujeres con micrófonos posaron frente a camarógrafos que llevaban pesadas cámaras de vídeo de la década de 1980 sobre sus hombros.

La reportera rubia comenzó a hablar.

—La tragedia ocurrió esta noche —comenzó como era de esperar— en una pizzería local. Freddy's Pizzería se ha vuelto reconocida por la diversión familiar, un gran lugar para los niños. Pero esta noche fue todo menos eso. En cambio, fue el escenario desgarrador de secuestro y terror. Cinco niños que asistían a un cumpleaños en la pizzería desaparecieron repentina y misteriosamente.

Mike quedó inmediatamente atrapado en la escena. Se acercó más a su pantalla.

CAPÍTULO 14

—Abby intentó concentrarse en su dibujo, pero estaba distraída. Su mirada seguía alzándose de su libreta. Su atención se centró en el cajón… el cajón que contenía la placa de Freddy's.

Abby se volvió y miró por el pasillo, hacia la habitación de su hermano. Su puerta estaba abierta y pudo oír una voz de mujer, débil… solo un murmullo. No podía entender las palabras de la mujer. Sonaba como si Mike estuviera en su computadora.

Abby se volvió hacia el cajón. Abandonando su obra de arte, se puso de pie. Se acercó al cajón y lo miró.

Bien, entonces tal vez la insignia era genial. Solo porque su estúpido hermano había tratado de dársela para compensar su mala conducta la noche anterior no significaba que no valiera la pena tener la placa.

Abby agarró la manija del cajón y tiró. El cajón no se abrió. Lo intentó de nuevo, pero el cajón estaba atascado.

Eso no era algo nuevo. La mayoría de los cajones de la cocina se atascaban con regularidad. Por lo general, si simplemente los sacudias…

Abby lo intentó. Volvió a tirar. No. El cajón estaba bien cerrado.

Abby se giró y se apoyó contra el costado del mostrador. Pensó que eso podría darle algo con que empujarse para poder tirar con más fuerza. Agarró el asa y volvió a intentarlo.

☆☆☆

La periodista que aparecía en la pantalla del portátil de Mike estaba entrando en un vestíbulo que era al mismo tiempo igual y totalmente

diferente al que Mike conocía. El suelo era el viejo y acogedor tablero de ajedrez blanco y negro. Las paredes tenían rayas rojas y blancas. Los carteles de Freddy's. Bancos de vinilo rojo.

Más allá de estos criterios, sin embargo, el lobby era muy diferente. Por un lado, era brillante, iluminado con una luz blanca brillante. Y estaba lleno de gente.

La reportera rubia se paró frente a un grupo de uniformados…

¡Choque!

Al principio, atrapado en el vídeo, Mike pensó que el sonido provenía de su pantalla. Sin embargo, rápidamente se dio cuenta de que el escándalo no estaba grabado. Era real.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó en voz alta.

Inmediatamente una respuesta lo puso en movimiento. «Abby».

Mike rápidamente dejó a un lado su computadora portátil. Se levantó de un salto y salió corriendo de su habitación.

Tardó solo unos segundos en trotar por el pasillo. En esos segundos, su mente sugirió una serie de posibles catástrofes. Ignoró las imágenes e irrumpió en la cocina. Allí se detuvo y miró al suelo.

Lo primero que vio en el suelo fue el cajón de basura al revés. Estaba inclinada contra una vieja y maltrecha linterna. Alrededor del cajón, una explosión de artículos varios: bolígrafos viejos, tachuelas, trozos de papel, un carrete de hilo medio vacío, un par de tijeras, un par de tarjetas de visita viejas, varios menús para llevar, un troll de pelo morado, y la placa de seguridad falsa de Freddy's, estaba esparcida por el linóleo verde descolorido de la cocina.

Abby estaba de pie junto al desorden. Mike abrió la boca para gritarle que tuviera cuidado, pero cuando vio la expresión de su rostro y lo que tenía en sus manos, sus palabras se disolvieron en su cabeza. «Oh, hombre».

Al faltarle la portada, el grueso paquete de papel grapado que Abby sostenía era la propuesta de custodia que Jane le había hecho a Mike.

Claramente, dada la expresión arrugada y devastada en el rostro de Abby, había leído el encabezado de la citación de custodia. Nunca la había visto tan herida.

«¿Por qué no lo guardé en mi habitación?» Mike se preguntó a sí mismo. «¡Estúpido!»

—Hice un desastre. Lo siento.

—Está bien. —El desorden no venía al caso. ¿Cómo se suponía que iba a manejar esto?— No estoy enojado. —Extendió una mano—. ¿Puedes darme eso?

Abby vaciló y luego le tendió el paquete de papel. Mike tomó los papeles, deseando desesperadamente golpearse en la cabeza con ellos.

—Mira, son solo papeles. No significan nada.

Abby arrugó la nariz. No iba a creer eso.

—Entonces, ¿por qué los tienes?

—Es complicado.

Abby le lanzó una mirada de "Oh, vamos".

Mike lo intentó de nuevo.

—Tu tía Jane…

—La odio —estalló Abby. Dio un pisotón e hizo crujir uno de los bolígrafos viejos que estaban al lado del cajón destrozado—. Ella huele a cigarrillos. —Abby puso cara de "algo apesta"—. Y ella es mala.

A pesar de la gravedad de la situación, Mike no pudo evitarlo. Esbozó una sonrisa.

Abby volvió a pisar fuerte. Esta vez, su tacón rozó por poco al pobre troll.

—¡Deja de sonreír! —ordenó Abby—. ¡No es gracioso!

Mike siguió sonriendo.

—Lo sé. Es solo que finalmente hay algo en lo que estamos de acuerdo.

Estaba tratando de aligerar el ambiente. Pero Abby no estaba de acuerdo.

—¿Me vas a entregar? —Preguntó Abby. Su voz era baja, desolada.

«¿Cómo respondo a eso?» se Mike preguntó a sí mismo. ¿Cómo podría explicarle las complejidades de la situación a una niña de diez años?

Tres golpes bruscos en la puerta de su casa salvaron a Mike de lidiar con el problema. Intentando ocultar su alivio, Mike se giró y caminó hacia la puerta. La abrió… y su boca se abrió aún más que la puerta.

—¿Vanessa? —Mike no se habría sorprendido más si hubiera encontrado a la periodista de los 80 en su porche.

Una avalancha de preguntas pasó por su cabeza. ¿Qué estaba haciendo Vanessa aquí? ¿Cómo sabía siquiera dónde vivía? ¿Era esto un asunto oficial? ¿Estaba en algún tipo de problema?

Mike miró más allá de Vanessa, que vestía uniforme completo, y observó su patrulla blanca y negra, que estaba estacionada en la calle más allá de su montón de cosas rodantes. Su pobre auto parecía estar tratando de hundirse en el camino de grava, humillado por la comparación de su apariencia de depósito de chatarra junto con la elegante y brillante pintura y el cromo del crucero.

—Hola, Mike —dijo Vanessa a la ligera. Era la amigable Vanessa quien hablaba. No parecía la oficial en absoluto.

Mike no podía hacer funcionar su lengua.

A Vanessa no pareció importarle. Miró más allá del hombro de Mike y sus ojos se abrieron con evidente sorpresa.

—¿Y hola…?

Mike miró hacia atrás y vio a su hermana avanzar de puntillas. Volvió su atención a Vanessa y abrió más la puerta.

—¿Quieres pasar? —preguntó.

Vanessa vaciló, pero luego cruzó la puerta. Sin embargo, no entró del todo. Se paró en la puerta, bloqueándola, para que él no pudiera cerrarla. Él se encogió de hombros. Afuera hacía calor.

Mike sintió que Abby se acercaba detrás de él. Miró hacia abajo y la vio inclinarse a su alrededor para mirar a Vanessa.

Mike se mordió la lengua.

—Vanessa, ella es Abby. Abby, Vanessa.

—Hola, Abby —dijo Vanessa, sonriendo.

Mike pensó que la sonrisa parecía un poco forzada.

—Mike no me dijo que tenía una hija.

Abby hizo una mueca.

—Bruto.

—Ella es mi hermana —explicó Mike.

La sonrisa de Vanessa se relajó hasta convertirse en algo más genuino.

—Ah. Bueno, tampoco me dijo que tenía una hermana. —Vanessa señaló a Abby—. Me encanta tu mono. Le dio a Abby un gesto de aprobación.

—¿Estás aquí para arrestar a Mike?

Vanessa puso sus manos en su cinturón de herramientas. Ella juntó las cejas en un ceño severo.

—¿Por qué lo haría? ¿Qué hizo?

Abby salió de detrás de Mike. Suspiró dramáticamente y extendió las manos.

—¿Por dónde empiezo?

Mike observó a Vanessa juntar los labios para reprimir una sonrisa.

—Oye, Abby, ¿por qué no vas a jugar a tu habitación? Voy a hablar con Vanessa y luego podremos limpiar ese desastre en la cocina.

Abby miró de Mike a Vanessa y de nuevo a Mike. Encogiéndose de hombros, ella dijo—: Está bien.

Mike sintió como si lo hubieran transportado a otro universo. ¿Abby iba a cooperar?

Abby se puso de puntillas y le dedicó a Vanessa una sonrisa educada.

—Encantada de conocerla. —Se giró y saltó por el pasillo.

—Igualmente —llamó Vanessa.

Vanessa y Mike vieron irse a Abby. Cuando ella desapareció en la habitación, se miraron. Entonces ambos hablaron a la vez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó Mike.

—Alguien irrumpió en Freddy's —dijo Vanessa.

«¿Que qué?» Pensó Mike.

—¿Es en serio? ¿Qué pasó?

Vanessa sacudió la cabeza con disgusto. Mike notó que la luz del sol formaba mechones en su cabello que destellaban como serpentinas de luz.

—Por el aspecto del lugar… casi parecía el escenario de la Tercera Guerra Mundial.

Mike no pudo procesar eso. Lo distrajo el espectáculo de luces en el cabello retorcido de Vanessa.

—Recibimos una llamada. Aparentemente, alguien pasó y vio que la puerta principal estaba abierta.

A partir de la palabra Aparentemente, la voz de Vanessa tomó un tono diferente. Atrás quedó la luz y la amistad. Sus palabras se volvieron cortantes y severas.

Mike miró el rostro de Vanessa. Parecía que sus labios ni siquiera eran capaces de sonreír. Estaban talladas en piedra y amenazaban con romperse mientras continuaba—: No parece que se hayan llevado nada. Pero quienquiera que estuviera allí seguro que se divirtió.

Mike se dio cuenta de que estaba de nuevo en modo policía. Tenía los ojos entrecerrados y lo inspeccionaba como si fuera sospechoso de un delito. Estuvo medio tentado de preguntar si necesitaba un abogado.

Los hombros de Mike se pusieron rígidos. Apretó los dientes y dijo—: Bueno, esas cámaras están por todas partes. Deben haber grabado algo.

—Lo hicieron. —Vanessa se cruzó de brazos—. Capturaron ocho horas y cuarenta y dos minutos de… estática. —Ella arqueó una ceja y miró a Mike inquisitivamente.

No había duda. Mike era un sospechoso. ¡Ella lo estaba interrogando!

Mike había estado bromeando consigo mismo cuando pensó en pedir un abogado, pero ahora se dio cuenta de que no era un asunto de broma. Aun así, era ridículo. Y molesto. Mike estaba cansado de que lo acusaran de cometer un error.

—Bien —espetó Mike—. Bueno. Para que quede claro… ¿estás sugiriendo que yo tuve algo que ver con eso?

Vanessa tocó su bastón.

«Dame un respiro», pensó Mike.

—¿Estás diciendo que no lo hiciste? —preguntó Vanessa.

Mike perdió los estribos.

—¡Por supuesto que no! —gritó.

Vanessa levantó la barbilla y arqueó ambas cejas. Levantó la mano que no acariciaba su porra policial. Le tendió la mano con la palma hacia arriba. Mike miró hacia abajo… y vio su frasco de pastillas recetadas. Estaba vacío.

—¿Reconoces esto? —preguntó Vanessa.

Un motor aceleró en la calle. Mike miró más allá de Vanessa y vio pasar el flamante y nuevo SUV rojo de su vecino. Excelente. La noticia de su arresto se difundiría por todo el barrio. Sin duda Jane se enteraría. Demonios, ella probablemente ya lo sabía.

Mike, que había estado levantando una nube de vapor que le había calentado las mejillas, sintió que la sangre se le escapaba. Estaba seguro de que probablemente estaba pálido tal y como si fuera el culpable.

Tragó e intentó reunir suficiente saliva para hablar. Cuando finalmente lo hizo, tartamudeó su respuesta.

—No… no es lo que piensas —dijo, sonando como si fuera exactamente lo que ella pensaba.

Vanessa le dirigió una mirada incrédula. No podía culparla por ello.

Mike lo intentó de nuevo.

—Son pastillas para dormir. Las llevo para dormir. —Sabía que esa no era exactamente una proclamación estelar de justa inocencia. Un guardia nocturno que tomaba pastillas para dormir en el trabajo no era un pilar de virtud.

—Sé lo que son, Mike. Está escrito directamente en la botella. —No dijo "Duh", pero su tono transmitió el sentimiento.

A Mike no se le ocurrió nada que decir. Lo atraparon y lo sabía. Sus hombros se hundieron y bajó la cabeza.

Pero entonces, sintió una punzada de molestia en el estómago. Bien, entonces había estado durmiendo. Pero no pasó nada mientras dormía. El lugar estaba bien cuando lo dejó. ¿Cómo era su culpa el robo?

Ese pensamiento le dio a Mike palabras.

—No fue mi culpa.

Vanessa resopló.

—Noticia de última hora. Si estás demasiado loco para acordarte de cerrar la maldita puerta cuando sales de tu turno… accidente o no… eres responsable. Se llama negligencia criminal.

—Tú también estuviste allí.

Vanessa se enfureció.

—Salí del edificio antes que tú. Y es tu trabajo cerrar con llave.

Mike frunció el ceño.

—Pero estaba seguro de que lo hice. —Hizo una mueca ante el gemido en su tono.

Vanessa suspiró. Su rostro se suavizó, solo un poco. Tal vez el gemido le había hecho sentir lástima por él.

El lado policía de Vanessa retrocedió un poco. Su mano se apartó de su bastón. Sus labios ya no eran de granito. Incluso extendió la mano y puso una mano ligeramente sobre el antebrazo de Mike. Tal vez ella estuviera de su lado después de todo.

Cuando Vanessa habló, su voz fue suave.

—Mike, ¿en qué diablos estabas pensando? Eres un guardia de seguridad. Literalmente, toda la descripción de tu trabajo es "No te vayas a dormir".

Mike miró el piso de madera deformado frente a su puerta. Realmente necesitaba cuidar mejor este lugar. ¿Pero cuando? ¿Y con qué dinero?

Mike se estaba distrayendo. Suspiró y miró a Vanessa.

—No lo entenderías.

Vanessa retiró la mano.

—Entonces, ayúdame a entender. Explícame. Porque en el momento en que presente un informe, todo el asunto se irá de mis manos.

Mike miró por el pasillo hacia la habitación de Abby. Volvió a mirar a Vanessa. ¿Cómo debería manejar esto? ¿Podría confiarle a Vanessa su historia?

Vanessa observó fijamente a Mike mientras él vacilaba. Probablemente no tuvo mucho más tiempo antes…

—Oye —dijo Mike, decidiendo—. ¿Quieres caminar conmigo?

Vanessa pareció sorprendida. Luego frunció el ceño y miró hacia el pasillo.

—¿Y tu hermana?

Mike señaló a través de la puerta de entrada. Vanessa se giró y miró hacia la gran V de hormigón que se extendía desde la casa de Mike, desde el lado opuesto de la calle. Fue una escorrentía de aguas pluviales.

—Solo iremos hasta ahí. Podré ver la casa desde allí.

Vanessa vaciló. Luego ella asintió.

—Bien.

Mike siguió a Vanessa fuera de su casa. Cerró la puerta con llave, luego la condujo por el camino de entrada y cruzó la calle. Al cruzar una franja de grava, le ofreció una mano a Vanessa y la ayudó a subir por un terraplén cubierto de hierba que discurría a lo largo del estrecho desagüe pluvial de hormigón. El abrevadero estaba lleno de un chorro de agua marrón y fangosa. «No es exactamente Venecia», pensó Mike.

—A veces me siento aquí —dijo Mike, señalando la pendiente verde—. ¿Quieres?

Vanessa miró la hierba desaliñada. A pesar de la reciente lluvia, los mechones verdes no estaban mojados; el sol los había secado.

—Bien. —Vanessa se dejó caer al suelo y se ajustó el cinturón de herramientas con un crujido seco.

Se sentaron juntos en silencio durante un par de minutos. El sol se posó sobre sus hombros. Mike pensó que se sentía como una manta cálida.

El agua de la alcantarilla pasaba goteando. A pesar de su constante movimiento, olía a estanque estancado. «Quizás no sea el mejor lugar para una conversación de corazón a corazón», pensó Mike. Pero entonces, ¿qué sabía él sobre las conversaciones de corazón a corazón? No era como si hubiera tenido muchas de ellas.

Mike se aclaró la garganta. Bien podría intentarlo.

—Yo tenía un hermano. Su nombre era Garret.

Mike miró a Vanessa. Ella estaba a solo un par de metros de él, lo suficientemente cerca como para que él disfrutara de ese aroma a vainilla/manzana/flores que había notado antes. Estaba sentada con las

rodillas dobladas y los brazos alrededor de las piernas. Estaba en ángulo, medio mirando hacia la "vista" y medio mirando a Mike. Su mirada era firme y centrada solo en Mike. Se retorció un poco, pero siguió adelante.

—Cuando tenía doce años, un poco mayor que Abby ahora, se llevaron a Garret. Lo secuestraron.

Vanessa hizo un pequeño sonido de simpatía en el fondo de su garganta, pero no habló. Simplemente esperó.

—Yo estaba allí cuando sucedió. Vi el auto alejarse. Pero el conductor, la matrícula, no pude decirle a la policía nada útil. Entonces nunca encontraron al tipo que lo hizo. —La culpa y la impotencia que Mike había sentido entonces, y que había arrastrado con él desde entonces, lo abofetearon como un verdadero golpe en la cara. Se frotó la mandíbula y logró decir con la voz quebrada—: Nunca encontraron a mi hermano.

Vanessa todavía no dijo nada. Mike se obligó a continuar.

—Entonces, existe esta teoría. —Dudó, tratando de descubrir cómo explicarlo—. Es psicología, supongo. Quizás neurología. Lo que sea. Es una teoría que dice que nunca olvidamos las cosas. Incluso cuando pensamos que lo hemos olvidado, no es así.

Vanessa frunció el ceño, obviamente sin seguirla. Mike necesitaba explicar mejor las cosas.

—Básicamente, la teoría dice que todos los eventos que hemos experimentado, todo lo que hemos visto… todo, hasta el más mínimo detalle… está almacenado en algún lugar de nuestro cerebro. En nuestras… ¿cómo se llaman?… Nuestras neurovías. Como las autopistas del cerebro. Puede parecer que el material está perdido, pero no es así. Está simplemente enterrado. En realidad, ningún recuerdo ha desaparecido. Los recuerdos siempre son recuperables. Solo tienes que saber dónde buscar.

Vanessa asintió. Parecía estar entendiéndolo.

—Estás hablando de presenciar algo. Nos ocupamos de eso todo el tiempo en la aplicación de la ley. El trauma entierra las cosas.

—Exactamente.

Vanessa asintió de nuevo.

—Entonces, ¿crees que viste a la persona que se lo llevó?

Mike se giró para mirar a Vanessa.

—¡Sé que lo hice! Y sé que el canalla está aquí. —Mike se dio unos golpecitos en la cabeza—. Enterrado en alguna parte.

Vanessa asintió de nuevo, esta vez con más énfasis.

Mike se apresuró, queriendo sacarlo todo mientras ella todavía lo seguía.

—Entonces, todas las noches, me aseguro de soñar. Sueño ese sueño, aquel en el que revivo el secuestro. Una y otra vez. Lo reviso nuevamente y busco detalles. Busco cualquier cosa que pueda haberme perdido en ese momento. O cualquier cosa que haya visto, pero que haya guardado porque no podía lidiar con eso.

Mike hizo una pausa. Estudió el rostro de Vanessa. Era imposible de leer.

—He intentado explicarle esto a un par de personas. Y esta es la parte en el que me dicen que estoy loco.

Mike esperó y, como todavía estaba mirando el rostro de Vanessa, vio el instante en que cambió. Había visto esta alteración antes. Era inconfundible. El entrecerramiento de los ojos, la rigidez de la boca. El ligero espasmo de los músculos a lo largo de su mandíbula. La mujer sentada junto a Mike ya no era la amiga cálida y comprensiva que había sentido cuando él empezó a hablar. Estaba de nuevo en modo policía.

«No. No está en modo policía. Es algo más.»

Mike observó, hipnotizado, como el tono de los iris de Vanessa se intensificaba notablemente. Pasaron de su habitual azul suave, casi grisáceo, a un índigo más intenso. El cambio de color fue tan pronunciado que casi parecía generado por computadora. También fue enormemente inquietante. Mike sintió como si estuviera viendo a un humano convertirse en…

—Sé lo que parece una locura, Mike —dijo Vanessa. Su voz era reconfortantemente humana. Dura, pero humana—. Lo que estás diciendo… —Sacudió la cabeza y su mirada pasó por el rostro de Mike. Sus ojos se abrieron y su labio inferior tembló, como si estuviera viendo… ¿qué?

—Ni siquiera está cerca de ser una locura —dijo Vanessa.

De un roble retorcido cercano, que extendía sus ramas sobre el agua de la tormenta que se movía lentamente, graznó un cuervo. Batió sus alas y despegó, descendiendo frente a Mike y Vanessa y luego se alejó.

Y así, Vanessa se relajó de nuevo. Metió la mano en el bolsillo y sacó las pastillas de Mike.

—Entonces, ¿estas…?

Mike miró las pastillas que había en la palma de Vanessa. Él se encogió de hombros.

—No es fácil encontrar el camino de regreso al mismo lugar todas las noches. Han sido necesarios años de práctica y todavía necesito ayuda. Las pastillas —señaló— ayudan. También lo hacen otras cosas. Sonidos familiares, imágenes familiares.

Vanessa sonrió y asintió.

—¿Necesitas diversión…? —citó su cartel.

—…visita Nebraska —finalizó Mike. Miró hacia abajo, repentinamente avergonzado.

Su vergüenza se convirtió en sorpresa cuando Vanessa se acercó y tomó su mano. Mike estaba tan atónito que casi retiró la mano, en un movimiento reflejo. Sin embargo, se alegró de no haberlo hecho. La mano de Vanessa era cálida y suave. Se sintió… alentador. Y muy bienvenido.

—Lo siento —dijo Vanessa.

La presión surgió detrás de los ojos de Mike. Sintió que empezaban a humedecerse. Aclarándose la garganta, se giró y miró hacia el canal de concreto, como si estuviera contemplando un hermoso río en lugar de un sucio sistema de drenaje pluvial. Y hablando de tormentas, Mike estaba luchando contra una que se estaba agitando desde dentro de él,

arremolinándose como un huracán en formación sobre aguas tranquilas. Años de arrepentimiento y pena explotaban en su interior, amenazando con tocar tierra y causar estragos. Mike parpadeó para contener las lágrimas que querían derramarse por sus mejillas.

Y entonces, sin más, la emoción fue sofocada. La tormenta pasó. O tal vez Mike simplemente estaba en el ojo del huracán. Todo lo que sabía era que ahora se sentía claro… decidido.

Mike se volvió hacia Vanessa nuevamente. Cuando habló, su voz fue fuerte.

—No puedo cambiar lo que le pasó a Garret. Él se fue. Pero el tipo que se lo llevó… todavía está ahí afuera. Lo sé.

Vanessa soltó la mano de Mike.

—¿Y si lo encuentras qué? —Ella ladeó la cabeza—. Solo un recordatorio… todavía estás hablando con un oficial de la ley.

Sus palabras sonaron como un desafío, pero Mike captó el atisbo de un brillo en sus ojos. Él sonrió.

—Bueno, entonces, agente de la ley, puedes derribar su puerta y meterlo en prisión. Obviamente.

—Por supuesto. Pero… —Negó con la cabeza—. No quiero reventar tu burbuja, pero estoy bastante segura de que "lo vi en un sueño" no se mantendrá en la corte.

Vanessa y Mike se sonrieron el uno al otro y Mike sintió que algo zumbaba dentro de él. Era una sensación palpable de "wow" que era mucho más intensa que su apreciación casual de su belleza. Y el entusiasmo parecía ir en ambos sentidos. La mirada que Vanessa le estaba dando a Mike era una que él nunca había visto antes… no estaba dirigida a él de todos modos. La reciprocidad de sus sentimientos fue tan fuerte que él sintió que se inclinaba hacia ella.

Las mejillas de Vanessa se sonrojaron. Ella apartó la mirada de Mike.

—Tu hermana parece genial. ¿Son solo ustedes dos?

Y el momento terminó.

Mike asintió.

—Sí. Nuestros padres se han ido —Dudó. ¿Cuánto debería compartir?

Vanessa había vuelto a mirar a Mike. Sus ojos habían vuelto a su suave azul habitual.

Animado, Mike siguió adelante.

—Mamá se volvió loca después de que se llevaron a Garret. Ella se fue. Quiero decir, no desapareció, pero… lo llamaron depresión catatónica. No quería hablar. Por mucho tiempo apenas se movió. Cuando salió de eso actuó como una madre, pero ya no era la madre que solía ser.

Cuando Mike hizo una pausa, Vanessa no se movió. Su mirada directa le arrancó el resto de la miserable historia.

—Luego quedó embarazada, y de repente, recuperé a mi mamá. Era alegre, enérgica. Ella bromeaba y se reía. Todo el tiempo que estuvo embarazada, estuvo así. No lo sabía entonces… lo descubrí después… ella pensó que iba a tener un niño. En su mente, que todavía estaba destrozada a pesar de que actuaba con normalidad, el bebé sería otro Garret.

Vanessa asintió, pero tenía los labios torcidos. ¿En simpatía?

—Pero el bebé era Abby. Y en lugar de estar feliz por su bebé, mamá se volvió loca. Peor que la primera vez. Ella simplemente… se consumió. Nosotros, nuestra familia, cojeamos así durante otros tres años más o menos. Luego, cuando cumplí dieciocho años, papá se fue.

Vanessa contuvo el aliento.

—No —susurró ella.

—Sí. Yo ya era un desastre. Es difícil ser un adolescente normal cuando estás arrastrando un camión lleno de culpa. E incluso cuando papá estaba allí, no se ocupaba mucho de la crianza de sus hijos. Mamá estaba ausente y pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. Cuidé de Abby prácticamente desde que nació. Pero una vez que papá se fue, todo dependió de mí, incluso de descubrir cómo apoyarla. Entonces mamá murió. Y eso fue todo para mí. Sin estudios. Nada. —Mike apretó los labios, una vez más conteniendo las lágrimas.

Vanessa puso una mano sobre el muslo de Mike. La calidez desvió su atención de los malos recuerdos a los buenos.

—Sabes, cuando Garret y yo éramos niños, mi mamá y mi papá… eran como esos padres perfectos que ves en los viejos programas de televisión. Mucha diversión. Me daban mucha atención. Cena familiar todas las noches. —Mike se mordió el labio y levantó un hombro medio encogiéndose de hombros—. Incluso solíamos tomarnos de la mano alrededor de la mesa y dar las gracias.

Vanessa apretó ligeramente el muslo de Mike.

—Eso realmente suena muy bien. —Sus palabras sonaron genuinas… y tal vez un poco melancólicas.

Mike suspiró.

—Siempre pensé que era una tontería… hasta que terminó.

Vanessa miró el lodo que se arremolinaba en la alcantarilla debajo de ellos. Durante un minuto completo, ella no dijo nada. Mike, hablado, se sentó en silencio.

—Parece que antes eras feliz con tus padres —dijo finalmente Vanessa.

Mike asintió.

—Y tú y Abby… todavía se tienen el uno al otro. Desde mi punto de vista, diría que tienes mucha suerte. Con universidad o no.

Vanessa golpeó ligeramente su rodilla con la de ella. Mike entendió que eso significaba que ella no lo estaba juzgando por su amargura. Mike le sonrió.

Vanessa le devolvió la sonrisa y lo miró fijamente. La atención de Vanessa drenó la tensión restante del cuerpo de Mike. Se sentía más relajado que en mucho tiempo.

Pero entonces, una vez más, el azul de los ojos de Vanessa se volvió más oscuro y su atención, aunque todavía en Mike, se volvió borrosa. Sintió como si ella se hubiera quedado dormida en su mente. Sintió una desconexión sorprendentemente fuerte. Algo había cortado el vínculo que se estaba formando entre ellos. Ese algo, pensó Mike, insinuaba un secreto, algo escondido en el pasado de Vanessa. ¿Lo compartiría con él?

La radio de la policía sujeta al hombro del uniforme de Vanessa escupió estática. Vanessa se tensó y la miró.

—¿Siempre quisiste ser policía? —soltó Mike. Quería reactivar la conexión personal con ella nuevamente.

Vanessa levantó la mirada hacia el rostro de Mike.

—Sí.

Mike esperó a ver si ella daba más detalles, pero no lo hizo. Aun así, esa sola palabra había dicho suficiente. Mike estaba seguro de que contenía una historia del tamaño de una novela. Vanessa tenía motivos para querer ser policía. Sin embargo, ahora no iba a compartirlos con él.

—Siempre quise ser constructor. Un contratista. Tal vez dueño de una empresa de construcción. —Soltó aire—. Tal vez en otra vida.

Vanessa no dijo nada. Mike se sintió incómodo, como si estuviera compartiendo demasiado.

—Debería irme —dijo Vanessa. Se sacudió los pantalones azul oscuro.

Mike se puso de pie y de manera similar se sacudió los jeans. Fragantes briznas de hierba y algunas hojas giraron en espiral alrededor de sus piernas y se posaron a sus pies.

Mike y Vanessa comenzaron a caminar de regreso a su casa. Mike la miró.

—¿Qué pasa con tu informe? —preguntó.

Vanessa levantó la mano. Todavía sostenía el frasco de pastillas de Mike.

Mike se puso tenso. Pero entonces Vanessa se giró y arrojó el frasco de pastillas por encima del hombro. Rebotó por los lados de concreto del desagüe pluvial y aterrizó en el goteo de agua marrón y viscosa. Comenzó a alejarse de ellos en cámara lenta, dando vueltas y vueltas.

—Prométeme una cosa —dijo Vanessa.

Mike la miró. Ella estaba inclinada hacia él, con sus iris una vez más azul oscuro, sus ojos entrecerrados con fuerza.

Mike casi retrocedió físicamente ante el poder de su mirada.

—¿Qué?

—No te duermas más. Cuando estes en Freddy's, mantente alerta.

Mike asintió, pero se alegró de no tener la nariz de Pinocho. Estaba mintiendo; no estaba seguro de que fuera una promesa que pudiera cumplir.

CAPÍTULO 15

—Un par de horas después de que Vanessa se fuera, Mike estaba en su cocina observaba cómo el cielo fuera de su ventana se volvía naranja. Por quinta vez volvió a marcar el número de Max. Cuando se llevó el teléfono a la oreja, escuchó lo mismo que ya había escuchado cuatro veces.

—Hola, soy Maxine. Deja tu mensaje. O no lo hagas.

Mike suspiró y dejó caer su teléfono. Miró a Abby. Ya en su pijama de franela, rosa con estrellas rojas brillantes por todas partes, estaba sentada en el sofá. Tenía a Dolph debajo de un brazo y su cuaderno de dibujo en su regazo. Por supuesto que estaba dibujando. La televisión estaba encendida de fondo y, por supuesto, no parecía prestarle atención.

Mike volvió a mirar hacia afuera. El cielo todavía era naranja y el color naranja se hacía más intenso. El miro su reloj. Se le estaba acabando el tiempo.

—¿Dónde estás? —preguntó Mike en voz alta mientras marcaba el número de Max por sexta vez. Escuchó el mensaje de Max una vez más. Lanzó otro suspiro más fuerte. Miró a Abby. Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

☆☆☆

La goma crujía sobre las rocas sueltas y la grava rota, el motor se arrastraba y el viejo auto de Mike se detuvo tosiendo contra la acera frente al de Freddy's. Mike miró a través del parabrisas el viejo edificio.

«Es una muy mala idea», pensó.

Cuando se puso el sol, una fina niebla había descendido de las colinas en las afueras de la ciudad. La luna, un poco más grande esta noche que la anterior, aún logró emitir su brillo, pero ese brillo fue manchado por el aire denso y húmedo.

La brumosa luz de la luna sobre la pizzería hacía que el edificio pareciera de otro mundo. La imaginación de Mike convirtió el edificio en una gran mano, que solo quería extender la mano y agarrar el auto.

Mike se volteó y miró a su hermana, que estaba sentada muy erguida en el asiento trasero. Todavía en pijama y todavía abrazada a Dolph, Abby estaba acomodada junto a una mochila grande, que Mike había llenado con mantas (a modo de tienda de campaña) y un saco de dormir. Abby miraba ansiosamente a Freddy's. Seguramente pensaba que estaba afuera de un parque de diversiones.

—Estas no son unas vacaciones, Abs. No estás aquí para divertirte.

Abby mantuvo su mirada en la pizzería.

—Está bien.

Mike profundizó su voz, intentando sonar severo.

—Voy a trabajar. Vas a dormir. Y bajo ninguna circunstancia debes salir de mi oficina.

Abby siguió mirando a Freddy's.

Mike se inclinó sobre el asiento y agitó una mano delante del rostro de su hermana.

—Necesito que me mires y me digas que lo entiendes.

Abby no desvió la mirada.

—Entiendo.

Mike levantó la voz.

—¡Abby!

Finalmente, Abby lo miró.

—Entiendo. —Logró cargar la palabra con dos toneladas de actitud.

☆☆☆

La pesada puerta de metal se cerró con estrépito, como de costumbre, después de que Mike hizo pasar a su hermana al interior del restaurante. Cuando el ruido metálico de los huesos dejó de reverberar, Mike miró fijamente el vestíbulo consternado.

—¿Qué pasó? —preguntó Abby.

La mirada de Mike saltó de los cristales rotos a los agujeros irregulares en los paneles de yeso. Observó el vinilo roto de los bancos. Frunció el ceño ante una corriente de monedas de veinticinco centavos que parecían conducir por el pasillo.

Mike ajustó la correa de la gran mochila que llevaba colgada del hombro izquierdo. Miró a su hermana.

—Dame tu mano.

Sorprendentemente, lo hizo sin dudarlo. Mike comenzó a guiarla hacia adelante. Hizo todo lo posible para sortear los peores fragmentos de vidrio, pero guiar a Abby a través de la destrucción fue desconcertante. Sintió que estaba llevando a su hermana a su ejecución.

—Huele raro aquí —dijo Abby mientras Mike deliberadamente ponía su cuerpo entre el de ella y el arco del comedor.

Una mirada a través del arco le dijo a Mike que el daño en esa habitación era incluso peor que lo que estaba viendo en el vestíbulo. No es que el pasillo fuera mucho mejor.

Al igual que el vestíbulo, el suelo del pasillo estaba alfombrado de cristal. Y el rastro de monedas continuaba.

Abby tenía razón sobre el olor. Freddy's nunca había olido bien, pero ahora sus olores eran aún peores. El olor era acre e hizo que a Mike le ardieran las fosas nasales.

Siguieron caminando con cuidado, Mike llevó a Abby a lo largo del pasillo. La hizo pasar a la oficina. Una vez allí, soltó la mano de Abby y cerró la puerta. Abby dio un paso adelante y miró a su alrededor, con los ojos brillantes y curiosos.

La oficina, curiosamente, parecía no haber sido tocada por los vándalos. Todo el equipo electrónico estaba como debía estar. «Eh», pensó Mike.

Descartando el misterio de por qué los vándalos no habían destruido los monitores de CCTV, Mike centró su atención en instalar a Abby. Se quitó la mochila del hombro.

—Ayúdame a hacer tu tienda de campaña.

Abby, que había estado avanzando poco a poco hacia el escritorio (y los monitores), se volvió hacia Mike. Ella asintió.

Durante los siguientes minutos, Mike y Abby trabajaron juntos para formar una tienda de campaña con las mantas, utilizando los archivadores como postes de la tienda. Desenrollaron su saco de dormir y Abby se metió dentro de él. Una vez allí, se acurrucó formando un ovillo sobre su costado, con Dolph firmemente presionado contra su pecho.

Mike, agachado sobre sus talones frente a las solapas improvisadas de la tienda, se alegró de ver que los párpados de Abby estaban caídos.

—¿Quieres que apague las luces?

Abby negó con la cabeza. Sus párpados se agitaron aún más.

—Buenas noches.

Abby no respondió. Sus ojos se habían cerrado.

Mike retrocedió entre las mantas superpuestas. Comenzó a dejarlas caer juntas, pero se detuvo cuando Abby habló.

—Es como si estuviéramos acampando. —Su voz era casi como un susurro, atontada.

Mike abrió la boca para responder, pero vio que la boca de su hermana se abría ligeramente. Su respiración se hizo más lenta.

Mike sonrió y cerró la tienda de campaña. Exhaló suavemente, la preocupación de que estaba cometiendo un error al llevar a Abby a Freddy's disminuyó ahora que estaba arropada.

«Todo estará bien».

Mike se enderezó y se acercó al escritorio. Comprobó los monitores de CCTV y escaneó todas las señales del interior.

Mike frunció el ceño. Estaba seguro de haber cerrado con llave la noche de la tormenta. Pero todavía se sentía culpable por lo sucedido.

Miró la tienda oculta. Ronquidos infantiles provenían del interior de las mantas superpuestas.

Mike volvió a mirar los monitores. Suspiró. La limpieza del vandalismo no estaba en la descripción de su trabajo, pero no podía abandonar el lugar de esa manera.

Escuchó los ronquidos de Abby durante unos segundos más. Luego salió de la oficina, cerrando la puerta detrás de él.

Mike miró la puerta cerrada por un momento y vaciló. Estaba a salvo allí, ¿no?

Se sacudió los pelos de punta. Claro que lo estaba.

Mike dio un paso adelante… y se encogió ante el crujido del cristal bajo sus pies. Primer paso, decidió, tenía que ser barrer todo el cristal.

Decidido, Mike caminó por el pasillo. Ignoró los crujidos y tintineos que hacían sus pies mientras rompían más cristales y pateaban monedas de veinticinco centavos errantes.

A mitad del pasillo, se detuvo frente a la puerta de vidrio esmerilado del armario de suministros. Al abrir la puerta, metió la mano y la levantó. Puso su mano en el cordón que colgaba de la única bombilla del armario. Luego dudó. El armario no estaba cubierto por CCTV y, dado el caos caótico en el resto de la pizzería, no estaba seguro de qué iba a encontrar aquí.

Mike tiró de la cuerda.

La bombilla se encendió y vio…

… una colección perfectamente normal y corriente de equipamiento de limpieza. Tal vez fue un poco amontonado, pero por lo demás, todo parecía estar…

… espera. ¿Qué era eso?

Mike miró hacia la puerta abierta y notó unas gotas de rojo en el vidrio esmerilado. Y una leve mancha. ¿Era sangre?

Mike se encogió de hombros. «Quizás uno de los vándalos se cortó».

Mike dio un paso adelante y giró hacia la izquierda. Al instante, saltó hacia atrás.

—Oh, Dios mío.

Lo que lo había sorprendido fue el estúpido Chico Globo. Mike le hizo una mueca al pequeño muñeco sonriente de ojos saltones.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó Mike al muñeco.

«Vándalos con sentido del humor».

Mike volteó la cara del niño hacia la pared. Ignorando el pequeño golpe de sus terminaciones nerviosas (¿por qué ese estúpido muñeco llegó hasta él?) Mike agarró una escoba. Rápidamente se dio la vuelta, tiró del cable de la luz y salió del armario de suministros. Cerró la puerta firmemente detrás de él.

Durante las siguientes dos horas, se puso manos a la obra. Habiendo sido conserje varias veces, podía manejar una escoba como un profesional. Así que el trabajo, aunque no era el más divertido del mundo, no fue difícil.

Comenzando por el pasillo, barrió todo lo que había en el suelo y lo amontonó contra una pared lateral del comedor. La pila incluía todos los cristales del vestíbulo y todas las monedas que estaban esparcidas por ahí. Estuvo tentado de revisar la pila y sacar las monedas (sería como buscar oro), pero decidió ocuparse de eso más tarde.

Mike consolidó todos los muebles del comedor, formando otra pila de sillas y mesas rotas. En el área de juegos, realmente no podía hacer mucho con los gabinetes de juegos destruidos. Todo lo que realmente pudo hacer fue algo más radical. El vaso que cubría el suelo se unió al otro vaso que había en la pila del comedor.

Cuando estaba barriendo frente al escenario, encontró un charco amarillo y un fuerte olor a amoníaco.

—Asqueroso.

Empujando su escoba delante de él, se dirigió a la cocina. Cuando atravesó las puertas de servicio hacia el vasto dominio de acero inoxidable, suspiró. Este iba a ser otro gran trabajo. Pero Mike lo abordó.

Enderezando las estanterías, devolviendo ollas y sartenes (abolladas pero aún utilizables) a sus lugares y barriendo más fragmentos rotos (estas eran piezas de vajilla más gruesas), Mike volvió a poner la cocina en semiorden. Luego volvió a la tarea que originalmente lo había traído aquí. Llenó un par de baldes con agua tibia y jabón.

Mike llevó los cubos al escenario, regresó al armario de suministros para buscar un trapeador y luego regresó al escenario nuevamente. Pasó los siguientes minutos limpiando a fondo el área en la base del escenario central. Incluso pasó por esa zona, queriendo asegurarse de no perder ni una pizca de lo que un vándalo había dejado atrás.

Una vez que terminó con esa limpieza, dejó los cubos donde estaban. Se ocuparía de ellos más tarde. Se estaba quedando sin fuerzas y aún le quedaba mucho por hacer.

Al regresar al armario de suministros, encontró una pala y una caja de bolsas de basura resistentes. Luego emprendió la tarea de convertir su montón de vidrio y escombros en cuatro ordenadas bolsas de desechos vándalos. Y filtró las monedas. Sin estar seguro de qué hacer con la pila de monedas de veinticinco centavos, Mike las puso en otra bolsa. Llevó las bolsas repletas al muelle de carga, donde descubrió cómo habían entrado los vándalos. Encontró un candado roto tirado en el suelo (ya se había instalado uno nuevo en la puerta exterior) y vio que la parte trasera de la puerta de la cocina estaba rota. El robo no había sido culpa de Mike en absoluto.

Finalmente, Mike se retiró al arco con la bolsa de monedas, su trapeador y su escoba. Se detuvo allí para observar su trabajo… y no quedó del todo insatisfecho con él. La habitación se veía… mejor de lo que estaba. Y era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Mike llevó el trapeador y la escoba al armario de suministros. También guardó allí la bolsa de monedas. Luego, con los hombros y la espalda

gritándole por todo el trabajo físico al que los había sometido, Mike regresó a la oficina.

Mike abrió la puerta de la oficina lentamente y dio un paso suave al entrar. Miró hacia la tienda de campaña y se alegró de escuchar a Abby todavía roncando silenciosamente. Miró el reloj que había encima de la tienda. Eran casi las cuatro de la mañana.

Miró la silla del escritorio. Pensó brevemente en la promesa que le había hecho a Vanessa. Pero la silla lo llamó y fue aniquilado.

Mike cedió a su necesidad de descansar y a la compulsión de su rutina. Preparó su reproductor de casetes, apoyó la mirada en el póster pegado con cinta adhesiva y, en segundos, sus ojos se cerraron y los pinos se balanceaban en su mente. No necesitó pastillas.

CAPÍTULO 16

—Abby no estaba segura de que la despertó. Pero algo lo hizo.

Se sentó, se frotó los ojos y bostezó. Escuchó, esperando oír a Mike moviéndose. Cuando no lo hizo, separó las mantas superpuestas de la improvisada tienda de campaña. Sonrió.

Mike estaba totalmente inconsciente en la silla de la oficina. Su cabeza cayó hacia atrás, con la boca abierta.

Abby puso a Dolph bajo su brazo y se puso de pie. Caminó de puntillas hacia el escritorio.

—¿Mike? —susurró.

Abby dio un paso adelante y golpeó ligeramente a Mike en el bíceps. Resopló, pero no despertó.

Ella volvió a sonreír, esta vez más amplia.

Abby rápidamente se metió dentro de su tienda de campaña. Dejando a Dolph en el suelo, buscó dentro de su saco de dormir para sacar el mono que había escondido allí.

Mike había pensado que pasaría la noche en pijama, pero esperaba tener la oportunidad que tenía ahora y estaba preparada para ello. Abby rápidamente se puso una camiseta rosa pálido y se puso un mono rosa más oscuro encima. Metió su pijama en el saco de dormir y también metió a Dolph en el bolso. Luego se puso de pie.

—Regresaré enseguida —le dijo Abby a su hermano muerto para el mundo.

Abby se acercó a la puerta de la oficina. La abrió y salió al pasillo.

☆☆☆

En el margen de su conciencia, Mike creyó oír el suave clic de una puerta cerrándose. ¿O era el chirrido recortado de uno de los pájaros que podía oír entre los árboles?

Un solo pájaro gorjeaba desde una rama que se ondulaba con la brisa. La rama crujió y sus hojas susurraron.

☆☆☆

Abby atravesó el arco y contempló la enorme habitación vacía que se extendía ante ella. No, no estaba vacía. Vio una gran pila de mesas y sillas de aspecto triste. La forma del montón le recordó la de un oso dormido. Esperaba que el oso de la mesa y la silla estuviera contento.

La mirada de Abby pasó más allá del oso de la mesa y la silla. Al otro lado de la sala, amplios telones estaban cerrados sobre un largo escenario. Ella sonrió y se dirigió en esa dirección.

Subiendo el corto tramo de escaleras hasta el escenario, se dirigió hacia el centro de las cortinas. Cuando llegó allí, se escuchó un ruido sordo detrás de las cortinas. Luego un clic-clac.

—¿Hola? —gritó Abby. Abrió las cortinas y miró detrás de ellas.

El escenario era como el interior de una tienda de campaña en mitad de la noche. Abby no podía ver nada.

—Sé que estás ahí atrás —dijo Abby—. Será mejor que salgas.

De los altavoces del escenario brotó una carcajada infantil. «Qué divertido», pensó Abby, mirando los altavoces que tenía encima de su cabeza. Ella se rio.

—Inteligente —dijo, sonriendo.

Como en respuesta al comentario de Abby, el ruido del metal chirriando y varios pasos ruidosos comenzaron a llegar hacia Abby. La sonrisa de Abby vaciló un poco, pero estaba segura (bueno, bastante segura) de que todo estaba bien.

Los pasos pertenecían a algo realmente grande. Quizás no era lo que Abby pensó que era.

Abby dio un paso atrás, pero se mantuvo sujeta a la cortina. Se esforzó por ver el área detrás del escenario.

Una oleada de movimiento tambaleante. Más pasos (hicieron que el escenario temblara bajo sus pies) se acercaban hacia Abby.

Y luego…

… Abby inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba… muy, muy arriba… hacia los grandes ojos blancos de un oso. Era un oso mucho más real que el oso de la mesa y la silla.

☆☆☆

Mike, sintiendo la necesidad de correr sale de la espesura de árboles al borde de la carretera. El coche negro se aleja rugiendo, pero Mike ni siquiera lo mira. Está más interesado en el chico rubio, que está sentado solo en medio del camino de tierra y grava, a sus espaldas.

Mike se acerca al chico.

—Sé quién eres.

El chico lo ignora.

—Todos ustedes. Ustedes son esos niños. Los que desaparecieron.

Mike se detiene a unos metros delante del niño, que está usando un palo para dibujar algo en la tierra.

—Hace mucho tiempo, tuve un hermano que también desapareció.

El palo dejó de moverse. La cabeza del niño se levantó… solo un poco.

—No sé cómo es posible que puedas estar aquí así. Dentro de mi sueño. Pero tengo que creer que estás aquí para ayudar.

El chico no responde.

—Por favor —dice Mike, inclinándose hacia el niño—. Ayúdame a recordar al hombre que se llevó a mi hermano. Ayúdame para que nunca más lastime a

otro niño. No puedo hacerlo solo. Lo he intentado. Pero está enterrado demasiado profundo.

El chico deja caer su bastón. Se levanta y mira a Mike.

El chico habla en tono monótono.

—Si te lo mostramos, ¿qué nos darás?

Mike no duda.

—Cualquier cosa. Todo lo que quieras.

El niño se frota la nariz respingona con una mano sucia, dejando una mancha de tierra en la punta. Sus pálidas cejas se fruncen mientras torce los labios, claramente pensando mucho.

Mike esperó y luego…

… ¡el niño desapareció!

Mike corre hacia delante y se para donde acababa de estar el chico.

Está frustrado, pero también vigorizado. Las cosas se estaban desarrollando de manera diferente. El chico le habló directamente. ¡Estaba progresando!

Mike mira hacia el suelo. Se inclina para mirar lo que dibujó el niño.

El dibujo es una figura de palitos, pero su forma inconfundible. El niño dibujó un conejo.

Mike abrió los ojos y giró su rígido cuello. Se frotó los músculos doloridos y miró alrededor de la oficina silenciosa y en penumbra. Recordando que no estaba solo allí, miró hacia la tienda oculta.

Se puso de pie. La silla de la oficina patinó hacia atrás y se estrelló contra el aparador.

La tienda estaba abierta de par en par. El saco de dormir que había dentro estaba vacío.

Mike inmediatamente corrió hacia la puerta cerrada de la oficina. Antes de llegar a la mitad del camino, un grito agudo lo detuvo en seco.

El corazón de Mike pasó de cero al infinito en un nanosegundo. Se dio la vuelta y corrió hacia los monitores de CCTV. Escaneándolos

rápidamente, sus ojos casi se salieron de su cabeza y revolotearon por la habitación.

—¡Abby! —jadeó Mike. Se fue, desesperadamente, hacia el comedor.

«¿Cómo pude ser tan estúpido?» se preguntó Mike mientras corría por el pasillo. Como con Garret otra vez.

—¡Abby! —gritó Mike mientras atravesaba el arco y entraba al comedor.

Los intestinos de Mike se sentían como si estuvieran llegando dentro de él para estrangular sus pulmones mientras atravesaba la habitación. Mantuvo su mirada, su mirada horrorizada, en el enorme revoltijo de animatrónicos que se retorcían frente al escenario principal.

Los gritos de Abby provenían del interior de esa maraña de metal y pelaje podrido. ¿Qué le estaban haciendo esas cosas?

—¡Deténganse! —gritó Mike—. ¡Paren! ¡Déjenla!

Mike pasó corriendo entre la pila de muebles y agarró una silla rota. Era la única arma disponible para él.

Cuando levantó la silla sobre su cabeza, listo para atacar, uno de los montículos de metal y piel que envolvían a Abby se liberó del tumulto. Era Freddy.

El gigantesco oso cargó directamente hacia Mike. La respiración de Mike se ahogó en su garganta. Quería darse la vuelta y correr. Pero no podía. Tenía que salvar a su hermana.

Mike apretó con más fuerza su arma improvisada. Apoyó los pies en el suelo de linóleo.

Freddy se acercó. Y más. Y más…

… se detuvo a unos centímetros de Mike.

Mike contuvo la respiración.

Con los engranajes chirriando y los ojos brillando con evidente ira, el oso animatrónico se inclinó y puso su cara justo frente a la de Mike. La nariz negra, sucia y rayada del oso casi tocaba la nariz de Mike.

Mike cerró los ojos y arrugó la cara. Empezó a balancear la silla, aunque sabía que no le serviría de nada.

—¡Mike! —gritó Abby—. ¡Estás aquí!

Mike abrió los ojos y observó con incredulidad cómo su hermana, que estaba bien, saltaba hacia él y el oso. Dejó escapar una risa despreocupada… y le dio a la criatura robótica un gran… abrazo.

Mike miró boquiabierto a su hermana.

—No dejaban de hacerme cosquillas, Mike. ¡Pensé que iba a morir!

«¿En serio? ¿Cosquillas?» Mike bajó el brazo. La silla cayó al suelo con estrépito.

¿Qué diablos estaba pasando? Mike se esforzó por calcular la situación, por ponerla en una caja comprensible. Pero no pudo hacerlo.

—Freddy. Este es mi hermano, Mike. Él trabaja aquí.

Freddy levantó la cabeza lejos del rostro de Mike, solo un poco. Mike no movió un músculo. Sus intestinos se relajaron infinitamente sobre sus pulmones.

Los ojos del animatrónico todavía estaban brillantes, pero la candescencia no emitía la misma señal. La rabia que Mike había sentido visceralmente proveniente del oso estaba dando paso a lo que parecía ser una curiosidad cautelosa.

Freddy se enderezó, pero siguió estudiando a Mike. Examinó a Mike de pies a cabeza. Mike esperaba haber pasado la prueba.

—Abby —dijo Mike en voz baja, como si estuviera frente a un animal salvaje. En realidad, un animal salvaje podría haber mejorado su situación—. ¿Estás bien?

Abby agarró la mano de Mike. Ella se rio.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Mike, con la misma suavidad.

Abby miró a Mike con más felicidad de la que él jamás había visto en sus ojos.

—Vamos, ¡quiero que conozcas a los demás!

«¿Los demás?»

Sintiendo que no tenía otra opción, Mike dejó que Abby lo empujara hacia adelante. Demasiado aturdido para resistirse, se dio cuenta de que Abby lo estaba arrastrando hacia donde el resto de la pila animatrónica se había separado en diferentes personajes. El pollito, el conejito y el zorro. El zorro con el gancho de metal afilado. «Genial», pensó Mike.

Mike todavía estaba muy cauteloso, pero los otros tres animatrónicos parecían encontrar a Mike tan interesante como Freddy. Lo miraron con lo que realmente parecía una gran curiosidad. Mike se sintió intrigado por cómo las monstruosidades envejecidas de metal y piel podían parecer tan… infantiles.

—Mike, ellos son Chica, Bonnie y Foxy. —Se volvió hacia los animatrónicos—. ¡Todos, este es Mike!

Uno por uno, y con bastante timidez, los animatrónicos levantaron sus patas irregulares y saludaron a Mike. Mike comenzó a levantar la mano para devolver el saludo. Inmediatamente se dio cuenta de lo que estaba haciendo y bajó el brazo.

A pesar de la aparente amistad de los animatrónicos, el sistema de autoconservación de Mike lo hizo retroceder un paso. Cuando lo hizo, casi chocó con Freddy, que retrocedía pesadamente para reunirse con los demás.

Mike miró de los robots peludos a su hermana.

—¿Esto es una broma verdad? —Le preguntó a su hermana.

Mike frunció el ceño ante los animatrónicos. Cada uno de ellos tenía piezas rotas, cableado expuesto y desconectado y engranajes claramente aplastados. ¿Cómo se movían estas cosas?

Claro, los animatrónicos eran entrecortados y engorrosos. Pero eran funcionales. ¿Cómo era posible?

Mike miró a su alrededor.

—Alguien más está aquí, ¿verdad? —Levantó la voz—. ¿Alguien los está controlando?

“Alguien” no dio un paso adelante para atribuirse el mérito.

«¿Es Vanessa?» Se preguntó Mike. ¿A quién más conocía que pudiera hacer esto?

Molesto, Mike gritó—: ¡Muy gracioso! Nos tienes. ¡Felicidades!

Mike fulminó con la mirada mientras giraba en círculo. No vio nada más que la habitación vacía, es decir, vacía, excepto por él, Abby y los animatrónicos en movimiento.

—¿Me escuchas? —bramó Mike—. ¡Se acabó la broma! ¡Ya puedes salir!

La habitación le devolvió las palabras de Mike. Luego… silencio.

Mike lo intentó de nuevo.

—¡Hola!

Eso también, después de parecer rebotar en el techo del comedor, volvió a Mike. Apretó los dientes y miró a los animatrónicos.

—No hay manera —murmuró Mike—. No es posible.

Mike sintió que Abby le tomaba la mano. Miró hacia abajo.

Por una vez, sintió que sus papeles se invertían. Mike era el niño, un niño muy estupefacto, y Abby era la adulta consciente.

—Está bien, Mike —dijo Abby. Su voz era baja y uniforme, como si estuviera hablando con un gatito asustado.

Mike le frunció el ceño a Abby. Luego miró de un animatrónico al siguiente.

Como sus intestinos se habían asentado en su lugar y sus pulmones le daban más aire, Mike realmente miró a las criaturas frente a él. Sombrero de copa. Babero. Orejas de conejo. Gancho de pirata. Estos eran… los niños de su sueño.

La verdad golpeó a Mike como un ariete entre los ojos.

Lo que sea que estuviera pasando con los animatrónicos era sobrenatural.

La voz de Mike se quebró cuando pronunció, en voz muy baja—: Ustedes son ellos.

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

Al principio, Mike pensó que el sonido provenía del interior de su cerebro. Luego recobró el sentido.

Miro su reloj. Su alarma estaba sonando. La silenció.

Abby frunció el ceño ante el reloj de Mike.

—¿Tenemos que irnos a casa ahora?

Mike miró los animatrónicos.

—Creo que probablemente sea una buena idea.

Abby asintió y su sonrisa desapareció. Estaba claramente decepcionada, pero no discutió.

Mike empezó a llevar a Abby hacia el vestíbulo. Ella liberó su mano de su agarre.

—Espera.

Abby sacó su bloc de dibujo del bolsillo de su mono rosa brillante y se dejó caer en el suelo con las piernas cruzadas. Empezó a garabatear con uno de sus lápices de colores.

—Abby.

—Un segundo. Casi termino.

Fue más de un segundo, pero no más de veinte aproximadamente. Abby se puso de pie y arrancó el papel en el que había estado dibujando. Saltando hacia el conejito azul, se lo entregó.

El conejito, Bonnie, tomó el papel de manos de Abby con delicadeza, como si fuera lo más preciado del mundo. Levantó el papel para que los otros animatrónicos pudieran verlo. Mike dio un paso hacia su izquierda para poder verlo también.

El pecho de Mike se apretó con una emoción que no podía cuantificar del todo. ¿Estaba tocado? ¿Preocupado? ¿Asustado?

Abby había dibujado un corazón rojo en el papel.

—Me divertí mucho esta noche —dijo Abby a los animatrónicos—. Gracias por jugar conmigo.

Antes de que Mike pudiera detenerla, Abby corrió hacia adelante. Se arrojó hacia los animatrónicos y todos la rodearon con sus brazos.

Cada músculo del cuerpo de Mike se tensó, como un arco tensado, listo para disparar. Sin embargo, se relajó inmediatamente cuando se dio cuenta de que los intimidantes robots simplemente le estaban dando a Abby un abrazo de despedida.

Mike estuvo tentado de pellizcarse para ver si estaba en un sueño, no su sueño habitual, pero un sueño, al fin y al cabo. La escena era tan absurda como un sueño, pero sabía que no lo era. Realmente estaba mirando un grupo de animales robot de tamaño gigante, viejos y moteados, abrazando a su hermana pequeña. El espectáculo era a la vez tierno… y aterrador.

CAPÍTULO 17

—Mike llevó a su inerte hermana a través de la puerta de su dormitorio. Se quedó profundamente dormida en el coche y roncó durante la mayor parte del camino a casa. Había pensado que ella podría despertarse cuando la sacara del auto, pero estaba totalmente fuera de sí.

«Supongo que jugar con animatronics es agotador», pensó Mike mientras colocaba suavemente a Abby en su cama.

Mike intentaba mantener su humor alegre, pero en realidad no lo sentía. La verdad era que estaba completamente agotado por los acontecimientos de la noche.

Subió la manta roja brillante de Abby hasta sus hombros. Observó cómo su pecho subía y bajaba lentamente durante unos segundos. Luego se giró y se dirigió hacia su puerta.

Cuando pasó junto al escritorio de Abby, su mirada se posó en una pila de dibujos. Dudó y luego se acercó para recogerlos.

Mike normalmente no prestaba mucha atención a lo que dibujaba Abby. Sí, había visto los dibujos que ella había hecho que lo incluían a él, pero no había mirado nada de lo que ella había dibujado últimamente. Dado lo que había sucedido en Freddy's, Mike tuvo la repentina sensación de que debía ver qué había estado haciendo su hermana.

Esperando ver versiones de Abby de los animatrónicos en Freddy's, Mike hojeó los dibujos. Y casi los deja caer. No podía creer lo que estaba viendo.

El dibujo de Abby había mejorado mucho durante el último año. Ella no era Picasso, pero lo que dibujaba era generalmente reconocible.

Los dibujos que Mike tenía en la mano eran claramente reconocibles. Sabía exactamente lo que estaba mirando.

Mike tenía en su mano toda una serie de dibujos de Abby jugando con los niños de su sueño. Y uno de ellos…

Mike sacó el cuarto dibujo de la pila. Frunciendo el ceño, colocó los demás sobre el escritorio de Abby. Dobló el dibujo que había cogido y se lo guardó en el bolsillo.

☆☆☆

Cuando llegó la cena, Mike se sentía como un fideo flácido.

Después de acostar a Abby, intentó dormir. Sin embargo, las visiones de los dibujos de Abby lo mantuvieron despierto. Solo pudo dormir unos pocos ratos sin soñar. Finalmente se dio por vencido y trató de reactivar su cuerpo con su régimen habitual de flexiones. El ejercicio lo había despertado lo suficiente como para ser funcional, pero aun así se había arrastrado todo el día.

Durante todo el día, intentó de vez en cuando localizar a Max. ¿Por qué no quería saber de él? Claro, no le había pagado, pero no era propio de ella simplemente ignorarlo.

De alguna manera, Mike logró pasar el día. Incluso preparó una comida: sándwiches de queso asado y sopa de tomate enlatada. Y ahora, sorprendentemente, Abby se lo estaba comiendo.

Mientras observaba a Abby devorar su sándwich, Mike se reclinó en su asiento y giró su cuchara una y otra vez sobre la mesa de la cocina. Complacido con el apetito de su hermana, inhaló el sabor de la sopa y el queso cheddar que había puesto en los sándwiches. Y trató de relajarse. Pero los pensamientos en su cerebro eran demasiado espesos. Un matorral con espinas.

Abby terminó el sándwich y levantó su plato de sopa con ambas manos. Sorbió la sopa y dejó el cuenco. Ella dejó escapar un fuerte eructo.

Mirando a Mike de reojo, se rio y dijo—: Disculpa.

Mike apoyó los codos sobre la mesa.

—Abby, tenemos que hablar.

Al notar claramente el tono serio de Mike, Abby frunció el ceño.

—Dije disculpa.

Mike hizo un gesto con la mano.

—No se trata de eso. —Se inclinó hacia adelante—. Sabes que lo que pasó anoche no es… normal… ¿verdad?

Abby se limpió el bigote de sopa de la cara.

—No soy estúpida, Mike.

—No lo eres.

Mike se mordió el interior de la mejilla. «¿Cómo decir esto?»

—Entonces, las máquinas —comenzó Mike.

—Mis amigos —corrigió Abby.

—Lo siento. Tus amigos. —Mike se recompuso—. Eh, ¿son...? ¿fantasmas?

«Está bien», pensó Mike. «Eso fue más fácil de lo que esperaba».

—Sí. —Abby inclinó la cabeza y le dio a Mike una mirada de "Manera de entender, Capitán Obvio"—. Por supuesto. ¿De qué otra manera podrían hacer que los robots se movieran?

Mike asintió.

—Entonces, son niños. ¿Cómo tú?

Abby asintió y luego negó con la cabeza.

—Son más pequeños —aclaró.

—¿Y te han explicado cómo llegaron a ser como son ahora?

Abby bajó la mirada hacia su plato de sopa vacío. Sus hombros se encorvaron hacia adentro.

—No les gusta hablar de eso.

Abby levantó la cabeza. Empujó su plato hacia Mike.

—¿Puedo tomar más sopa?

Casi contento por la distracción, Mike tomó el cuenco y saltó.

—Por supuesto.

Mike se acercó a la estufa. Sobre uno de los fogones había una olla de sopa medio vacía. Sabía que la sopa estaba fría, así que encendió el fuego. Pensó que estaba haciendo un muy buen trabajo al actuar como si estuviera teniendo una conversación perfectamente normal y corriente con su hermana de diez años. ¿No todo el mundo habla de fantasmas en la mesa?

El comportamiento paciente y tranquilo de Mike no era tan genuino como probablemente Abby pensaba. Por dentro, sus glándulas suprarrenales estaban a toda marcha. Mike tenía una agenda, pero pensó que tenía que abordarla dando rodeos.

Mike tomó una cuchara de madera y removió la sopa cuando empezó a humear un poco.

—Sabes que solíamos tener un hermano, ¿verdad? —le preguntó a Abby sin darse la vuelta—. Garret. Sé que no hablo de él.

—Tampoco lo hacían mamá y papá.

Mike parpadeó. Le sorprendió que Abby recordara. Ella nunca hablaba de sus padres; ella solo tenía tres años cuando su mamá murió y su papá se fue.

—Fue difícil para ellos. Es difícil para mí también.

Mike se alejó de la estufa y buscó en su bolsillo. Sacó el dibujo doblado que había guardado ese mismo día.

Mike le entregó el dibujo doblado a Abby.

—¿Me puedes explicar esto?

Abby abrió el dibujo sobre la mesa. Ella lo miró. Mike no necesitaba volver a mirarlo. Sabía que era el dibujo de un coche negro con un niño con la cara borrosa (un niño que agarraba un avión de juguete naranja) en la ventanilla trasera.

Abby miró a Mike, con el rostro tenso. Apretó los labios y parpadeó varias veces. Un look clásico de "me atrapaste".

—¿Sabes qué es eso? —Mike volvió a tomar asiento y señaló el dibujo.

Abby no habló. Estudió la mesa.

—No estoy enojado contigo, Abs. Solo quiero saber.

Pasaron unos segundos más. Entonces Abby dijo—: Fue cuando se llevaron a Garret.

Mike se inclinó hacia adelante. Pequeños fuegos artificiales de emoción chisporroteaban por todo su cuerpo.

—¿Quién te habló de esto, Abby?

Más silencio.

—¿Fue un niño pequeño con cabello rubio?

Abby asintió.

—No sé su nombre.

—¿Pero es uno de tus amigos?

—Sí.

—¿Y cuándo los conociste?

Antes de que Abby pudiera responder, un chisporroteo salió de la estufa. Mike miró y vio que la sopa estaba hirviendo. Dio un salto y puso la olla en un quemador frío. Apagó la estufa.

Mike se volvió hacia Abby. Ella había cogido su servilleta y la estaba rompiendo en pedacitos, claramente molesta.

Mike se agachó a su lado. Puso una mano sobre el dibujo.

—Abby —dijo con la voz más suave que pudo reunir— esto es muy importante. ¿El chico rubio alguna vez dijo algo sobre el hombre que conducía el auto negro? —Mike tocó el auto en el dibujo—. Por favor, piensa bien.

Abby negó con la cabeza.

—No. No, no lo hizo.

Abby levantó la vista y miró a Mike con el ceño fruncido. Sabía que no había ocultado su decepción.

—Pero… —comenzó Abby.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarle?

Mike dejó escapar un largo suspiro reprimido. Hacia allí se había dirigido todo el tiempo. Él sonrió.

—Realmente te agradecería que lo hicieras.

☆☆☆

Vanessa miró su reloj mientras dejaba que la puerta principal de Freddy's se cerrara detrás de ella. No pasaría mucho tiempo antes de que Mike llegara.

Vanessa miró alrededor del vestíbulo vacío. Las paredes todavía tenían agujeros y todos los marcos de los carteles estaban desnudos de cristal, pero el suelo había sido barrido. «Mike estuvo ocupado anoche».

Las botas de Vanessa resonaron en el suelo mientras avanzaba, cruzando el arco hacia el comedor. Miró a su alrededor y asintió con satisfacción. Él también había limpiado aquí.

Miró al otro lado de la habitación y ladeó la cabeza. Había dejado el telón del escenario abierto. Extraño.

Miró a los animatrónicos. Estaban colocados en posiciones listas para el espectáculo, congelados en el escenario como si estuvieran en mitad de una actuación.

«Está bien», pensó Vanessa.

Vanessa se alejó del escenario y caminó lentamente hacia la pared derecha del comedor. Su mirada se fijó en los dibujos de los niños que cubrían la pared. En realidad, su mirada se centró en solo uno de los dibujos. Era el que siempre tenía que volver a visitar, el que la llamaba como un canto de sirena.

Vanessa se acercó al dibujo central de la pared. Se quedó mirando la imagen del conejo amarillo y los cinco niños sonrientes. Sintió que la sangre se le escapaba de la cara, como siempre ocurría cuando miraba este dibujo. Se estremeció.

☆☆☆

El coche de Mike se detuvo junto a una patrulla policial blanca y negra estacionada en el lugar que había estado usando, cerca de la puerta principal de la pizzería. Se quedó mirando el coche de policía y luego miró la pizzería. Frunció el ceño.

«¿Qué está haciendo ella aquí?»

—Esa policía está aquí. Vanessa.

Mike asintió, pero no respondió. Todavía se preguntaba por qué estaba Vanessa allí.

—Mis amigos hablan de ella a veces.

Sorprendido, Mike se dio vuelta y miró a Abby.

—¿Qué dicen?

Abby se encogió de hombros.

—Que ella es agradable.

Mike volvió a mirar el coche patrulla de Vanessa. Le agradaba Vanessa, pero no estaba tan seguro de que le gustara que ella estuviera allí ahora.

Mike volvió su atención a Abby.

—Si te dijera que esperaras en el auto, ¿lo harías?

Abby puso los ojos en blanco.

—Probablemente no.

«Al menos es honesta», pensó. Suspiró y abrió la puerta de su auto, pero antes de que pudiera sacar una pierna del auto, Abby abrió la puerta, saltó fuera del auto y corrió hacia la entrada de Freddy's.

—¡Abby, espera!

El cielo nocturno era una colcha negra y gris tan oculta que la luna no podía asomarse en absoluto. Las luces del edificio estaban apagadas, por lo que una legión de muertos vivientes (o robots enojados) podrían haber estado acechando, y Mike no pudo haberlos visto.

Mike se apresuró a agarrar las cosas de Abby y su propia mochila. Cerró el coche y corrió tras su hermana.

—No puedes hacer eso —resopló Mike cuando la alcanzó—. No es seguro.

Abby estaba saltando de un pie a otro frente a la puerta cerrada. Le lanzó a Mike una mirada que lo hizo sentir como un tonto. Él cedió y abrió la puerta.

Tan pronto como se abrió la puerta, Abby pasó junto a Mike y corrió por el vestíbulo. Corrió hacia el arco.

—¡Ya estoy de vuelta! —llamó mientras entraba rápidamente al comedor.

La puerta principal de Freddy's se cerró con un ruido metálico. Mike, todavía no contento con que Abby retozara con robots gigantes… o fantasmas… dejó caer su mochila y las cosas de Abby, y trotó detrás de su hermana.

—¡Abby, espera!

Mike llegó al arco justo a tiempo para ver a Abby saludar a Vanessa, que estaba parada cerca de la pared de dibujos infantiles.

—¡Hola, Vanessa! —cantó Abby.

Vanessa, observó Mike, no parecía sorprendida en lo más mínimo al ver a Abby. Vanessa saludó la espalda de su hermana mientras corría hacia el escenario, donde los animatrónicos estaban agrupados tan rígidos como estatuas.

Mike, dividido entre su necesidad de hablar con Vanessa y su imperativo de mantener a Abby a salvo, vaciló en medio del comedor. Por lo tanto, estaba lo suficientemente cerca para ver la reacción de Vanessa cuando los animatrónicos dejaron de ser estatuas y se convirtieron en robots peludos que hacían torpes intentos de jugar como niños.

Abby subió al escenario para saludar a sus "amigos" mientras Vanessa se acercaba para pararse junto a Mike. Vanessa no dijo nada, y él tampoco. Ambos se limitaron a mirar a Abby y los animatrónicos en silencio.

Riendo, Abby empujó a Chica en medio de su babero y gritó—: ¡Huye! ¡Es tu turno! —Chica abrió su pico en una gran sonrisa y se alejó sin gracia detrás de las cortinas entreabiertas del escenario. Abby y los demás observaron durante unos segundos y luego comenzaron a perseguir al polluelo.

«Es como ver jugar a un montón de monstruos de Frankenstein», pensó Mike.

Vanessa le dio un ligero codazo a Mike.

—Hola, Mike.

Mike mantuvo su mirada en las travesuras animatrónicas en el escenario.

—Vanessa.

Ambos continuaron mirando al frente. Mike mantuvo su rostro inexpresivo, principalmente porque no había decidido cuál de sus emociones en lucha iba a ganar.

—Supongo que lo descubriste.

Mike finalmente se volvió hacia ella.

Vanessa le estaba dando una media sonrisa, pero su mirada estaba vacía. No podía decir lo que ella sentía más de lo que podía descifrar sus propias emociones.

—¿Quieres decir que me di cuenta de que hay niños fantasmas que poseen animales robot gigantes? Sí, muchas gracias por avisarnos sobre eso.

—Técnicamente, son animatrónicos. No robots.

Una carcajada los hizo retroceder hacia el escenario. Al parecer, el juego había terminado. Bonnie estaba llevando a Abby a cuestas.

Mike realmente quería alejar a Abby del conejo robot gigante; Cada instinto protector de su cuerpo gritaba—: ¡No! —Pero Abby estaba claramente emocionada.

Se volvió hacia Vanessa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Vanessa frunció los labios.

—Dije que te vigilaría. —Ella asintió hacia Abby—. Entonces, ¿qué está haciendo ella aquí, Mike?

—No puedo comunicarme con mi niñera.

La media sonrisa de Vanessa había desaparecido. La reemplazó con su mirada de policía, que se elevó a once.

—¡Oigan, chicos! —llamó Abby—. ¡Necesitamos ayuda!

CAPÍTULO 18

«Entonces, Mike, ¿cuáles son tus planes para la noche?» pensó Mike. «Bueno, voy a construir un fuerte con mi hermana, cuatro animatrónicos peludos y una policía».

Mike sacudió la cabeza ante lo absurdo de… todo… mientras estaba junto a los animatrónicos y Vanessa. Estaban agrupados en círculo en el escenario y todos miraban a Abby, que estaba garabateando en su cuaderno de dibujo. Debajo del título fuerte, estaba dibujando una estructura rudimentaria.

—Tiene que ser grande —dijo Abby mientras su lápiz rozaba el papel— para que todos podamos caber dentro.

Mike no pudo soportarlo más.

—Espera. Sé que esto es muy emocionante y nuevo, Abs, pero creo que debemos establecer algunas reglas básicas. ¿Bueno? Quiero decir, estas cosas —señaló a los gigantes que estaban junto a él— son grandes y probablemente peligrosas, así que… —Se volvió hacia Vanessa, que estaba junto a Bonnie—. ¿Qué opinas?

—Algunas de las mesas de allí probablemente todavía sean lo suficientemente fuertes como para usarlas en el fuerte —dijo Vanessa.

Abby se volvió para mirar la pila de muebles que Mike había dejado a un lado del comedor. Ella sonrió.

—¡Todos, síganme!

Abby corrió y saltó del escenario. Mientras corría hacia la pila de mesas y sillas, Mike se encontró con la mirada de Vanessa. Ella le sonrió y se encogió de hombros.

Los animatrónicos ya estaban pisando fuerte por el escenario para seguir a Abby. «¿Por qué no?» pensó Mike mientras él y Vanessa los seguían.

Durante los siguientes minutos, Abby pasó de ser Abby la niña a Abby la capataz de construcción. Agitando las manos, señalando con el dedo y parándose con los puños en las caderas mientras esperaba que se cumplieran sus órdenes, Abby puso a los animatrónicos, a Mike y a Vanessa, a trabajar desenredando la pila de muebles rotos y maltratados.

Los animatrónicos eran extraordinariamente fuertes. Mike no estaba seguro de si esa fuerza era robótica o fantasmal y no quería pensar en ello. Por lo tanto, no les llevó mucho tiempo extraer varias mesas y sillas que, aunque golpeadas por los vándalos, estaban estructuralmente en buen estado.

Una vez reunidos estos materiales, Abby dirigió a Mike, Vanessa y los robots en el montaje de una estructura de cuatro lados de aspecto extravagante. La disposición de las mesas y sillas no habría pasado ningún código de construcción del planeta, pero fue inesperadamente divertido de construir.

Mike se sorprendió cuando comenzó a reírse junto con Abby y Vanessa mientras trabajaban con los animatrónicos. Incluso aportó sus propias ideas a la estructura, aprovechando su antiguo gusto por construir cosas. Se le ocurrió una manera de entrelazar las sillas que ayudó a que todo fuera más estable.

Por supuesto, los grandes robots no hablaban, pero eran capaces de actuar como tontos sin palabras. Freddy, por ejemplo, se tambaleaba con una silla en equilibrio sobre su nariz, y Foxy pretendía usar una mesa a modo de barco pirata. La pantomima del animatrónico zorro de cabalgar sobre las olas del océano fue tan convincente que Mike se encontró gritando—: ¡Abajo, marineros de agua dulce! —Esto le valió una gran sonrisa por parte de Vanessa y una erupción de risitas por parte de su hermana. Honestamente, Mike no podía recordar la última vez que lo había pasado tan bien.

Cuando lograron apilar las mesas en tres alturas y unirlas con sillas lo suficientemente bien como para ser relativamente estables, Abby dio un paso atrás y evaluó el trabajo de sus secuaces.

—Tiene que ser más alto —decretó.

Mike, Vanessa y los animatrónicos intercambiaron miradas. Mike sabía que se estaba acostumbrando a las grandes bestias de metal cuando leyó fácilmente el escepticismo en sus expresiones.

Cuando nadie se movió, Abby dijo—: ¡Vamos, muchachos! ¡Más mesas!

—Escucharon a la jefa —dijo Mike a los animatrónicos. Trató de ignorar el revoloteo de miedo en su estómago cuando todos se giraron y le enseñaron sus grandes dientes.

Sin el uso de una grúa, Mike no sabía cómo apilarían más mesas en la ya alta estructura, pero pensó que le seguiría la corriente a Abby. Una vez que hubieran reunido las mesas, ella vería que era un esfuerzo inútil y se rendiría.

O eso pensaba.

Mike, sin embargo, había subestimado a los animatrónicos, tanto su devoción por Abby como su trabajo en equipo. Unos minutos más tarde, estaba mirando con asombro cómo Bonnie y Freddy, cada uno agarrando dos patas de una mesa, cabalgaban sobre los hombros de Chica y Foxy. Así elevada, lograron elevar la mesa hasta la parte superior de la pila. Si pudieran lograr que se equilibrara en su lugar, extendería el fuerte ahora mucho más alto casi hasta el techo del comedor.

Mike tomó la mano de Abby y la alejó del fuerte mientras observaban a Bonnie y Freddy colocar la mesa en su lugar. Vanessa se unió a Mike y Abby, y los tres miraron, conteniendo el aliento, mientras Bonnie y Freddy soltaban la mesa.

El rascacielos de mesas y sillas se tambaleaba como una torre gigante e inestable. Mike estaba seguro de que se iba a derrumbar. Pero no fue así.

Abby se liberó del agarre de Mike. Lanzó dos puños triunfantes por encima de su cabeza.

—¡Sí! —gritó ella.

—Genial… —dijo Mike. ¿Quién hubiera imaginado que su hermana tenía talento para la arquitectura? Quizás tenga una carrera por delante.

Abby saltó hacia los animatrónicos.

—¡Lo hicieron!

Freddy y Bonnie, todavía sobre los hombros de Chica y Foxy, chocaron los cinco. Chica, animándose, extendió los brazos en celebración.

«Ups», pensó Mike.

Vio el efecto cascada en su mente antes de que se desarrollara. El movimiento de Chica rompió el equilibrio que mantenía a Bonnie y Freddy en alto. Tanto el conejito como el oso perdieron el equilibrio. Chica tropezó en una dirección y Foxy se tambaleó en la otra. Y luego hubo un borrón animatrónico cuando los cuatro bichos de metal y piel cayeron al suelo del comedor.

Golpearon el linóleo con un golpe que habría roto huesos si no hubieran sido de metal. Todo el comedor vibraba y rodaba como si estuviera atrapado en un terremoto. Mike y Vanessa tuvieron que ampliar sus posturas para mantenerse erguidos, y Mike logró agarrar a Abby antes de que el efecto dominó de la conmoción la derribara.

Tan pronto como cesaron los temblores, Abby gritó—: ¡Chicos! —Ella corrió hacia los animatrónicos volcados.

Vanessa estaba pisándole los talones a Abby. Mike, preocupado (irracionalmente) por los animatronics, corrió detrás de Vanessa, a pesar de que no tenía idea de qué podía hacer por los robots si estaban "heridos".

Abby alcanzó el montón de pieles y metal expuesto.

—¿Están bien? —preguntó ella.

Unos segundos de extremidades robóticas retorciéndose y más golpes en el suelo. Luego, cuatro pulgares peludos se elevaron a través del bulto convulsionado.

Mike no pudo evitarlo. Se echó a reír. Vanessa y Abby rápidamente se unieron a él.

Después de eso, Mike prácticamente se olvidó de que los animatrónicos eran animatrónicos, hasta el punto de que cuando todos se arrastraron dentro de su fuerte terminado, no tuvo problemas para

acostarse boca arriba junto a Foxy. Prefería, sin embargo, la calidez de Vanessa, que estaba pegada a su otro lado.

Mike pensó que el fuerte terminado era increíblemente. Después de que los animatrónicos se enderezaron, todos trabajaron juntos para llenar los huecos en su edificio con más sillas. El resultado fue una estructura que tenía una simetría notable (un número igual de sillas metidas entre las patas de cada mesa) e incluso estilo. Mike pensó que la combinación de mesas cromadas y sillas de plástico creaba un diseño modernista bastante atractivo.

Y tan pronto como tuvo ese pensamiento, resopló por dentro. ¿Qué le estaba pasando? Acababa de construir un fuerte con animatrónicos poseídos y ahora se estaba poniendo artístico.

—Me gusta estar aquí —dijo Vanessa.

—A mí también —dijo Abby.

Los animatrónicos, por supuesto, estaban en silencio, pero cuatro pulgares robóticos volvieron a levantarse en el aire. El gesto repetido hizo sonreír a Mike.

—Pero creo —continuó Abby— que pronto lloverá. —Se sentó—. Y mis amigos no pueden mojarse porque funcionan con electricidad.

—Parece que necesitamos un techo —dijo Vanessa antes de que Mike pudiera desdeñar la crítica de su hermana sobre lo que habían construido.

Los nudillos de Vanessa rozaron a Mike. Le gustaba la sensación de su piel contra la suya.

—Mike —dijo Vanessa— ¿por qué no vemos qué podemos encontrar?

☆☆☆

Mike siguió a Vanessa por el pasillo trasero. Polvorienta, mohosa e incluso más oscura que el pasillo principal, esta parte de Freddy's no era su favorita.

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—Manteles. Solían tenerlos aquí —Vanessa señaló hacia el pasillo— para grandes eventos.

Mike lanzó una mirada a Vanessa. Tenía muchísimos conocimientos sobre este lugar. Una cosa, pensó, era conocer la distribución del edificio y su historia, pero ¿ella sabía sobre los manteles y dónde se guardan?

Mike miró la espalda de Vanessa cuando ella salió delante de él y abrió una puerta cerrada. Ella desapareció por la puerta.

—Recuérdame cómo sabes cosas así.

El silencio vino detrás de la puerta. Mike frunció el ceño. El misterio de Vanessa estaba empezando a molestarlo. Apretó los dientes y fue tras ella.

«Bien», pensó Mike, recordando su recorrido por el edificio mientras entraba en un espacio aún más mohoso. Este era el almacén principal. Abarrotado de pilas de cajas derrumbándose y decorado con telarañas, el almacén estaba repleto de varias filas de estantes metálicos del suelo al techo. Los estantes y todo lo demás en la habitación parecían haber escapado a la atención de los vándalos. Todo estaba igual que la última vez que había estado aquí.

A medio camino de la última fila de estanterías cargadas de polvo, se abrió una puerta más pequeña. Era la entrada a la sala de calderas.

Por las raspaduras y golpes dentro de esa habitación, Mike supo que Vanessa estaba allí. Dio un paso adelante y miró por la puerta. Efectivamente, Vanessa estaba a un lado de la caldera, hurgando en una caja de cartón semi-aplastada encima de una pila inclinada de cajas similares.

Mike arrugó la nariz. La sala de calderas olía a huevos podridos. Sabía que el olor provenía del gas azufre, que emanaba del crecimiento de bacterias fomentado por los espacios cerrados cálidos y húmedos de la caldera. Odiaba ese olor.

Mike se alejó de la caldera y dejó a Vanessa buscando el mantel. Se adentró más en la sala de almacenamiento. Solo para divertirse, empezó a escanear los estantes. No había mirado mucho a su alrededor cuando estuvo aquí antes.

Mike llegó al final de una fila, que no contenía nada más que estantes vacíos o estantes llenos de bandejas para pizza. Comenzó a girar para

subir a la siguiente fila, que contenía una maraña de utensilios de cocina y artículos de limpieza, pero luego su mirada se posó en…

Los pasos de Mike vacilaron. Se detuvo y miró fijamente.

Sentada en el suelo, apoyada contra los bloques de cemento gris de la pared trasera de la sala de almacenamiento, un pequeño animatrónico claramente fuera de servicio, de aproximadamente un metro de altura, estaba sentado con sus… sus… piernas estiradas frente a ella.

Con mejillas sonrosadas como las del muñeco Balloon Boy que a Mike no le gustaba mucho, el animatrónico, que en realidad se parecía más a una muñeca que a un robot, tenía coletas rojas y un vestido con falda con volantes. Debajo de la cara de muñeca dulcemente sonriente, el cofre del animatrónico estaba abierto. La cavidad de metal estaba bordeada por una espantosa jaula de costillas de acero de aspecto severo. El contraste del rostro femenino y las brillantes protuberancias metálicas en forma de radios eras… siniestro.

—¿Qué es lo que…? —preguntó Mike. Intrigado a pesar de sí mismo, Mike se puso en cuclillas y comenzó a extender una mano hacia la punta de aspecto letal de una de las costillas.

—Yo no haría eso si fuera tú.

La voz de Vanessa sorprendió tanto a Mike que cayó sobre su trasero. Miró hacia arriba.

Señaló las nervaduras de metal.

—Son resortes. Muchos de los modelos animatrónicos más antiguos los tienen.

Los iris de Vanessa cambiaron del azul claro al azul oscuro. Mike vio el familiar músculo contraerse en su mandíbula.

Dio un paso atrás y buscó entre la basura de los estantes. Sacó una escoba.

—Los cierres de resorte están diseñados para mantener las partes animatrónicas bloqueadas en su lugar para que una persona pueda usar el traje de manera segura. —Vanessa dio un paso adelante en un instante y clavó el mango de la escoba en la cavidad torácica del animatrónico.

Una fuerte serie de chasquidos mecánicos marcó un ritmo rápido. Las costillas se cerraron. El mango de madera de la escoba se partió por la mitad.

—Son inestables —dijo Vanessa innecesariamente.

Mike sabía que tenía la boca abierta. Se alejó poco a poco del animatrónico y luego miró a Vanessa.

—¿La gente usaba esto? —Mike volvió a mirar los cierres metálicos—. Tendrías que ser suicida para…

—Como dije. Inestables.

Mike miró hacia Vanessa. Sus ojos se habían vuelto de un azul aún más profundo, azul marino ahora. Casi negro. Tenía la barbilla levantada y los ojos entrecerrados, casi cerrados.

«¿Quién es esta mujer?» se preguntó Mike a sí mismo. Casi tenía miedo de moverse, miedo de que ella…

Una ahogada ráfaga de música rock llegó al almacén. La cabeza de Mike giró en esa dirección.

—¿Ahora qué?

—Solo la música del espectáculo. Los animatrónicos probablemente estén actuando para Abby.

La voz de Vanessa era plana. No estaba sonriendo.

Mike se puso de pie y se sacudió.

—Sí, y probablemente Abby esté bailando con ellos. —Su tono era ligero y sonrió. Quería cambiar el estado de ánimo, que era desolador. Casi podía sentir oleadas de desaliento irradiando de Vanessa.

—¿Hay algo más que quieras contarme? ¿Payasos asesinos? ¿Dragones que escupen fuego?

La expresión de Vanessa no cambió.

—Solo tengo curiosidad, ya que de alguna manera pareces saber todo sobre este lugar.

Vanessa se dio la vuelta.

Eso enfureció a Mike. Dio un paso hacia ella y alzó la voz.

—¿Y si Abby hubiera entrado aquí? —gritó—. ¿Y si hubiera encontrado esa cosa? —Señaló al animatrónico, aunque Vanessa no lo estaba mirando.

Vanessa se giró hacia Mike. Ahora su expresión había cambiado. Sus ojos casi escupían chispas.

—¡Tú la trajiste, Mike! ¡No yo!

Mike no tuvo respuesta para eso.

Las brasas de los ojos de Vanessa se enfriaron… solo un poco.

—Lo que todavía no entiendo es por qué. Honestamente. ¿Por qué la trajiste?

Mike pensó en mentir, pero tal vez él y Vanessa deberían dejar de hacer tonterías.

—Creo que los niños saben quién se llevó a mi hermano.

Las cejas de Vanessa se alzaron casi hasta la línea del cabello. Su ira había desaparecido.

Mike se apresuró a explicar.

—Creo… que están conectados de alguna manera. Es difícil de explicar, pero cuando estoy aquí, me siento más cerca de Garret. Mis sueños son más… vívidos. Casi como si pudiera…

—¿Cambiar lo que pasó? —completó Vanessa.

«¿Cómo lo sabe?»

—¿Les has preguntado sobre esto? —insistió Vanessa.

—Uno de ellos. Parece hablar por los demás.

—¿El chico de pelo rubio?

Él asintió.

—No creo que le agrade mucho. Pero le agrada Abby.

—Y te imaginas que, si él no te lo dice, se lo dirá a ella.

Mike se encogió de hombros.

Vanessa puso sus manos en sus caderas. Ella se burló de él.

—¿Qué tan estúpido puedes ser?

Mike se enfureció tanto por su postura como por su expresión, pero dijo tranquilamente—: ¿Lo siento?

—Mike, tienes que parar.

Las cerdas de Mike se convirtieron en púas.

—Honestamente —le lanzó— realmente no veo por qué es asunto tuyo.

Vanessa, como si se transportara a través del espacio entre ellos, estaba frente a Mike. Ella lo agarró por el cuello de su camisa. Su aliento olía fuerte, incluso amargo.

Cuando habló, casi gruñó.

—Te estoy diciendo que lo dejes.

Mike no podría haberse sorprendido más si hubiera estado cara a cara con un tigre gruñendo. Y tal vez su reacción se quedó pegada a su rostro, porque Vanessa una vez más se movió en un instante. Esta vez, ella retrocedió y terminó a un metro de distancia de él.

Vanessa pareció encogerse en sí misma. Su rostro estaba rojo brillante y bajó la mirada al suelo.

Mike no se apiadó de su vergüenza. En cambio, soltó la pregunta que no salía de su cabeza.

—¿Quién diablos eres tú?

Vanessa se encogió de hombros. Ella no levantó la vista.

—Alguien —dijo con una voz casi de niña— que está tratando de ayudarte. —Levantó la mirada—. Idiota.

Esto último lo dijo con un poco más de fuerza, pero al menos no volvió a gruñirle. Y aparentemente, ya había terminado. Ella se alejó. Mike escuchó un crujido de papeles. Pasos. Una puerta cerrarse.

CAPÍTULO 19

Cuando Mike irrumpió en el comedor, pisándole los talones a Vanessa, encontró a Abby haciendo exactamente lo que él había predicho que estaba haciendo. Estaba bailando… más o menos.

Abby estaba en el escenario con los animatrónicos y movía las caderas hacia adelante y hacia atrás como una imitadora de Elvis. Bonnie le estaba copiando.

Los pies calzados con botas de Vanessa golpearon el suelo del comedor. Mike miró en su dirección. Con la cabeza gacha y los hombros todavía inclinados hacia adentro, Vanessa se dirigía hacia la salida.

Mike corrió tras ella.

—¡Vanessa, espera!

Mike alcanzó a Vanessa. La agarró del brazo y tiró de él, obligándola a mirarlo. Las mejillas de Vanessa estaban manchadas de lágrimas. Como si le estuvieran quemando los dedos, la soltó.

—Háblame —dijo Mike en voz baja.

Vanessa se secó la cara con el dorso de la mano.

—Lo estoy intentando. No escucharás.

Mike se agarró la cabeza para contener el "¡Arrrgghh!" que quería salir de su boca. Respiró hondo y luego dejó caer las manos.

—Necesito saber qué pasó ese día. ¿No lo entiendes? Lo único que me importa es encontrar al tipo que se llevó a Garret.

Vanessa negó con la cabeza. Abrió la boca. Y la cerró. Tomó aliento. Exhaló. Miró a su derecha, hacia los dibujos de los niños, y frunció el ceño.

Mike pensó que Vanessa parecía alguien que tenía muchas ganas de confesar algo. ¿Pero qué?

La garganta de Vanessa se convulsionó. Ella se mordió el labio. Luego logró decir—: No lo entenderías.

—¡Entonces explícamelo!

La mirada de Vanessa se fijó en la de Mike. Apretó la mandíbula y respiró hondo. Estaba seguro de que ella finalmente se abriría y…

Vanessa pareció accionar un interruptor. Cada músculo de su cuerpo se tensó. Sus ojos, enfocados más allá de Mike, se abrieron como platos.

—¿Qué…? —comenzó Mike.

Vanessa dio un paso vacilante hacia el escenario.

Mike empezó a girar.

Vanessa gritó—: ¡No!

Mike completó su turno.

En el escenario, Abby se reía eufóricamente. Bonnie le tendía su guitarra a Abby, invitándola a intentar tocarla. Abby la aceptó con entusiasmo. Se echó la correa al hombro y colocó la guitarra sobre su pecho y su vientre.

Mike frunció el ceño. Una alarma interna de "alerta roja" estaba sonando. ¿Pero por qué?

—¡Abby, no lo hagas! —gritó Vanessa.

Vanessa ya había superado a Mike y corría hacia el escenario. Instintivamente, Mike la siguió.

Mientras daba su primer paso, los bancos de memoria de Mike pusieron una repetición urgente en su pantalla interior: Al rojo vivo y lleno de colores brillantes, chispas arrojadas de la guitarra de Bonnie.

—¡Abby! —gritó Mike. Extendió una mano como si pudiera hacer como un mago y detener lo que estaba a punto de suceder.

Mike no era un mago.

Todo lo que podía hacer era observar cómo todo se desarrollaba en fragmentos, como si Mike estuviera viendo una serie de fotografías: una Abby sonriente rasgueando una mano sobre el traste de la guitarra. La sonrisa desapareció. Los ojos de Abby se juntaron por la confusión. Un estallido de luz blanca cegadora. Abby desaparece en la incandescencia.

☆☆☆

Todo lo que Abby podía ver era el más brillante de los blancos. Era una luz que la cegaba.

Todo lo que Abby pudo oír fue un timbre agudo. Como una alarma, solo que más fuerte. Le dolían los oídos.

Se frotó los ojos. Se llevó las manos a los oídos.

Y entonces la luz blanca desapareció. Pero dejó pequeñas estrellas en sus ojos. Parpadeó.

La cara de Mike, la de Vanessa y las caras de todos los amigos de Abby estaban a centímetros de la suya. Todos los rostros encima de Abby parecían raros… distorsionados… y realmente asustados.

Abby sacudió la cabeza como un perro, tratando de detener el zumbido en sus oídos. Parpadeó de nuevo.

—¿Qué pasó? —le preguntó a Mike.

Antes de que Mike pudiera responder, Vanessa se inclinó y abrazó a Abby… fuerte.

Vanessa soltó a Abby y se reclinó. Abby vio la mirada de Vanessa hacia Mike. Mike todavía estaba mirando a Abby. Parecía culpable. Como si hubiera hecho algo realmente malo.

Mike todavía no respondía la pregunta de Abby. Pero Vanessa lo hizo.

—Fue un accidente, cariño. Solo un accidente tonto.

☆☆☆

Los grillos cantaban locamente en los árboles que rodeaban el estacionamiento de Freddy's. Mike no podía ver ni los árboles ni los grillos. Las luces exteriores de la pizzería estaban apagadas y la luna había abandonado el cielo nocturno. También las estrellas. El cielo parecía una amplia cúpula de hollín tan espeso que a Mike le resultaba difícil recordar cómo se sentía el día.

Mike y Vanessa estaban junto a su patrulla. Ambos miraron hacia el asiento trasero de su auto, donde Abby estaba acurrucada, abrazando a Dolph.

—Gracias —le dijo Mike a Vanessa.

Mike saldría de la pizzería a mitad de turno. Vanessa iba a cubrirlo.

Vanessa se sacudió la gratitud.

—Solo vete a casa, Mike. Cuida a tu hermana.

Mike asintió, pero no se movió. Apartó la mirada de Abby y la posó en Vanessa.

—¿A qué le tienes tanto miedo?

Vanessa le lanzó una mirada que él no pudo descifrar.

—En el trastero —presionó—. Vi tus ojos. Estabas aterrorizada.

El rostro de Vanessa instantáneamente volvió a ponerse duro como una roca. La cariñosa Vanessa se había ido. La enigmática Vanessa, la sombría Vanessa, la inquietante Vanessa… todas habían regresado.

—Haz lo que quieras con tu vida —le lanzó Vanessa a Mike—. Pero si alguna vez traes a Abby de regreso aquí. Te dispararé.

Vanessa entrecerró los ojos y se inclinó hacia Mike. No necesitaba que ella sacara un arma para convencerlo de que en realidad podía hablar en serio.

Vanessa volvió furiosa a Freddy's. Mike esperó hasta que el portazo de la pesada puerta de metal acalló a los grillos por un instante. Mientras los grillos volvían a ponerse en marcha, Mike se subió a su coche.

—Parecía muy enojada —dijo Abby desde el asiento trasero.

—Ella está bien.

—¿Por qué todo el mundo te mira siempre de esa manera?

Mike giró la llave en el contacto. El motor chisporroteó.

—Todo está bien.

☆☆☆

No todo estaba bien.

Mike se sentó a la mesa de su cocina y observó cómo los primeros indicios del amanecer comenzaban a colarse por su ventana. Por la intensidad de la luz temprana, concluyó que las nubes que habían ocultado la luna durante la noche se habían alejado. Mike deseaba que sus nubes personales siguieran adelante, pero parecían estar pegadas sobre su cabeza con superpegamento. Ni siquiera las desgarradoras flexiones habían logrado despejar sus cielos tormentosos.

Los sonidos de los ronquidos de Abby, un poco más fuertes de lo habitual, le llegaban desde su habitación.

No podía creer que estaba a punto de hacer lo que estaba a punto de hacer. ¿Pero qué opción tenía? Vanessa tenía razón. No podía llevar a Abby de regreso a Freddy's.

Suspirando y sintiendo que iba a vomitar, Mike levantó su teléfono. Marcó un número.

Tan pronto como escuchó el clic al otro lado de la línea, habló. Tenía que hacerlo mientras todavía tuviera estómago para ello.

—Hola, soy Mike. Necesito su ayuda.

Tan pronto como lo dijo, inmediatamente se arrepintió de sus palabras.

Dos horas más tarde, Mike todavía odiaba la decisión que había tomado. Pero estaba tratando de sacar lo mejor de ello.

El sol ya estaba afuera. Entraba en la cocina tratando de convencer a Mike de estar haciendo lo correcto.

Mike revisó los panqueques en la plancha y preparó un poco de tocino en una sartén de hierro fundido. Los olores dulces y salados se unieron e intentaron unirse con el mensaje del sol de “todo está bien”.

Mike no se lo creía. Manteniéndose deliberadamente de espaldas a la mesa de la cocina, porque no podía ver lo que había hecho, siguió cocinando de todos modos. Terminó todo y lo metió en el horno para mantenerlo caliente. Luego respiró hondo y fue a despertar a Abby.

☆☆☆

Abby abrió los ojos y vio a su hermano sentado al borde de su cama. Bostezando, ella le sonrió. Entonces se dio cuenta de lo que le decía su nariz.

—¡¿Eso es tocino?!

Normalmente no comían tocino. Y a Abby le encantaba el tocino.

—¿Por qué no te vistes y vienes a la cocina cuando estés lista? Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Abby frunció el ceño. ¿La estaba sobornando con tocino?

Ella se encogió de hombros. Sea como fuera. Era tocino.

Mike salió de la habitación y Abby saltó de la cama. Como un rayo fue al baño, hizo todas las cosas habituales de la mañana, luego volvió a su habitación y se vistió con su mono de pana granate… con una camisa dorada… porque estaba segura de que iba a ser un día de estrella dorada. Luego saltó por el pasillo para buscar su tocino.

—Estoy lista para…

Abby se detuvo a medio salto cuando vio quién estaba sentada en la mesa de la cocina. El tocino era un soborno. Y no lo compensaba lo suficiente.

—Ahí está mi niña favorita —dijo Jane, la tía de Abby.

Abby intentó hacer que su tía… con su estúpido pelo corto y su viejo y tonto traje pantalón azul pálido… desapareciera con ojos láser. Abby arrugó la nariz, ahogándose con el estúpido perfume de pomelo de su tía.

—Abby, ven a sentarte —dijo Mike.

Abby volvió los ojos láser hacia Mike. Pero no pudo sostener el láser. Su odio se convirtió en dolor.

—¿Qué hiciste? —le preguntó a su hermano.

Abby se dio cuenta de que Mike sabía que estaba molesta. Pero él estaba fingiendo que no.

—Ven a sentarte. ¿Podemos hablar?

Abby negó con la cabeza. De ninguna manera lo haría. Comenzó a retirarse de la cocina y retrocedió por el pasillo.

—Sé lo que estás pensando. Te lo prometo, estás equivocado. Por favor, Abby. Solo hablemos.

Abby miró a su tía y luego volvió a mirar a Mike. Su cara parecía como si estuviera tratando de comerse una olla de coles de Bruselas. No, su cara parecía como si no pudiera soportar ser él.

—Te odio —le dijo Abby.

Abby se dio vuelta y corrió de regreso a su habitación. Mientras entraba y cerraba la puerta de golpe, escuchó a su tía decir—: Creo que salió bien.

Abby se puso de espaldas a la puerta, cerró los ojos y se agarró el cabello con ambas manos. Dejó escapar un cruce entre un aullido y un rugido. Las lágrimas se apoderaron de sus ojos.

No pudo evitar que las lágrimas cayeran por sus mejillas, pero las secó tan rápido como fluyeron.

La mirada de Abby se posó en su escritorio… y en sus dibujos. Caminó hacia su escritorio y se dejó caer en su silla.

Abrió un cajón del escritorio, buscó en él y encontró el marcador más grande y negro que tenía. Luego cogió la pila de sus dibujos más recientes. Empuñó el marcador y comenzó a tachar cada dibujo de su hermano que pudo encontrar.

☆☆☆

Mike no podía mirar a su tía mientras tomaba las llaves y se ponía el abrigo.

—Ella me recuerda a ti —dijo Jane—. Siempre con carácter.

Mike lanzó una mirada a Jane, pensando que estaba tratando de buscar pelea. Se sorprendió cuando la encontró mirándolo con una expresión más suave de lo normal. Si Mike no la hubiera conocido bien, habría creído que ella lo miraba con cariño.

—Cuando se calme, dile que lo siento. Y que volveré pronto.

—¿Cuándo será pronto, exactamente? Has sido un poco confuso con los detalles.

Ahí estaba la sarcástica tía Jane que Mike conocía… y no amaba.

—Pronto.

La tía Jane ahuyentó a Mike.

—Entonces vete.

Mike se volvió hacia la puerta.

—Pero Mike —dijo Jane a su espalda— aún hay una conversación más amplia que debe tener lugar aquí. Cuando regreses, tú y yo vamos a hablar. —Cogió un trozo de tocino y lo mordisqueó.

La imagen de un buitre masticando carroña apareció en la mente de Mike. Prácticamente salió corriendo de su casa.

☆☆☆

Agarrando la bolsa blanca en la que el farmacéutico había puesto la receta de Mike, Mike caminó hacia las puertas de entrada de Freddy's. El crítico consejo del anciano farmacéutico—: ¿Sabes qué funciona para mí? Un vaso de leche caliente con manzanilla y miel —se repetía en la cabeza de Mike mientras avanzaba.

«Que suerte tiene», pensó Mike ahora.

Un cuervo dejó escapar una larga carcajada. Mike miró hacia los árboles alrededor de Freddy's. No pudo encontrar al cuervo, pero su

mirada se posó en el recorte de madera de la cabeza de Freddy Fazbear. La sonrisa del oso parecía burlarse de Mike.

—Ya basta. —Entró en la pizzería y se dirigió directamente a la oficina.

Allí no perdió el tiempo. Se dejó caer en la silla del escritorio, encendió su reproductor de casetes y tragó en seco tres de las pastillas blancas del frasco que había sacado de la bolsa blanca. Fijó su mirada en el cartel frente al escritorio.

Tal vez porque estaba tan decidido, o tal vez porque no había dormido bien en días, el efecto de la rutina de Mike fue inmediato. Su visión se volvió borrosa mientras escuchaba el sonido del viento y los árboles provenientes del casete. Sus párpados se cerraron.

La luz del sol calienta los hombros de Mike mientras camina hacia adelante. La brisa levanta un mechón de su cabello. Le hace cosquillas en la mejilla.

Mike escucha risas y mira hacia ellas. Atónito, mira fijamente a su familia, todos reunidos junto a la mesa de picnic.

La mamá de Mike está poniendo la mesa para el almuerzo. Su papá está parado junto a ella; está haciendo girar a un Garret lleno de alegría como un avión en espiral. La risa de Garret llena el campamento.

—Está bien —dice la mamá de Mike— ¡basta de juegos, ustedes dos!

La boca de Mike se abre mientras ve a su padre abalanzarse hacia la mesa de picnic con Garret.

—¡Aterrizaje de emergencia! —grita el papá de Mike.

Su padre emite un silbido mientras barre el cuerpo con los brazos abiertos de Garret sobre la mesa. El padre de Mike deja al niño sobre la mesa con una floritura. Entonces el padre de Mike mira hacia Mike.

—Oye, amigo —grita el padre de Mike.

—No te quedes ahí parado —le dice su madre a Mike— ven aquí.

Los padres de Mike se sientan en los bancos de la mesa. Garret se baja de la mesa y se une a ellos. Luego, el niño se da vuelta y le da a Mike la sonrisa de niño feliz más grande y adorable que Mike jamás haya visto. Los ojos de Mike están inundados de lágrimas.

Su mamá mira en su dirección.

—Cariño, ¿qué pasa?

Mike se seca los ojos. Se aclara la garganta.

—Esta no es…

Se aleja tambaleándose de la mesa de picnic.

—Esta… no es la forma en que sucedió. —Niega con la cabeza—. Esto no es real.

Los padres de Mike y Garret intercambian miradas confusas.

—Pero podría serlo. —La voz viene detrás de Mike. Era la voz de un niño.

Mike se da vuelta y encuentra al chico rubio y a los otros cuatro niños, parados detrás de él. Él vuelve a negar con la cabeza, esta vez con más vehemencia. Se muerde el labio. Sus manos están apretadas en puños.

—¿Qué es esto? —le pregunta Mike al chico rubio—. Esto no es lo que pedí.

El chico rubio ladea la cabeza.

—No, pero es lo que quieres.

Más movimientos de cabeza por parte de Mike. Está tratando de borrar toda la escena rechazándola.

—Quiero encontrar… comienza Mike.

—¡Mientes! —interrumpe el chico rubio.

Mike mira al suelo.

—Quieres salvar a Garret. Esa es realmente la razón por la que estás aquí.

Mike intenta otra sacudida con la cabeza, pero es débil.

—Quieres cambiar lo que pasó.

Mike levanta una mano como para protegerse de las palabras del chico.

—Eso no es posible. Él se fue. Todos lo hicieron.

—¿Seguro? —El niño señala más allá de Mike.

Aunque no quería, Mike se da vuelta y mira a su familia. Le devuelven la mirada con preocupación, compasión… y esperanza.

Garret se levanta del banco de madera y corre hacia Mike, quien cae de rodillas. Está cara a cara con su hermano pequeño.

—Puedes tener este sueño todas las noches. Pueden estar juntos, como antes. —La voz del chico desciende hasta casi un susurro—. Puedes cambiar lo que pasó.

Los movimientos de cabeza de Mike se han convertido en un asentimiento vacilante. Se le han escapado las lágrimas; son riachuelos que corren por sus mejillas.

Mike mira al chico rubio.

—¿Cómo…?

—Dijiste que podíamos tener lo que quisiéramos. —Se acerca a Mike y se inclina.

Mike espera sentir el calor del niño, pero una bocanada de aire frío toca la oreja de Mike cuando el niño dice en un suave susurro—: Queremos a Abby.

Mike se seca las lágrimas, con el rostro contraído. Está luchando por comprender…

Los ojos de Mike se abren como platos. Lo entiende ahora.

—Abby —susurra.

Garret agarra la mano de Mike.

—La aman, Mike —dice Garret—. Y ella los ama.

Mike mira a Garret. De las fosas nasales de Mike sale una mucosidad que se une a sus lágrimas. Entonces huele fuerte.

—Es lo mejor, amigo —grita el padre de Mike desde la mesa de picnic.

Mike mira a su padre, quien sonríe tranquilizadoramente. A pesar de lo destrozado que está, Mike no puede evitar devolverle la sonrisa.

La mamá de Mike interviene.

—La has visto con ellos. Ya has visto lo feliz que está.

Mike mira a su mamá. Ella también está llorando.

—¿No se merece una familia de verdad? —pregunta su madre mientras se levanta y se arrodilla junto a Mike. Ella usa su pulgar para secarle las lágrimas de las mejillas.

El gesto vacilante de Mike se vuelve más seguro.

—Es hora de dejarla ir, cariño —dice su madre—. Nunca fuiste la persona adecuada para cuidarla.

Ahora el asentimiento de Mike es enfático. Él no asiente simplemente porque quiere creerle. Le cree. Está de acuerdo con lo que está escuchando.

Mike mira a su mamá, a su papá y a Garret. Su convicción se solidifica.

—Está bien. —Él asiente por última vez—. Sí.

El chico rubio levanta un lado de su boca en una pequeña sonrisa de satisfacción.

Mike vuelve a mirar a su hermano. Su mirada se posa en el mechón de cabello que oscurece los ojos de Garret. Mike extiende la mano para cepillar el mechón de cabello hacia atrás. Su mano se detiene a medio movimiento.

El foco del sol de repente brilla en los ojos de Mike y siente su calor. Lo catapulta fuera del campamento y hacia un recuerdo.

La visión de Mike se vuelve hacia adentro. Ve mentalmente a su hermana dormida. Él sabe que está sentado al lado de su cama. Ve que su mano se extiende y le quita un mechón de pelo de la cara. Está en un recuerdo, se da cuenta.

Pero luego el recuerdo se convierte en otra cosa. Se vuelve más una visión, algo que Mike quiere experimentar en lugar de algo que experimentó en el pasado.

En la mente de Mike, los ojos de Abby se abren. Está atontada, pero le sonríe.

—Estás en casa —dice.

En su mente, Mike le sonríe a su hermana.

—Estoy en casa.

La imagen en la mente de Mike se desintegra. Está de vuelta en el campamento.

El sol desaparece detrás de una nube. En la sombra instantánea, Mike mira fijamente a Garret. Mike se da cuenta de que su mano todavía está tocando el mechón de pelo de Garret. Mike retira la mano.

Con ese movimiento, parece que se cae un velo. El rostro de Garret está sorprendentemente pálido. Demasiado pálido. Y sus ojos están mal. La adorable… mirada de Garret… ha desaparecido de sus ojos. Los ojos del hermano de Mike se han convertido en profundos pozos de vacío.

Mike se pone de pie tambaleándose.

—¡Espera! Esto no es…

Él mira a sus padres. Ellos también están pálidos ahora. Ellos también tienen ojos sin fondo.

Mike vuelve a negar con la cabeza.

—Esto está mal. Lo siento, pero no quiero esto. ¿Me escuchas? ¡No lo quiero!

Mike se gira para enfrentar al niño rubio, pero el niño... y los otros niños… se han ido. Mike escanea el campamento y no puede encontrarlos. Se vuelve hacia su…

Su familia también se ha ido. Todos han desaparecido.

Mike está completamente solo.

Mike oye crujir las ramas de los árboles. El viento se levanta. Un crujido de ramas. A través de los sonidos del viento y los árboles, un coro de susurros comienza a aumentar de volumen.

Al principio el contenido de los susurros es confuso. Es solo un susurro, un ruido blanco. Pero entonces los susurros empiezan a separarse en algo claro.

—¡Abby! —dicen los susurros.

Mike gira en círculo. Son los niños, se da cuenta. Sus voces se burlan de él. Gira y gira, tratando de encontrar a los niños.

—¡Escúchame! —grita Mike—. ¡Mantente alejado de ella!

Los susurros son más fuertes ahora.

—Abby. Abby. Abby.

—¡Aléjate de mi hermana!

Los susurros cesan, reemplazados por una risita. Luego una ráfaga de pasos.

Mike se gira hacia el sonido. Todo lo que ve es una mancha de movimiento. Y entonces un gancho de papel se arquea hacia él. Un rayo de calor le atraviesa el pecho. Jadeando, Mike levanta una mano hacia su pecho. Antes de que pueda llegar allí, ve otra mancha borrosa. Esta vez, es el sombrero de copa. El chico que lo lleva araña la espalda de Mike con sus garras.

Mike grita y se tambalea en círculo. No ve nada más que árboles.

Una ráfaga de movimiento fuera del alcance de visión de Mike precede a otro flujo de lava de dolor. Este pasa por su pantorrilla izquierda.

Las piernas de Mike se doblan debajo de él. Intenta hacerse un ovillo, pero el dolor punzante se lo impide. Los golpes caen demasiado rápido para que pueda defenderse. Su ropa está siendo destrozada.

Mike cae hacia atrás, boca abajo en el suelo. Por encima de él, el viento se levanta. Oye un zumbido, bajo y suave.

Mike mira hacia los árboles. Su visión es borrosa.

El tono del zumbido cambia. Ya no suena a viento. Suena… mecánico.

Los párpados de Mike se agitan. Está cediendo al dolor, pero cuando el chirrido del metal contra metal se vuelve aún más fuerte, sus ojos se abren de par en par.

CAPÍTULO 20

El zumbido mecánico era ahora ensordecedor, casi tan fuerte como el de los rotores de un helicóptero… vrum, vrum, vrum. El sonido exigía que Mike volviera a la plena conciencia.

Mike intentó enfocar sus ojos en lo que fuera que estuviera causando el sonido ensordecedor. Sus ojos no cooperaban del todo, pero le dejaban vislumbrar.

Mike luchó por procesar lo que estaba viendo. Le palpitaba la cabeza porque los fragmentos visuales venían hacia él como si los golpeara una luz estroboscópica.

Mike vio…

… un brazo robótico suspendido sobre su cabeza.

… una máscara de oso, abierta y sostenida por el brazo.

… trozos de metal afilados dentro de la máscara, como cuchillos en miniatura, pero letales en constante movimiento.

El cerebro de Mike volvió a poner su vista en línea por completo y lo juntó todo. Estaba acostado boca arriba… sobre una superficie de metal dura (¿una silla reclinable?) y miraba el interior de una máscara robótica llena de metal afilado y en continuo movimiento. La máscara se acercaba a su cara.

Mike gritó y trató de levantarse. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba atado a la silla. Le sujetaron las muñecas con bandas de acero. Una pesada correa de cuero estaba ceñida alrededor de su pecho.

El monstruo de metal comenzó a descender hacia la cara de Mike. Hizo lo único que podía hacer. Puso en juego todos los músculos que tenía y los puso a todos en movimiento. Se retorció. Pateó las piernas y sacudió el cuerpo de arriba a abajo y de lado a lado.

Sabía, por supuesto, que sus esfuerzos iban a fracasar. No era lo suficientemente fuerte para romper…

Por encima del implacable chirrido del metal, escuchó un crujido, un distintivo crujido. Conocía ese sonido.

Mike sintió que su brazo se alejaba cuando uno de los apoyabrazos de la silla se soltó. Sin dejar de mirar la máscara que se hundía, tiró de su brazo sin muchas esperanzas.

Para sorpresa de Mike, la abrazadera de metal se soltó de su muñeca. ¡Tenía un brazo libre!

Pero eso no era suficiente. La máscara estaba ahora más cerca. Se movía lenta, pero inalterable, cada vez más abajo.

Metal afilado. Cara suave. No es una buena combinación.

Frenético, Mike envió sus dedos en busca de algo… cualquier cosa… en el costado de la silla que pudiera ayudarlo a liberarse. Pasó los dedos por una extensión de metal y los metió entre huecos afilados. Y luego…

Sus dedos se detuvieron en algo plano y redondo, una especie de botón de control. Mike se esforzó por ver su mano y vio una luz verde del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. No dudó. Presionó el botón verde y…

¡Eureka! La otra muñequera se desacopló.

La máscara estaba ahora a solo unos centímetros de la nariz de Mike. Estaba tan cerca que el chirrido del metal que giraba constantemente le hacía volar el pelo.

Febril por la necesidad crucial de moverse, buscó a tientas la correa de cuero del pecho. Tal vez porque tuvo suerte o tal vez porque la necesidad es la madre de salir corriendo de Dodge, Mike logró separar la correa y deslizarse fuera de la silla. Su fuga no pudo haber llegado más tarde. El

metal relámpago le rozó un lado de la frente mientras se giraba hacia abajo.

Mike cayó al suelo. Los chirridos de metal contra metal le indicaron que la máscara, también conocida como sierra circular, estaba golpeando la silla. Luciérnagas de chispas calientes chamuscaron los pequeños pelos de los brazos de Mike mientras se alejaba de la silla.

Todos los músculos de Mike exigieron un descanso. Cayó en una masa de cansancio.

El continuo chorro de chispas… y su comprensión de la fuerza de su enemigo… hicieron que Mike volviera a moverse. Intentó ponerse de pie.

Un dolor intenso en la pantorrilla de Mike lo hizo perder el equilibrio. Cayó hacia atrás sobre metal punzante y piel sintética pegajosa y crujiente. Mike se escabulló de lo que lo estaba agarrando. Su mirada se disparó a su alrededor salvajemente. Vio un montón de personajes animatrónicos descoloridos y cubiertos de piel enmarañada.

«Son solo disfraces», se dijo Mike.

De nuevo intentó ponerse de pie. Esta vez, preparado para el dolor, lo logró. Pero mientras vacilaba sobre sus pies, escuchó un sonido de chasquidos peculiarmente familiar. Mirando hacia abajo, vio cómo se abría la cubierta del disfraz.

Mike chilló y retrocedió torpemente. Se llevó la mano a la nariz y la boca cuando el hedor enfermizo de los cadáveres en descomposición lo golpeó.

Ya no pensaba en correr porque su cerebro ahora estaba abrumado por lo que estaba viendo (y oliendo), su estómago amenazaba con dar un vuelco mientras contemplaba los restos mutilados de tres hombres… y Max.

Mike sintió arcadas al mirar el cuerpo de la pobre Max. Fue cortada en dos. No, no cortada. Parecía como si algo la hubiera partido por la mitad en la cintura. La parte superior de su cuerpo estaba recostada contra uno de los dos hombres, y la parte inferior de su cuerpo estaba sobre su estómago. Mike, con la mano sobre la boca, rápidamente desvió la mirada

hacia su rostro. Tenía los ojos y la boca muy abiertos en un rictus de puro terror.

—Oh, Max —susurró Mike.

Mike apartó los ojos de ella. Cuando lo hizo, vio que los rostros de uno de los hombres habían sido masticados de manera similar, hasta llegar a su cerebro.

Mike rápidamente dirigió su mirada hacia los otros dos hombres. Uno era mayor y el otro más joven. Mike contuvo el aliento. Reconoció al joven; Era Jeff, el hermano de Max. Jeff y el chico mayor parecían haber sido pasados por una cortadora de carne. Pero no, los cortes no eran rectos. Eran curvos, como las heridas que recibirías con el anzuelo de un pirata.

Este último pensamiento finalmente galvanizó a Mike. Se alejó de los cadáveres putrefactos y pasó cojeando junto a la máscara y la silla que aún chisporroteaban. Se tambaleó hacia la puerta.

En el umbral de la habitación, Mike hizo una pausa. A lo largo de todo el pasillo principal, las luces se encendían y apagaban. Sin embargo, el ritmo no era uniforme. Era caótico, como si las luces estuvieran siendo manipuladas por alguien demasiado enfurecido para mantener el control.

Mike entrecerró los ojos para ver a través de los desorientadores destellos de luz y oscuridad. Era difícil saberlo con certeza, pero el pasillo parecía estar vacío.

Mike entró tambaleándose en el pasillo. Con los pies torpemente como si nunca hubiera aprendido a caminar correctamente, Mike zigzagueó hacia el vestíbulo. Si pudiera llegar allí, podría salir del edificio. Salir del edificio significaba la salvación.

Mike intentó acelerar el ritmo. Sus pies se movieron más rápido.

A solo unos metros del vestíbulo ahora.

Detrás de Mike, se escuchó un estrépito tras él. Un rugido se unió al choque en su búsqueda.

Mike no se molestó en mirar atrás. Recurrió a cada gramo de fuerza que tenía y aceleró. Consiguiendo emprender un galope entrecortado, entró en el vestíbulo. Se arrojó hacia las puertas dobles.

Pero cuando golpeó las puertas, no se abrieron. Estaban encerradas.

Un nuevo sonido se unió al estrépito y al rugido. No, no un sonido. Una voz. Una voz cantante.

—*Dum dum diddly da…*

Las luces ahora se estaban volviendo totalmente locas. Se encendían y apagaban tan rápido que a Mike le resultaba imposible ver lo que venía hacia él.

Pero algo lo hacía. Algo grande. Algo rápido.

Mike reunió lo último de su perseverancia. Golpeó las pesadas puertas de metal.

Sintiendo más que viendo que se le había acabado el tiempo, miró a su izquierda. Gritó y cayó en un eclipse total de cualquier luz que hubiera visto o esperado ver.

☆☆☆

Abby, acurrucada en su cama, abrazó a Dolph con más fuerza que nunca, y todavía no era lo suficientemente fuerte. Fuera de la ventana de Abby, el sol era una bola de color rojo intenso que flotaba justo encima de las colinas en la distancia. Pronto se perdería de vista. Abby pensó que la pelota parecía una gran gota de sangre, como si el cielo estuviera herido y necesitara una venda.

Por supuesto, Abby sabía que el cielo no estaba herido. Ella estaba herida. Pero estaba muy herida como para que un vendaje pudiera ayudar. Un vendaje no podía curar la congestión nasal y el escozor en los ojos que le habían dejado horas de llanto. Y no podía arreglar el hecho de que la felicidad que había sentido desde que se unió a sus amigos en Freddy's había sido arrancada. La felicidad de Abby había desaparecido. Por eso seguía abrazando a Dolph cada vez más fuerte. Aferrarse a algo familiar, algo que Abby amaba… y que la amaba… era lo único que podía detener sus lágrimas. Tal vez. Eso esperaba. Aún no había funcionado.

Un golpe en la puerta hizo que aplastara aún más a Dolph. Abby puso su cara en el pelaje azul grisáceo de Dolph.

—Abby, cariño —llamó su tía Jane desde la puerta.

Abby soltó a Dolph con un brazo y se cubrió a ella y al delfín con una manta. Incluso a través de la manta y la puerta podía oír la televisión del salón. La había escuchado durante horas. La risa estúpida y falsa que salía de la televisión le dijo a Abby que su tía Jane estaba viendo comedias antiguas.

—No puedes quedarte ahí para siempre, niña.

—¡Déjame en paz! —gritó Abby. Volvió a olfatear.

El suspiro exasperado de Jane llegó claramente a través de la puerta.

—Como quieras.

Abby se dio cuenta de que su tía estaba molesta. ¿Pero a quién le importaba? Escuchó con satisfacción cómo el tap-tap-tap de los tontos tacones altos que su tía siempre usaba se alejaba de su puerta.

☆☆☆

Jane le dio a la puerta cerrada de Abby una mirada larga y abrasadora. «Mocosa malcriada».

«Esa pequeña y desagradable imbécil no seguiría actuando así por mucho más tiempo», pensó Jane mientras regresaba a la destartalada y patética sala de estar de su sobrino. ¡Ja! Sala de estar. ¿Cómo podría alguien vivir en semejante miseria? Jane seguro que no podría.

Pero ella podría tolerarlo. Por ahora.

Jane tenía que mantener la vista puesta en el objetivo final. Por eso estaba aquí fingiendo ayudar. Oh, ella estaba ayudando, sí, ayudándose a sí misma.

Una vez que Abby estuviera bajo la custodia de Jane, Jane estaría un paso más cerca de obtener el control del gran y gordo fondo fiduciario que nunca debería haber sido de Abby en primer lugar. Jane no comprendía por qué su padre le había dejado su dinero a su nieta en lugar

de a su hija. Entendía por qué no se lo había dejado a su hermano. Por un lado, había desaparecido de la faz de la tierra después de dejar a su familia. Por otro lado, era un idiota. Nunca debería haberse casado con una mujer tan débil.

Jane frunció el labio ante los cojines hundidos del sofá y se dejó caer sobre uno de ellos, retorciéndose para tratar de crear una posición cómoda. Cogió el control remoto del televisor e hizo otro intento de encontrar algo decente para ver en el televisor ridículamente viejo. Al aterrizar en otra comedia de situación, Jane escuchó un extraño zumbido.

«Televisión de mierda».

Subió el volumen para poder escuchar lo que se decía en lugar de escuchar la estática.

Jane se alisó las arrugas de sus pantalones. «Voy a tener que llevar este pantalón a la tintorería». ¿Quién sabía qué tipo de parásitos vivían en los sucios cojines del sofá?

Una frase divertida en la televisión hizo reír a Jane. Sacudió la cabeza ante las travesuras en la pantalla y… Jane se detuvo a mitad de sacudir la cabeza.

¿Qué fue eso? Había vislumbrado movimiento en la cocina.

¿Mike finalmente estaba en casa?

Jane se giró y abrió la boca, preparando la reprimenda que su sobrino merecía por esperar que ella enfriara sus jets en…

Jane dejó caer el control remoto.

Mitad en la sombra y mitad en la mancha rojo sangre de la luz del crepúsculo que entraba por la ventana de la cocina, un oso gigante estaba junto al frigorífico de Mike. Estaba a solo unos metros de ella y la miraba con radiantes ojos blancos.

Jane cerró los ojos. «Estoy alucinando». En solo un poco de tiempo en las heces de la vida de Mike y ella ya estaba perdiendo su…

Jane volvió a abrir los ojos.

De ninguna manera.

El oso todavía estaba allí. Y estaba dando un paso hacia ella.

☆☆☆

Todavía debajo de su manta, todavía abrazando a Dolph y llorando aún más fuerte ahora, Abby se puso rígida cuando un gran golpe sacudió la casa con tanta fuerza que su cama se sacudió debajo de ella. Abby apartó la manta y se sentó.

—¿Qué fue eso? —le susurró a Dolph.

Dolph no tuvo respuesta, pero estuvo ahí para apoyarla cuando se levantó de la cama y corrió hacia su puerta. Apoyó la oreja contra la madera pintada y escuchó.

No escuchó nada, excepto la televisión.

Desde que se había escondido bajo las sábanas, la bola roja en el cielo había desaparecido. Ahora solo un brillo rojo delineaba la cima de las colinas que Abby podía ver a lo lejos a través de su ventana. La noche llegaría muy pronto.

—¿Tía Jane? —llamó Abby. Abby realmente no quería a la tía Jane, pero no se sentía bien al ignorar el golpe.

La única respuesta que obtuvo fue más de esa risa falsa de la televisión. Abby frunció el ceño. Miró hacia su cama. Tal vez debería volver a la cama.

Abby volvió a escuchar desde la puerta. No, tenía que saber qué había provocado ese gran sonido.

Abby tomó el pomo de la puerta, pero luego dudó. Retrocedió hasta su escritorio para poder tomar su bloc de dibujo y algunos lápices. Abby siempre se sentía mejor cuando tenía una libreta y lápices en el bolsillo de su mono, así que los guardaba en su lugar.

Un poco más segura, regresó a su puerta y la abrió. Se asomó al pasillo. Luego, vacilante, caminó por el pasillo hacia la cocina. Estaba vacío. Entonces, miró hacia la sala de estar, donde…

—¿Freddy? —La felicidad de Abby volvió a ella.

El oso animatrónico se separó de una sombra manchada cerca del final del sofá. Tan pronto como lo hizo, Abby pudo ver que no estaba mirando

a Freddy. El oso se parecía a Freddy en todos los sentidos, excepto por una diferencia obvia. Su pelaje no era marrón; era dorado. El dorado era casi el color de la camisa que Abby.

¡Un Freddy dorado!

—¡Guau! —Ya no le importaban las horas miserables que acababa de pasar. Sus ojos dejaron de escocer. Podía volver a respirar por la nariz.

—¿Quién—? —se detuvo a mitad de la pregunta cuando un niño pequeño con el pelo rubio despeinado, del mismo color que el pelaje del gran oso robótico, salió mágicamente del robot.

—No soy Freddy —dijo el chico rubio.

Abby miró asombrada al niño. Parecía un chico normal, pero no exactamente. El niño era algo brillante y Abby podía ver a través de él, solo un poquito. Abby pensó que el niño tenía el aspecto que tendría un ángel.

Abby le dio al niño de cuento de hadas una gran sonrisa.

—¿Viniste por mí?

El chico asintió.

—Todos te están esperando. Es hora de ir a jugar.

Abby chilló y aplaudió. El chico rubio le dedicó una sonrisa y luego se disolvió en un brillo que volvió a convertirse en Golden Freddy. El gran oso le hizo un gesto a Abby para que lo siguiera mientras él daba un paso gigante hacia la puerta principal de la casa.

Abby miró a Dolph. No quería correr el riesgo de perderlo mientras jugaba con los demás, así que puso el delfín en la mesa de la cocina. Mientras lo hacía, su mirada vislumbró un azul claro en la sala de estar.

Abby se volvió. En el suelo, sobresaliendo por detrás del extremo del sofá, se veía el dobladillo de los pantalones de la tía Jane. Los pies de su tía, todavía con tacones altos, sobresalían de los pantalones. Los tacones parecían estar en un charco de algo. ¿Kétchup, tal vez? ¿Cómo había derramado su tía ketchup detrás del sofá?

—La tonta Jane —dijo Golden Freddy. El animatrónico habló con la voz del niño—. Ella se durmió.

Abby empezó a preguntarse por qué su tía dormía en el suelo, con ketchup derramado, pero luego se encogió de hombros. No le importaba lo que hiciera su tía. Se giró y siguió a Golden Freddy hasta la puerta principal, cerrándola detrás de ella.

Golden Freddy salió con dificultad del pequeño porche. Abby hizo una pausa mientras escuchaba sus fuertes pasos.

Todo el rojo del sol había desaparecido. Ya era de noche. Un tercio de la luna flotaba sobre el arroyo con paredes de concreto al otro lado de la calle, y la luz de la luna hacía que el pelaje del oso pareciera que estaba a punto de incendiarse. Se veía realmente genial.

Abby miró a un lado y a otro de la calle.

—¿Cómo llegamos a Freddy's? —le preguntó a Golden Freddy.

Golden Freddy ladeó la cabeza. Uno de sus grandes ojos blancos se cerró y luego se abrió de nuevo en un guiño a cámara lenta. Sus dientes brillaron a la luz de la luna mientras le daba a Abby una amplia sonrisa.

La sonrisa era más espeluznante que cálida y amigable, pero Golden Freddy no podía evitarlo. Abby sabía que los animatrónicos no podían moverse ni hacer expresiones como los niños normales. Eso estaba bien.

☆☆☆

Abby nunca antes había viajado en un taxi, por lo que sintió una oleada de emoción cuando abrió la puerta trasera de color amarillo brillante y entró. Tomando asiento, sonrió ante la vieja y divertida música country que sonaba en la radio. Miró la nuca del conductor.

Todo lo que Abby podía ver alrededor del reposacabezas del conductor era cabello castaño y rizado que sobresalía de debajo de una gorra de béisbol sucia que parecía haber sido usada durante miles y miles de días. El pelo y la gorra se agitaban al ritmo de la música vibrante. Abby desvió su mirada hacia el espejo retrovisor y vio unos ojos verdes arrugados mirándola. El conductor giró la cabeza y vio un palillo que sobresalía entre sus labios y que dibujaba una sonrisa amistosa. El

conductor volvió a mirar hacia adelante y preguntó—: ¿Adónde vamos, señorita?

Cuando Abby abrió la boca para responder la pregunta, se abrió la otra puerta del asiento trasero. El taxi se detuvo bajo, muy bajo, cuando Golden Freddy se metió por la puerta y logró sentarse junto a Abby.

—¡¿Qué demonios?! —El conductor giró en su asiento, sacudiéndose tanto que se golpeó la cabeza contra el techo del taxi. Escupió su palillo y soltó un grito.

Abby sonrió, pero no culpó al conductor por su reacción. Sabía que los adultos no entendían.

La boca del conductor quedó abierta mientras miraba a Golden Freddy. Golden Freddy le dedicó al conductor una de sus grandes sonrisas.

El conductor se dio la vuelta para mirar a Abby. Ella le sonrió dulcemente.

El conductor sacudió la cabeza y luego volvió a mirar hacia la parte delantera del taxi.

—No es divertido, hombre. No lo es.

Abby no estuvo de acuerdo. Ella pensaba que viajar en un taxi con Golden Freddy era muy divertido.

Murmurando algo que Abby no pudo entender, el conductor respiró profundamente. Luego puso el coche en marcha.

—Queremos ir a la antigua pizzería de Freddy's, por favor —dijo Abby.

El conductor miró a Abby por el espejo retrovisor. Sacudió la cabeza.

—¿Por qué siempre me tocan los bichos raros? —preguntó.

CAPÍTULO 21

Mike abrió los ojos y lo primero que vio fue un orbe de luz muy, muy brillante sobre su cabeza. La luz era demasiado brillante para estar en Freddy's. ¿O lo estaba?

Lo siguiente que notó fue que yacía sobre metal. ¡Metal! ¡Otra vez no esa silla!

Mike puso sus manos sobre la superficie fría y plana y trató de empujarse fuera de ella. Fue entonces cuando notó la tercera cosa: le dolía todo el cuerpo. ¿Por qué…?

Levantó la palanca lo suficiente como para mirarse a sí mismo. Frunció el ceño ante lo que vio.

No estaba en la silla de Freddy's. Estaba acostado sobre una mesa de acero inoxidable. Su camisa había desaparecido y su pecho estaba envuelto en una franja de pesadas vendas. Más allá de su pecho, pudo ver que le habían cortado la pernera del pantalón desde la parte inferior de su pierna izquierda. La pierna también estaba envuelta en vendas.

Apretó los dientes y se sentó. Sacó las piernas de la mesa de metal.

—Cuidado —dijo una voz de mujer.

No, no solo una mujer. Vanessa.

Mike siguió la dirección de la voz y encontró a Vanessa, uniformada, sentada en una silla plegable de metal a unos dos metros de él. La silla estaba escondida en la esquina de una habitación llena de gabinetes de metal blanco y con frente de vidrio. Definitivamente no era Freddy's. Las paredes de la habitación estaban pintadas de un blanco puro y el suelo era de un azul real reluciente. Todo lo que Mike vio parecía fresco e higiénico.

—Conseguí que se detuviera el sangrado, pero probablemente necesitarás puntos.

Mike volvió a mirar sus vendajes.

—¿Dónde estamos?

—Puesto de suministros de la policía y puesto de socorro. Te traje aquí desde Freddy's. Estabas… gravemente herido.

Un recuerdo de la máscara abierta descendiendo pasó por la cabeza de Mike.

—Intentaron matarme.

Mike miró a Vanessa. Dejó caer la cabeza y sus ojos quedaron hundidos en un pliegue de oscuridad proyectado por el gabinete a su lado.

—Pero supongo que ya lo sabías —dijo Mike.

Vanessa no dijo nada.

Mike se inclinó hacia adelante.

—Max. Su hermano. Y los otros hombres. ¿Sabías de ellos también?

Vanessa levantó la cabeza y sus ojos salieron de la sombra. Miró a Mike y él vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sabías.

Realmente esperaba que ella no lo hiciera.

—Es complicado.

—¡¿Complicado?! ¿Quieres decir más complicado que un grupo de robots poseídos que asesinan a gente inocente?

—¡Esa gente destrozó Freddy's! —gritó Vanessa—. ¡No eran inocentes!

—Bueno, Abby lo es.

Mientras Vanessa hundía la cara entre las manos, Mike no se molestó en decir que ni siquiera los vándalos merecían que les mordieran la cara o les mordieran el cuerpo por la mitad.

«¿Por qué, Max?» pensó Mike. ¿Por qué había sido parte de eso? Sacudió la cabeza. No importaba. Abby era lo único que importaba.

—La viste jugar con esas cosas —le dijo Mike a la cabeza inclinada de Vanessa. Su voz se elevó—. Sabías de lo que eran capaces y no dijiste nada.

Mike se levantó de la mesa. Dio un débil paso adelante. Escaneó la habitación.

—¿Dónde están mis cosas? Tengo que irme. ¡Ahora!

Vanessa dejó caer las manos. Cuando miró a Mike, su rostro estaba surcado de brillantes huellas de lágrimas.

—Mike…

—¡Abby está en peligro! —Mike vio su camisa sobre un mostrador de acero inoxidable debajo de una fila de gabinetes en el otro lado de la habitación. La camisa estaba ensangrentada y rota, pero era una camisa. Cojeó hacia allí.

—¡Mike!

Se detuvo y se volvió hacia Vanessa.

Vanessa levantó las manos.

—Cálmate. Toma un respiro. —Cambió a su severa voz de policía y su rostro pasó de arrepentido a autoritario—. Dime lo que pasó.

Mike de repente no pudo moverse. El recuerdo de su sueño, de todo lo que había hecho, volvió a él. Fue su turno de bajar la cabeza. Si tan solo pudiera recordar todo.

Le costó un esfuerzo sobrehumano abrir la boca y confesar lo que había hecho. Mientras lo hacía, no podía enfrentar a Vanessa. Habló al suelo.

—En mi sueño —comenzó Mike. Respiró hondo y volvió a intentarlo—. Querían a Abby, y yo… se las di. —Presionó su palma contra un lado de su cabeza—. Fue un error terrible, y cuando intenté arreglarlo… —Se golpeó la sien con la palma de la mano.

Mike miró a Vanessa.

—¿Qué quieren de mi hermana?

Pasaron varios largos segundos. Mike pensó que Vanessa no iba a responder. Y cuando lo hizo, deseó que no lo hubiera hecho.

—Quieren hacerla como ellos.

☆☆☆

El bonito taxi amarillo se alejó. Abby se despidió al conductor, pero él no se lo devolvió. Ni siquiera la miró.

Abby se encogió de hombros. Miró a Golden Freddy, su amigo.

Golden Freddy extendió su gran mano peluda. Abby sonrió y lo tomó.

Juntaron sus manos mientras caminaban hacia la entrada de Freddy's. Los pesados pasos de Golden Freddy crujieron sobre la acera de cemento que se desmoronaba.

Abby sintió que iba a estallar. Estaba muy emocionada.

Golden Freddy abrió la puerta de metal. Soltó la mano de Abby y le indicó que pasara por delante de ella. «Que caballero». Abby entró al vestíbulo de la pizzería. Detrás de ella, la pesada puerta se cerró con estrépito.

Abby se volvió hacia Golden Freddy y…

¡Él se había ido!

Abby frunció el ceño. Dio una vuelta completa.

—¿A dónde te fuiste?

Abby miró hacia la puerta. ¿Se había ido? No, ella habría oído sus pasos.

Se volvió hacia el arco. Ella habría escuchado sus pasos sin importar en qué dirección hubiera ido.

Abby se encogió de hombros. Había visto algo de la magia de Golden Freddy. Debió haber usado eso para desaparecer.

Quizás estaba con los demás. Abby cruzó el vestíbulo en dirección al comedor. No podía esperar a ver a Freddy, al Freddy original y a los demás.

El ruido de los pasos de Abby pareció rebotar en las paredes del comedor cuando entró en la habitación. Miró hacia los escenarios. Las cortinas estaban corridas, pero los escenarios estaban vacíos.

Abby frunció el ceño y miró a su alrededor.

—¿Hola?

La mayor parte del comedor estaba tan oscuro que Abby apenas podía verlo. En lugar de las habituales bombillas fluorescentes medio apagadas que iluminaban la habitación, solo un reflector salía del escenario. Se extendía como un dedo gordo, amarillo y fantasmal, que señalaba al otro lado de la habitación la pared de dibujos infantiles.

—¿Freddy? ¿Chica? ¿Alguien?

Las llamadas de Abby dieron vueltas por la habitación y regresaron a ella. Nadie le respondió.

Abby miró el dedo claro y miró hacia el final. ¿Por qué apuntaba a los dibujos?

Curiosa, Abby se acercó a la pared. Buscando.

Abby había notado los dibujos antes. Era imposible ignorarlos. Los papeles rizados y quebradizos cubrían casi toda la pared del comedor. Y las corrientes de aire en la habitación siempre hacían cosquillas en los dibujos, lo que los hacía crujir.

Sin embargo, Abby nunca antes había mirado los dibujos. Ahora lo hizo.

Dibujadas por niños menores que Abby, las imágenes eran en su mayoría figuras de palitos, pero era posible saber qué se suponía que eran las figuras. Abby podía ver, en las imágenes, a niños jugando. Familias comiendo. Los animatrónicos actuando.

El pálido círculo de luz al final del dedo fantasma amarillo estaba centrado en el medio de los dibujos. Y en el centro del círculo destacaba un dibujo.

Abby se acercó. El dibujo era de un conejo amarillo, que estaba tomado de la mano de cinco niños sonrientes. Aunque estaban dibujados con torpeza, Abby reconoció a los niños. Eran sus amigos.

☆☆☆

Después de dejar caer la bomba, Vanessa se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro junto a los armarios. Mike, todavía aturdido, solo pudo mirarla en silencio.

Vanessa dejó de caminar. De espaldas a Mike, empezó a hablar. La policía Vanessa había desaparecido otra vez. Este era el lado más amable de Vanessa, y hablaba tan suavemente que él tuvo que esforzarse para escucharla.

—En los años 80, cuando esos niños desaparecieron, la policía registró Freddy's de arriba a abajo. Se registró cada centímetro cuadrado. Pero nunca los encontraron.

Algo en la voz de Vanessa o en sus palabras hizo que la vergüenza de Mike se pusiera patas arriba. La ira surgió de su pecho vendado. Apretó los dientes y apretó los puños.

—El hombre que se los llevó, es… un hombre muy malo. Un hombre cruel.

Mike observó a Vanessa meter la mano en el bolsillo de los pantalones de su uniforme. Sacó un trozo de papel doblado.

—También es un hombre muy inteligente. Sabía que los padres gritarían y la policía vendría a buscar. Y sabía que había un lugar que a la policía nunca se le ocurriría revisar. Porque… ¿por qué lo harían? —Vanessa se giró para mirar a Mike—. ¿Por qué alguien lo haría?

Las piernas de Mike casi se colapsaron mientras su mente repetía el momento desgarrador cuando vio abrirse los animatrónicos en la cámara de tortura de la sala de Partes y Servicio. Su memoria apareció en el cuerpo partido por la mitad de Max… dentro del animatrónico.

Como si estuviera viendo lo que Mike estaba imaginando en su cabeza, Vanessa dijo—: No solo los fantasmas de los niños están dentro de esos robots.

El estómago de Mike dio un vuelco. Mantuvo la boca cerrada.

—También sus cuerpos.

☆☆☆

El dedo de luz amarilla desapareció. Eso hizo que pareciera como si una sombra oscura hubiera caído sobre los dibujos.

La sombra cayó, sobre todo. Por un instante.

Luego, cuatro nuevos dedos ligeros de luz se extendieron desde el techo. Señalaron en ángulo, hacia los dos escenarios.

Abby se dio la vuelta y miró hacia los escenarios y aplaudió. ¡Estaban sus amigos! Freddy, Bonnie y Chica estaban frente a sus micrófonos en el escenario principal. Foxy estaba instalado en su escenario más pequeño. ¡Todos estaban listos para montar un espectáculo!

☆☆☆

Vanessa dio unos pasos hacia Mike. El papel doblado estaba comprimido en su mano cerrada, pegada a su pecho. La mano temblaba visiblemente.

—Tienes que entender. Los niños no quieren lastimar a nadie. Es él. Él influye en ellos… de alguna manera.

—¿Quién?

—¡No es su culpa! —El tono de Vanessa ahora era suplicante—. Están asustados y solos. —Vanessa extendió su mano vacía—. Tienes que creerme.

¿Por qué Mike pensaba que Vanessa no estaba hablando solo de los niños de Freddy's?

Él sabía por qué. La urgencia en el tono de Vanessa era demasiado intensa. Parecía que no estaba simplemente tratando de justificar el comportamiento de algunos niños fantasmas. Su tono era demasiado personal para eso. Sonaba como si estuviera rogando por la absolución.

Mike dio un paso adelante y puso sus manos sobre los hombros de Vanessa. Podía sentirlos temblar en sus manos.

«Está muerta de miedo», pensó Mike.

☆☆☆

Abby frunció el ceño a sus amigos. ¿Por qué no se movían?

Los animatrónicos estaban congelados en su lugar. Parecían esculturas.

La mirada de Abby pasó de un amigo iluminado al siguiente. Ella dio un paso adelante.

—¿Chicos?

No se movieron.

☆☆☆

El interruptor de Vanessa volvió a hacer clic. El gesto casi infantil de "por favor perdóname" entre sus cejas desapareció. Su mandíbula adquirió la dureza que Mike había visto tantas veces antes.

Vanessa se soltó de las manos de Mike. Dio un paso atrás y, cuando volvió a hablar, su voz tenía tono filo.

—Intenté advertirte.

Mike le dio a Vanessa una mirada de "tienes que estar bromeando".

Ella asintió una vez, enfáticamente.

—A mi manera, realmente lo intenté. Tú también fuiste demasiado tonto… —Ella se encogió de hombros.

—Es muy tarde ahora. Él sabe que lo estás buscando.

La resolución flaqueó. La pequeña Vanessa reapareció, encorvando los hombros de la gran Vanessa.

—Él vendrá —dijo en voz baja.

—¿Quién es él?

Vanessa apretó los labios.

—Vanessa, por favor —le imploró Mike—. Tienes que decírmelo.

Vanessa le tendió el papel doblado que sostenía con fuerza.

—Mi padre.

Mike tomó el papel. Con las manos empezando a temblarle, lo desdobló.

El papel era una fotografía vieja, doblada, muy doblada.

Mike jadeó.

—No —susurró.

Se quedó mirando la fotografía con tanta atención que le empezaron a doler los ojos. Y la fotografía empezó a desdibujarse.

Pero no importó. La había visto. Nunca dejaría de verla.

En la foto, una niña con cabello rubio con mechas estaba parada frente a una brillante y reluciente Freddy Fazbear Pizza. Con letras amarillas que decían ¡GRAN APERTURA! en una pancarta que ondeaba desde los aleros del edificio. Debajo de la pancarta, los cuatro animatrónicos estaban agachados, rodeando a la niña como si fueran una gran y feliz familia. La niña sonría de oreja a oreja. Y en su mano sostenía… el avión de juguete naranja de Garret.

Dejó caer la foto. Dio un paso atrás como si la foto fuera una bomba incendiaria que fuera a quemarlo.

Mike levantó la mirada hacia Vanessa. Tuvo que aclararse la garganta dos veces antes de que sus cuerdas vocales pudieran funcionar. Cuando finalmente pudo hablar, sus palabras sonaron como si resonaran sobre un camino de grava.

—Lo sabías.

Vanessa extendió una mano.

—Mike…

—Mi hermano. Todo este tiempo. Lo supiste.

Vanessa negó con la cabeza.

—No. Al menos… no cuando te conocí. —Vanessa miró hacia abajo—. Lo siento, Mike. Yo–

La foto no se había convertido en una tormenta de fuego. Pero las emociones de Mike sí. Toda la vergüenza, la confusión, el shock… todo se fusionó. Explotaron en una bola de pura rabia.

Mike se abalanzó hacia adelante y agarró a Vanessa por el cuello del uniforme.

—Dime cómo detenerlos —gruñó—. ¡Dime cómo salvar a mi hermana!

Si alguna vez Mike esperaba ver el lado policial de Vanessa, era ahora. Pero ella no reaccionó con poder. Ella se encogió hacia adentro como una víctima. Tenía los ojos tan abiertos que casi le llenaban la cara.

☆☆☆

Abby dio un paso atrás cuando los altavoces del escenario crujieron. Una avalancha de comentarios quejumbrosos la obligó a taparse los oídos.

Las luces multicolores de la actuación se encendieron, barriendo el escenario como cintas batientes. Cintas rojas. Cintas azules. Cintas amarillas. Cintas naranjas. Cintas moradas. Cintas de luz iban en todas direcciones.

Y finalmente, los animatrónicos cobraron vida. Estallaron a la vida.

Todos se lanzaron a cantar la canción de rock por la que eran más famosos. Abby, aliviada, aplaudió y empezó a bailar.

CAPÍTULO 22

En el asiento del conductor de la patrulla policial de Vanessa, Mike curvó los dedos alrededor del grueso volante de cuero del auto y pisó el acelerador mientras tomaba una curva y tomaba una recta en la carretera secundaria que conducía desde el puesto de socorro a Freddy's. El motor V8 retumbó y Mike sintió que la potencia del crucero aumentaba a su alrededor. Inhaló profundamente, reuniendo coraje.

El interior del coche olía a Vanessa. Si Mike hubiera cerrado los ojos, cosa que no iba a hacer si iba tan rápido, podría haberse convencido de que estaba sentado en un campo de flores, bajo un manzano, comiendo una galleta de vainilla.

La noche era oscura como boca de lobo y la única luz en la carretera la creaban los rayos de los faros del coche patrulla. Rodeado por todo el equipo iluminado por LED dentro del auto, Mike se sintió como si estuviera en la cabina de una nave espacial, volando a través de los confines más lejanos de la galaxia.

Era una lástima que todas las campanas y silbidos que abarrotaban el tablero y la consola central del crucero no fueran de utilidad para Mike. Lástima que no fueran fáseres ni torpedos de fotones… o algo así. Desafortunadamente, la radio de dos vías, la computadora portátil, el radar, la consola electrónica de emisión de boletos, la cámara de vídeo, el enrutador del vehículo y el lector automático de matrículas no ayudarían a Mike a salvar a su hermana.

—Electricidad —dijo la voz de Vanessa en la cabeza de Mike.

Con un ojo en las lanzas de luz que atravesaban el túnel negro de camino rural y bosque y un ojo en su memoria, Mike revivió sus preparativos para regresar a Freddy's.

Se estaba preparando para abandonar el puesto de socorro. Volviendo a ponerse la camisa ensangrentada y destrozada, Mike colocó el cinturón de herramientas de Vanessa alrededor de su cintura. La correa de cuero era pesada porque todos sus compartimentos y fundas estaban llenos, excepto la funda del arma, porque Vanessa no le dejaba a Mike tener su arma. Mike colocó el cinturón lo más cómodamente que pudo en su cadera mientras Vanessa abría uno de los altos gabinetes de suministros y se inclinaba hacia él.

—La electricidad es la clave. —La voz de Vanessa sonó apagada porque su cabeza estaba en el gabinete.

La cabeza de Vanessa salió del gabinete. Se giró, sosteniendo en alto lo que parecía un largo tenedor de barbacoa negro y plateado con un mango parecido a un sable de luz. Vanessa presionó un botón en el mango y un chisporroteo azul de electricidad chispeó entre las dos puntas del extremo del "tenedor".

—Usamos esto con el ganado, para el control de los animales. —Caminó hacia Mike y señaló su cintura—. Y tienes dos pistolas taser en el cinturón de herramientas. No causarán daños permanentes, pero alterarán los circuitos animatrónicos… con suerte, te darán algo de tiempo.

Los neumáticos de alta resistencia del vehículo chocaron contra un bache lo suficientemente profundo como para hacer que el vehículo los hiciera saltar. Mike apagó la repetición de su mente. Miró el taser que estaba en el asiento del pasajero. ¿Realmente ayudaría? Teniendo en cuenta todo lo que Vanessa le había ocultado a Mike, ¿podría confiar en su consejo?

Mike volvió a centrar su atención en la carretera y, cuando lo hizo, vio una tenue aura roja a lo lejos. Rojo neón.

Además, algo de amarillo y blanco.

Las luces exteriores de Freddy's estaban encendidas. La borrosa fosforescencia que se extendió hacia el apagón circundante le pareció a Mike un presagio funesto. Prácticamente gritaba—: Abandonen toda esperanza quienes entren aquí.

☆☆☆

Mike, con la picana que colgaba de un lazo en el cinturón de herramientas, agarró la llave para llantas que sacó del baúl de la patrulla después de estacionar el auto en el borde trasero del asfalto desintegrado de la pizzería. Estaba merodeando por el costado del viejo edificio grisáceo, lo que le pareció un enemigo hostil esperándolo, en modo sigiloso, ansioso por la batalla que se avecinaba. Mike se agachó y pasó la mano por el revestimiento de madera áspero y deformado.

—*Deberías evitar la entrada principal* —el recuerdo de Vanessa lo guio en su cabeza—. *Busca una salida de ventilación en el lado este del edificio. Fue sellada hace años, pero si puedes abrirla, esa es la mejor manera de entrar sin ser detectado.*

La palma de Mike pasó de tablas astilladas a lo que parecía metal oxidado. «Bingo».

Paso uno, buscar la abertura de ventilación. Hecho.

Mike buscó a tientas el cinturón de herramientas. Encontró el compartimento de la linterna y la sacó. Al apuntar brevemente la luz al metal que había encontrado, vio que habían clavado tres palos por cuatro sobre el respiradero. Incluso a la luz intermitente de la linterna que iluminaba las tablas, podía ver que la madera estaba gris por el tiempo. No debería ser un problema eliminarla.

Mike buscó a tientas en el cinturón de herramientas y encontró la funda que contenía una navaja plegable. La abrió y usó el extremo para soltar los clavos de las tablas. El movimiento de ida y vuelta produjo un chirrido sibilante, pero no demasiado fuerte. En solo unos minutos, Mike había quitado las tablas del respiradero.

Después de eso, su cuchillo aflojó rápidamente la cubierta del revestimiento.

Paso dos, retirar la abertura de ventilación. Hecho.

Mike se dejó caer al suelo y miró dentro de la oscuridad confinada del conducto de ventilación. La linterna reveló una masa polvorienta de telarañas justo dentro de la abertura.

Mike suspiró y limpió las telarañas. Se metió en el escaso espacio y se deslizó hacia adelante. Mientras se deslizaba, su mente lo llevó de regreso al puesto de socorro. Repasó sus últimos momentos con Vanessa.

Cuando Vanessa le entregó a Mike las llaves de su patrulla, sus dedos se rozaron brevemente. El efecto del toque persistió mucho después de que Vanessa retiró la mano.

Preocupado por el enigma de sus sentimientos por esta mujer que cambiaba tan volublemente de amiga a enemiga, Mike había levantado la mirada hacia su rostro. La había encontrado mirándolo directamente.

De todas las emociones que Vanessa había provocado en Mike, la más prominente ahora era la traición. Mike se sintió traicionado, apuñalado por la espalda. El dolor punzante de sus heridas resaltaba esa sensación. ¿Podía ver la amargura en sus ojos?

Mike no lo sabía, pero podía leer fácilmente sus sentimientos. El rostro de Vanessa estaba contorsionado por la humillación y el arrepentimiento.

Por un instante, Mike sintió pena por Vanessa. Pero luego pensó en Garret.

—¿Cuántos? —preguntó Mike. Recortó las palabras y se las lanzó hacia ella como si la estuviera golpeando con su propio bastón.

Vanessa se estremeció y miró hacia otro lado. Ella evitó la pregunta.

—Tienes que darte prisa.

Mike bajó la voz hasta convertirla en un gruñido agresivo.

—¿Cuántos, Vanessa? ¿A cuántos ha matado tu padre?

La mirada de Vanessa revoloteó hacia el rostro de Mike y luego se alejó de nuevo.

—No sé. Honestamente, no lo sé.

—¿Garret es…? —Mike no pudo terminar la pregunta. Tragó y volvió a intentarlo—. ¿Mi hermano es uno de ellos? ¿Está en una de las máquinas?

Vanessa miró directamente a Mike y sacudió la cabeza.

—No. Garret fue… antes que Freddy's.

Mike sintió que las llamas de su furia se calmaban poco a poco. Era un pequeño consuelo, pero al menos su hermano no era un fantasma atrapado en un robot.

Mike se recompuso. Garret se había ido. Pero podría salvar a Abby. Tenía que moverse.

—Ven conmigo —le dijo a Vanessa.

Vanessa negó con la cabeza con vehemencia.

—No.

Mike se inclinó hacia ella.

—Les debes una. Y me debes una.

La cabeza de Vanessa se sacudió aún más enfáticamente, tanto que su mechón de cabello se deshizo y su cabello cayó sobre su espalda.

—No puedo, Mike. No puedo. —Obviamente, al ver que su negativa estaba reavivando el fuego de su ira, se apresuró a seguir adelante—. Realmente no puedo. Si él está allí… no te seré de ninguna utilidad. Créeme.

Mike lo hizo. Él la miró a los ojos, de un azul tan suave en ese momento que parecía parte de su… ¿esencia? ¿Fuerza de vida?… estaba absorbiendo de ella. Ahora lo veía todo claramente: el motivo de su forma de actuar, de las decisiones que había tomado.

Vanessa había vivido un trauma aún peor que el de Mike. Estaba más que jodida por su infancia. Estaba destrozada.

Las palabras de Mike salieron sin pensar.

—Él realmente te dañó, ¿no?

Vanessa se dio la vuelta. Estaba visiblemente temblando.

—Por favor. —Su voz era suave pero insistente—. Tienes que darte prisa.

Mike apretó las llaves del coche patrulla y asintió.

Cuando Mike se alejó de Vanessa, la vio hundirse en el suelo. Sus sollozos lo siguieron fuera del puesto de socorro.

La repetición en la mente de Mike se desvaneció cuando una rata pasó a su lado. La reacción instintiva de Mike ante el roedor lo detuvo en seco, y podría haber jurado que estaba escuchando los sollozos de Vanessa murmurando a través del conducto de ventilación. Los sonidos lastimeros lo envolvieron con tanta fuerza como los gruesos y pegajosos grupos de telarañas que se aferraban a su cabello, ropa y piel.

Mike quería taparse los oídos para bloquear el sonido, pero sabía que venía de su interior. Y, además, necesitaba sus manos y brazos para continuar con su avance furtivo como ejército.

Incluso por encima del recuerdo de los sollozos de Vanessa, Mike podía oír el sonido de la música de los 80. Lo había oído débilmente cuando estaba a solo unos metros dentro del edificio, y se hizo más y más fuerte a medida que avanzaba por el pozo. El ritmo del rock amortiguó los sonidos imaginarios del dolor de Vanessa y trajeron a Mike completamente al presente.

Mike avanzó poco a poco por una curva del pozo y vio un destello de luz pintada que se acercaba a él a través de la oscuridad. Ya casi había llegado al comedor.

Mike aceleró el paso. Esto creó más ruido, pero la música retumbante enmascaró el leve golpeteo de sus rodillas contra los conductos metálicos.

En apenas unos segundos, Mike, jadeando, alcanzó la rejilla metálica que cubría el extremo del conducto de ventilación. A través de las tablillas inclinadas podía ver, mínimamente, el comedor y el escenario en el extremo opuesto.

Mike giró la cabeza para poder apoyar la cara contra las tablillas. Puso el ojo en una de las aberturas. Se atragantó con una de sus respiraciones agitadas.

—Abby —susurró Mike con urgencia.

☆☆☆

Abby estaba sonrojada y sudorosa de tanto bailar con la música. El acto de sus amigos era increíble.

Durante todo el tiempo que estuvieron actuando, los amigos de Abby parecían perdidos en la música. Ahora, sin embargo, Chica miró a Abby y le indicó que subiera al escenario.

«¡Hurra!» pensó Abby. Saltó al escenario y corrió hacia su amiga.

Abby esperaba ser incluida en la actuación, pero en lugar de eso, Chica tomó su mano y la alejó de los micrófonos. Mientras los demás seguían bailando y cantando, Chica llevó a Abby al fondo del escenario.

Abby estaba confundida, pero no se resistió. ¿Por qué debería hacerlo? Chica era su amiga.

Abby siguió preguntándose qué estaba haciendo Chica, cuando Chica abrió una puerta y entró en un pasillo, uno muy pequeño que casi no tenía luz. Chica empezó a caminar por el pasillo, arrastrando a Abby de la mano.

☆☆☆

Aunque su vista estaba obstruida, Mike podía ver a través de una puerta en la parte trasera del escenario. Chica estaba guiando a Abby por un pasillo estrecho.

Mike empujó la rejilla metálica. No se movió. Retrocediendo para poder aportar más potencia a sus esfuerzos, Mike golpeó la cubierta del respiradero. Continuó aguantando.

Rabia por su necesidad de atravesar la abertura, las manos de Mike tantearon el cinturón de herramientas de Vanessa. Tenía que haber algo que pudiera usar para aflojar la tapa del respiradero.

☆☆☆

Abby confiaba en Chica, pero el estrecho pasillo le hacía pensar en una cueva, una cueva larga, subterránea y aislada de la luz. La puso un poco nerviosa.

Abby estaba a punto de preguntarle a Chica adónde iban cuando Chica se detuvo y soltó la mano de Abby. Chica dio un paso atrás y Abby vio una puerta abierta.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Abby.

Chica levantó una mano y señaló con un dedo grande y plumoso la habitación. Todavía un poco nerviosa pero dispuesta, Abby se encogió de hombros y caminó hacia adelante. Se encontró en una habitación llena de herramientas y piezas de robots. Tenía un aspecto algo repugnante. No le gustaba ver todas las manos, brazos y piernas desconectadas.

Chica le dio un codazo a Abby y volvió a señalar. Abby se volteó…

… y ella inmediatamente se abrazó a sí misma. Realmente no le gustaba lo que estaba mirando ahora… ni siquiera un poco.

Sentada en el tipo de luz que Abby había visto en las casas encantadas en la televisión, una gran muñeca pelirroja con mejillas sonrosadas yacía en una silla de metal. A Abby no le gustó ni la muñeca, que tenía los ojos fijos y una sonrisa demasiado amplia, ni la silla, que era fea y de aspecto duro.

Abby comenzó a dar marcha atrás. Ya no estaba solo un poco nerviosa. Se sentía muy mal, como si algo estuviera muy, muy mal. Ella pensó que podría ser el momento de…

Un sonido, algo así como el ronroneo de un gato, pero no tan amigable, comenzó a salir de la muñeca. Abby, atrapada en su lugar por el miedo creciente y una pizca de curiosidad, miró fijamente a la muñeca.

Mientras miraba, el torso de la muñeca comenzó a abrirse. El interior de la muñeca parecía estar lleno de metal afilado.

La curiosidad de Abby desapareció. Susto era lo único que quedaba. Ella retrocedió otro paso.

—Chica —comenzó Abby— no me gusta…

Abby contuvo el aliento cuando Chica se abalanzó hacia ella. Antes de que Abby pudiera completar la respiración, o hacer otro sonido, Chica la agarró por la cintura y la levantó del suelo.

☆☆☆

Cuando Mike finalmente soltó la rejilla, con la ayuda de una herramienta múltiple del cinturón de trabajo de Vanessa, un golpe hizo volar la cubierta de ventilación. Cayó al suelo, pero el ruido apenas se

notó porque la música rock ahora sonaba aún más fuerte. Su volumen estaba casi a los decibeles de los parlantes.

Mike salió del respiradero y cayó al suelo. Allí permaneció inmóvil, mirando hacia el escenario. ¿Los animatrónicos lo habían visto salir por la abertura del respiradero?

No lo parecía. Foxy todavía estaba bailando en su pequeño escenario, y Freddy y Bonnie cantaban a todo pulmón, con los ojos cerrados, bailando torpemente.

Pensando que si se mantenía agachado podría pasar desapercibido, Mike comenzó a arrastrarse hacia el escenario principal. Mientras avanzaba, mantuvo un ojo en los animatrónicos, pero todavía no se daban cuenta. Eran como derviches, perdidos en sus actuaciones. Se movían con una intensidad casi maníaca.

Cuando Mike llegó a la base del escenario, levantó la cabeza. Necesitaba llegar a la puerta al fondo del escenario, pero Freddy y Bonnie le bloquearon el camino. ¿Cómo podría superarlos?

Mientras Mike dudaba, un distante y muy fuerte sonido metálico lo sacó de sus reflexiones y lo puso en acción. Se puso de pie de un salto y giró hacia el sonido… que venía del fondo del pasillo, no del fondo del escenario. ¿Qué pasaría si Chica hubiera llevado a Abby más adentro del edificio?

Mike ya no estaba pensando en los animatrónicos. Estaba pensando en Abby. Tenía que encontrarla.

Los ojos de Freddy se abrieron. Dejó de cantar y bailar. Miró en dirección a Mike.

Mike inmediatamente se agachó y retrocedió. Después de solo un par de metros de retirada, su pie chocó con algo y sintió que un chorro de agua empapaba su zapato y su calcetín.

Se volvió. Los cubos de agua con jabón… y ahora sucia... todavía estaban en la base del escenario, justo donde Mike los había dejado.

Mike miró hacia el escenario. Freddy volvió a actuar nuevamente. Bien. Los cubos habían desencadenado la idea de un plan, uno que podría funcionar.

☆☆☆

—¡Chica, no! —gritó Abby mientras Chica la llevaba hacia la horrible muñeca en la silla de metal.

Chica tenía a Abby por el torso, la cabeza delante de Chica y las piernas detrás. Gruñendo, Abby se retorció, pero el agarre de Chica era fuerte.

Chica le dio la vuelta a Abby y comenzó a empujarla hacia la muñeca abierta. Abby, con el corazón latiendo más rápido que nunca, hizo todo lo que pudo para mantenerse alejada de las aterradoras partes metálicas de la muñeca.

Abby pateó las piernas como si estuviera nadando. Sacó los pies para clavar su zapato en las caderas de Chica. Apretó los puños y golpeó los brazos de Chica.

La lucha de Abby, parecida a un ataque de silbido, ralentizó un poco a Chica porque tuvo que intentar alinear a Abby con la muñeca, y no pudo porque Abby seguía moviéndose. Sin embargo, Chica no se detuvo lo suficiente. Abby sabía por qué. Ella era solo una niña y Chica era grande y estaba hecha de metal. Abby no podía liberarse. Sintió que la empujaban hacia las partes metálicas.

—¡Ayuda! —gritó.

Abby realmente quería a su hermano.

☆☆☆

Mike se había agachado junto a uno de los cubos cuando escuchó el grito de Abby. El sonido lo conmovió… rápido.

Mike agarró el cubo y corrió hacia el escenario. Ahora era completamente visible desde el escenario, pero Freddy y Bonnie estaban demasiado absortos en su actuación como para darse cuenta.

Mike retiró el cubo y arrojó su contenido al suelo del escenario, justo debajo de los pies de Freddy. Mike se giró y fue a por el segundo cubo. Este lo arrojó hacia los pies de Bonnie.

Tan pronto como el segundo cubo estuvo vacío, Mike lo arrojó a un lado. Sacó una de las pistolas taser del cinturón de herramientas de Vanessa y se plantó frente al escenario.

Mike disparó el taser sin dudarlo. Al instante, los cables del arma dispararon sondas de metal hacia los charcos de agua debajo de los pies de los animatrónicos. Un arco de electricidad azul golpeó el agua y se dirigió como un misil buscador de calor (o un robot) hacia esos pies. La electricidad se disparó a través de ambos animatrónicos. Un espectáculo pirotécnico de chispas brotó sobre el escenario.

Freddy y Bonnie dejaron de cantar y bailar. Se pusieron rígidos. Las luces del escenario parpadearon y luego se apagaron. Ambos animatrónicos se convirtieron en secuoyas taladas. Subieron al escenario como si los hubieran dejado caer desde lo alto de un edificio de cincuenta pisos. ¡Zam! El impacto literalmente sacudió los cimientos del edificio.

Mientras el suelo debajo de él todavía palpitaba, Mike se giró. Corrió hacia el sonido de los gritos de ayuda de su hermana.

☆☆☆

Abby estaba casi completamente presionada contra la muñeca ahora. Le dolían el cuello, la espalda, las piernas y los brazos por el metal duro y afilado que se clavaba en su piel. Jadeando y llorando, Abby se estaba debilitando demasiado para seguir luchando. Le dolía la garganta de tanto gritar y chillar. Y ahora estaba llorando y tenía la nariz tan tapada que le costaba respirar.

Abby miró a Chica. Abby nunca había estado tan herida y decepcionada. Ni siquiera Mike la había hecho sentir tan mal antes.

Abby resopló.

—Por favor, Chica. Déjame ir.

Chica ni siquiera miró a Abby. El animatrónico se estaba agachando. Abby comenzó a jadear aún más frenéticamente para respirar. Estaba segura de que Chica estaba a punto de encerrarla en la muñeca.

Pero entonces, la luz de la casa embrujada fue devorada por una brillante luz blanca. Abby entrecerró los ojos y trató de ver alrededor de Chica.

—¡Oye! —gritó la voz de Mike.

—¡Mike! —gritó Abby.

«Sabía que vendría», pensó.

En realidad, Abby no sabía que Mike vendría. Pero ella tenía esperanzas. Y luego su miedo hizo que la esperanza desapareciera. Ahora la esperanza había vuelto.

☆☆☆

Mike, después de haber encendido las luces principales de la sala de Partes y Servicios, se paró en la puerta con su pistola taser lista.

—¡Aléjate de mi hermana! —le gritó a la desagradable Chica amarilla que estaba tratando de empujar a Abby hacia el animatrónico pelirrojo.

Mike reconoció el animatrónico parecido a una muñeca. Era el que había visto en el almacén. ¡De ninguna manera iba a permitir que Abby quedara encerrada dentro de esa máquina de matar!

Chica se alejó de la silla de metal. Soltando a Abby, el polluelo robótico se acercó a Mike. Mike inmediatamente activó la pistola taser.

Los cables del taser volaron por el aire. Las sondas se separaron y cada una de ellas perforó directamente uno de los ojos de Chica.

Chica cayó tan rápido y tan fuerte como sus compatriotas. Cayó al suelo en posición totalmente boca abajo, con las piernas y los brazos en jarras, y empezó a convulsionar. Sus ojos parpadearon frenéticamente.

En el instante en que Chica la soltó, Abby se alejó de la pequeña niña animatrónica. Ahora saltó de la silla y corrió hacia Mike. Ella se arrojó sobre él.

Mike tomó a su hermana en sus brazos. La abrazó con fuerza mientras ella sollozaba contra su cuello.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

Mike sintió la cabeza de Abby sacudirse contra su hombro.

—No —dijo en voz baja. Pero ella estaba llorando. Sus lágrimas estaban calientes sobre la piel de Mike, goteando hasta su camisa.

Abby apartó la cabeza de Mike. Le dio una mirada furtiva a Chica. Mike también parecía mirar en esa dirección.

El humo subía en espiral desde las cuencas carbonizadas de los ojos de Chica. El pollito estaba inmóvil.

Abby sollozó ruidosamente y dijo, entre más sollozos—: No sé qué le pasa. No sé por qué actúa así.

Mike le dio unas palmaditas en el hombro a Abby.

—Lo sé. Lo sé. Todo irá bien.

Sin perder de vista a Chica, Mike dejó a Abby en el suelo, pero él la sujetó. Cuando estuvo claro que ella estaba firme sobre sus pies, se agachó frente a ella.

—Escúchame, Abs. —Mike puso sus manos sobre los hombros de Abby.

Abby apartó la mirada de Chica y miró a Mike a los ojos. Él miró hacia atrás y se inclinó más hacia ella.

—He sido un idiota con tantas cosas. Necesito que sepas que lo siento, ¿de acuerdo? Todo lo que me ha obsesionado… nada de eso importa. Eres lo más importante en mi vida. Y te lo juro, me aseguraré de que lo sepas. Voy a mostrarte… todos los días… cuánto importas. Voy a hacer… todo… mejor.

Las cejas de Abby se fruncieron brevemente. Luego se secó la cara cubierta de lágrimas y le dio a Mike la sonrisa más grande que jamás había recibido de ella.

Mike sintió como si su corazón explotara como un enorme globo aerostático. Pero lo que lo llenaba no era aire caliente; Era amor. Le dio a Abby una sonrisa que igualaba la suya.

—Yo también te quiero —dijo Abby. Luego miró a Chica—. Probablemente deberíamos irnos ahora —añadió.

Mike también miró a Chica. Le dio un apretón a los hombros de Abby.

—Bien. —Se enderezó.

Mike guardó la pistola taser. Había usado ambos cartuchos. No sería de mucha ayuda ahora. Sacó la picana y miró a Abby.

—Tenemos que asumir que los demás también están… fuera de control.

Abby asintió.

Mike entrelazó su mano libre con la de ella.

—Está bien. Vamos a salir de aquí.

Mike los apuntó fuera de la habitación. Comenzaron a trotar por el pasillo.

Durante los primeros seis metros de su vuelo, Mike pensó que tenían muchas posibilidades de escapar. Pero entonces, escuchó un zumbido parecido a una avispa que los perseguía por el pasillo. Mike se puso tenso y rápidamente miró por encima de su hombro.

¿Qué demonios?

Una pequeña bola de color rosa intenso volaba hacia ellos, viniendo con la velocidad de una flecha disparada con un arco compuesto de alta potencia. Mike vio un destello blanco en el rosa. Se dio cuenta de lo que estaba viendo. El cupcake de Chica.

Y luego se puso la bola rosa en la pantorrilla lesionada. Mike gritó de dolor y se le cayó la pierna.

El impulso de su caída desconectó a Mike de Abby. Cayó al suelo… un impacto sólido. Su aterrizaje le quitó el taser de las manos. Se deslizó por el linóleo.

—¡Mike! —Abby comenzó a agacharse sobre Mike.

—¡Corre! —gritó Mike.

Abby miró hacia el pasillo. Sus ojos estaban llenos de terror. Ella no se movió.

—¡Vete! —Instó Mike, moviendo su pierna hacia adelante y hacia atrás para intentar desconectar el cupcake—. ¡Escóndete!

Abby finalmente corrió. Mike, que ahora intentaba golpear al cupcake con el puño, observó a Abby cruzar corriendo el comedor. «¡Vete!» pensó cuando ella se dirigió directamente hacia la galería.

☆☆☆

Abby, con el pecho agitado, pasó corriendo por el pequeño escenario y se dirigió hacia la primera fila de máquinas de juego en el borde frontal de la sala de juegos. Podría esconderse detrás de los juegos, pensó.

Pero Abby estaba preocupada por su hermano. Reduciendo un poco el paso, comenzó a girarse para mirar a Mike.

Fue entonces cuando lo sintió: la fuerte sensación de que alguien la estaba mirando. Abby giró la cabeza hacia el pequeño escenario.

Al principio, no vio nada. Entonces notó un indicio de movimiento. Rápidamente miró hacia allí. Y vio la forma fantasmal de un niño de ojos azules que salía de detrás de las cortinas del pequeño escenario.

Tan rápido como apareció el niño, desapareció. Pero Abby vio algo más. Dos pinchazos de luz roja aparecieron a la vista desde la parte trasera del escenario. La mirada de Abby fue captada por más movimiento. La punta plateada del anzuelo de Foxy apareció a la vista.

Abby corrió más rápido que nunca en su vida. Derribó la primera fila de máquinas de juego y desapareció (esperaba) en la parte trasera de la sala de juegos arcade.

CAPÍTULO 23

Aunque Mike podía sentir los dientes mordisqueando contra las vendas de su pierna, estaba bastante seguro de que el cupcake estaba recibiendo principalmente un bocado de gasa y relleno. Todavía no había logrado hundir sus dientes en la carne de su pierna.

Mike arrojó su pierna contra el suelo, usando la superficie dura para quitarse el cupcake. El cupcake cayó hacia atrás. Mike inmediatamente se arrastró hacia el taser.

Cuando Mike todavía estaba a medio metro del arma, estiró los dedos. Estaba casi…

Mike gritó cuando una punzada de dolor le recorrió la pierna. Miró hacia atrás.

El cupcake lo había vuelto a morder y esta vez se agarró mejor. Tenía un bocado considerable de la pantorrilla de Mike y estaba empezando a roer a Mike como si fuera una mazorca de maíz.

Mike se dio la vuelta y comenzó a usar su pierna derecha para patear al cupcake en su pierna izquierda. El cupcake quedó colgado mientras Mike lo pisoteaba. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Finalmente, su talón logró aterrizar de lleno en el centro de la cara de ojos saltones del cupcake. El golpe arrancó al cupcake de la pierna de Mike. Desafortunadamente, se llevó consigo un trozo de buen tamaño de la pantorrilla de Mike cuando se cayó.

Mike sintió una oleada de náuseas, pero la ignoró. También ignoró la ráfaga de calor líquido que le corría por la pierna. Tenía que tomar el taser.

Mike se lanzó hacia el taser y lo agarró. Buscó a tientas el interruptor de encendido.

Un ruido seguido de un zumbido avispado le hizo saber a Mike que el cupcake estaba nuevamente en movimiento. El zumbido se hizo más fuerte y Mike supo que la cosa se había lanzado hacia la parte posterior de su cabeza.

Mike giró desde su estómago hasta su espalda. Sacó el taser.

Su sincronización fue impecable. Cuando apuntó con el taser al espacio sobre su cabeza, el taser ensartó al cupcake a través de su boca con dientes. Un espectáculo de chispas similar al que Mike había visto en el escenario, pero en menor escala, estalló justo frente a su cara. Las chispas surgieron de los redondos ojos blancos del cupcake.

Mike agitó el taser y el cupcake salió volando. Golpeó el suelo, rodó… y se quedó quieto.

Fue entonces cuando la mente de Mike le proporcionó una visión enfermiza de lo que habría sucedido si no se hubiera dado la vuelta. El cupcake habría aterrizado en su nuca. Lo habría devorado, del mismo modo en que había atravesado el cráneo del hombre que había encontrado en la sala de Partes y Servicios.

Mike se sacudió la inoportuna película interior. Se concentró en ponerse de pie.

☆☆☆

Abby se arriesgó a echar un vistazo al lado rojo brillante y dorado de una gran máquina recreativa; ella no sabía qué juego era. Inmediatamente volvió a esconderse en su escondite.

Foxy estaba parado al frente de la sala de juegos, al lado del gabinete de premios destrozado que Abby había pasado corriendo menos de un minuto antes. El animatrónico, que solía ser amigo de Abby, giraba la cabeza de un lado a otro. Sus ojos, que eran realmente brillantes, parecían locos. Estaba intentando encontrar a Abby, y no para algo bueno.

O tal vez Abby estaba equivocada. Quizás Foxy todavía era su amigo. Quizás él no estaba enojado con ella. Quizás estaba preocupado por ella. Decidió echar otra mirada diminuta.

Abby se apoyó contra el costado del gabinete. Empezó a inclinarse hacia adelante y su mano se deslizó.

Estalló una música metálica. Las luces de la máquina se encendieron. Pings, golpes y pitidos resonaron sobre Abby.

La cabeza de Foxy giró. Dirigió su mirada hacia la máquina.

Abby se aplastó contra el frío lado metálico de la máquina.

El dedo de Abby debe haber rozado un botón de encendido. «Tonta», pensó. Debería haber sido más cuidadosa. No debería haber intentado mirar de nuevo.

Cerró los ojos con fuerza cuando escuchó el pisotón de los pasos de Foxy que se acercaban. Luego se reprendió a sí misma por ser una bebé tan estúpida. Se alejó de la ruidosa máquina y se lanzó hacia la piscina de bolas. Una vez allí, rápida y silenciosamente se sumergió en el mar de bolas de plástico de muchos colores.

Justo antes de meter la cabeza bajo la superficie, miró furtivamente hacia donde se había estado escondiendo. Foxy había llegado al arcade todavía estridente. Lo miró y luego miró a su alrededor.

Abby se quedó muy quieta debajo de las bolas de plástico. Contuvo la respiración como si estuviera bajo el agua.

☆☆☆

Mike, cojeando pesadamente, llegó al centro del comedor. Comprobó el escenario. Freddy y Bonnie todavía estaban boca abajo en el suelo del escenario.

Miró hacia el pequeño escenario. Estaba vacío. ¿Dónde estaba Foxy?

—¿Abby? —llamó suavemente.

La había visto dirigirse hacia la galería. Se dirigió hacia allí.

Mike todavía estaba a varios metros de la galería cuando escuchó una voz que decía su nombre. La voz de un niño.

Mike se volteó. Y sintió que la sangre se le escapaba de la cara.

De pie en el arco que conducía al vestíbulo y al pasillo principal había un niño pequeño. Un niño pequeño con cabello negro despeinado y labios en forma de arco.

—Garret —susurró Mike.

☆☆☆

Abby tuvo que empezar a respirar de nuevo. Abrió la boca y tomó una bocanada de aire. Y otra. Y otra. Pequeños respiros silenciosos. El aire no olía nada bien. Olía a sucio y en mal estado, como a comida demasiado vieja. Pero Abby hizo todo lo posible por ignorar el asqueroso hedor. Se mantuvo súper quieta.

Por los pasos ruidosos, Abby se dio cuenta de que Foxy se estaba acercando. Si hubieran estado jugando al juego de frío-caliente, Foxy estaba en tibio, calentándose.

Más golpes. Foxy estaba ardiente, ardiente, ardiente.

Abby estaba segura de que, si Foxy miraba hacia abajo, estaría mirando directamente hacia donde ella yacía, escondida por el charco de bolas de colores brillantes. Ella no movió ni el más mínimo músculo.

☆☆☆

Mike caminó hacia su hermano pequeño. Garret no se movió.

Todo lo que Garret hizo fue permanecer en el arco cubierto. Miró fijamente a Mike.

—¿Garret? —volvió Mike a decir, esta vez más fuerte.

—Él está aquí, Mike —dijo Garret.

El chico dio un paso atrás. Luego un segundo paso.

—¡Espera!

Mike se apresuró a avanzar tan rápido como le permitía su pierna. Cruzó los pocos metros que lo separaban de Garret en poco más de un par de segundos. Pero cuando Mike estuvo casi en el arco, Garret se desvaneció.

Fue como si Garret se convirtiera en parte del crepúsculo bajo el arco. Estuvo allí y luego estaba…

… algo más.

En lugar de Garret, apareció alguien disfrazado de conejo. No solo alguien. Un hombre. Mike se dio cuenta de esto por la altura del conejo y su paso… y su altivez grandilocuente.

El conejo caminó hacia Mike. Mike frenó y empezó a retroceder. Quería darse la vuelta y correr, pero no podía apartar los ojos del repelente conejo.

Los animatrónicos estaban andrajosos y sucios, pero lucían impecables en comparación con este atroz disfraz. Este traje de conejo parecía haber pasado por un apocalipsis. Orejas andrajosas caían sobre ojos nublados que estaban rodeados de manchas negras. El pelaje amarillo del conejo estaba moteado de manchas, algunas de las cuales parecían inquietantemente sangre. Su pelaje estaba arrancado en tiras irregulares, dejando al descubierto manchas ennegrecidas debajo.

Pero lo peor del conejo era que caminaba hacia Mike con una sonrisa de dientes sucios extendiéndose entre bigotes rotos que parecían apuntar hacia Mike con muy malas intenciones.

Mike inmediatamente fue a buscar la segunda pistola taser en el cinturón de herramientas de Vanessa. Apuntó y disparó.

Las puntas de metal cargadas dieron en el blanco. Aterrizaron justo en medio del pecho del conejo.

Pero el conejo no se inmutó. Siguió avanzando.

Mike intentó otro tiro, pero no fue lo suficientemente rápido. El conejo rápidamente acortó la distancia entre ellos.

Sin perder el paso, el conejo amarillo se arrancó las sondas taser de su pecho. Llegó hasta Mike y le quitó el taser de la mano.

El taser golpeó el suelo con un crujido y un clic-clac. Por el rabillo del ojo, Mike vio cómo se alejaba.

Antes de que Mike pudiera reponerse, el conejo amarillo le dio un empujón. La fuerza del conejo era casi sobrehumana.

Mike salió volando hacia atrás. Su cuerpo golpeó parte del fuerte que él y Abby habían construido con Vanessa y los animatrónicos, lo cual se sintió como si hubiera sucedido en otra vida. Cuando Mike aterrizó, estuvo seguro de haber escuchado un crujido de hueso. O tal vez fue solo un ligamento cediendo. Fuera lo que fuese, dolía.

Y eso fue solo el principio. Cuando Mike se estrelló contra el suelo, el fuerte que estaba encima de él se derrumbó. Un torrente de mesas cayó hacia él como grandes fichas de dominó de cuatro patas que chocaban entre sí.

Al mismo tiempo, como por pura fuerza de la maldad del conejo, la habitación quedó casi a oscuras. Y comenzó un fantástico espectáculo de luces láser.

☆☆☆

Abby miró hacia arriba a través de la capa semitransparente de bolas de colores. Largas y gruesas franjas de luz, como crayones de neón, cortaban el aire sobre el pozo.

Abby pensó que las luces eran bonitas y deseaba poder verlas mejor. Pero no se movió.

Fue bueno que no lo hiciera. Porque allí arriba también había algo más. Abby pudo ver la forma cuadrada de la cabeza de Foxy descendiendo hacia ella.

☆☆☆

Gimiendo, Mike se liberó de debajo de la pila de mesas. Podía sentir el continuo y cálido chorro de sangre fluyendo por su pierna. Su pantorrilla había estado sangrando desde que el cupcake le había mordido y no había tenido tiempo de hacer nada al respecto. Ahora el impacto de las mesas había acelerado la hemorragia. Mike podía sentir un río de sangre corriendo por su pierna y saturando su calcetín.

El calor líquido tampoco se limitó a la pierna de Mike. Por las sensaciones húmedas y pegajosas en su pecho y espalda, supo que sus otras heridas también se habían reabierto.

Mike necesitaba moverse, pero parecía que no podía ponerse en marcha. Todo lo que pudo hacer fue retorcerse por el suelo.

Mike se detuvo para recuperar el aliento y buscó al conejo amarillo. Tuvo que entrecerrar los ojos para ver. Las luces láser en constante movimiento distorsionaron todo en la habitación. Mike tuvo que entrecerrar los ojos para intentar separar las formas fantasmas de las reales.

Afortunadamente, no vio al conejo. Desafortunadamente, sí vio movimiento en el escenario. O eso creía. Avanzó poco a poco para ver mejor.

«¡No!» Pensó Mike cuando vio que Freddy y Bonnie estaban de nuevo en pie.

Mike intentó ponerse de pie, pero no pudo. Su pérdida de sangre fue peor de lo que había pensado… porque el suelo se sentía como la cubierta de un barco en el mar. Intentó de nuevo levantarse del suelo. Comenzó a levantar la parte superior de su cuerpo, y luego…

… fue interrumpido.

Había encontrado al conejo amarillo. Se acercaba hacia él.

Debido a las desorientadoras luces láser, parecía que el conejo parpadeaba apareciendo y desapareciendo a medida que se acercaba. Era difícil concentrarse. Eso, sin embargo, no impidió que Mike se diera cuenta de que el conejo sacaba ¿de dónde? un enorme cuchillo de carnicero.

Mike miró hacia atrás. Freddy y Bonnie todavía avanzaban hacia el frente del escenario. Al ritmo de caracol en que Mike se movía, los animatrónicos no tardarían mucho en alcanzarlo.

Mike dirigió su mirada hacia el frente otra vez. El conejo estaba más cerca.

Miró a izquierda y derecha. Una pared a un lado. Las mesas al otro. Estaba acorralado.

☆☆☆

Abby apenas respiraba… lo cual era bueno. No solo la mantenía en silencio sino que también le impedía tener que inhalar el desagradable olor de las viejas y polvorientas bolas de plástico. La superficie rugosa y polvorienta de las bolas la hizo…

Oh-oh.

Abby arrugó la nariz e intentó contener el estornudo que le hacía cosquillas en las fosas nasales. Pero no pudo.

Debido a que estaba tratando de amortiguarlo, el estornudo de Abby salió como un silbido. Pero aun así salió. Y todavía fue lo suficientemente fuerte como para…

Manos fuertes agarraron el hombro de Abby. Sintió que la elevaban hacia arriba.

Abby inmediatamente empezó a patear y gritar. Intentó liberarse.

Pero Abby estaba sujeta con fuerza. Salió de la piscina de bolas y dejó escapar otro estornudo. Ella miró hacia—

—¿Vanessa?

Abby dejó de pelear y Vanessa sacó a Abby el resto del camino fuera del pozo. Ayudó a Abby a ponerse de pie en el suelo.

Abby se sacudió mientras miraba boquiabierta a Vanessa y a Foxy. Vanessa sostenía en la mano el taser de Mike. Y Foxy estaba boca arriba, moviéndose como si estuviera teniendo un ataque.

Abby rodeó la cintura de Vanessa con sus brazos. Vanessa usó su mano libre para devolverle el abrazo.

Abby se echó hacia atrás.

—No sé qué les está pasando a nuestros amigos. No sé por qué intentan hacernos daño.

Vanessa se arrodilló frente a Abby. El cabello de Vanessa estaba suelto y enredado alrededor de su cara. Parecía salvaje. Pero cuando habló, su voz era tranquila.

—Abby, cariño. No son ellos mismos en este momento.

Abby asintió. Sintió que iba a llorar, pero no lo hizo.

Vanessa tomó una de las manos de Abby.

—Escucha, Abby. Hay alguien aquí que quiere hacernos mucho daño. Necesito llevarte a un lugar seguro. Y luego tengo que ir a ayudar a tu hermano.

—Yo también puedo ayudar.

Vanessa empezó a negar con la cabeza, pero luego su mirada se dirigió al pecho de Abby. Abby frunció el ceño y miró hacia abajo para ver qué estaba mirando Vanessa. No vio nada repugnante en su mono. ¿Entonces, ¿Cuál era el problema?

Abby levantó la mirada hacia el rostro de Vanessa. Los ojos de Vanessa estaban muy abiertos y tenía esa mirada que tenía la gente cuando tenía una idea.

—¿Qué? —preguntó Abby.

—Los dibujos —dijo Vanessa. Su voz era medio susurro, como si algo la sorprendiera. Miró a Abby a los ojos—. ¡Son los dibujos!

Vanessa se metió el taser debajo del brazo y agarró a Abby por los hombros.

—Tienes razón, Abby. ¡Puedes ayudar!

Abby hizo una mueca.

—¿Eh?

Vanessa empezó a hablar muy rápido.

—Tus amigos no lo recuerdan. Los lastimó mucho. Les quitó sus familias, su amor, sus vidas. Pero no lo recuerdan.

—No entiendo.

Vanessa soltó los hombros de Abby. Extendió la mano y sacó el bloc de dibujo de Abby del bolsillo del pecho de su mono.

—Saben lo que les pasó. Pero no lo recuerdan. —Vanessa sacó los lápices de Abby y los usó para golpear el bloc—. Entonces, díselo.

Abby miró desde su libreta y lápices hasta el rostro de Vanessa.

—¿Qué…?

Abby de repente saltó a un recuerdo, uno muy reciente. Recordó haber visto el dibujo iluminado, el del conejo amarillo y los cinco niños. Cuando su mente le mostró el dibujo nuevamente, vio a cada uno de los niños en primer plano. Vio las grandes sonrisas dibujadas en sus rostros.

El recuerdo desapareció y Abby miró a Vanessa.

—Ese dibujo.

Vanessa asintió, sonriendo.

Abby tomó su libreta y sus lápices.

—¡Tienes razón! Tengo que ayudarlos a recordar.

☆☆☆

El conejo amarillo se abalanzó sobre Mike, agitando el cuchillo de carnicero en el aire como si fuera un bastón y el conejo fuera un director de orquesta depravado. Mike no podía mantenerse en pie y correr. No podía alejarse a la velocidad de la luz. No podía hundirse en el suelo ni volverse invisible. Todo lo que pudo hacer fue mirar al conejo y decir—: Vete al—

El conejo le dio una patada a Mike en la cara.

La cabeza de Mike retrocedió y la parte posterior de su cráneo golpeó el suelo. La madre de todos los dolores de cabeza apareció instantáneamente. Un líquido caliente, espeso y cobrizo llenó la boca de Mike. Empezó a correr por su garganta. Se atragantó y escupió.

Mike intentó enfocar sus ojos, pero no quisieron cooperar. Estaban en algún lugar en una tierra de prados llenos de mariposas.

Eso estaba bien. Mike no iba a encogerse como un cobarde.

Mike reunió las fuerzas que aún le quedaban y giró la cabeza para mirar al conejo nuevamente.

—Dije —dijo Mike tan claramente como pudo— Vete… al…

El conejo volvió a patear a Mike.

Esta vez, la determinación de Mike de ser duro le falló. Su cabeza volvió a rebotar en el suelo, y los prados y las mariposas se convirtieron en una confusión de luces láser, dientes torcidos y ojos malvados en una visión oscura y agitada del infierno. Mike vio este paisaje alucinante a través de un vapor gris. Aun así, pudo ver el cuchillo… elevado sobre su pecho.

Mientras luchaba por mantenerse consciente y comenzaba a perder la batalla, Mike escuchó…

—¡Es suficiente!

¿Era esa la voz de Vanessa? No importaba. Mike estuvo de acuerdo. Ya había tenido suficiente. Dejó de pelear. Cerró los ojos y dejó que su conciencia tomara un descanso.

☆☆☆

Escondida detrás de una máquina de pinball destartalada a la que le faltaba el cristal, Abby estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Estaba escondida, pero aún podía ver el comedor. Estaba inclinada sobre su bloc de dibujo, garabateando su lápiz tan rápido como podía moverlo.

Sin embargo, cuando Vanessa gritó, Abby levantó la vista.

Abby tuvo que apretar los labios para evitar que saliera un grito. Su hermano yacía totalmente inmóvil en el suelo. Había sangre a su alrededor.

Un conejo amarillo, sosteniendo un cuchillo, estaba parado encima de Mike. Vanessa estaba unos seis metros detrás del conejo. Y empuñaba una pistola con ambas manos, tal como Abby había visto en la televisión. En la televisión, sin embargo, las manos de los policías no temblaban como le temblaban a Vanessa.

El cuchillo del conejo se detuvo en el aire, pero el conejo no se dio vuelta. Las manos de Vanessa temblaron aún más.

Abby quería ver lo que estaba pasando con su hermano, pero la única forma en que podía ayudar a Mike era seguir dibujando. Entonces, volvió a mirar su libreta.

Mientras lo hacía, creyó ver movimiento a su izquierda. Abby miró en esa dirección. Nada.

¿Dónde estaba Foxy? ¿Todavía estaba en el suelo?

No importaba. Tenía que terminar su dibujo.

Desde el comedor llegó el sonido de un gruñido grave. Del conejo, pensó Abby. Se mordió el labio inferior y volvió a poner el lápiz en la página.

—Suelta el cuchillo —dijo Vanessa.

Abby empezó a dividir su atención entre el dibujo y lo que estaba pasando con Vanessa y el conejo. Eso no fue algo difícil de hacer. Abby estaba acostumbrada a mirar televisión mientras dibujaba. Sabía que Mike pensaba que ella no veía la televisión, pero así era.

Abby dibujó. Y observó cómo el conejo, todavía de espaldas a Vanessa, comenzó a quitarse la cabeza del disfraz de conejo.

Los temblores de Vanessa empeoraron.

Abby pudo ver ahora que la persona dentro del traje de conejo era un hombre con cabello oscuro y canoso.

—Estás un poco mayor para las rabietas… —dijo el hombre. Luego se volteó—. … ¿no es así, Vanessa?

El lápiz de Abby falló. No le gustó en absoluto el aspecto del hombre. Tenía un rostro delgado y una frente alta. También tenía los ojos muy entrecerrados. Parecía… realmente desagradable.

—No estoy bromeando, papá —dijo Vanessa—. Suéltalo.

«¿Papá?» pensó Abby. «Pobre Vanessa».

—Se acabó —dijo Vanessa.

—No lo creo, cariño. Es posible que hayas olvidado tu lealtad, pero te aseguro que ellos no. El hombre hizo un gesto hacia Freddy y Bonnie, que estaban al frente del escenario. Estaban firmes.

—Continúen —le dijo el hombre a los animatrónicos. Señaló a Mike—. Háganlo pedacitos.

Freddy y Bonnie comenzaron a cruzar el escenario, dirigiéndose al corto tramo de escaleras. No caminaban del todo bien, pero caminaban lo suficientemente bien como para llegar a Mike mucho más rápido de lo que Abby quería.

El hombre del traje de conejo miró a Vanessa.

—Ahora, ¿por qué no dejas esa tontería a un lado y ayudas a papá a limpiar el desastre que hiciste? —Dio un paso hacia Vanessa—. Ambos sabemos que en realidad no usarás…

El sonido del disparo hizo que el lápiz de Abby se deslizara por la página formando una línea irregular. La punta del lápiz rasgó el papel. Abby ignoró tanto la línea como el agujero en el papel mientras seguía dibujando. Al mismo tiempo, vio al hombre saltar hacia atrás. Miró su hombro. Abby pudo ver que la bala de Vanessa había hecho un agujero en el traje de conejo… y en el hombre.

Al hombre no pareció importarle la bala. Pero estaba enojado.

El hombre le gruñó a Vanessa y volvió a poner su cabeza de conejo. Luego cargó hacia ella.

Abby no se sorprendió tanto por las siguientes tres veces que se disparó el arma. Sabía que todavía no tenía mucho tiempo, así que se obligó a seguir dibujando, incluso mientras observaba los disparos de Vanessa pasar por delante del conejo.

«Vanessa está temblando demasiado para apuntar bien», pensó Abby. Y fue por eso que el hombre del traje de conejo pudo alcanzar a Vanessa y agarrarla por el cuello.

—Tenías un trabajo. Mantenerlo en la ignorancia… y matarlo si descubría algo.

Vanessa escupió en la cara de su padre.

—Esos son dos trabajos.

—¡Cierra la boca! —gritó el conejo amarillo. Al mismo tiempo, clavó un cuchillo grande y horrible en el estómago de Vanessa.

Abby sintió que se le contraía mucho el estómago y sintió que iba a vomitar. Pero no lo hizo. Siguió dibujando.

El conejo hundió sus dedos con más fuerza alrededor de la garganta de Vanessa y la levantó. Los pies de Vanessa flotaron en el aire a varios centímetros del suelo.

Abby arrugó la cara. Estaba tan asustada por Vanessa que pensó que podía sentir unos dedos de conejo peludos y repugnantes alrededor de su propio cuello. Pero siguió dibujando.

Vanessa arañó el estrangulamiento de su padre. Tiró de la mano de su padre, pero él no la soltó. Mientras luchaba, Vanessa miró hacia Mike.

Abby también lanzó una mirada a su hermano. Su lápiz hizo una última marca en el bloc. Freddy y Bonnie casi habían alcanzado a Mike. «¡Hora de ir!»

Abby se levantó y corrió.

Vanessa estaba nuevamente mirando a los ojos del malvado conejo. El conejo, que todavía asfixiaba a Vanessa con una mano, estaba totalmente concentrado en ella. Al principio no vio a Abby. Pero Vanessa sí lo hizo y sonrió.

Abby corrió hacia la pared de cuadros. Su dibujo ondeaba como alas de pájaro en su mano.

—¡No! —gritó el hombre del traje de conejo.

Oh-oh. Había visto a Abby.

Abby lanzó una mirada al conejo, pero no disminuyó la velocidad ni siquiera cuando el conejo soltó el cuello de Vanessa y se giró hacia ella.

—¡Detente! —gritó Vanessa.

Abby sabía que Vanessa no le estaba hablando, pero sus pasos vacilaron cuando vio que Vanessa había dejado caer sus manos. Vanessa estaba

agarrando la hoja del cuchillo, que sobresalía de su estómago. El conejo todavía tenía una de sus manos en el otro extremo del cuchillo.

El conejo miró hacia abajo. Gruñendo, intentó sacar el cuchillo del vientre de Vanessa. Pero Vanessa no lo soltó.

Abby pudo ver que Vanessa estaba sufriendo mucho. La cara de Vanessa estaba muy blanca y estaba toda retorcida. Pero aun así logró decir con un grito ahogado—: No dejaré que también la lastimes.

CAPÍTULO 24

Por mucho que odiara lo que le estaba pasando a Vanessa y quisiera correr hacia el conejo y golpearlo con los puños, Abby sabía que no podía evitarlo. Lo único que podía hacer era lo que estaba haciendo: tenía que seguir avanzando hacia la pared. Entonces, no dejó que su ritmo disminuyera, incluso mientras veía a Vanessa luchar con su padre.

Abby finalmente llegó a la pared. Rápidamente miró por encima de su hombro, justo a tiempo para ver a Vanessa presionar hacia el conejo. Vanessa envolvió a su padre en un fuerte y gran abrazo de oso.

«Oh, no», pensó Abby.

Entendió que Vanessa estaba tratando de salvarla, pero al abrazar al hombre de esa manera, tenía que haber clavado el cuchillo mucho más en su cuerpo.

Abby empezó a llorar justo cuando el conejo amarillo rugía. Observó cómo el conejo golpeaba la espalda de Vanessa, tratando de liberarse. Vanessa, sin embargo, no lo soltó.

Abby tenía que hacer que el sacrificio de Vanessa valiera la pena. Al mirar la pared de dibujos de los niños, Abby rápidamente encontró el dibujo del conejo amarillo con los cinco niños, y lo alcanzó.

Al mirar hacia atrás, Abby vio que Vanessa estaba mirando directamente hacia ella. Los ojos de Vanessa se veían raros, como si fueran luces a las que les costaba permanecer encendidas. Aun así, Vanessa sostuvo la mirada de Abby.

Y el conejo siguió luchando para liberarse.

Abby consiguió el dibujo del conejo y los cinco niños. Arrugó el papel que tenía entre las manos y apartó la mano de la pared.

Cuando el dibujo se soltó de la pared, se rompió. El sonido del largo y crepitante riiippp fue mucho más fuerte que el sonido normal del papel al romperse.

Tan pronto como el sonido terminó, Abby vio que los brazos de Vanessa comenzaban a alejarse de su padre.

—Lo siento, papá. —Su voz era tan débil que Abby apenas la escuchó.

—¡Quítate! —chilló el hombre del traje de conejo.

El conejo arrojó a Vanessa a un lado y se volteó para mirar a Abby. Dejó escapar un sonido retumbante que hizo que Abby pensara en un perro realmente enojado. Abby sabía que esa rabia estaba dirigida a ella.

Y el conejo ahora también se acercaba a ella.

El sonido de los pasos del conejo llenó la habitación. Estaba cargando hacia Abby.

Abby rápidamente se giró y presionó su nuevo dibujo contra la pared, en el espacio donde había estado el otro dibujo. Pero el otro dibujo estaba pegado a la pared con cinta adhesiva y la cinta se había desprendido con el dibujo. Abby no tenía forma de fijar su dibujo a la pared.

Abby miró la pared, esperando encontrar un trozo de cinta adhesiva libre, pero toda la cinta que contenía otros dibujos era vieja. Sabía que nada de eso funcionaría.

Los pasos del conejo estaban muy cerca. Abby no se giró para mirar, pero sabía que el conejo casi…

«¡Ya sé!» pensó Abby.

Abby siguió sosteniendo el dibujo en su lugar con una palma y con la otra buscó en el bolsillo de su mono. Sacó uno de sus lápices de colores y…

… balanceando su brazo en un amplio arco en el aire, Abby clavó la punta del lápiz a través del dibujo, clavando el lápiz en la pared.

Abby no estaba segura de que funcionaría porque la pared no era blanda como un tablero de anuncios, pero cuando soltó el lápiz, el dibujo permaneció en su lugar. Y todas las luces del comedor se apagaron.

Abby apenas se atrevía a respirar y mucho menos a moverse, pero tenía que ver qué estaba pasando. Se alejó de la pared.

Aunque las luces del comedor estaban apagadas, las luces fluorescentes del vestíbulo todavía estaban encendidas. Eran débiles, por lo que no podían proyectar el brillo muy lejos. Pero lo que alcanzó la pared de cuadros y el resto de la habitación fue suficiente para que Abby viera que nadie se movía.

El conejo amarillo estaba a solo un par de metros de Abby, pero fue detenido en seco. También lo estaban Freddy y Bonnie, que estaban de pie junto a Mike. Vanessa estaba en el suelo, muy, muy quieta.

Abby quería correr hacia Vanessa… y Mike. Pero ella se quedó dónde estaba.

Freddy y Bonnie movieron la cabeza. Miraron hacia el conejo amarillo. Luego comenzaron a avanzar hacia el conejo, con pasos lentos e inestables.

Los horribles ojos del conejo amarillo se fijaron en Abby.

—¿Qué has hecho? —gruñó.

Abby todavía estaba asustada, pero echó los hombros hacia atrás y dijo—: Ahora pueden verte.

Abby dio un paso hacia un lado. De repente, se encendió uno de los focos del escenario. Aterrizó justo en el nuevo dibujo de Abby.

Abby miró su trabajo. A pesar del pánico que había sentido al dibujar, de su preocupación por su hermano y Vanessa, y del asco que sentía por el conejo amarillo, Abby había hecho posiblemente el mejor dibujo que había hecho en su vida. O simplemente podría haberse sentido así.

Tal vez los colores no eran perfectos y tal vez algunas de las cosas en el dibujo se veían un poco temblorosas, pero el mensaje del dibujo era perfectamente claro. Abby había dibujado al conejo amarillo sosteniendo

un cuchillo ensangrentado, parado sobre los cadáveres de cinco niños pequeños.

Abby miró al conejo amarillo. No podía ver el rostro del hombre detrás de la cabeza de conejo disfrazada, pero podía ver que al hombre no le gustaba el dibujo. La mueca del conejo amarillo parecía incluso más mala que antes.

El conejo amarillo dio un paso hacia Abby. Ella retrocedió hacia la pared.

Foxy salió de las sombras más allá del foco de atención. Se puso entre Abby y el conejo amarillo.

El corazón de Abby comenzó a latir con fuerza en su pecho. Pero entonces Foxy se dirigió hacia el conejo.

—Muévete —le dijo el conejo a Foxy.

Foxy no se movió.

—¡Dije, muévete! —gritó el conejo amarillo.

Un fuerte clic respondió al bramido del conejo. Se encendió un segundo foco. Atrapó al conejo amarillo en un círculo de luz blanca tan poderoso que Abby no podía mirarlo directamente. Tampoco al conejo amarillo. Levantó una mano para protegerse los ojos.

El conejo amarillo se alejó de la luz y, cuando lo hizo, Freddy, Bonnie y Chica estuvieron allí. «Casi por arte de magia», pensó Abby. Pero no realmente. Estaban moviéndose en la oscuridad cuando Abby y el conejo se distrajeron con los focos.

El conejo amarillo ya no miraba a Abby. Estaba mirando a los animatrónicos. Y a los animatrónicos tampoco parecía importarles Abby.

Ahora ella podía moverse.

Abby se hizo a un lado a lo largo de la pared. Nadie la miró. Eso le dio coraje.

Manteniendo sus pasos lo más ligeros posible, Abby corrió hacia Mike. Ella cayó de rodillas junto a él.

—Mike —susurró Abby—. ¡Mike, despierta!

Los pequeños pelos de las pestañas de Mike se ondulaban contra su piel, pero no abrió los ojos. Abby se inclinó y le puso una mano en el hombro. Ella lo sacudió muy fuerte.

—¡Mike! —le siseó fuertemente al oído.

Mike abrió los ojos. Parpadeó varias veces y luego pareció concentrarse en el rostro de Abby.

—¿Abby?

Abby asintió, pero se tensó cuando escuchó un raspado y un golpe. Se alejó de Mike.

Estaba bien. Ella y Mike estaban bien.

Los animatrónicos ahora estaban más cerca del conejo amarillo. Lo rodearon completamente, creando un círculo que estaba a unos dos pies de él. Y se estaban acercando aún más.

—Mírense —dijo el conejo amarillo. Su voz estaba llena de disgusto. Sonaba de la misma manera en que sonaban los matones—. ¡Miren en qué cosas desagradables te has convertido! ¡Miren lo insignificantes que son!

Los animatrónicos dejaron de moverse. Abby se mordió el labio. No iban a escuchar al conejo amarillo, ¿verdad?

El conejo amarillo aprovechó la vacilación de los animatrónicos.

—Miserables bestias podridas —dijo, su voz sonaba aún más cruel que antes—. ¡Miren qué patéticos son! —El conejo miró a cada animatrónico por turno—. ¡Miren lo inútiles que son!

El conejo amarillo se centró en Chica, que estaba parada frente a él con su plato levantado. Su cupcake estaba nuevamente en su lugar en el plato, preparado pero quieto.

El conejo amarillo dio un paso hacia Chica. Señaló a Chica y luego señaló a Mike y Abby.

—Ahora ve allí —ordenó— y destrozalos… antes de que yo los destroce a todos ustedes.

Abby contuvo la respiración. ¿Qué harían los animatrónicos?

Abby obtuvo su respuesta en un instante.

El cupcake saltó de su plato. Voló directamente hacia el pecho del conejo amarillo y hundió sus grandes dientes blancos en el pelaje falso y lleno de agujeros que se extendía sobre el corazón del conejo.

El conejo amarillo gritó. Golpeó al cupcake, pero este aguantó. Comenzó a girar y saltar de un lado a otro, como si estuviera en llamas. Se sacudía tan violentamente que se le cayó la cabeza del disfraz.

Abby observó cómo la cabeza de conejo amarilla salía disparada por el aire. La cabeza golpeó la pared de dibujos y luego rebotó al suelo. Rodó una y otra vez, dos veces. Luego se quedó quieta. Las orejas del conejo cayeron hacia abajo. La boca con dientes se abrió.

Abby volvió su atención al hombre con el resto del traje de conejo. Se había desplomado en el suelo. Arrodillándose, agarró al cupcake con ambas manos. Movió al cupcake de un lado a otro. Finalmente, arrancó al cupcake de su pecho.

Mientras intentaba soltarse del cupcake, este no abrió la boca. Aguantó. Entonces, lo acompañó una sección grande y ancha de pelaje de conejo de color amarillo enfermizo. El hueco en el traje de conejo permitía ver el funcionamiento interno del disfraz.

Abby hizo una mueca y se abrazó a sí misma cuando vio lo que había debajo de la piel sintética. Había visto algo parecido antes. Hizo que sus entrañas se anudaran.

El disfraz de conejo amarillo tenía lo mismo que tenía la pequeña pelirroja animatrónica, en el que Chica había intentado poner a Abby. El traje estaba forrado con fila tras fila de objetos metálicos súper afilados. Ahora que Abby podía verlos más claramente que cuando estaba peleando con Chica, decidió que las cosas de metal parecían un montón de garras de cangrejo. Las garras estaban bien cerradas y curvadas hacia los lados del traje. Pero si las garras se abrieran…

Mientras Abby miraba las cosas de metal, escuchó un chasquido, como el de una cerradura que se abre. Una de las pinzas del cangrejo se abrió. Luego otra.

Y otra.

Abby vio que la sangre empezaba a correr por el metal. Luego, la sangre manchó los bordes del pelaje de conejo circundante.

Abby miró el rostro del hombre del traje. Tenía los dientes apretados. Tenía los ojos muy abiertos.

Abby pensó en Vanessa, que todavía estaba tirada en el suelo. Vanessa podría incluso estar muerta.

El horrible hombre del traje merecía lo que le estaba pasando. Abby dejó de sentir pena. Incluso le gustó cuando escuchó otro chasquido y supo que el hombre estaba siendo herido aún peor.

☆☆☆

Se sentía como si cien minitaladros intentaran excavar en la cabeza de Mike y también en el resto de su cuerpo. No podía ver del todo bien y su cuerpo se sentía tan fláccido e inútil como un pez sacado del agua.

Sin embargo, Mike estaba empezando a orientarse. Sabía dónde estaba: en el comedor de Freddy's. Sabía que Abby estaba con él y, hasta donde él podía ver, ella estaba bien. También sabía que el hombre que había intentado matarlo estaba recibiendo su merecido.

Mike reconoció los chasquidos que estaba escuchando. Sabía lo que le estaba pasando al hombre. Lo estaban ensartando desde el interior de su disfraz.

—¿Qué son esas cosas en el traje? —preguntó Abby—. Son como los del traje en que Chica intentó ponerme.

Mike sintió como si un burro le estuviera dando patadas en el pecho. La idea de Abby…

—Son resortes —respondió Mike.

El hombre del traje de conejo… era Steve Raglan, el consejero profesional que había contratado a Mike y cuya voz había estado resonando en el cráneo de Mike durante tanto tiempo… Mike no lo sabía, pero Raglan no era su verdadero nombre. Su verdadero nombre era Afton, William Afton, y de alguna manera el destino los había vuelto a unir.

Afton miró a Mike y Abby. Aunque el tipo estaba claramente incapacitado, Mike buscó a Abby, queriendo protegerla.

Pero Mike no tenía por qué preocuparse. Afton simplemente estaba dando una muestra de desafío.

El rostro de Afton estaba deformado por el dolor, y su cuerpo estaba siendo sacudido salvajemente por lo que estaba sucediendo dentro del traje de conejo. Aun así, a través de la continua reacción en cadena de los resortes, Afton pudo deslizarse por el suelo. Se arrastró hacia adelante hasta alcanzar la cabeza del disfraz.

Más chasquidos.

Afton volvió a ponerse la cabeza de conejo amarillo. Con movimientos inestables y débiles, el conejo amarillo logró enderezarse. Se enfrentó a los animatrónicos, que estaban hombro con hombro, observando al conejo.

—Los maté una vez —dijo Afton, con su voz tensa, pero fuerte dentro de la cabeza de conejo. Puedo hacerlo otra vez.

El conejo amarillo dio un paso hacia los animatrónicos.

Mike escuchó una serie de sonidos agudos, como el castañeteo de dientes de metal. ¡Clack! ¡Clack! ¡Clack!

Los resortes restantes se estaban soltando. E incluso Afton, aparentemente inmune a la destrucción, no pudo soportar eso.

El cuerpo del conejo amarillo se contorsionó, encogiéndose hacia adentro. Afton aulló como un animal torturado. Sus aullidos recorrieron el edificio como una ráfaga de murciélagos revoloteando por una cámara subterránea.

Como canalizando el tormento del conejo, la pizzería empezó a agitarse. El edificio parecía moverse de un lado a otro sobre sus cimientos.

Al mismo tiempo, los focos comenzaron a encenderse y apagarse. Las luces láser se encendieron. Un confuso mosaico de fragmentos de canciones de rock entrelazados con ráfagas de estática provenientes de los parlantes del intercomunicador. Sobrecarga de sensaciones. Caos.

El edificio ahora temblaba en su centro. Los restos del fuerte de Abby tartamudeaban por el suelo del comedor. Las luces del techo se balanceaban y…

… un banco de luces fluorescentes se derrumbó.

El marco metálico de las luces aterrizó a solo un par de metros de Abby. Demasiado cerca para su comodidad.

Mike obligó a su cuerpo a ponerse en marcha. Tenían que moverse.

—¡Vamos! —gritó Mike.

Rechazando la debilidad de su cuerpo, Mike se levantó del suelo. Tuvo que apoyarse un poco en Abby para ponerse en movimiento, pero una vez que dio un paso, consiguió algo de impulso. Avanzó cojeando, apuntando hacia el vestíbulo, sujetando con fuerza la mano de Abby.

Pero Abby resistió su intento de instarla a seguir adelante.

—¡Espera! —lloró ella—. ¡Tenemos que llevarnos a Vanessa!

—¿Vanessa? ¿Ella está aquí? —Mike frunció el ceño y miró a su alrededor. ¿Por qué estaba Vanessa aquí? Ella había sido inflexible en que…

—¡Ella me salvó! —gritó Abby. Ahora ella estaba tirando de Mike—. Vamos.

Mike dejó que Abby lo guiara, no hacia el vestíbulo, sino hacia el centro del comedor. Tan pronto como dieron un par de pasos, Mike vio a Vanessa. Sus pies vacilaron y su respiración se aceleró. Vanessa estaba boca abajo en el suelo, sin moverse. Un charco de sangre que era demasiado grande para hacer que Mike se sintiera optimista sobre su supervivencia, se extendía en todas direcciones a su alrededor. «Quizá ya se haya ido», pensó Mike.

Obstaculizado ahora no solo por sus heridas sino también por un dolor asfixiante, Mike apenas pudo recorrer el resto del camino hasta donde yacía Vanessa. Pero llegó allí. Cuando lo hizo, se apoyó laboriosamente sobre una rodilla, que plantó en el espeso y pegajoso derrame rojo que rodeaba a Vanessa.

Cuando Mike puso dos dedos contra el cuello de Vanessa y, para su alivio, sintió un leve pulso, vio movimiento al otro lado de la habitación. Incluso sobre la continua mezcolanza de música y estática, escuchó el ruido de pasos animatrónicos. Sus músculos se tensaron y levantó la mirada.

Mike había estado seguro de que los animatrónicos vendrían por él y Abby. Pero no lo hicieron. Claramente no podrían haberles importado menos Mike y su hermana. Por lo demás estaban ocupados.

Mike observó cómo Foxy usaba su gancho para arrastrar al conejo amarillo detrás de él. Los otros tres animatrónicos siguieron a Foxy y al conejo hasta el pasillo trasero.

—¡Mike! —dijo Abby. Ella le sacudió el brazo—. No creo que le esté yendo bien.

Mike volvió a mirar a Vanessa. Abby tenía razón. Vanessa estaba viva, pero apenas.

—Vamos. Ayúdame.

Ni Mike ni Abby deberían haber sido lo suficientemente fuertes como para levantar a una mujer inconsciente. Pero lo hicieron de todos modos. Se las arreglaron para sujetarla entre ellos mientras ambos se ponía de pie. Luego, cada uno rodeó sus cuellos con uno de los brazos inertes de Vanessa. Agarrando fuerte a Vanessa por los brazos, lograron empezar a arrastrarla por el comedor.

Mike miró hacia el pasillo trasero mientras avanzaban, pero no vio nada más que una tubería negra. Los animatrónicos y el conejo amarillo ya no estaban a la vista.

Los acordes discordantes y fragmentos de letras que todavía salían de los altavoces eran más fuertes ahora. Las luces estaban encendidas ahora-me-ves-ahora-no-incluso más rápido que antes.

El suelo empezó a moverse bajo los pies de Mike y Abby. Se sentía como si el edificio comenzara a tambalearse.

Mike escuchó un pequeño zumbido sobre su cabeza y miró hacia arriba. Vio que los soportes que sujetaban dos juegos de focos al techo se

soltaban. Los focos se derrumbaron; aterrizaron apenas un pie a la derecha de Mike.

Sin decir una palabra, Mike y Abby aceleraron el paso. Ambos gruñían por el esfuerzo, ambos jadeaban. La cara de Mike estaba caliente y tenía que parpadear constantemente para quitarse el sudor de los ojos.

Inmediatamente después de la caída de los focos, empezaron a explotar bancos enteros de luces fluorescentes. Un monzón de cristal se derramó sobre la habitación.

—¡Mira hacia abajo, Abby! —gritó Mike. Siguió su propio consejo, lo que evitó que el cristal le entrara en los ojos. Pero sintió fragmentos del tamaño de púas picando su cuero cabelludo mientras el vidrio caía sobre su cabeza.

«Solo unos pocos pasos más», se dijo Mike. Se esforzó por mantener el brazo de Vanessa. Su piel estaba resbaladiza por la sangre. También sus manos.

Mike miró a Abby, preocupado de que ella no tuviera fuerzas para seguir adelante. Pero Abby era una soldado. Tenía los labios apretados y fruncía el ceño ferozmente.

Un paso. Dos pasos. Tres pasos.

Llegaron al vestíbulo justo cuando un gemido gutural e infernal surgió de lo que parecían los rincones más escondidos del edificio. El sonido los alcanzó como las manos de un asesino.

Mike lanzó una mirada por encima del hombro. Estuvo a punto de soltar a Vanessa cuando vio una especie de mampostería de humo acercándose al vestíbulo.

El humo llegaba rápidamente. Demasiado rápido. «Nos va a alcanzar», pensó Mike. «Podría-»

¡Cha-chunk! Mike apartó la mirada del monstruo de humo y vio que Abby había soltado la manija de la puerta principal. Estaba inclinada hacia la puerta, empujándola hacia afuera.

Mike intentó avanzar y tropezó. Su cabeza golpeó la puerta y vio…

… negro.

CAPÍTULO 25

Mike nunca había oído a los pájaros cantar tan fuerte.

Protegiéndose los ojos contra un sol que jugaba al escondite en un cielo lleno de nubes, Mike miró hacia los árboles que rodeaban las limpias líneas blancas del Centro de Desarrollo Infantil. Los enormes robles y pinos parecían hacer guardia sobre el edificio y sus preciosos ocupantes. Los pájaros que Mike podía oír saltaban de rama en rama en los árboles.

Mike se dio cuenta de que nunca había prestado mucha atención a los pájaros en su vida real. Los había escuchado en sus sueños todas las noches. ¿Pero había escuchado alguna vez sus canciones durante el día? No precisamente. Bueno, iba a empezar a hacerlo ahora.

Voy a empezar a hacer muchas cosas, decidió. Pero ahora mismo necesitaba recoger a su hermana.

Mike tardó unos minutos en entrar al edificio y recorrer el largo pasillo hasta el Centro de Actividades. Todavía estaba cojeando. Principalmente, la cojera era causada por la herida que se estaba curando en la pantorrilla, pero también tenía un par de pequeñas grietas en los huesos: en la tibia y el peroné. No eran lo suficientemente grandes para colocar yesos, le había dicho su médico. Se curarían solas.

El resto de las heridas de Mike también estaban sanando. Había necesitado muchos puntos y, durante un par de semanas, parecía como si se hubiera tatuado con manchas de negro, azul y morado. Pero tres semanas después, la mayoría de los moretones habían desaparecido. Le habían sacado los puntos. Estaba mejorando.

El sonido de la risa aceleró a Mike. Miró hacia adelante y vio a la Dra. Lillian parada frente a la ventana del Centro de Actividades. Intercambiaron un saludo y Mike estuvo a su lado unos segundos después.

Mike le sonrió a la Dra. Lillian y miró por la ventana. Dentro del colorido espacio de juego, un grupo de seis niños estaban en medio de un ruidoso juego de mancha y, para total alegría de Mike, Abby era una de los niños. Su hermana, vestida con su mono rojo favorito, se balanceaba y tejía para evitar ser atrapada. Tuvo algunos movimientos locos. Huir de los animatrónicos y de un conejo asesino en serie había perfeccionado sus habilidades de escape. Y afortunadamente, eso no pareció haber debilitado su espíritu en absoluto. Todo lo contrario. En ese momento, mientras hacía un impresionante drop-and-roll que la alejaba del alcance de un niño pequeño con un corte de pelo plano, Abby sonrió más grande y ampliamente de lo que jamás había visto.

Abby se puso de pie y saltó lejos de una pequeña niña pelirroja. Vio a su hermano y le saludó brevemente con la mano. Luego salió de nuevo, corriendo hacia el otro lado de la habitación.

—Es realmente extraordinario —dijo la Dra. Lillian— el giro que ha tomado estas últimas semanas. Parece casi…

—¿Feliz? —Mike se volvió para mirar a la Dra. Lillian.

La doctora colocó un mechón de cabello blanco detrás de su oreja mientras asentía. Luego miró su pierna más afectada.

—Un día de estos, tendrás que contarme qué pasó. —Señaló la pierna—. Y cómo conseguiste esa cojera.

Mike sonrió, pero no accedió a soltar la sopa.

Mike y la doctora observaron a Abby en silencio durante unos segundos. Entonces la Dra. Lillian preguntó casualmente—: ¿Y todavía no hay noticias de Jane?

Mike negó con la cabeza. Estaba preparado para esta pregunta y la respondió con la misma naturalidad con la que la había formulado la Dra. Lillian.

—Sabe, creo que mi tía finalmente ha decidido pasar de eso.

«Quiero decir… en cierto modo lo hizo», pensó Mike.

☆☆☆

Mike encendió la señal de giro de su auto. El chirriante clic-clic condujo al sonido de sus frenos chirriantes mientras maniobraba el viejo cacharro en una esquina.

Un eructo de escape entró flotando por la ventana abierta de Mike. Le dio una palmadita al tablero frente a su volante. Las peculiaridades del coche habían empezado a divertirle más que a molestarle.

Mike miró a Abby, que tenía los pies apoyados en la guantera. Su bloc de dibujo estaba apoyado sobre sus rodillas. Estaba dibujando algo que Mike no podía ver.

—Realmente no es tan difícil —dijo Mike.

Abby no dijo nada.

—Te hice una pregunta muy simple —empujó Mike— para la cual hay una respuesta muy simple. ¿Pizza o espaguetis?

Abby levantó su bloc de dibujo. Mike le echó un vistazo.

—Te dije. Quiero ambos.

—Mmm —dijo Mike—. Supongo que estamos en un callejón son salida.

Abby le dio a Mike una mirada molesta fingida. Luego sonrió a medias y aplicó un lápiz de color a su dibujo. Hizo un movimiento amplio con el lápiz y levantó la libreta para que él pudiera verla.

Mike miró hacia la libreta.

Mike volvió a centrar su atención en la carretera.

—Bien.

Abby sonrió. Pasó la página de su bloc de dibujo.

—¿Te importa si hacemos una parada primero? —preguntó Mike.

—No —dijo Abby, concentrándose en su nuevo dibujo.

☆☆☆

Mike se sentó en la silla de vinilo color canela con respaldo alto que estaba colocada junto a una cama de hospital con barandilla de seguridad. Respiraba superficialmente porque odiaba la sopa de olores de la UCI: lejía, medicinas, goma, orina y comida de hospital. ¿Por qué toda la comida del hospital olía a judías verdes demasiado cocidas?

Todas las camas de la UCI estaban ocupadas, por lo que el grupo de recintos con frente de vidrio en forma de U estaba lleno de sonidos. Mike podía oír el bombeo rítmico de los ventiladores, el pitido de los monitores, el chirrido de los equipos que se movían, el ruido de los zapatos de enfermería de suela blanda y un murmullo continuo de voces, algunas suaves y otras fuertes.

El cubículo de cuidados intensivos de Vanessa estaba en la pared exterior del área. Entonces, el sol, todavía retozando entre las hinchadas nubes blancas, puso una suave mano cálida contra la mejilla de Vanessa.

Si tan solo Vanessa pudiera sentirlo. O tal vez ella podía. Una de las enfermeras le había dicho a Mike que incluso cuando los pacientes estaban en coma, a veces eran conscientes de lo que pasaba a su alrededor.

—Puedes hablar con ella —le había dicho a Mike la enfermera con cola de caballo.

Se inclinó hacia adelante y miró los pálidos párpados de Vanessa. Aparte de la parte superior de sus mejillas, esto era todo lo que podía ver del rostro de Vanessa. El resto quedaba oscurecido por el ventilador que la mantenía con vida mientras su cuerpo se recuperaba de la enorme pérdida de sangre. Los cirujanos habían curado sus heridas, pero su propio sistema tenía que hacer el resto.

—Entonces, la gran noticia es —dijo Mike— finalmente conseguí un nuevo trabajo. No es tan emocionante como el anterior, pero creo que probablemente sea algo bueno. —Mike se rio brevemente, pero el sonido de su diversión no encajaba con los otros ruidos de la UCI.

Mike se quedó en silencio. Estaba mintiendo sobre el trabajo. En verdad, estaba muy entusiasmado con su puesto de aprendiz en una empresa de construcción que estaba construyendo un gran complejo en las afueras de la ciudad. El capataz, que había dicho que tenía su propio

pasado, no tuvo problema en arriesgarse con Mike. Incluso le dijo a Mike que podía utilizar herramientas de la empresa y restos de madera para trabajar en sus propios proyectos fuera del horario laboral. Mike pensó que podría hacerse algunos muebles para el dormitorio.

Quizás Mike le contaría a Vanessa sobre su nuevo trabajo otro día. Por ahora, dijo—: Mira, sé que tenemos mucho de qué hablar. Hay algunas cosas importantes que todavía necesito que me expliques. Pero he hecho las paces con mucho de lo que pasó, y sé que… ciertas decisiones… que tomaste, bueno, no tenías el control de ellas. Y sé que cuando más importaba, estuviste ahí para Abby y para mí.

Mike pensó en la descripción que había hecho Abby de todo lo que le había sucedido a Vanessa cuando él no estaba en eso. Inmediatamente cerró su mente. No necesitaba detenerse en esa fealdad.

—No creo que ninguno de nosotros estaría aquí hoy sin ti.

Mike extendió la mano y tomó la mano suave y fláccida que yacía sobre una fina manta blanca de hospital. Ante ese simple toque, una corriente de emoción lo recorrió. Tantos sentimientos. ¿Cuál era el más dominante? ¿Tristeza? ¿Enojo? ¿Arrepentimiento? ¿Cariño? ¿Quizás algo incluso más que eso?

Mike no pudo diseccionar su propia psique. No estaba acostumbrado a matices como estos. Había estado corriendo en entornos tan limitados (dolor y arrepentimiento) durante tantos años que le costaría un tiempo acostumbrarse a estas nuevas sensaciones.

Mike apretó la mano de Vanessa.

—Cúrate, Vanessa. —Su voz se quebró al oír su nombre. Se aclaró la garganta—. Mejórate. Y luego hablaremos.

Mike se levantó y salió de la habitación sin mirar atrás. Guardó todas sus emociones para más adelante mientras recorría los pasillos del hospital con paredes beige para regresar al vestíbulo más alegre y de paredes amarillas. Allí, encontró a Abby justo donde la había dejado, en una lujosa silla azul a poca distancia de la joven recepcionista morena que había aceptado vigilar a su hermana mientras no estaba.

Como era de esperar, Abby estaba dibujando cuando Mike se acercó a ella. Mike le dio las gracias a la recepcionista mientras miraba a Abby.

Abby guardó su bloc de dibujo y se puso de pie.

—¿Le dijiste que la saludé?

—Sí. —Mike le dio a Abby un rápido abrazo—. Vamos a casa.

☆☆☆

Mike miró por la ventana de la sala mientras se sentaba junto a Abby en la mesa de la cocina. El sol, posiblemente cansado por su día de juegos con las nubes, parecía ponerse más rápido de lo habitual. Se había puesto su pijama crepuscular y ahora parecía una bola naranja. El fondo de la pelota ya se había hundido detrás de las colinas.

Mike miró su plato. Otra bola, una albóndiga, se deslizaba desde lo alto de un montón de espaguetis. Rodó hasta el borde del plato y se detuvo.

Mike miró a Abby. Estaba jugando con su tenedor, haciendo girar el mango de su servilleta doblada. Su mirada estaba centrada en el sol que desaparecía.

—¿Todo bien? —preguntó Mike.

—Solo estaba pensando en mis amigos.

—¿Te refieres a Freddy, Chica y los demás?

Ella asintió.

—Están completamente solos. Y ya nadie se ocupa de ellos. —Abby apartó la mirada del sol poniente y miró a Mike—. ¿Podemos visitarlos alguna vez?

«De ninguna manera», pensó Mike.

Su pensamiento debió haber sido claro en su rostro, porque Abby miró su comida y suspiró.

Mike pensó en la promesa que le había hecho en Freddy's. Lo iba a hacer mejor. Lo decía en serio.

Entonces, si significó tanto para Abby…

Mike tocó el brazo de Abby. Cuando ella levantó la vista, él se aseguró de que su expresión fuera neutral.

—Nunca se sabe lo que puede pasar.

Abby sonrió. Dejó de hacer girar el tenedor.

Mike notó que el vaso al lado de su servilleta estaba vacío.

—Me olvidé de la leche —dijo, levantándose de un salto.

Mike se acercó al frigorífico. Abrió la puerta y cogió un cartón de leche. Mientras cerraba la puerta, su mirada se posó en el último dibujo de Abby, asegurado cerca de la manija de la puerta por un imán de cara sonriente.

El dibujo era de Abby, Mike, Vanessa y los cuatro animatrónicos. Estaban todos dentro del fuerte de Freddy's.

Sintiendo sus labios levantarse en una leve sonrisa, Mike se alejó del dibujo. Regresó a la mesa y le sirvió la leche a Abby.

La leche que se derramó en el vaso emitió un sonido de glu, glu, que actuó como un catalizador, arrebatando a Mike del presente y devolviéndolo a su infancia. En su mente, estaba viendo cómo la leche llenaba un vaso diferente, el suyo.

Mike levantó la vista del vaso y vio a su madre dejar el cartón de leche y sentarse frente a él. Ella le sonrió y levantó ambos brazos para unir las manos de Garret y el padre de Mike. Al mismo tiempo, Garret y el padre de Mike tomaron las manos de Mike. Unida, la familia inclinó la cabeza.

Mike parpadeó y volvió al presente. Mike tomó la mano de Abby y ella la tomó. Compartiendo una breve sonrisa, inclinaron la cabeza y cerraron los ojos. Abby habló.

—Gracias por esta comida… y todo lo demás. Amén.

«Breve y dulce», pensó Mike. Apretó la mano de Abby, pero no la soltó.

Fantasiosamente, Mike se preguntó brevemente qué estaría viendo la punta del sol poniente (ya casi desaparecido) mientras se asomaba por la ventana. Imaginó la escena desde la perspectiva del sol.

Hermano y hermana. Tomados de la mano. Cabezas inclinadas. Apreciando el momento… porque era perfecto.

En ese momento, Mike y Abby estaban felices.

ACERCA DE LOS AUTORES

SCOTT CAWTHON es el autor de la exitosa serie de videojuegos Five Nights at Freddy's y, si bien es diseñador de juegos de profesión, es ante todo un narrador de historias. Se graduó del Instituto de Arte de Houston y vive en Texas con su familia.

SETH CUDDEBACK nació en el oeste de Massachusetts. Actualmente reside en Los Ángeles, donde trabaja como guionista. Five Nights at Freddy's es su primer largometraje.

EMMA TAMMI dirigió recientemente The Left Right Game (un podcast con guión de diez capítulos), protagonizado por Tessa Thompson, que fue adquirido por Amazon Studios para su adaptación en serie, y está encargada de producir y dirigir el piloto de Devil in Ohio para Netflix. Anteriormente, dirigió The Wind, que se estrenó en el Festival Internacional de Cine de Toronto y fue distribuida por IFC Midnight en 2019. Actualmente, la película está certificada como nueva en Rotten Tomatoes y Emma fue nombrada recientemente una de las 25 cineastas a seguir por IndieWire.

ANDREA RAINS WAGGENER es autora, novelista, escritora fantasma, ensayista, cuentista, guionista, redactora, editora, poeta y un orgulloso miembro del equipo de escritores de Kevin Anderson & Associates. En un pasado que prefiere no recordar mucho, fue liquidadora de reclamos, tomadora de pedidos del catálogo de JCPenney (¡antes que las computadoras!), secretaria de la corte de apelaciones, instructora de redacción jurídica y abogada. Escribiendo en géneros que varían desde su novela para chicas, Alternate Beauty, hasta su libro de instrucciones para perros, Dog Parenting, pasando por su libro de autoayuda, Healthy,

Wealthy, & Wise, hasta memorias escritas por fantasmas, terror y misterio, y proyectos de ficción convencionales, Andrea todavía se las arregla para encontrar tiempo para mirar la lluvia y obsesionarse con su perro y sus proyectos de tejido, arte y música. Vive con su esposo y su perro en la costa de Washington, y si no está en casa creando algo, se la puede encontrar caminando por la playa.

EPÍLOGO

El chico rubio se movía por Freddy's como si estuviera dando un recorrido… a nadie.

Atrapadas entre sombra, las habitaciones se acurrucaban dentro de las paredes protectoras del antiguo restaurante. El vestíbulo vacío, los carteles aún sin cristales. El largo pasillo, con más carteles sin cristales. La oficina de seguridad, sus monitores encendidos, pero nadie mirando. La cocina, toda reluciente y silenciosa. La sala de Partes y Servicios, un desorden de piezas de robots… y sillas de metal vacías. Y, por supuesto, el comedor, donde los animatrónicos permanecían rígidos sobre el escenario apenas iluminado.

Todo estaba totalmente en silencio.

El chico rubio siguió por el pasillo trasero. Todas las puertas del pasillo estaban cerradas, excepto una, al final.

El chico rubio cruzó la puerta y entró en una habitación pequeña, apenas más grande que un armario. Miró hacia donde la luz del pasillo aterrizaba en el suelo desnudo y polvoriento de la habitación… y más allá, hacia el conejo amarillo desplomado en un rincón. El conejo estaba recostado contra la pared de bloques de cemento enmohecida.

No era un conejo. Era un hombre. Un hombre con un disfraz horrible. Un hombre retorciéndose, encorvado sobre una enorme extensión de sangre. Era sangre seca de color óxido que estaba pegada al suelo. Quizás para siempre.

El niño observó al hombre desde la puerta, satisfecho con su sufrimiento. El niño quería que ese sufrimiento durara tanto como la mancha en el suelo. Quizás más.

El chico salió de la habitación. Cerró la puerta, sellando al conejo amarillo en una prisión oscura, muy oscura.